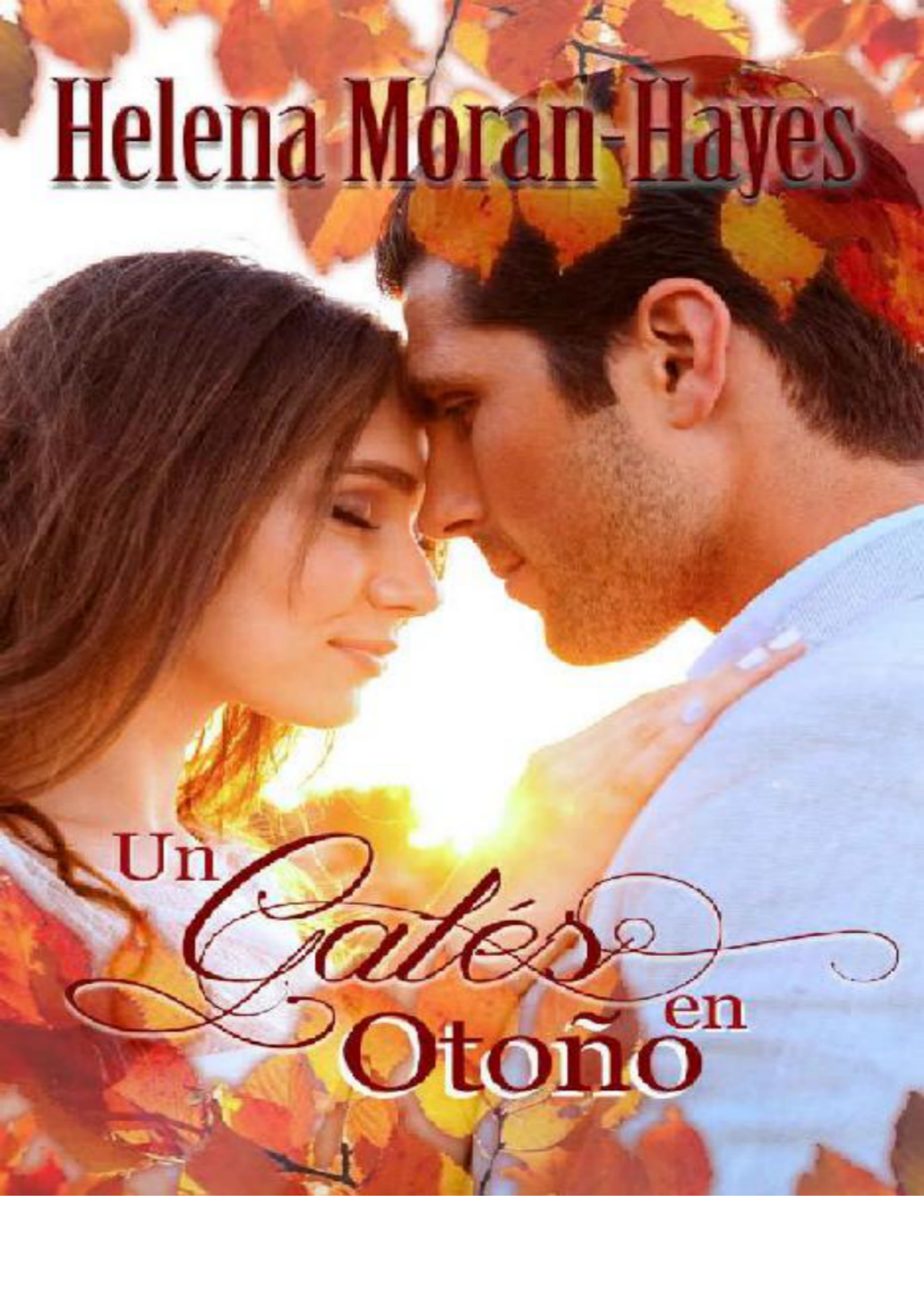

Helena Moran-Hayes
Un Galés en Otoño

Contenido

Un

galés

en

Otoño

ISBN-13:

Publicación independiente

Diseño de portada: La Taguara Design

Dedicado los que se atreven a cambiar.
A cambiar de país, de trabajo y de vida
para ser felices así estén muertos de miedo.

— La noticia —

—Me voy a Gales —dijo Cloe con la displicencia que la caracterizaba en especial cuando soltaba una bomba de ese tipo.

—¡¿Qué?! —Zoe, su hermana, soltó el tenedor y apartó la ensalada que comía. Sabía que cuando su pequeña hermana daba una noticia así era porque ya tenía las maletas hechas—. ¿Cómo que te vas a Gales? ¿A vivir?

Cloe asintió.

—¿Y me lo dices así por así?

—¿Y cómo quieres que te lo diga? Agradece que te lo estoy informando —le respondió burlona.

—Viniendo de ti, sí, lo tengo que agradecer —Zoe suspiró—. No te voy a decir que es una locura y que uno no se puede ir a otro país sin planes, pero como hermana mayor se supone que te tengo que aconsejar y todas esas estupideces.

Cloe rio —¿Quieres que te cuente o te piensas quedar pegada en tu papel de hermana mayor?

—Supongo que debería escucharte.

—No es muy complicado. Bran me propuso trabajar con él en una feria de tatuaje en Cardiff y…

—¿Quién demonios es Bran? —su hermana la interrumpió.

Cloe puso los ojos en blanco. Bufó.

—¿En serio tengo que explicarte todo?

Zoe levantó una ceja. Ella conocía a su hermana, sabía que cada una de sus aventuras terminaban en desastre, así que de un tiempo para acá hacía que su hermana siempre le contara la versión completa de sus historias para saber el tamaño del desastre que se avecinaba.

—Bran es el amigo con el que salimos a tomar unos tragos cuando viajamos a Londres. El día que Sophie fue a cenar con el inglés.

Esa noche había sido bastante salvaje. Los amigos de Cloe que habían ido de Cardiff a Londres solo para verla resultaron más fiesteros que ellas. Zoe estuvo casi 24 horas en coma en casa luego de la noche de fiesta.

—¿Una feria de tatuajes?

—Sí. Esta es mi oportunidad Zo. Bran me quiere allá, cuando se

enteró que me había especializado en efectos 3D y puntillismo y vio mis pocos trabajos, me dijo que apenas tuviera la oportunidad me llevaría a trabajar con él.

—Cloe, sabes que no soy de esas que te cortarían las alas pero ¿Estás segura? ¿No es más seguro que te quedes aquí en Boston e instales tu estudio? Es lo que siempre has querido.

—¿Y quienes van a ir a tatuarse con una mujer que recién instaló un estudio y sin experiencia? Tengo que hacerme un nombre, Zo, tengo que ganar experiencia. Además sabes que nunca apuesto a lo seguro, me tengo que arriesgar —tomó la mano de su hermana. Sabía lo que había atrás de todas esas preguntas. Si ella se iba, su hermana quedaría sola. Su amiga Emma había ido a curar su corazón y terminó en Escocia enamorada de un *highlander* dejándolo todo. Sophie, la antigua jefa de Cloe y exsocia de Emma, se había convertido en una gran amiga para Zoe, se fue a Londres para poner un océano de distancia –literalmente–, entre sus padres y ella y ahí encontró a un inglés maravilloso que le dio el mejor de los regalos, el trabajo perfecto. Sin pensarlo dos veces… bueno, en realidad sí lo pensó y mucho, Sophie se quedó en Londres. Así que Zoe y Cloe quedaron «solas» en Boston, si Cloe se marchaba a Cardiff, Zoe no tendría a nadie a parte de sus padres que más era lo que se la pasaban viajando que en casa.

Claro, Zoe era demasiado orgullosa para aceptar que no quería que su hermana la dejara pero Cloe la conocía demasiado, no en vano era su mejor amiga.

—Tienes razón —refunfuñó Zoe—. A ver, cuéntame más.

—Bran va a tener un gran espacio en la feria, quiere abrir su nuevo estudio para invierno y cree que esta feria será la preámbulo perfecto para dar a conocer su nuevo concepto —Cloe sentía su piel ponerse de gallina cuando hablaba del proyecto. Tatuar era su vida, sus estudios de arte reforzaron lo que siempre supo, quería que su lienzo fuera la piel de las personas, de hecho así las veía, eran lienzos caminantes.

Le emocionaba pensar que alguien llevara su trabajo en la piel, amaba la sensación de dejar su marca en la gente. Para ella cada tatuaje que hacía era tan especial como para la persona a quien se lo hacía. Cada trazo, cada línea significaban momentos, recuerdos, emociones, sentimientos, así el tatuaje no tuviese importancia o fuese un simple capricho, esa marca le recordaría a la persona un momento de su vida, y por ende recordaría a Cloe, ese era el mejor significado de trascendencia para ella. Ser recordada en la piel de las personas.

Bran le daba la oportunidad de ganar la experiencia que necesitaba

para abrir su estudio, ese sin duda era su norte, pero tenía que hacer varias paradas para llegar ahí. Si había algo que le había enseñado su amiga Sophie era a hacer mapas mentales de lo que quería, aunque el mapa de Cloe parecía más bien un mapa para buscar un tesoro pirata de un niño de 5 años, este paso era un avance.

—Creo que es una locura, Clo.

—¿Y cuándo yo he hecho algo que no sea una locura?

Zoe hizo una mueca —Punto para ti —suspiró derrotada— ¿Estás segura de lo que estás haciendo?

—Bueno, Zoe, tampoco es que me voy a Marte o peor a Miami —las dos rieron. Los dos años que vivieron en Miami por el trabajo de su padre, lo odiaron. Odiaron la ciudad, su clima, su mentalidad, incluso odiaron la playa, años después aceptaron que lo hicieron porque estaban en la adolescencia y hubiesen odiado cualquier ciudad que no fuese Boston, así las hubiesen llevado a vivir al lado de Ryan Gosling. Después de adultas solo reían de todos los chistes que salieron de ese par de años en la ciudad del sur.

Zoe dejó de reír —Lo sé —soltó otro suspiro—, y estoy feliz que tengas la oportunidad, yo todavía busco alguien que se interese por mis pinturas —se encogió de hombros—, pero quizá haré como tú y buscaré a alguien fuera del país, quizá los seguidores de mi arte estén en otras tierras.

—Gracias hermana, de igual manera sabes que serán par de meses a lo máximo tres.

—No estarás aquí para disfrutar de nuestra estación del año favorita.

Ahora el suspiro salió de Cloe —Lo sé, pero tengo que trabajar —hubo un silencio y luego un estallido de carcajadas— ¿Quién iba a pensar que yo alguna vez en la vida diría esas palabra? Me escucho como un adulto serio.

—Sí, casi casi como Sophie.

—Wow, soy una adulta. Dejo mi ciudad, me voy a otro país y dejo a mi familia por trabajo.

—Debí haber grabado eso. Si tú nunca pensaste en decirlo yo jamás me hubiese imaginado escucharlo —hizo una pausa—. Estoy tan feliz que tu amigo te de esta oportunidad, Clo, espero hagas muchos, muchos tatuajes, que regreses con un gran portafolio. O quizá antes de que regreses podremos dar otro tour británico y visitar a Sophie y otra vez a Emma.

A Cloe se le iluminaron los ojos —Zo, tú siempre tienes las mejores ideas. Te tomo la palabra.

Hicieron el ademán de escupir su mano y sellaron el trato con un apretón justo como siempre lo hacían cuando hacían una promesa o simplemente planeaban una travesura.

—Prepárate Reino Unido e Irlanda, las hermanas LeRoux preparan su segundo tour.

—Y una se va antes a tantear el terreno.

—Gales te va a amar hermana —Zoe abrazó a su hermana menor.

—O estaré aquí a los quince días deportada por mala conducta.

—Sí, también puede ocurrir, de hecho es lo más probable.

—— La Feria ——

Cloe encontró en Cardiff una ciudad clásica inglesa pero con su propia personalidad, ni se podía comparar con ninguna de las que ella conocía, tampoco era que conocía muchas, pero desde el momento que bajó del avión pudo sentir la diferencia. El otoño apenas empezaba y sus primeros días en la capital galesa parecían más bien días de verano que el mismo otoño, aunque se podían apreciar ya los cambios de colores en las hojas de los árboles.

Cardiff era una ciudad particular, estaba rodeada de colinas pero tenía al río Taff que serpenteaba el centro de la ciudad; y junto al río Ely, desembocaban en la bahía de Cardiff que era una hermoso paseo donde se podía disfrutar de restaurantes, shows y cervezas.

Los primeros días de Cloe en la ciudad le sirvieron para adaptarse a lo que sería su vida por los próximos meses. Su amigo Bran le mostró lo básico de la ciudad porque sabía que Cloe se encargaría de conocer los «detalles» de la misma. Eira, una de las tatuadoras que trabajaba con Bran, especialista en plasmar rostros, tenía una habitación extra en su piso en el área de *Grangetown*, un sector relativamente tranquilo de la ciudad, con curiosos contrastes de casas clásicas inglesas con nuevas estructuras de edificios, la gente que vivía en él iba desde estudiantes a jóvenes profesionales porque el alquiler era relativamente económico para ser tan céntrico, la ventaja del piso era que quedaba a pocos minutos del Centro del Milenio de Gales, el sitio donde sería la feria del tatuaje y eso le daba una ventaja a Cloe, no solo de ubicación pero también para ahorrar en transporte.

Eira, su ahora nueva compañera de apartamento era una mujer alta y delgada, con grandes pechos y tatuada desde el cuello hasta el dorso de sus manos, tenía el cabello negro sobre los hombros pero rapado a los lados, sus ojos azul celeste hacían ver su piel más blanca aún. Era el cliché de una tatuadora, también era la representación clásica de la fantasía sexual de cualquier hombre que soñara con una «chica mala». Cloe se sentía la niña buena a su lado y cabía acotar que de buena no tenía mucho.

Pero al contrario de lo que aparentaba, Eira era una come libros, amaba ir a los museos y escuchar música clásica. Era callada, Cloe podía decir que incluso era tímida hasta que soltaba una respuesta sarcástica que hacía saber a Cloe que esa chica estaba de su lado.

Al quinto día de su estancia en Cardiff, Bran llevó a Cloe a donde sería la feria, ya el lugar estaba casi listo, una carpa gigante al lado del Centro del Milenio, especialmente acondicionada para el evento,

con ambiente atemperado, alfombra y los espacio de cada estudio de tatuaje era más alucinante que el otro. Según las estadísticas se esperaban más de 200 mil personas.

Malditamente alucinante.

El espacio del estudio de Bran, *Tattooart,* estaba ubicado en el pasillo del centro en uno de los extremos lo que le daba más visibilidad. Su amigo había contratado a un *comunity manager* y un publicista para que se encargaran de la promoción de su estudio en la feria, serían un par de meses de mucho trabajo.

El sueño dorado de Cloe.

Luego de supervisar el espacio de trabajo y los cubículos de cada artista fueron a una reunión con el grupo de trabajo. Bran parecía un tatuador cualquiera, altura promedio, algunos kilos de sobre peso, barba larga pintada de azul marino igual que su cabello que a la vez hacía juego con sus ojos. Vestía de negro con esas camisetas de bandas de rock clásicas, pero algo en lo que Bran no se parecía a la mayoría de los tatuadores era que era un ejecutivo innato, con un olfato para los negocios y un emprendedor obsesivo. Su trabajo era el centro de su universo. Bran podía beber hasta el amanecer pero a las ocho de la mañana estaba abriendo su estudio y esperaba que sus socios, como él los llamaba, hicieran lo mismo.

La posición de Cloe sería la misma que la de los demás socios, iría 50-50 con Bran, oportunidad que no se presentaba nunca, usualmente los tatuadores eran asalariados o en todo caso los arreglos eras 70% para el dueño del estudio 30% para el artista.

Se podía decir que Bran era bastante generoso, por eso tenía la fidelidad de sus tatuadores.

El grupo sería de cuatro profesionales Bran, encargado de los tatuajes de colores y técnica de acuarela muy solicitada. Eira se encargaba de plasmar los rostros y retratos en blanco y negro y color, Andreas, el mejor amigo de Bran y su mano derecha, el especialista en blanco y negro y perforaciones y la nueva adquisición, Cloe especialista en tatuajes 3D y puntillismos.

Cloe sentía que se hacía pis en los pantalones ante la tremenda responsabilidad. Conocía el trabajo de Bran, Andreas y Eira y se sentía como una novata. ¿Se sentía? ¡Era un novata! Solo podía confiar en su talento y en sus ganas de abrir su estudio en Boston, el resto se lo dejaba a Bran y en la tonta decisión de contratarla sin casi experiencia a pesar de tener un currículo académico impecable. Diploma de artes en la Universidad de Boston y una maestría en artes plásticas.

Cloe no podía decir que su título era de adorno porque amó cada año que pasó en la universidad. Cada uno de los temas y materias que vio le sirvieron de inspiración para su meta final, ser una artista tatuadora.

Sus padres, a pesar de ser unos bohemios innatos, le inculcaron a ella y a su hermana el amor por los estudios y el concepto de que no se puede ser bueno en la práctica si no tienes la teoría bien clara.

Cloe ya estaba más que clara en la teoría, ahora iba por la práctica y se sentía aterrada.

—Mírale la cara a la americana —dijo Eira burlona—, parece que hubiese visto un fantasma.

—Nada que ver con la Cloe atrevida que conocí en Londres —Andreas dijo en una carcajada.

—Digan lo que quieran, ustedes son los tontos por confiar en mí. Ni mi hermana confía en mí, ni yo confío en mí —mascullό Cloe.

—Yo no confío en ti, confío en tu talento y es lo único que necesito —Bran le quitó el humor a la conversación pero irónicamente era lo que Cloe necesitaba—. Ahora —Bran tomó un sorbo de soda y escribió en su agenda—. Estos meses serán duros pero haremos dinero y nombre que es lo que nos importa. El horario será desde las tres de la tarde hasta la media noche, cada uno de nosotros tendrá una hora libre cada cinco horas de trabajo, si se quieren tomar más tiempo, es su problema pero piensen que por cada minuto que estén fuera, ese cliente buscará otro artista y habrán más de cien espacios de tatuaje con un promedio de tres tatuadores por espacio así que hagan sus cuentas.

Andreas soltó un silbido de exclamación —¿Tendremos algún día libre o será esclavitud absoluta estos dos meses?

—¿Cómo será el sistema de trabajo? ¿Trabajaremos por citas como lo hacemos en el estudio o será improvisado? —Eira aprovechó preguntar.

—Cada uno de nosotros tendrá un día libre a la semana, preferiblemente cada día diferente pero si se quieren tomar más días solo recuerden lo que les acabo de decir, ustedes son dueños de su trabajo y de su tiempo —respondió Bran—. Con respecto al sistema de trabajo háganlo como se sientan más cómodos.

—Yo creo que trabajaré por citas —Andreas se estiró en la silla.

—Yo también —lo apoyó Eira —¿Tú, americana?

—Yo no me puedo dar ese lujo. No tengo clientes y mi portafolio

no es tan extenso, no puedo darme el lujo de ser una diva.

Bran soltó una carcajada —Jamás pensé que te escucharía decir eso. Debí grabarlo.

Cloe le sacó la lengua con una mueca —¡Cállate! Te asesino si lo repites.

Bran continuó riendo.

—Perfecto entonces. Según el diseño del pabellón tenemos espacio para cuatro cubículos privados que pueden personalizar como deseen con normas estrictas de higiene —Bran miró a Andreas—, no quiero que coman en los cubículos de trabajo, ni siquiera tomen café.

—¿Por qué me miras a mí?

Eira puso los ojos en blanco —Porque aquí todos sabemos quién es el cerdo.

Cloe pensó que su amiga Emma disfrutaría tanto diseñar su pequeño espacio de 3x3, quizá le pediría algunos consejos. Cloe no era la tatuadora cliché de esas que se visten de negro y tienen el pelo azul, de hecho le encantaba vestirse de colores y estaba orgullosa de su mata de pelo castaño.

—El espacio también permite tener unas tres sillas de espera y una recepción mínima pero puedo decirle a Charlie que nos eche una mano en la recepción.

—¿En serio, Bran? ¿Vas a decirle a ese cretino?

—Eira, Charlie no tiene trabajo ahora y le caería bien esta oportunidad.

—Pues yo no le pienso dar ni un centavo de mi dinero.

Cloe miró a Andreas con cara de «¿Qué demonios?».

—Charlie y Eira salieron por un tiempo.

—Eso no tienes ni que explicarlo, es obvio.

—El cretino es un vividor. Tiene el encanto de un príncipe de Disney pero es un aprovechador así que no creas en nada de lo que te diga.

—Uuuuhhhh, todavía la herida está abierta.

—Sí, idiota —Eira miró con ojos de serpiente a Andreas—. La herida seguirá abierta hasta que no me pague las mil libras que me debe.

—Charlie le pidió mil libras prestadas a Eira para un «negocio» y el negocio tenía el cabello rubio y las piernas de dos metros, se fueron al

sur de Inglaterra y lo demás es historia.

—Historia será él si llega a dirigirme la palabra.

—Ir al trabajo cada día será muy interesante —Cloe frotó sus manos con malicia.

—Recuerda que vives conmigo y te puedo asesinar mientras duermes.

El comentario de Eira hizo que todos estallaran en carcajadas. Decidieron cerrar la reunión yendo a un pub y brindando por el éxito y la expansión de *Tattoart*.

Como todavía faltaban un par de días para el «gran evento» Bran invitó a Cloe a Cowbridge, un pequeño pueblo pasando Cardiff, según Bran no era gran cosa solo un simple paseo para que Cloe conociera algo más que Cardiff mientras tuviera tiempo pero para Cloe fue una experiencia diferente. Como cada ciudad de Gran Bretaña, este pequeño pueblo no se escapaba de tener su propia personalidad. Sus calles pequeñas llenas de pubs y tiendas le daban un encanto especial. Cloe quedó tan encantada que ni siquiera sacó el teléfono para tomar una foto o para escribirle a Zoe que no había dejado de escribirle ni un día desde que llegó al país.

Comieron en un pequeño pub en el centro. Bran le contó de sus planes, le dio consejos profesionales que Cloe agradeció cada segundo porque se sentía como que fuese a presentar el examen final de su carrera, solo que este examen final quedaría plasmado en la piel de un cliente para toda su vida.

Sin presión.

Al otro día Eira la invitó a comer en la bahía. Eira no era del tipo conversador pero era una buena persona y al menos Cloe se sentía aliviada que se agradaran mutuamente; de lo contrario, esos dos meses serían un infierno.

El día de la feria Cloe no pudo dormir, Sophie desde Londres y Emma desde Dingwall la asesoraron como debía decorar su espacio según su personalidad, el resultado fue como si Van Gogh, Manet y Picasso se hubiesen ido una noche de fiesta y regresaron a decorar el espacio de Cloe, todavía borrachos. Definitivamente el diseño de interiores no era su fuerte.

Esa mañana no pudo dormir más de las seis, lo que Zoe llamaría un milagro pero estaba tan ansiosa que ni siquiera pudo desayunar.

—No es que quiera ser tu madre y ni sueño con serlo, pero deberías intentar comer, esta tarde va a ser un pandemonio —Eira le dijo mientras se servía cereal.

—No puedo comer, quizá almuerce algo.

—Recuerda que tenemos que estar a la una para instalarnos.

Cloe gruñó. Odiaba sentirse así. Siempre fue tan relajada además ella amaba su trabajo. No podía dejar que los nervios la consumieran, por eso se había hecho tatuadora porque una vez que encendía su maquina de tatuar todo se desvanecía. Eran solo su cliente, ese zumbido hipnotizante de su máquina y ella.

Tendría que recordarlo cuando estuviese a punto de vomitar de los nervios en la feria.

—No te estreses tanto. Hoy solo irán curiosos y gente que desea un tatuaje por primera vez pero no saben lo que quieren, de ese grupo quizá atrapes el 30% o menos —continuó Eira—. Los que ya tienen un tatuaje y quieran probar a alguien nuevo quizá vayan en el transcurso de la semana. Los que ya tienen más de dos tatuajes van por alguien en específico, tienen sus tatuadores de confianza.

—Entonces estoy jodida —Cloe se tiró en la silla del pequeño comedor—. No tengo un portafolio extenso, no conozco a nadie, no soy de este país y tengo que competir con unas 300 personas. Genial.

—No seas tonta, americana. Bran no te trajo solo por tu cara linda. Él no va a invertir a pérdida, tú eres como el punto exótico de nuestro pabellón. Además ya te tiene una pequeña lista de clientes. Fuiste inteligente al especializarte en esas técnicas.

Cloe suspiró —Supongo que gracias.

Llegaron a la gran carpa donde sería la exposición. Presentaron sus credenciales. Ya todo estaba montado y no se parecía en nada al telón vacío que visitó días atrás. El sitio pululaba con gente yendo y viniendo. Unos arrastraban sus maletines con todos sus equipos. Otros daban los últimos toques en la decoración de su espacio para atraer a esos indecisos.

Bran ya estaba en el pabellón conversando con un hombre alto, de cabello cenizo y unos ojos verdes como un felino. Su rostro era terso como si en su vida le hubiese salido un pelo de la barba. No era guapo, era hermoso como esos modelos andróginos que no puedes dejar de ver.

—Maldición —escuchó a Eira decir detrás de ella.

Charlie. Ese modelo de revistas era el famoso Charlie. Nadie le había dicho a Cloe que Charlie tenía ese rostro y por lo que podía apreciar un cuerpo bastante aceptable y para ser el villano de películas que Eira decía que era, Cloe podía pensar en pasar una noche con él haciendo «villanadas».

—Que bueno que llegaron —Bran se acercó a ellas—. Clo, él es Charlie, será el que se encargará de organizar citas, clientes y pagos.

Cloe le extendió la mano pero Charlie, como era de esperarse la atrajo hacia él y le clavó un beso en cada mejilla que duraron más de lo debido.

—Esta es la belleza americana —dijo Charlie con los ojos que le brillaban como un tigre cuando ubicaba a su presa—. Un placer, bombón.

¿Bombón? ¿En serio?

Quizá el pensamiento de la noche haciendo *villanadas* había llegado muy rápido. Cloe podía vomitar con los términos de cariño. En especial ese tipo de nombres. Tal vez si le hacía algo como le hicieron a Wade de los X-men, coserle la boca para asegurarse de que… ¡Nah! Ya el encanto había acabado.

—Cloe. Mi nombre es Cloe.

—Cloe, bombón.

Cloe escuchó como si Eira fuese a vomitar —Ya no te podrás quitar ese nombre, él es como la goma de mascar que rozas sin querer cuando tocas una mesa por debajo. Simplemente desagradable.

Cloe quiso reír pero la comparación era demasiado desagradable.

—¿Cuándo superarás lo nuestro Eira, cariño?

—Cuando me pagues mis mil libras, cretino —con los mismos ojos de serpiente que miró a Charlie, miró a Bran—. ¿Dónde está mi maldito cubículo?

—Es el segundo a la derecha…

Eira no esperó que Bran terminara de hablar. Tomó su maletín y de un portazo terminó la conversación.

—Esa puerta no va a durar toda la feria con estos dos aquí —dijo Andreas divertido. Saludó a Cloe— ¿Cómo están esos nervios?

—Como si fuera a presentar el examen final de medicina y estudié arquitectura.

Andreas rio —¿Te sentirías más cómoda si estos primeros dos días solo te pasemos clientes con tatuajes pequeños?

—No, no. Ustedes me trajeron para trabajar en lo mío y esto es lo mío, además no hay nervios que un trago de tequila no aplaquen.

—¡Ni te atrevas a tomar alcohol aquí! —le dijo Bran alterado.

Cloe soltó una carcajada —Tranquilo, tranquilo, solo bromeaba… el trago ya me lo tomé en el camino —le guiñó un ojo a Andreas que la acompañó en la risa.

—Es en serio, Cloe…

—Sí, sí. Lo sé. A ver, dónde están mis aposentos.

—Es el último a la derecha, al lado de Eria, yo estaré en el primero y Andreas en el de al frente.

—¿Quieres que te lleve hasta ahí? —dijo Charlie con esa voz melosa que al parecer le resultaba con las mujeres pero con Cloe no, definitivamente no.

—No gracias, el gen de tonta lo tengo recesivo.

—Uuuhhhh el bombón americano es salvaje.

—No tienes idea cuánto, amigo —le dijo Bran—. Mantente alejado si quieres tus dos testículos en su puesto.

—Si es que todavía los tiene —se escuchó desde el segundo cubículo.

Cloe entró a su puesto de trabajo y lo primero que hizo fue enviarle una foto al grupo en el que estaban ella, Emma, Sophie, Zoe.

Emma y Sophie fueron las primeras que respondieron por estar en el mismo huso horario, recordándole los consejos de decoración del día anterior. Cloe le decía que sí a todo pero solo se limitó a poner en un pequeño mueble que tenía para su equipo de trabajo sus muñecas Funko de la Princesa *Leia,* La Mujer Maravilla, *She-ra*, *Xena*, y sus nuevas adquisiciones *Brienne de Tarth* y *Rey* de *Star Wars*. Las dos primeras muñecas de colección se las había regalado su padre para que solo siguiera el ejemplo de mujeres fuertes, *She-ra* se la había regalado Zoe. *Xena* la había comprado en una venta de garaje y *Brienne de Tarth* se la había regalado Emma días antes de partir a su viaje –sin retorno–.

Siempre llevaba sus muñecas con ella si sabía que iba a estar más de un mes afuera, era un recordatorio de quién quería ser. Claro, a veces se le pasaba un poco la mano con eso de ser una mujer fuerte e independiente, pero nadie es perfecto.

Tomó sus implementos y los colocó en el primer cajón del mueble. Las tintas, las puso por tonos sobre el mesón del mueble, era en una

de las pocas cosas en las que era estructurada. Su cuaderno de anotaciones, su portafolio, su carpeta con modelos clásicos y abrió su laptop y la conectó a la red que estaba instalada para imprimir en el papel vegetal de los bocetos en la *pseudo* recepción.

Y en un abrir y cerrar de ojos, Cloe ya estaba instalada esperando a su primer cliente, sola, en un cubículo, en un país extraño y cruzando los dedos por no arruinar la oportunidad de su vida.

Los primeros clientes, tal y como lo dijo Eira, fueron curiosos tratando de averiguar qué hacer con sus vidas. Cloe siempre pensó que el trabajo de una artista del tatuaje tenía mucho de psicología, tenía que escuchar al cliente, saber lo que le gustaba, lo que no, contestar todas sus preguntas de manera amable por muy tontas que fueran –esa era la parte casi dolorosa para Cloe, algunas preguntas le provocaban levantarse de la silla y sacar al cliente del estudio–. Tenía que escuchar sus historias, sus traumas, sus alegrías y mas aún tenía que hacer que hablaran y se distrajeran del dolor que podía causarles las agujas.

Mariposas, dientes de león y hadas, fueron sus primeros trabajos, los odiaba pero agradeció tener algo que hacer y a la vez sacarse los nervios de encima. Al tercer día ya estaba loca por hacer algo importante.

El primer cliente importante llegó ese día deseando un tatuaje en 3D de un sistema de engranajes en el hombro. Que pareciera que la piel se le desgarraba y este sistema mecánico salía de su cuerpo.

Cloe sabía perfectamente lo que el chico quería, era para lo que había estudiado.

—Dewey, wow ¿Qué clase de nombre es ese? —preguntó Cloe divertida mientras instalaba al chico de unos 20 años en el sillón de trabajo.

El chico se encogió de hombros —Es la forma galesa para David.

—O sea que eres un David galés —trató de continuar Cloe de forma relajada ya que sentía que el chico estaba un poco tenso.

—Algo así.

—Ok, Dewey, vamos a empezar y vamos viendo el avance, creo que esto tomará más de una sesión para que no sea tan traumático para tu piel, pero lo vamos averiguando en el camino.

El chico asintió.

—¿Es tu primer tatuaje?

Volvió a asentir.

Era definitivo, estaba nervioso y estaba a punto de contagiarle los nervios a ella.

Cloe tomó aire profundo y siguió paso a paso lo que había aprendido con respecto al trato al cliente.

—Primero limpiaremos el área, yo haré un boceto para fijar la ubicación, saldrás al espejo del pasillo y verás si está donde quieres.

Una vez terminada la primera etapa ahora tocaba la parte difícil. Los pinchazos.

El chico asintió otra vez.

—Ok. Como no te has hecho un tatuaje antes yo te voy a ir explicando lo que vas a sentir. Si te sientes mareado, detenemos, te traigo un chocolate o una soda y continuamos —escuchó que el chico dijo algo en un lenguaje que no supo descifrar, asumió que era galés y que el chico estaba muy, muy nervioso—. No te voy a decir que no duele, pero no es un dolor que conozcas, tampoco es un dolor para desmayarte, ayer tuve de clienta a una señora de 65 años que se hizo su primer tatuaje así que tienes una gran responsabilidad sobre tus hombros porque la señora ni se inmutó.

Dewey rio y masculló «maldición».

Hicieron el proceso del papel vegetal, Dewey estuvo de acuerdo con la ubicación y tamaño de la imagen.

Cloe encendió su maquina y mojó las agujas en la tinta negra.

La magia estaba a punto de empezar.

—Empezaremos delineando algunas zonas, sentirás unos pinchazos, al principio dolerá porque como te dije no estás acostumbrado a ese dolor pero luego que el cuerpo libere la dopamina después de la adrenalina que ahora lo recorre, todo estará mejor.

A pesar de lo asustado del chico, la sesión fue de maravilla, él le enseñó algunas palabras en galés y hasta pudieron reír de lo terrible de su pronunciación. En efecto no pudo completar el trabajo no quería irritar la piel del chico. Arregló con Charlie el galán, el horario para la próxima cita de Dewey.

Su primera cita.

Cloe estaba que caminaba por las nubes.

El éxtasis le duraría 3 clientes y un día más.

— El Cliente —

Cloe estaba llena de energía. El día anterior había sido un buen día, cuando salió del trabajo habló con Zoe que le dio buenas noticias, estaba en conversaciones con varios agentes de arte y tenía algunas opciones de ciudades donde exponer, solo tenían que madurar la idea.

Sí, había sido un buen día.

Se levantó temprano todavía luchando contra el *jet-lag*, no había manera que la maldita condición le durara menos de quince días, en eso admiraba a su hermana. Claro, su hermana se levantaba todos los días a las seis de la mañana a trotar sin importar la latitud en la que se encontraba, eso no sucedería con ella ni que se desencadenara el Apocalipsis zombi y tuviera que correr por su vida. De hecho siempre cruzaba los dedos porque si eso llegara a ocurrir algún día, los zombis fueran como los de *The Walking Dead* y no como *World War Z*, demasiado rápidos, ella sería la primera en morir. Es que no corría ni por su vida.

Pero tenía que vencer la diferencia de horario a como diera lugar así que salió a caminar luego de desayunar. Eira no estaba cuando regresó así que se dedicó a organizar sus carpetas de trabajo, hacer inventario de sus tintas, buscar en internet una que otra ilustración que pudiera agregar a las carpetas de modelos, luego se quedó unas cuantas horas viendo videos de técnicas de tatuajes. Cuando se dio cuenta, ya tenía que comer y salir a la feria.

Cuando salió de casa por segunda vez el cielo había aclarado. Era un buen día.

—Hola, bombón americano.

Charlie fue el primero en recibirla, no había manera que Cloe se quitara el apodo tan detestable así que se limitó a poner los ojos en blanco y saludarlo.

Se dio cuenta que ya Bran estaba en su cubículo trabajando cuando pasó por el pequeño pasillo de camino al suyo. Eira no llegaba pero era un poco temprano todavía.

Cloe hizo lo que había convertido en un pequeño ritual. Salió, tomó del escritorio el papel vegetal para los bocetos, dejó sobre él la copia de su portafolio de trabajo para que los clientes lo vieran. Tomó su pequeño maletín de herramientas. Ordenó sus carpetas, su portafolio y sus tintas. Colocó algunos ejemplos digitales a mano en su

portátil y suspiró.

Le escribió a Zoe que empezaba su día del otro lado del océano.

Ese día no tenía citas así que tenía que esperar a que el universo le enviara un cliente preferiblemente con algo grande o al menos varios con tatuajes pequeños esta vez no se quejaría si eran hadas, dientes de león o mariposas, no solo por el dinero sino porque así se le quitaría de la cabeza la preocupación de no tener nada más que hacer en todo el día y tener que escoger entre quedarse encerrada en su cubículo o aguantar a Charlie en la recepción, a menos que Bran o Andreas le pidieran asistencia, cosa que haría feliz de la vida con tal y no pasar ni un segundo con el baboso del ex de Eira.

El universo la escuchó solo que Cloe no supo si agradecerle.

—Cloe, bombón —Charlie tocó su puerta, ella abrió solo lo justo para ver su rostro como si se tratara de un vendedor a domicilio—, tienes un potencial cliente. Quiere hacerte unas preguntas, ya tiene una idea bastante clara de lo que quiere y lo desea con tu técnica.

—Hazlo pasar. Gracias.

—De nada, bombón. Por ti cualquier cosa.

—Si cobraras por cada palabra babosa que dices ya le hubieses pagado a Eira.

—Ya la pequeña víbora te empezó a envenenar contra mí.

—No hay que ser físico cuántico, Charlie, solo con los apodos que le pones a las mujeres lo puedo notar.

—Te llamaré de otra forma si me aceptas un trago después de trabajo.

—Este bombón morirá con el apodo así sienta bilis en mi boca cada vez que lo escuche.

Charlie soltó una carcajada —Bombón, amargo bombón, voy por tu cliente.

—Sí, por favor, mientras termino de tragar el sabor a bilis.

El sonido de la puerta no se hizo esperar.

—Adelante.

Cloe organizaba por quinta o sexta vez los colores vegetales de su repisa a tiempo que volteaba a recibir a su cliente para tratar de hacerle parecer algo como que «*hey, tienes suerte de haber llegado ahora porque estoy tan, tan ocupada que hubieses tenido que esperar dos horas por mí si llegabas media hora más tarde*».

Mentira.

Solo que la «siempre lista» Cloe no se esperaba lo que cruzaría por su puerta. Tampoco se esperaba tropezar una de las tintas y hacer que cayeran como una fila de dominós uno detrás del otro. Por suerte, estaba todas bien cerradas.

Alguna vez su amiga Emma le dijo que ella cuando entraba a un sitio, cualquier sitio, lo primero que la gente podía ver era el cartel de «problemas» que llevaba en la frente de manera permanente.

El hombre que entró por la puerta tenía un cartel con luces de neón fluorescente e intermitentes que decía «Problemas, graves problemas».

Lo primero que vio Cloe fueron sus labios, gruesos y delineados. Muy gruesos para algunos gustos pero para Cloe eran malditamente perfectos. El cutis terso como si se hubiese rasurado no, depilado media hora atrás. Su piel no era como la de la mayoría de la gente que había visto en el país, tenía algo de mediterráneo en él pero cuando llegó a sus ojos sintió como un puñetazo en el estómago. Eran oscuros como dos pozos sin fondo y estaban tan llenos de tristeza que estremecieron a Cloe.

Problemas. Grandes problemas.

Con lo que ella amaba las causas perdidas, ese hombre expelía «causa perdida» por su piel.

Tomó aire y sacudió la cabeza. Si hubiese estado en un avión hubiese solicitado la mascarilla de oxigeno porque sintió que el cubículo perdió toda la presión. Ese hombre que entró se llevó todo el aire.

—A… adelante —tragó grueso.

—Buenas tardes —el hombre tenía la voz ronca pero no como esos galanes de películas baratas, es decir, como Charlie, era una voz más bien como un susurro ronco. Un ronroneo, sí eso era, un ronroneo.

Le extendió la mano.

Maldición.

Cloe trató de mantener el profesionalismo pero estaba perdida.

—Me dijeron que tú podías ayudarme con lo que deseo.

No vas a empezar Cloe LeRoux. No todo lo que la gente dice es con doble sentido. Eres una morbosa.

Trató de conectar el cable editor de pensamiento-lengua que usualmente tenía desconectado.

—¿En qué te puedo ayudar? —respondió con una sonrisa que el hombre no respondió. Le extendió la mano y ahí termino de perder. No sintió el choque eléctrico que todo el mundo describe, lo que Cloe sintió fue un pulso electromagnético que pudo haber apagado la feria y cinco cuadras a la redonda.

Mierda. Mierda. Mierda.

No. No. No.

El hombre ladeó su cabeza. ¿Qué demonios había pasado ahí? ¿Qué había sido eso que sintió? De inmediato lo descartó. No podía haber sentido nada, quizá eran los nervios por el tatuaje que quería hacerse. No podía ser nada más, sonrió para sus adentros porque jamás sentiría nada por una tatuadora, es que ni para una noche de sexo.

Y no que la chica fuese fea, de hecho era hermosa. El color de su piel, el brillo de sus ojos, vestía un blusón azul oscuro y unas botas altas negras, no era para nada la imagen de una tatuadora. Llevaba el cabello recogido con una cola de caballo que hacía ver su rostro casi sin maquillaje, totalmente despejado.

No, para nada parecía a esas chicas góticas que quieren esconder su rostro detrás de kilos de maquillaje o están tatuadas hasta en el rostro.

—Mi nombre es Cloe.

La voz de la mujer lo sacó de sus pensamientos —Rhys. Rhys Pritchard.

¿Por qué demonios no se habían soltado las manos?

Al parecer el pensamiento lo tuvieron los dos al mismo tiempo porque no solo se separaron sino que pegaron un brinco hacia atrás de casi un metro.

—¿Rhys? Interesante nombre —quiso ser sociable justo como lo fue con Dewey y bueno, para ser sincera saber más de ese hombre de mirada atormentada— ¿Es el diminutivo de…?

Hubo un silencio de unos dos segundos pero tan incómodo como si hubiese durado tres horas. El hombre levantó una ceja y la miró con expresión de *¿Qué demonios?* Luego bajó la la ceja, tomó un respiro profundo —De Rhys —, se limitó a decir.

Oooooook. No hubo que decir más.

No del tipo conversador.

Cloe tragó grueso.

El hombre sacó de su bolsillo un papel tamaño carta doblado en cuatro, lo desdobló y lo colocó sobre el mueble donde Cloe tenía las tintas.

—Si es posible me gustaría solo discutir lo que deseo tatuarme, tengo entendido que eres buena haciendo tatuajes 3D y esto es lo que quiero, aquí —Rhys se señaló la parte interna del antebrazo derecho.

Cloe se recompuso y trató de ponerse en modo profesional, pero tampoco es que era de piedra para no apreciar el olor de la colonia del galés apenas dio un paso hacia él… hacia el dibujo.

—¡Wow!

Fue lo que le salió decir a Cloe cuando vio la ilustración estampada en la hoja.

Una daga delgada hacía zig-zag en lo que sería el efecto de la piel desgarrada por la misma daga. En la empuñadura envolviéndola, una cinta color carmesí que se enredaba en la primera franja de «piel» desgarrada. La punta de la daga estaba mancha de rojo con una gota de sangre que caía de ella.

Dolor. Mucho dolor. Y no era exactamente el que iba a sentir al hacérselo. La ilustración reflejaba tanto dolor que Cloe se estremeció.

—Quiero que la punta de la daga toque mi vena aquí —señaló la muñeca interna.

Cloe suspiró.

No se equivocaba cuando sintió el tormento en ese hombre. El tatuaje lo decía todo, no había que ser psíquico para saber que había perdido a alguien.

—Este tatuaje —la voz le falló. El tatuaje tenía tanta fuerza, tanto dolor que no podía dejar de mirarlo y sentir su cuerpo temblar. Se aclaró la garganta—, es hermoso.

No consiguió respuesta del hombre frente a ella.

Otro silencio.

¿Qué demonios decía ahora? El dibujo la había impresionado tanto como el hombre cuando entró por la puerta. ¿Por qué? Porque siempre soñaba con la marca que dejaría en la gente que tatuaba pero por primera vez esa marca significaría algo tan triste, una marca que le recordaría a ese hombre algo trágico en su vida.

—¿Puedes hacerlo? Si no puedes yo puedo ir a otro profesional.

¿Quéééééé? ¿Estaba loco? Por nada del mundo Cloe permitiría que se fuera con otra persona. Oh no no no, Rhys Pritchard. *No te*

escaparás de estar conmigo encerrado en estas cuatro paredes por horas.

—Sí, por supuesto que puedo hacerlo pero quiero aclarar algunas cosas antes —Rhys asintió. Ya Cloe sabía que no era de muchas palabras—. Este tatuaje, por la cantidad de detalles y su tamaño, se tiene que terminar en varias sesiones, cuatro o cinco…

—¡No! Quiero terminarlo lo más pronto posible, en una sola sesión.

Paciencia, necesitaba paciencia, uno de los dones divinos negados a ella por naturaleza, podía decirle al galés que se podía ir por donde vino y que ella no aceptaba órdenes de nadie, pero quería hacer ese trabajo, ese tatuaje le daría buen portafolio. Además quería saber más de él, no solo del hombre sino del tatuaje.

Cloe soltó aire por la boca.

—Escucha, Rhys; rste trabajo es muy extenso y no vas a encontrar a nadie que lo haga en una sola sesión, el tejido de tu piel se puede dañar si se expone a tantas horas con la aguja y la idea es que quede un trabajo limpio y tú sufras el menor trauma posible.

—Por mis traumas no te preocupes.

—No lo estoy haciendo, me preocupo por mi nombre si tu piel sufre algún daño —Cloe tomó la hoja con el dibujo, lo escaneó con su teléfono móvil, lo volvió a doblar en cuatro y se lo extendió—. Si quieres puedes preguntar a cualquier otro artista, aquí tienes cientos de ellos. Te dirán lo mismo. Ahora, si estás dispuesto a aceptar mis condiciones, te espero mañana aquí a esta misma hora, tendré el boceto listo en el papel vegetal y estaremos listos para empezar.

Él tomó la hoja de papel, asintió —Buenas tardes —se limitó a decir, dio media vuelta y salió del pequeño cubículo.

—Maldición, maldición —Cloe había perdido una oportunidad gigante, pero no podía ir en contra de su ética—. No importa, ya vendrán otros clientes —miró a la puerta e hizo una mueca y como si estuviese discutiendo con Rhys empezó a despotricar —. Idiota, te perdiste de tener un trabajo de primera calidad con una verdadera artista, de todas maneras no hubiese querido trabajar contigo se nota a leguas que eres un arrogante, mal educado y… y… guapo con los ojos más hermosos que jamás hubiese visto y una boca que me hubiese comido a be…

La puerta se abrió de repente. Cloe cerró la boca tan violentamente que se mordió la lengua sin contar con el brinco que pegó que tropezó con el mismo mueble de las tintas haciendo que cayeran esparcidas por el piso por segunda vez en la tarde.

Rhys se quedó en el umbral de la puerta viendo como si fuese una escena en cámara lenta como las tintan caían al suelo. Hubiese podido jurar que escuchó a la mujer hablar sola en el cubículo. Levantó la mirada y la vio con la mano en la boca y con una expresión de dolor que no entendió, tampoco quiso hacerlo.

—Nos vemos mañana a esta misma hora.

Le dio tiempo a ver a la mujer abrir sus ojos como platos, asentir pero sin sacar su mano de la boca.

Negó con la cabeza y cerró la puerta.

Los artistas estaban todos locos.

Cloe se levantó en la madrugada, daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño hasta que decidió levantarse porque abriría un hueco en el colchón si seguía. La hora no ayudaba, no podía hablar ni con su hermana ni con sus amigas para matar el tiempo. Sabía que si se instalaba en el ordenador iba a terminar de despertarse y eso arruinaría los días que tenía trabajando en el *jet-lag*, decidió ir a tomarse una taza de té, quizá eso la ayudaría a relajarse.

Apenas abrió la puerta encontró la luz de la cocina encendida. Fue hasta ahí y encontró a Eira haciendo justo lo que ella tenía planeado.

—Que sea para dos.

La mujer ni se inmutó, había escuchado cuando Cloe había abierto la puerta. Sin voltear le agregó más agua a la tetera.

—¿Jet-lag? —preguntó mientras tomaba dos tazas de la despensa.

—No —Cloe se sentó derrotada—. Mañana comienzo un proyecto importante, muy importante y el cliente es algo… difícil. Estoy entre nerviosa y ansiosa.

—Hmmm… ¿Es el guapo de la mirada intensa?

—¿Cómo lo sabes?

—Yo estaba saliendo de mi cubículo cuando él salía del tuyo, parecía que le acababas de dar la peor noticia de su vida, me miró y juro que sentí que atravesó mi alma, y te digo que no es fácil atravesar mi alma negra.

Cloe sonrió.

El agua hirvió. Eira le sirvió un té relajante y se sirvió uno ella.

—¿Y qué quiere hacerse? Porque dudo que un tipo como él quiera hacerse un diente de león o una flor de cerezo.

—Esto —Cloe buscó su móvil y le mostró la imagen a su compañera de piso.

La mujer subió las cejas hasta el cielo —¡Wow!

—Lo mismo dije yo.

—Hay mucho dolor ahí y no hablo solo de lo que le va a doler el tatuaje.

—Lo mismo pensé yo.

—Es una lástima, yo le quitaría ese tormento con sexo.

—Yo también lo pensé —rio Cloe. Sophie se hubiese escandalizado con el comentario pero al parecer Cloe había encontrado su alma gemela—. De hecho pensé en más de una manera de cómo quitárselo.

Eira estiró sus labios, era lo más cercano a una sonrisa, ella no era del tipo sonriente.

—¿Y tú, por qué estás despierta?

—¿No lo sabes? Esta es la hora de las brujas y como yo soy una…

Cloe la miró con ojos de «¿En serio?». Eira estiró más sus labios.

—Normalmente sufro de insomnio, pero estos días se ha intensificado. No soy de contar mis cosas personales pero ya que tú también eres una bruja voy a confiar en ti —tomó un sorbo de su café —. Cuando salí con Charlie, pensé que estaba embarazada, se lo dije y lo primero que me preguntó fue si estaba segura que era de él y luego me pidió prestado el dinero para invertirlo en «nuestra familia» —Cloe abrió la boca pero la volvió a cerrar ¿Qué iba a decir? Además su *timing* nunca fue el mejor para dar consejos, para eso estaba Emma. Se limitó a escuchar eso sí lo hacía bien—. No quiero decir que todavía siento algo por él, el cielo me libre, pero tengo esa espina con veneno dentro de mí y no sé como quitármela.

—Mi amiga Sophie te diría que la venganza nunca es buena consejera, pero yo no soy Sophie.

Esta vez Eira *sí* sonrió.

—Mi especialidad es destrozar autos y pintarlos con spray pero eso es en mi país, solo déjame averiguar cual es el límite de lo legal en este país y nuestro amigo Charlie tendrá su merecido por no dejarte dormir en paz en tu ataúd.

Eira soltó una carcajada. Cosa que Cloe jamás hubiese soñado en escuchar.

—Presiento que tú y yo, bruja, vamos a ser buenas amigas —Eira chocó la taza de su té con la de Cloe. Se terminaron de tomar sus

respectivos tés hablando de tonterías para luego caer en un profundo y placentero sueño.

¿Qué demonios hacía Cloe viéndose en el espejo con un labial en la mano si ella ni siquiera se maquillaba? Y *ups*, que casualidad, cinco minutos antes de que el galés de ojos atormentados y labios besables llegara.

Estaba haciendo todo lo que odiaba que una mujer hiciera para hacerse notar por un hombre, ella nunca había hecho algo así solo para que un hombre se fijara en ella, su personalidad hacía que todos lo hicieran pero esta vez necesitaba refuerzos. Así que decidió que esa era una actitud instintiva de las mujeres y contra el instinto no se podía luchar.

Se puso el labial. Nada escandaloso. Un brillo rosado que parecía que ni siquiera quiso ponérselo.

Charlie tocó su puerta —Cloe, bombón, te busca el tipo con cara de héroe de libro distópico de ayer, dice que tiene una cita contigo, que yo no anoté por cierto.

A Cloe se le salió una carcajada, no podía negar que la comparación le sentaba a la perfección a su atormentado cliente.

—Quizá si estuvieses en tu puesto de trabajo y no coqueteando con todas las mujeres de la feria, lo hubieses anotado. Hazlo pasar.

Charlie sonrió socarrón, le guiñó un ojo y cerró su puerta.

Cloe respiró profundo. Estaba oficialmente nerviosa. No solo por todo lo que ese hombre le hizo sentir con solo pararse frente a ella, su mirada hablaba por él, sus ojos oscuros delataban todo lo que él quería ocultar pero a la vez quería que ese trabajo saliera perfecto. Él quería una obra de arte en su piel, una obra llena de un dolor que Cloe podía sentir. Y a ella le afectaba la presión, no solo la presión de él, sino la de ella misma. Deseaba hacer un trabajo perfecto, un trabajo que le valiera sus años de dedicación, sacrificio y pelea con la sociedad.

La puerta volvió a sonar.

Toma aire por la nariz. Suelta aire por la boca. Sonríe amable y por el amor de dios no tires las tintas.

—Adelante —Cloe se acercó a la puerta pero no por amabilidad, se estaba alejando lo más posible de las pobres tintas que pagaban las consecuencias de sus nervios.

Los hermosos ojos atormentados se asomaron por la puerta y Cloe

tuvo que tragar grueso y llevar las manos a un extremo del mueble para no lanzarse encima de ese hombre y quitarle su tormento con una buena…

—Buenas tardes —dijo con la voz grave que Cloe esperaba escuchar desde la noche anterior.

Sonríe.

—Buenas tardes, Rhys —Cloe le extendió la mano y le sonrió amable.

Rhys le devolvió el saludo mas no la sonrisa.

¡Maldición! Como le gustaban ese tipo de clientes. Sabía que estaba tan nervioso como ella. Su mano estaba fría y no era por las bajas temperatura del otoño.

—Adelante, ya tengo el boceto preparado, aunque la mayoría del trabajo es a mano alzada. Te mostraré lo que vamos a hacer a medida que vamos avanzand…

—¿En cuantas sesiones estará listo el trabajo? —el hombre la interrumpió.

Cloe se quedó boca abierta. Sabía que los británicos eran directos y no eran los más sociables con extraños, pero podía sentir el aire hostil en ese momento. Definitivamente no eran los británicos. Era ese hombre.

—Cuatro o cinco sesiones.

—Cuatro.

¿Qué se creía este cretino que ella estaba alargando las sesiones para estar más tiempo con él y así conocerlo? Pues, pues… pues sí, pero eso no le daba derecho a ser tan tajante y menos con esos labios.

Cloe le dio la espalda e hizo como si fuese a preparar las tintas, que ya tenía preparadas minutos antes.

—¿Puedo hacerte una recomendación sobre lo que quieres?

Rhys asintió sin palabras.

Cloe trató de elegir bien sus palabras, sabía que Rhys sería un cliente difícil pero ella tenía ética y la comunicación con sus clientes era algo importante para ella.

—Yo te recomendaría que pienses en colocar la sangre. La sangre tatuada es un mensaje violento y doloroso, es posible que ahora lo quieras pero pronto te podrías arrepentir de ver sangre en tu piel y…

—Gracias por tu recomendación pero te agradezco que te limites a

hacer el trabajo como lo deseo, en todos sus detalles —Rhys la interrumpió con sequedad.

Ella tomó aire profundo. *Paciencia Cloe, paciencia.* Asintió justo como él lo había hecho segundos antes —Siéntate. Vamos a empezar.

Colocó el papel de transferencia en el brazo. Rhys levantó más la manga de su camisa. Expuso su piel. Cloe volvió a tragar grueso. Su piel, el color de su piel, era un color que no podía describir. No era moreno, no era blanco, no era canela. Era dorado como si surfeara todos los días a pesar de que era obvio que no practicaba ningún deporte marino.

Maldición lo tenía que tocar.

Abrió y cerró sus manos varias veces. Tomó con delicadeza el papel, lo ubicó en la parte interna del antebrazo y ahí pasó su mano con firmeza para adherirlo a la piel.

Trató de ignorar lo que sintió cuando sus dedos tocaron la piel de ese hombre.

Cloe jamás creyó en lo decía la gente de la corriente eléctrica que sienten dos personas que se gustan, le gustaba más la versión de Adrien que decía que él sintió paz cuando conoció a su amiga Sophie, pero Cloe no sintió nada de eso, lo único que sintió es que hacía lo correcto, que ahí era donde debían estar lo dos. Era como si la piel de Rhys le diera permiso para tocarlo.

Cuando Cloe levantó la mirada, él tenía sus profundos ojos oscuros clavados en ella ¿Había sentido lo mismo? ¡Nah! Cloe dudaba que ese hombre ni siquiera lo hubiese notado, de hecho no creía que tuviese algo de sentimientos.

—Hoy solo vamos a delinear, daremos forma al tatuaje y luego iremos rellenando con degradados para terminar con…

—¿No puedes avanzar más rápido?

—¿Me vas a interrumpir cada vez que te hable?

Apenas Cloe soltó las palabras cerró la boca y quiso que la tragara la tierra. Ese maldito carácter que la había hecho meterse en miles de problemas. Cuando viajó a Gales se había hecho la promesa de arreglar el cable de edición entre su cerebro y su lengua pero a veces el corto circuito cerebro-lengua era más fuerte que ella.

Por un segundo pensó que Rhys se levantaría y se iría al demonio. Con toda razón, ella no podía perder los estribos de esa manera y menos con un cliente.

El segundo siguiente deseó que Rhys se levantara y se fuera al

demonio porque la mirada que le lanzó fue para que ella misma abriera el hueco en la tierra y se «autoenterrara». El hombre frunció el ceño y la miró con esos ojos que le taladraban hasta el alma. Su mandíbula se apretó y no habló, solo se limitó a bajar la mirada a las líneas dibujadas en sus brazos.

Bien. Porque ella no se iba a disculpar. Lo que había hecho él había sido de muy mala educación… En realidad sí se iba a disculpar si él decía algo, no se podía dar el lujo de perder un cliente tan importante por su carácter endemoniado.

Aclaró su garganta.

—Trataré de trabajar lo más rápido posible ya es que es tan desagradable para ti estar aquí.

¡Demonios, otra vez su bocota! Rhys la miró nuevamente. Esta vez estaba segura que se iría.

No lo hizo.

En esta ocasión sí se disculpó.

—Disculpa, no debí haber dicho eso. Trabajaré lo más rápido que pueda pero no arriesgaré la calidad de mi trabajo por rapidez. Mi nombre como artista está en juego.

Él asintió.

Arregló las tintas en su mesa de trabajo. Encendió su máquina.

El ruido constante hizo que Cloe se relajara de inmediato. Estaba entrando en su territorio, en su mundo. Ya nada le importaba mas que hacer su trabajo y hacerlo bien. Solo quería dejar una marca en ese hombre, una marca que le recordara no solo el motivo, por muy doloroso que fuese, por qué lo quiso, y lo más importante para ella, quien se lo hizo.

Y el trabajo en la piel de ese galés tenía mayor importancia.

No porque fuera él. No porque podía quedarse encerrada para siempre disfrutando del olor de su perfume o lanzando miradas «disimuladas» solo para apreciar sus labios y fantasear con besarlo hasta el cansancio. Noooooo. Era solo que ese trabajo era importante y ya.

Sintió como Rhys apretó su puño al primer pinchazo pero luego se relajó. Ella con él. En ese momento al contrario de lo que sucedía con la mayoría de sus clientes. El silencio y el ruido de la maquina de tatuar crearon una atmósfera de paz que Cloe jamás hubiese pensado existiría entre el dolor del tatuaje, el tormento de los ojos del galés y el deseo que sentía ella por tocarlo cada vez más.

No supo cuanto tiempo pasó, solo supo que ya era suficiente cuando terminó de delinear el tatuaje. Le pidió al hombre que lo mirara. Sabía que estaba perfecto, sabía que él no tenía de qué quejarse pero también sabía que ese hombre era difícil, exigente y haría lo posible por darle problemas a Cloe. Así, que su corazón no se equivocaba al estar sobresaltado esperando la respuesta.

Rhys quedó impresionado de lo preciso de los detalles con solo ver el delineado, en ese momento supo que la mujer era buena y cumpliría con sus expectativas.

Asintió complacido pero no se lo demostró. Ella le devolvió el gesto con la misma expresión.

Al parecer la mujer no era la tatuadora loca que él se había imaginado.

Cloe colocó la maquina sobre el mesón de trabajo. Apretó sus manos en puños y respiró. Por primera vez se sintió una artista, en todo el sentido de la palabra, no la chica loca que tatuaba. En ese momento sintió que estaba en el lugar correcto, haciendo lo correcto y se arriesgó a pensar que incluso estaba con la persona correcta.

—— La segunda sesión ——

Rhys se miró al espejo y arregló el cuello de su camisa, era la tercera camisa que se probaba. ¿Por qué demonios se arreglaba si solo iría a la segunda sesión de su tatuaje?

No podía negar que Cloe lo había impresionado, mas que por ser bella, era talentosa y comprometida con su trabajo, eso lo admitía y lo admiraba pero no más de ahí.

¡Ja! Seguro, tonto.

Cloe no solo era hermosa, era exótica, su piel, sus ojos, su voz, hasta su acento americano le parecían atractivos. El brillo de sus ojos y la luz que emitía era enceguecedora, mientras trabajaba en su piel, Rhys podía notar que la mujer sonreía sin motivo, era como si estuviera en su propio mundo, un mundo feliz. Todo lo contrario al mundo de recuerdos y tormentos de él.

Sacudió su cabeza y miró su mesa de noche. Ahí estaba la foto, en el mismo sitio de los últimos años. Habían pasado tres años desde que Elisa lo había dejado, el accidente la había dejado postrada en esa cama desvaneciéndose poco a poco. Dejándolo solo y más enamorado que nunca.

No estaban casados pero él no necesitaba firmar un papel para saber que Eli era la mujer de su vida, además ella no quería firmarlo, Eli nunca creyó en eso del matrimonio. Pero sabía que ese momento llegaría tarde o temprano, sabía que Eli sería su mujer y ella ya había dado el primer sí cuando aceptó vivir juntos. Ella sería su esposa.

Eli fue una guerrera, luchó hasta el último momento y solo se dio por vencida cuando vio en el rostro de Rhys el dolor de su sufrimiento. Simplemente se dejó ir y Rhys lo agradeció, no podía ser testigo por un segundo más de como su esposa luchaba y perdía la batalla contra su propio cuerpo. Cuando Elisa soltó su mano poco a poco él sintió su alivio, sintió como el dolor se fue desvaneciendo junto con la vida de su querida Eli.

A partir de ese momento no tuvo tregua, su corazón roto y su alma atormentada no permitían que Rhys se acercara a nadie. No podía entregar su corazón cuando su corazón estaba enterrado en el cementerio de Cardiff. ¿Mujeres? Sin duda una que otra mujer sin rostro ni nombre, en una que otra salida con sus amigos había tenido encuentros con mujeres que aceptaban la condición de sexo casual, porque hasta ahí podía llegar cualquier relación con ellas.

Pero la culpa, la culpa es un asesino silencioso que te va

carcomiendo hasta no dejar nada de ti.

Cada noche, como una película, repetía la escena. Él llegando a casa casi a media noche, Elisa harta de estar sola cada noche por su maldita adicción al trabajo. La discusión, ella tomando las llaves de la casa. Dijo que necesitaba tomar aire, necesitaba un tiempo para calmarse y él no la detuvo, debió detenerla. Debió decirle cuanto la amaba, que trabajaba como un loco para darle una mejor vida, algo mejor que ese pequeño apartamento donde vivían.

Luego, la llamada. Esa fatídica llamada par de horas después. Él estaba dispuesto a pedir perdón, a prometer que no trabajaría tanto y que le dedicaría más tiempo, pero no era ella. Era del hospital.

Un conductor ebrio se había pasado una luz roja y embistió a Elisa, dejándola con severo daño cerebral y conectada a cualquier cantidad de tubos. Sus pulmones colapsaban sin ayuda del respirador y sus riñones sin la máquina de diálisis. Era un infierno y él merecía cada minuto de ese infierno, pero ella no. Su dulce Elisa no merecía ni un segundo de ese sufrimiento, aunque los doctores decían que ella no sentía nada, Rhys se retorcía del dolor porque sabía que en el fondo ella sentía, ella sabía y se lo demostró el día que se dejó ir. Solo una lágrima corrió por su mejilla. No hubo palabras de despedidas, ni si quiera una mirada diciendo «adiós», solo una maldita lágrima.

Ese día él agradeció que su Eli hubiese dejado de sufrir e irónicamente lo único que lo alejaba de sus recuerdos y de su tormento era el trabajo. Su vida social se redujo a unas pocas salidas con amigo para que no dijeran que estaba loco. El sexo más que placer era un acto mecánico, era la manera de demostrarle a la gente que se preocupaba por él que estaba bien, que estaba superando a Elisa y que retomaba su vida. Pero nada más alejado de la realidad.

Debió haberla detenido, debió dedicarle más tiempo, debió decirle cuanto la amaba. Debió, debió, debió.

Volvió a mirarse al espejo y se sintió ubicado otra vez. Cloe irrumpió en su cabeza como un trueno. Desde el día que la vio por primera vez no podía sacarse sus ojos de la cabeza. Su mirada llena de ímpetu, sus ojos llenos de vida. Al contrario de Elisa con unos ojos azules llenos de dulzura, Cloe tenía los ojos oscuros rebosantes de pasión… de vida.

Sacudió su cabeza. Esa mujer era solo una tatuadora, la encargada de dejar en su piel la marca para no olvidar nunca a Elisa. Eso era lo que era esa mujer, el medio para un fin.

Cerró el último botón de su camisa negra. Hizo dos llamadas a potenciales clientes, tomó las llaves de su auto y se dirigió a continuar el trabajo en su brazo.

Cloe sabía muy bien qué sucedía ese día. Rhys iría por su segunda sesión. Tenía emociones encontradas en su pecho, cosa que no era extraña porque ella era la presidenta del comité de emociones encontradas. Amaba tatuar pero odiaba el dolor que infringía. No podía parar de ir de fiestas pero nunca podía levantarse al otro día a pesar de que cada mañana prometía no volver a hacerlo. Siempre le decía a sus amigas que el amor era lo más importante pero nunca se había enamorado.

La presidenta vitalicia.

Esta vez su emoción no era desconocida solo amplificada. Haría algo que amaba pero tenía miedo. Vería a ese hombre del que no solo se sentía atraída sino que también le generaba una curiosidad infinita pero sabía que verlo, estar con él, representaría un problema. Otro problema en la lista infinita de problemas de Cloe LeRoux.

Usualmente dejaba un día de por medio para que sus clientes descansaran cuando las sesiones eran muy largas, le hacía bien no solo mentalmente sino que daba tiempo a la piel de recuperarse, pero con Rhys… con la excusa de que «su piel se recuperara» puso tres días de por medio. En realidad era ella la que se tenía que recuperar de su presencia, de su mirada, de su olor.

Emma solo pudo reír cuando Cloe la llamó para pedir ayuda. No era consejo, no era apoyo. Cloe necesitaba ayuda. Sabía que estaba metiéndose en aguas profundas y no tenía suficiente oxígeno.

Ella se conocía. Insistiría, conocería a ese hombre así él no quisiera y mientras más resistencia él demostrara, ella querría saber más.

Llegó a su cubículo, agradeció que Charlie la ignoró por estar hablando con una artista de un local vecino. No tenía ánimos ni para las bromas de Charlie. Estaba más tensa que un cable de alta tensión, incluyendo choques eléctrico y todo.

Agradeció al cielo que llegaron tres mujeres a hacerse cada una una pieza de rompecabezas que encajaban para celebrar sus 20 años de amistad. Cada una deseaba la pieza con una técnica diferente. A la primera lo hizo con la técnica 3D, la pieza parecía que entraba en su piel, la mujer estaba que volaba por lo cielos de la alegría. La segunda quería la pieza en puntillismo. Cloe logró casi el mismo efecto que la

primera chica pero con esa técnica. Y la tercera, con ella hubo pequeño problema, esta quería una mezcla de las dos anteriores, pero su umbral del dolor no era muy alto, de hecho era muy cobarde. Luego de que lloró –antes de que Cloe tan siquiera colocara la maquina en su piel–, sus amigas trataron de animarla, fingió un desmayo, la chicas comenzaron a bromear, Cloe le tuvo que dar un chocolate, entonces ahí pudo comenzar su trabajo bajo una crisis de risas nerviosas de la mujer.

Cloe agradeció cada segundo de la sesión porque cuando las mujeres salieron de su cubículo sonriendo, ella se sentía relajada. Recordó cada una de las celebraciones y todas las locuras que hizo con Zoe y sus amigas.

Las extrañaba tanto.

Y a Zoe más que a nadie.

Extrañaba sus palabras de apoyo y su eterna disposición a acompañar a Cloe en cada una de las locuras que inventaba. Su hermana, su mejor amiga, su confidente, su cómplice.

Pero si algo había aprendido en el poco tiempo que llevaba como artista tatuadora era a dar lo que el cliente pedía y lamentablemente Rhys Pritchard quería silencio. No cometería el mismo error de la vez anterior. Su bocota no la traicionaría. Hablaría lo necesario y no se involucraría en conversaciones personales que sabía se encontraría con una pared de hielo.

Respiró profundo. Miró su reloj y casi en sincronía, escuchó llamar a la puerta.

—Bombón —Charlie asomó sus ojos felinos—. El galán distópico está aquí.

Cloe quiso disimular la risa pero no pudo. Agradeció al cretino de Charlie por su tonto humor, mientras más motivos para relajarse y sonreír, mejor. Le tocaban unas horas intensas por venir.

Rhys entró con su característico ceño fruncido y sus labios tentadores.

Cloe humedeció los suyos casi saboreándose. Ese galés era como un caramelo para una diabética. Pro-hi-bi-do.

Estaba segura que no estaba casado o en alguna relación, ninguna mujer sería tan loca como para involucrarse con un ser tan atormentado.

Solo ella.

También sabía que su tatuaje era un homenaje a alguien a quien

amó o quizá todavía amaba.

Su perfume era diferente. De hecho esta vez tenía perfume a diferencia que la primera vez cuando solo olía a él y era suficiente… eso creía. Cuando el aroma a canela mezclado con algo como lavanda llegó a las fosas nasales de Cloe tuvo que cruzar sus piernas para que sus bragas no se le bajaran.

¡Maldición!

Ella era una profesional, no podía dejarse llevar por instintos tan primarios.

Si podía.

Cloe había visto hombres guapos, muchos. Se había acostado con hombres guapos y así mismo los había olvidado, no estaba preparada para una relación larga. Pero Rhys Pritchard tenía un no sé qué que lo hacía irresistible. Quizá era la tentación o la imposibilidad de tenerlo porque si en algo era estricta Cloe, era que no tenía sexo con sus clientes, había muchos hombres en la calle para ella dañar una relación profesional.

Pero Rhys Pritchard era diferente.

Doble maldición.

Esta vez fue él el que le extendió la mano para saludarla.

Ella secó su mano sudorosa en su vestido y lo saludó de igual manera.

—Hola, señorita LeRoux —dijo el galés formal.

—Me puede llamar Cloe, señor Pritchard —«*Eso es Cloe, mantente formal*».

—Tú me puedes llamar Rhys ya que nos veremos a menudo —el galés hizo una pausa. ¿Qué demonios había dicho? ¿Se verían a menudo? Ellos no se vería a menudo, ella terminaría su tatuaje y no se verían más. Eso era lo que pasaría Aclaró su garganta—. Lo que quiero decir es…

¿Por qué tuvo que decir eso? ¿Por qué no mantuvo la relación distante? Detestaba la cercanía que esa mujer le inspiraba. Esa cercanía, esa confianza. Desde la primera vez que la vio sintió algo, algo que no sabía explicar. No sabía si era esa atracción basada en simple curiosidad. Nunca se había hecho un tatuaje, nunca había visto a una tatuadora como Cloe. Siempre, y quizá era un prejuicioso, se imaginó a las mujeres que tatuaban como oscuras, antisociales y hasta un poco locas.

Pero Cloe no era así, aunque lo de «un poco loca», quizá era lo que más le encajaba como tatuadora.

Ella se encogió de hombros y sonrió sin mostrar sus dientes —No te preocupes, Rhys, entiendo lo que quieres decir —lo interrumpió—. Solo nos quedan tres o cuatro sesiones más y estaremos listos.

—Preferiblemente tres.

—Haré lo posible, no te preocupes. Sé cuando no le agrado a alguien.

Cloe estuvo a punto de maldecir por tercera vez, esta vez por su bocota pero Rhys la dejó boca abierta.

—No es eso… es…

—Creo que mejor empezamos, no tenemos la confianza para que me des explicaciones —*¡Maldicióóóóóóón!* ¿Qué demonios le pasaba con ese hombre? No era difícil que ella se metiera en líos porque nunca se podía quedar callada pero con Rhys pasaba algo que no le permitía que el cable *cerebro-edición-lengua* le hiciera contacto —. Perdón por eso, fue de muy mal gusto el comentario.

—No te preocupes —él retomó su aire distante y ella exhaló derrotada, no había manera de que no metiera la pata.

—¿Me permites revisar el tatuaje para ver si ha cicatrizado bien?

Rhys asintió. Arremangó su camisa.

Cloe tomó aire y fuerzas. Tenía que tocarlo, tenía que palpar su piel para saber si la tinta se había quedado en su piel sin ningún contratiempo. Pero tocarlo significaba hacer contacto con su piel y no en el sentido literal de la frase. Iba a sentir la piel dorada del galés, iba otra vez tener esa extraña sensación que no entendía porque nunca la había sentido antes y le daba pánico.

Lo único que la aliviaba era que estaba segura que la atracción hacia ese hombre era puramente carnal. Quería tocar toda su piel, sentir su pecho, su abdomen. Quería tantear su miembro y hacerlo gemir de placer, quería sentir esos labios carnosos en su piel y en algunas zonas bien específicas de su piel. Eso la aliviaba porque ese terreno sí lo conocía, en esa área sí sabía defenderse.

Eso de cometer la locura de irse de viaje con un desconocido como Emma o irse a su apartamento la primera noche con un tipo como lo hizo Sophie no iba con ella. ¿A quién engañaba? Ya había hecho las dos cosas y sabía que no era amor. Pero tocar a Rhys Pritchard era otro nivel, uno que no conocía y eso le daba pánico.

Volvió a exhalar.

Sacudió su cabeza e hizo el esfuerzo sobrehumano de concentrarse para tratar de ignorar los electrochoques que sentía mientras lo tocaba.

—El color —su voz flaqueó. La piel del galés estaba tibia como si acabara de venir de tomar sol, cosa que era absurda porque el otoño había llegado para quedarse con sus hermosos colores y su baja temperatura. Aclaró su garganta—. El color de la tinta se ve bien. Ha absorbido perfecto en la piel. ¿Te has colocado la pomada que te recomendé?

El galés asintió. La miró a los ojos. No podía negar que la americana lo desconcertaba. Podía apostar mil libras a que ese lado pacífico y amable era un máscara. Él podía sentir que Cloe era salvaje y deshinibida y por una extraña razón que no entendía, eso lo atraía más a ella.

Ella devolvió su mirada y la mantuvo.

Ahí, justo ahí, en ese momento pudo ver el fuego en la mirada color café de la tatuadora.

Todo su ímpetu, toda su energía. Quizo tomarla por la parte de atrás de su cuello, atraerla hacia él y besarla. Quería sentir sus labios tibios, quería invadir con su lengua la boca de esa mujer.

Ella se aclaró la garganta y fue como si el chasquido de unos dedos lo hubiesen sacado de un trance hipnótico.

¡¿Qué demonios le estaba pasando?!

Ella asomó una sonrisa en su rostro.

Lo sabía. Sabía que ahí pasaba algo, y estaba más que segura que él sentía lo mismo. Y no era su imaginación, bastante experiencia tenía con hombres para saber qué se escondía en sus miradas, en especial qué se escondía en *ese* tipo de miradas.

Él sacudió su cabeza como un perro rabioso y no se alejaba de la realidad. Estaba rabioso tan solo de pensar que se sentía tan atraído a esa mujer. La mujer que marcaba su piel para no olvidar a Elisa.

Maldición.

—Voy a iniciar la sesión —dijo ella casi en un susurro—, si sientes alguna molestia solo házmelo saber. Ahora la piel está sensible y es posible que sientas más las agujas.

Rhys solo asintió.

Las palabras de Cloe eran la metáfora perfecta para ese instante de su vida.

Se sentía sensible, su piel reaccionaba de una manera absurda al toque de esa mujer. No era como la primera sesión, esta vez podía sentir la piel de los dedos de Cloe a pesar de sus guantes quirúrgicos sentía que le quemaba y a la vez era un alivio sentir el toque de una mujer sin ningún contexto sexual.

Era un bálsamo.

Mientras ella trabajaba él quiso cerrar los ojos y recordar a Elisa mientras sentía el dolor punzante de las agujas pero sus ojos tenían otros planes.

Observó como Cloe entraba en su mundo, en uno donde nadie la perturbaba. Ni siquiera él con su temperamento de mierda. A través de su tapabocas podía ver que ella asomaba una sonrisa y sus ojos brillaban llenos de alegría.

Amaba lo que hacía así como él amaba ser paisajista.

Diseñar y cuidar los exteriores de importantes estructuras. Su sueño siempre fue rediseñar los jardines del Museo Británico de Londres. Elisa siempre lo apoyó, nunca se rio de sus locas ambiciones.

Hasta que su ambición se volvió una obsesión. Siempre quiso más. Más dinero, más renombre.

Cuando consiguió el contrato para diseñar los exteriores de las galerías en Irlanda pudo haberse dado un año sabático y disfrutarlo con Elisa pero para él ese era solo el comienzo. Siempre quiso más hasta que no tuvo nada.

—¿Puedes por favor pensar en otra cosa? —la voz de Cloe lo devolvió a la realidad.

—¿Perdón? —preguntó asombrado ¿Acaso la mujer leía sus pensamientos?

Cloe detuvo la máquina.

—Que pienses en otra cosa. No sé, en un arco iris o en unicornios o mujeres desnudas pero piensa en otra cosa.

—¿Cómo sabes lo que estoy pensando? —trató de parecer calmado pero su voz fue de alarma.

La mujer soltó una carcajada que lo hubiese molestado de no haber sido porque la maldita risa de la mujer era encantadora.

Ella tomó su tiempo para calmarse.

—No tengo idea de lo que estás pensando pero sea lo que sea te pone tenso, no te has dado cuenta pero tienes la mano en un puño tenso—. Cloe tomó los dedos de Rhys y con un suave toque relajó su

mano y la abrió—. Necesito que estés relajado.

Rhys sentía esa maldita corriente eléctrica cada vez que Cloe apenas posaba sus dedos sobre él. Era como si le inyectara vida en cada toque. Como un electrochoque a un paciente a quien el corazón no le late.

Otra muy acertada metáfora.

Por eso empezaba a odiar que esa mujer lo tocara, él no quería sentirse vivo, él solo quería que Cloe LeRoux le hiciera un maldito tatuaje. Y a la vez ya estaba pensando en hacerse un segundo tatuaje solo para que esa mujer lo tocara.

—Mejor dejemos esta sesión hasta aquí —apartó su brazo de la máquina.

Cloe lo miró con los ojos llenos de furia. Era como si le saliera fuego a sus ojos café. No se suponía que eso lo excitara pero lo hizo.

—¡¿Estás loco?! —la mujer gritó— ¿Cómo sacas el brazo así? Pude haberte lastimado —tomó el brazo de Rhys para ver si le había hecho daño o peor, arruinado el trabajo.

Él retiró otra vez el brazo con violencia —No me toques.

—¿Qué? ¿Qué te sucede?

Cuando Cloe creía que conocía todo de los hombre, venía este galés y la desconcertaba.

—Por favor limpia el trabajo y dejemos esto hasta aquí.

¡¿Qué?! ¿Qué se creía ese cretino? Cloe no respetaba mucho las reglas por eso no juzgaba a quien no lo hiciera pero si había algo que ella respetaba era su trabajo y el tiempo que invertía en cada cliente para que su trabajo fuera de primera.

Cloe se levantó de la silla con violencia —¿Quién demonios te crees? —el hombre la miró entre confundido y asombrado pero eso a ella no le importó y ya a ese nivel de furia –el cual no era muy difícil llegar pero ella había hecho una excepción por él–, ya no le importaba nada—. No me mires así te hice una pregunta ¿Quién demonios te crees que eres para interrumpir mi trabajo, robar mi tiempo y faltarme el respeto de esta manera?

—¿Faltarte el respeto?

—¡Sí! —Cloe le gritó—, vienes aquí con tu mala educación y tu amargura y acepto hacer el trabajo porque es hermoso lo que quieres hacer y sin embargo ni siquiera aprecias que me tengo que quedar callada aguantando tus malas respuesta, exiges que trabaje en un

tiempo determinado como si yo tuviese que acatar tus órdenes y para colmo interrumpes mi trabajo pudiendo ocasionar un accidente ¡¿Quién demonios crees que eres?!

Rhys levantó las cejas extrañado. Nadie le había hablado así nunca, ni siquiera Elisa. Esta mujer le hablaba con una furia, una pasión que no había visto antes.

En ese segundo sintió la energía emanar de esa americana, todo ese fuego que presintió que tenía en su interior y algo se encendió dentro de el de él.

¿Qué diablos?

No entendía lo que le pasaba y ese, ciertamente, no era el momento ni el lugar para analizarlo. Sabía que Cloe Le Roux tenía que ver con eso pero tampoco le concedería ese poder sobre él.

Además, era la segunda vez que la veía y era una tatuadora. Ella no tenía por qué hablarle así.

—No me creo nadie. Simplemente quiero que se termine esta sesión.

—¡Oh! Sí, se va a acabar. Eso lo lograste —tomó una botella con un líquido y una gasa, limpió la piel de Rhys, cubrió el dibujo con un plástico transparente y se quitó los guantes quirúrgicos. Estaba tan furiosa que ni siquiera lo miraba—. Está listo, puedes marcharte.

—¿Disculpa? —tuvo el tupé de preguntar indignado.

—No quieres hablar o que yo hable, al parecer no soportas mi presencia y ahora interrumpes la sesión porque no quieres que te toque. No sé qué más hacer, señor Pritchard, pero al parecer no podemos seguir trabajando.

Con las mismas Cloe le dio la espalda y se dedicó a ordenar su espacio de trabajo. Por fortuna tenía otros clientes, odiaba tener que atenderlos con el humor de perros que se le había desatado pero en la larga lista de las cosas que le volaban los sesos, estaba segura, que la interrumpieran en una sesión de trabajo figuraba en las tres primeras posiciones.

—¿Usted entiende lo que está haciendo, señorita Le Roux? —el tono de galés se tornó sombrío—. De inmediato voy a presentar una queja ante su jefe.

Cloe no sabía porque ese hombre tenía la habilidad de sacarla de sus carriles. Y lo peor era que sentía las mismas ganas de besarlo que de abofetearlo.

—Primero no tengo jefe, todos en este lugar somos socios —habló

entre dientes porque si relajaba un poco la mandíbula toda la feria se iba a enterar de lo que iba a decir—. Y segundo, usted puede hacer lo que le de la gana. Hasta luego, señor Pritchard —dijo sin ni siquiera voltear a mirarlo.

Rhys se quedó mirando la hermosa figura de la mujer. Ese día llevaba un vestido y su cabello oscuro caía en cascada en su espalda.

Cloe Le Roux era de esas mujeres que activaban el instinto animal de todo hombre y él no era la excepción. Cuando la vio por primera vez, sintió esa atracción casi inexplicable y se lo atribuyó a que sin dudas Cloe era una mujer sexi pero esta vez le asustó comprobar que había algo más. Era como si hubiese abierto una caja de seguridad interna que ni él mismo sabía la combinación.

—Buenas tardes —se sintió como un tonto al decir esas palabras sabiendo que la americana estaba tan rabiosa que podía lanzarle algún objeto pero eso fue lo único que se le ocurrió decir.

Idiota.

Los clientes que vinieron después de Rhys ayudaron a Cloe a calmarse pero tenía esa pequeña tormenta entre pecho y espalda. Temía que si alguien se atrevía a tan solo mirarla feo se lo comería vivo, no le importaba que estuviese sola en un país extraño.

Suspiró.

Quizá eso era lo que le sucedía, era parte de lo que le llenaba de frustración y a la vez de tristeza. La luna de miel con Cardiff estaba terminando y empezaba a extrañar a sus padres, a Zoe, incluso a Sophie y a Emma a pesar de que ellas se encontraban mucho más cerca.

Se detuvo en el medio de la calle.

Eso significa que tienen mi mismo huso horario. ¿Y para qué son las amigas sino es para molestarlas a la media noche?

Sacó el móvil de su cartera.

Cloe

«Estás despierta».

Sabía que Emma era una noctámbula. Decidió escribirle a ella antes que a cualquiera porque sabía que Emma a pesar de la locura que había cometido de irse de viaje con un desconocido en Escocia, era la más equilibrada en sus decisiones. Sophie era un ramo de flores de paz y amor y Zoe, bueno, Zoe le recomendaría soluciones que estaba segura serían ilegales en Gales, así como en por lo menos tres cuartas partes del mundo.

La respuesta no tardó en llegar.

Emma

«Estás en problemas»

Más que una pregunta era una afirmación. Emma conocía al personaje y Cloe rio porque lo sabía.

Cloe

«No tan graves como los que crees»

Cloe

«Te llamo»

No había terminado de leer el mensaje cuando su teléfono sonó.

—Temo que el término «grave» para las hermanas Le Roux tiene

un nivel diferente que el resto del mundo.

Cloe rio, siempre sería una alegría para su corazón escuchar la voz de Emma.

—¡Nah! En realidad no es tan grave, pero necesitaba escuchar una voz amiga.

—¿Estás triste? ¿La rebelde sin causa se está ablandando?

—¡Jamás! —Cloe volvió a reír—. Solo que la rebeldía no es tan divertida cuando no estás en tu ambiente ni con tus amigas.

Esta vez fue Emma la que rio —Es verdad. Pero cuéntame cómo te va en Cardiff, a cuantas víctimas has tatuado.

—Esta ciudad es especial, tiene un encanto que me tiene maravillada. Si pudiera me quedara a vivir, Em, no conozco mucho pero lo poco que conozco me hace sentir tranquila y sabes que eso es casi imposible.

—Pero no suenas feliz…

—No, estoy feliz. Estoy haciendo lo que me gusta y tengo amigos aquí. Pero…

—¡Uy! Presiento de donde viene ese «pero».

Cloe suspiró —¿Alguna vez alguien te ha hecho sentir una furia que no puedes controlar y a la vez te sientes atraída a esa persona?

Emma soltó una carcajada —Vivo con esa persona, Clo.

—No, no, no —Cloe sacudió la cabeza como si su amiga la pudiese ver—. Iwan no es así, a él provoca abrazarlo como a un oso panda.

Emma continuaba riendo —El muy canalla vendió muy bien esa imagen, la verdad es que hay días que quiero asesinar a Iwan McKenzie.

—No sé, es diferente, Em; además no sé ni para qué te hablo de eso, de igual manera él es mi cliente y tengo una estricta política de no salir con clientes.

—¡Ja! ¿Desde cuándo?

—Desde que salí con Soni. Salimos por su amor a los tatuajes y terminamos por lo mismo, él quería que le tatuara un demonio de Tasmania con una cerveza en una mano y un porro en la otra y sabrás que aunque a veces no lo parezca, tengo ética.

Emma rio tan fuerte que Cloe se tuvo que separar el móvil de la oreja —Clo, sabes que esa no es razón para no salir con clientes, además ese es tu trabajo y tu vida social porque, vamos a ser sinceras,

no es que eres una de las más sociables que digamos. En tu trabajo hablas, escuchas, y conoces más gente que en tu vida diaria pero por mucho.

—Tienes razón pero aún no es suficiente, mi relación con mis clientes es estrictamente profesional es como un terapeuta con su paciente o un sacerdote con su feligrés.

—¡Ja! Como si acaso eso fuera un buen ejemplo. Cuántos terapeutas no se han casado con sus pacientes o sacerdotes han renunciado por una mujer, hasta profesores con alumnos. Esa no es razón, Clo.

—Está bien, está bien —Cloe suspiró—. En tal caso que saliera con clientes, este tipo a pesar que me hace sentir atraída como un insecto a la luz, tengo como una alarma interna que me dice que no, que ni me atreva.

—Quizá por eso te sientes atraída por él.

Cloe se encogió de hombros —Quizá. Además está el asunto del tatuaje, le estoy haciendo un trabajo lleno de tanto dolor, si eso es una fracción de lo que siente ese hombre, yo debería salir corriendo en dirección opuesta.

—Pero no lo harás.

—Tal vez no tenga que hacerlo. Hoy lo eché de mi cubículo.

—¡¿Quééééééééé?! —La exclamación de Emma fue tan fuerte como su risa anterior.

Cloe suspiró derrotada. Se daba cuenta que había cometido un error garrafal y quizá no solo había perdido a ese cliente, su buen nombre también se vería perjudicado sin contar que ya no vería más los labios besables y la mirada atormentada.

—Sí. Pero en mi defensa, yo no fui la que empezó.

—Tú nunca eres la que empieza, Clo. A ver ¿qué hiciste?

Cloe procedió a contarle todo a Emma. No entendía porqué ese hombre se mostró amable en un segundo y en siguiente no quiso que Cloe le pusiera ni un dedo encima. Estaba desconcertada y cada segundo que pensaba que no vería más a ese hombre, más sentía una puntada en el pecho.

Caminaba sin rumbo fijo, solo hacía tiempo para hablar lo más posible con su amiga sin llegar a su casa y no era que no quería ver a Eira, era que necesitaba aire fresco y el frío del otoño galés le caía perfecto en esos momentos.

Trataba de explicarle como se sentía a su amiga, dentro de lo que podía en su inteligencia emocional de una adolescente de 13 años, cuando sintió un empujón que casi la tira de rodillas al suelo.

—¿Qué demonios? —Gritó.

—Cloe ¿estás bien? —Emma del otro lado del auricular presintió que algo había sucedido.

—Te llamo luego, Em, un idiota me tropezó y casi me hizo caer.

Cortó la comunicación al mismo tiempo que unos grandes ojos azules se clavaban en ella.

—¡Oh Dios! ¡Disculpa! ¿Te hice daño? —Dijo el hombre con restos de diversión en sus ojos.

Cloe no se caracterizaba por ser tolerante y ese día en especial presentía que si alguien se le atravesaba, pues, no la iba a pasar bien.

—¿Acaso vas por la vida llevándote a las personas por el medio? Idiota.

El hombre levantó las cejas admirado —¿Con esa boca besas a tu novio?

—A ti no te importa lo que hago con mi boca, por ahora la usaré para insultarte.

Él levantó las manos en señal de rendición —Está bien, me lo merezco fui un idiota. Pido disculpas.

Al hombre declararse culpable sin dar mayor pelea, Cloe se sintió derrotada. Ni siquiera un motivo para pelear tenía. Los británicos eran muy extraños.

Cloe se dio media vuelta y tuvo la intención de seguir caminando —¡Bah! Ni vale la pena buscar una pelea.

El hombre rio —¿Estás buscando una pelea? Pudiste habérmelo dicho, podemos quedarnos toda la noche aquí peleando hasta que venga la policía o me puedes aceptar un trago de disculpas en este pub —con un gesto de su cabeza señaló el bar que tenían al frente—. Me acaban de botar del bar de al lado pero por fortuna o falta de ella, nuestra patria tiene más bares que hospitales y escuelas y me puedo meter en otro sin problemas. Cruzo los dedos porque no sea el mismo dueño.

Cloe trató de ocultar su risa pero falló. Consiguió buscar un poco de seriedad. El hombre frente a ella tenía la sonrisa más sincera que había visto desde que llegó a la ciudad, quizá porque tenía unas cuantas copas encima pero no estaba borracho, al menos no lo

parecía. Tenía el cabello oscuro y era alto y delgado. Vestía un traje de oficina, Cloe imaginó que del trabajo salió a tomarse unos tragos como lo hacía cada habitante de ese país.

—¿Por qué te echaron del bar? —Preguntó curiosa. Dependiendo de lo que le respondiera el hombre, saldría corriendo o se tomaría las copas que tanto necesitaba ese día.

—Le dije fea a una mujer que se me insinuaba en la barra del bar —se rascó la cabeza y su cabello se alborotó. Se notaba que era un gesto de costumbre y le combinaba perfecto con su sonrisa—. Bueno, no le dije fea en su cara, eso sería muy descortés de mi parte, pero se lo di a entender, resulta que era la hermana del dueño del bar.

A Cloe se le escapó una carcajada —¿Y no te parece poco caballeroso decirle fea a una mujer?

Él levantó sus manos —¡Ey! Dije que no se lo había dicho de frente, le dije que sus facciones no eran mi estilo –quizá con más o menos palabras–. ¿Además, por qué una mujer sí puede rechazar a un hombre diciéndole cualquier cosa cruel y nosotros no podemos hacer lo mismo? Si quieren igualdad, bueno, ahí tienen una dosis de igualdad.

Cloe puso un gesto de dolor *¡Ouch!* —Tienes razón y por ser tan sincero te acepto ese trago de disculpa, pero ni por un momento pienses que me iré a la cama contigo esta noche.

Él amplió su sonrisa y Cloe pudo observar lo hermosa que era.

—Jamás lo hubiese pensado.

—Sí, claro.

Entraron al bar y por suerte había dos puestos vacíos en la barra. Cada uno pidió una cerveza, cuando Cloe trató de pagar la suya, él hombre se negó. Por lo menos el primer trago lo pagaría él por el empujón.

Ella aceptó, al fin y al cabo por eso habían entrado al bar.

—Soy Liam por cierto —dijo el hombre después que chocaron sus vasos.

Sus ojos azules brillaban en la oscuridad del bar, parecían fluorescentes.

—Cloe —tomó un sorbo.

—A ver, Cloe, ¿qué hace una americana en Cardiff buscando pelea?

—Tuve un día de mierda.

Al ver que Cloe no explicó más Liam sonrió.

—Todos hemos tenido días así, pero no podemos ir por la calle buscando pelea.

—¿Y tú qué, eres consejero espiritual?

Liam tuvo que reír, no solo por la respuesta de la mujer sino porque él era precisamente todo lo contrario a un consejero espiritual.

—No, no lo soy, solo quería tener una conversación en paz pero creo que lo que menos quieres es conversar y mucho menos en paz.

—Disculpa —Cloe se mordió un el labio inferior—. Tú no tienes la culpa, aunque eres responsable de que casi le pegara los dientes a la calzada.

Otra carcajada de parte de Liam —Es verdad, merezco mi dosis de veneno.

—¡Nah! Pero si no devuelves el veneno no es divertido.

Liam quiso ocultar su sonrisa pero falló —Eres un personaje, Cloe. ¿Qué tal si tratamos de olvidar lo qué pasó en nuestros respectivos días y empezamos de cero?

—Suena bien—Cloe se encogió de hombros y le dio otro sorbo a su cerveza.

—A ver, Cloe, ¿A qué te dedicas? Si no es indiscreto de mi parte.

—Para nada. Me gusta decir lo que hago y verle la cara de situación a los puritanos. Soy tatuadora.

—Wow. Nunca imaginé que dirías eso. No pareces tatuadora.

—¿Por qué? Porque no visto de negro y no estoy tatuada hasta detrás de la oreja.

—Básicamente.

Cloe puso los ojos en blanco, estaba fastidiada de los prejuicios de la gente.

—Lo lamento, debes estar harta que la gente te diga eso —dijo Liam como si le hubiese leído la mente—, no estamos empezando con buen pie.

—¿Y tú qué haces? —Cloe preguntó, en realidad no deseaba hablar de tatuajes por primera vez en su vida.

—Mi hermano y yo somos dueños de un par de galerías de arte en Irlanda y nos queremos expandir al Reino Unido, en un juego de piedra, papel o tijeras perdí dos de tres y heme aquí, como

representante de las galerías O'Callaghan.

En lo primero que pensó Cloe apenas escuchó las palabras fue en su hermana y sus ganas de hacerse nombre en otros países ya que en el suyo no le iba muy bien. ¿Sería una señal para que Zoe «cruzará el charco» y se reuniera con ella. Quizá así no se sentiría tan sola y tendría a alguien con quien planificar venganzas ilegales.

Suspiró.

—¿Estás bien?

—Sí, solo me recordé a mi hermana. Ella es artista y cuando mencionaste la palabra galería, pensé en unas palabras que me dijo justo antes de venirme a Gales.

—¿Artista? Parece una señal —Liam le adivinó el pensamiento por segunda vez—, ¿qué posibilidades hay que justo la hermana de la mujer que casi hago caer en el medio de la calle sea artista? —entrecerró los ojos que se vieron aún más brillantes— ¿Seguro todo fue una casualidad y no lo hiciste para que exhibiera sus obras?

—Créeme que si lo hubiese querido nunca te hubieses dado cuenta que te engañé sino hasta que tuvieses todos los cuadros de mi hermana no en tu galería, sino en tu casa.

Liam echó su cabeza para atrás de la carcajada.

—Y cuéntame, que hace una tatuadora americana aquí en Cardiff.

Cloe hizo un gesto con la palma de su mano para indicar que se esperará, se tomó lo que le quedaba de cerveza de un solo trago.

Pidió dos más. Esta vez, pagó ella.

Liam la miraba admirado, sentía que estaba tomando unos tragos con cualquiera de sus amigos, de hecho eso fue lo que sintió desde que Cloe le dijo que tenía ganas de buscar pelea.

—Trabajo como invitada en la feria de tatuaje que está al lado del Centro del Milenio.

—¡Ah! Ya sé de cuál hablas, es bastante grande —Cloe asintió—, y cuéntame por qué tu día fue una mierda, acaso deletreaste mal una palabra en un tatuaje o te equivocaste de imagen y le tatuaste una princesa de Disney a un motociclista.

Cloe casi escupe la cerveza de la risa de solo imaginarse a un tipo rudo, vestido todo de cuero negro con un tatuaje de Cenicienta —Oh Liam, tú no sabes las locuras que la gente pide.

—No quiero ni imaginarlo.

De pronto con la risa de Liam parecía que el muro de erizos y

cactus que había construido Cloe a su alrededor ese día se fue desintegrando. Liam la hacía reír a carcajadas, o quizá eran las cervezas. Lo que sí sabía es que ese hombre alto, de cabello negro y ojos azules brillantes era justo lo que necesitaba para olvidar a los ojos oscuros atormentados de Rhys.

Lástima que por primera vez en su vida un hombre guapo y divertido no le despertara ni el más mínimo mal pensamiento. Maldita seas Rhys Pritchard. En otra oportunidad le hubiese propuesto a ese hermoso hombre frente a ella irse a algún sitio privado y así descargar todo el estrés del día.

Pero Liam no le hacía sentir nada de lo que le hacía sentir Rhys, de hecho con él sentía ese extraño aire familiar, como si fuese un viejo amigo y con él podía desahogarse, era casi el mismo sentimiento que le generaba Iwan McKenzie.

Sin darse cuenta, hablaron de todo un poco hasta que el bar cerró. Discutieron de política, hablaron de Zoe y hasta de qué era mejor, tener un gato, un perro o un pez.

Los dos caminaban a la deriva por las calles de Cardiff conversando y riendo.

Cloe no sabía si Liam tenía segundas intenciones con ella, en realidad no le importaba. Cuando se dio cuenta estaban a una cuadra de su casa.

Miró su teléfono. Tenía un mensaje de Eira que contestó apenas vio, sabía que su compañera de piso sufría de insomnio y estaría despierta a esa hora.

—Me agradas, Cloe, a pesar que llevo unos poco tiempo hablando contigo, me agradas. Te quiero hacer una invitación.

—No me voy a ir a la cama contigo O’Callaghan.

Liam lanzó otra carcajada mientras sacudía su cabeza.

—No, no es ese tipo de invitación. Aunque eres una hermosa mujer no te invitaría a ir a la cama conmigo, estoy feliz en una relación aunque no lo creas.

—Pues no lo creo.

—Qué no crees, que no te invitaría a la cama o que estoy feliz en una relación.

—Con mi autoestima, que ya está bastante golpeada hoy, te diría que no te creo que no me quieras invitar a la cama pero lo que no te creo es que estés feliz en una relación. Si fuese así no te habrían botado de un bar y no estarías hablando conmigo en otro.

—Porque hable contigo en un bar no significa que le estoy siendo infiel a mi novia.

—No, digo que no estés satisfecho en la relación pero si estuvieras feliz, estuvieras con ella o al menos llamándola, o en la cama de tu hotel contando las horas para verla.

—Tienes unas ideas muy románticas de una relación, Cloe. Porque no estoy pegado a ella o jurándole amor eterno no significa que no soy feliz, pero tienes razón, vamos a decir que estoy en una relación satisfactoria, no feliz pero es suficiente para mí ¿lo prefieres así?

—Es más real al menos.

Liam volvió a negar con su cabeza —¿Vas a escuchar mi invitación o vas a juzgar mi vida?

—Puedo hacer las dos cosas a la vez sin problemas.

—Eso no lo dudo querida, Cloe —Liam sacó de su bolsillo un porta tarjeta plateado, lo abrió y sacó una tarjeta de presentación. Se la extendió a Cloe—. El próximo sábado mi hermano y yo daremos una fiesta para agradecer a todos los contratistas por la terminación de nuestra galería aquí en Cardiff y será una especie de fiesta privada, solo los contratistas y algunos invitados. Me encantaría que fueras una de mis invitadas. Quizá te ayudo a ampliar tu círculo de amistades y si tienes mucha suerte encuentras una buena pelea.

Aunque la idea le parecía tentadora, Cloe no estaba muy convencida.

—¿Por qué me invitas a tu fiesta si apenas tienes horas conociéndome?

Liam se encogió de hombros —Ya te lo dije, Cloe, me agradas; además siento que fue como una especie de señal que tu hermana fuese artista, no sé, quizá en esa fiesta puedas encontrar alguna oportunidad para ella aquí y así no estás tan sola como me dijiste en el bar.

Él la escuchó. Cuando asentía y sonreía en el bar realmente le estaba prestando atención. Sino fuera por su pinta de sinvergüenza Cloe diría que Liam O'Callaghan eran muy bueno para ser verdad.

Pero también pensó en Zoe, quizá ese encuentro sí era una señal para que su hermana pudiera cumplir su sueño de exhibir sus piezas en una galería. Y quien se sentiría más feliz que Cloe de ser la que le haya abierto las puertas.

De pronto el día asqueroso que había tenido terminó y desde las primeras horas de la madrugada empezaba a ser un buen día. Zoe

moriría con la noticia de que Cloe iría a una fiesta de un dueño de unas galerías donde quizá Zoe podía enviar su portfolio y tener su exposición.

Pero a la vez no confiaba, Cloe nunca confiaba de las buenas intenciones de nadie.

—No creas que por esa invitación me iré a la cama contigo.

Liam tuvo que contener la carcajada —Tienes una fijación grave con el hecho de que yo te invite a mi cama —volvió a entrecerrar los ojos justo como lo había hecho en el bar y sus ojos brillaron justo como en ese momento. Ahí Cloe se dio cuenta que era una expresión natural que lo hacía ver sexi y gracioso al mismo tiempo. Si no fuera porque su atención la tenía un hombre atormentado, se sentiría más que feliz que Liam la invitara a su cama—. ¿No serás tú la que quiere invitarme a la suya?

—Pffff si lo quisiera, ya estarías ahí.

—Le tienes mucha confianza a tus armas de seducción.

—Para ser sincera creo que no son tan efectivas como pensé. Quizá sea que en Gales no funcionan las mismas normas que en América.

—Oh, de eso puedes estar segura querida Cloe, tienes que cambiar tu sistema si tu intención es atrapar a un galés. Nosotros los irlandeses somos más fáciles —le guiñó un ojo y Cloe casi sonrío como una tonta —. Y volviendo al tema de la fiesta, si lo deseas puedes llevar compañía. No tengo problemas al respecto. Solo llámame para confirmar tu asistencia y te doy la dirección del sitio.

Cloe asintió.

Liam le dio un beso en cada mejilla —Estás en la puerta de tu casa, prométeme que de aquí a tu cama no buscaras pelea por favor.

Cloe sonrió y asintió

—Gracias por soportarme esta noche, necesitaba esas cervezas.

—Uno nunca puede ignorar las señales querida Cloe, espero verte en mi fiesta.

Con la misma sonrisa que le regaló toda la noche el irlandés que le cayó como un ángel del cielo, se fue caminando.

Rhys no sabía qué hacer. No podía comportarse como un adolescente esclavo de sus emociones. Pero cada día era más difícil deshacerse del mismo pensamiento, ella. Cloe LeRoux se le había metido entre ceja y ceja y odiaba que sucediera, lo odiaba porque él

no lo planificó, porque ella era una tatuadora que tenía la única misión de marcarlo para honrar a Elisa y sin duda lo marcó.

Ella había hecho lo correcto. ¡Demonios! ¡Además había hecho lo correcto! ¡Lo botó del estudio! Él se había comportado como un cretino y ella como una profesional. Fue una ofensa, sin duda lo fue. Su trabajo, su único trabajo es tocar a las personas ¿Sino cómo demonios se supone que lo iba a tatuar? ¡Lo tenía que tocar maldición! Pero él no aguantó, no pudo soportar el roce de sus manos en su piel, incluso bajo los guantes su piel se sentía tibia. Su rostro era de tanta paz y sus ojos reflejaban tanta alegría solo con hacer su trabajo que Rhys no pudo soportarlo. Ella era como una explosión de colores, de alegría. Hasta la irreverencia le quedaba perfecta.

La había visto dos veces y exclusivamente para hablar de su tatuaje pero había algo en ella que lo hacía querer más, querer explorarla por dentro y por fuera. Querer recorrer sus pechos con sus labios, escucharla gemir de placer. Presentía que Cloe no se guardaba nada, que lo entregaba todo justo como en su trabajo. Llena de pasión, de energía. De esa energía que lo hacía vibrar como estar cerca de un cable de alta tensión. Así era ella y así se sentía él, con el peligro de electrocutarse.

Estaba bien. Estaba bien lo que Cloe había hecho, necesitaría esos días para recuperarse. Para volverse a armar después que ella lo desarmaba con su presencia. Volvería a la feria, solicitaría una cita con ella y terminaría lo que fue a hacer. Tatuarse lo único que le había quedado de Elisa, dolor y culpa.

— Casualidad —

El teléfono sonó. Liam lo atendió al segundo repique a pesar de que no conocía el número.

—Hey, es Cloe.

Liam presintió que ese era el saludo característico de la americana. Las formalidades no eran su fuerte, eso se veía a leguas. Decidió seguirle el juego.

—¿Estás buscando pelea?

Cloe sonrió —Siempre.

Liam no entendía como esa llamada ya le había mejorado el día. Lo que menos entendía era que no sentía la menor atracción por Cloe a pesar de ser una hermosa mujer, segura y sin el más mínimo miedo de ser quien quería ser. Pero no, por primera vez en mucho tiempo no quería llevar a la cama a una mujer. A Cloe la sentía más como una amiga o como una pequeña hermana a la que le hacía falta alguien con quien conversar.

Extraño.

¿Estaría madurando? ¿O de verdad estaba satisfecho con Cinthya? No, eso lo dudaba. Liam no era del tipo infiel, ya era para él difícil tener feliz a una mujer, no tendría dos. Pero sabía que Cinthya no era la mujer de su vida. Simplemente era la mujer que soportaba su estilo de vida y no era del tipo dependiente que lo llamaba cada dos horas. Cinthya era independiente y no pedía explicaciones, justo lo que él necesitaba.

—Creo que voy a aceptar tu propuesta. Tu invitación a la fiesta.

—Genial ¿necesitas que envíe a alguien por ti?

—Por ustedes.

—¿Perdón?

—Me dijiste que podía llevar a alguien, voy a llevar a una amiga y no, tomaremos un taxi o un Über.

—No hay problema, Cloe, me complace que hayas aceptado.

—Si no voy, mi hermana me destierra y luego me asesina.

Liam soltó una carcajada —Es cierto, vas a hacerle «lobby» a tu hermana.

—Eso fue lo que le dije pero en realidad voy a tomar la mayor cantidad de alcohol que pueda.

Volvió a reír —Por fortuna habrá mucho.

—Perfecto, nos vemos el sábado.

—Te envío la dirección en un mensaje —hubo un corto silencio de aceptación—. Cloe, recuerda, si necesitas algo, lo que sea, no dudes en llamarme.

—Gracias pero todavía no confío en tus buenas intenciones.

Esta vez la carcajada fue mayor —Y haces bien querida Cloe, haces bien.

—Nos vemos el sábado, irlandés.

—Nos vemos el sábado, americana.

Cloe decidió salir antes el sábado, había hablado con Bran y a este le pareció una excelente idea. Para ser sincero Cloe no se había tomado ni un día libre desde que llegó y su cuerpo ya gritaba «¡Fiesta!».

Se había ido de copas un par de veces con Bran y Eira pero necesitaba ese tipo de fiestas donde tuviese que ponerse unos tacones, maquillarse –cosa que no hacía a diario– y divertirse con algo que no tuviese que ver con el trabajo. Aunque llevaría a Eira de acompañante por dos razones. La primera, el tal Liam se quitaría la idea de seducirla en caso de que tuviese la intención porque ese cuento de que estaba en una relación «feliz» Cloe no se lo creía y la segunda razón era más divertida, la había consultado con su amiga y habían decidido que disfrutarían un mundo viendo las caras de toda esa gente cuando Eira se apareciera exhibiendo todos sus tatuajes y piercings.

Ese sábado decidió consentirse un poco. Fue a la peluquería pero no para hacerse nada en el cabello, simplemente disfrutaba con el masaje con agua tibia que le daban antes de secárselo. De vez en cuando en Boston solo pagaba porque le lavasen el cabello. Era como ir a un spa solo que más económico.

Siguió los consejos de su hermana que casi atraviesa el océano pacífico de un brinco cuando Cloe le contó lo que había pasado y a quien había conocido, ahora Cloe era la encargada especial para hacer relaciones –no tenerlas–, y lograr que algún representante, algún dueño de galería o el mismísimo Liam solicitara su portfolio.

Cloe rio. ¡Ja! Pidiéndole a la reina de la oscuridad ser sociable.

Pero como era una buena hermana y quería más que nada en el mundo que Zoe estuviera ahí con ella, hizo lo que su hermana le aconsejó. Se hizo la manicura y pedicura y practicó su sonrisa más

sociable mientras se vestía.

El vestido, nada del otro mundo. Negro ajustado pero no apretado justo abajo de la rodilla, de mangas a los codos y cuello redondo con un descote atrás en forma de triángulo. Bastante discreto para su personalidad pero era uno de sus favoritos porque le hacía la figura que no tenía. Cloe no había nacido con la figura contorneada de su hermana. Ella en cambio siempre fue delgada y sin ningún atributo relevante en su cuerpo, la buena noticia era que tampoco tenía que hacer nada para mantenerse mientras la loca de su hermana trotaba por lo menos cinco kilómetros diarios porque sino según ella «todo se salía de control». Para equiparar el «control» de su cuerpo, la que se salía de control era ella.

Su cabello castaño le caía en ondas –hechas en la peluquería–, y llevaba unos zapatos negros cerrados hasta los tobillos con uno ribetes casi imperceptibles de color dorado.

Se miró en el espejo por última vez y tomó su cartera de mano. Un pequeño sobre de color dorado donde solo cabía su teléfono móvil, un labial, su identificación, una tarjeta de crédito y algo de efectivo.

Salió de su habitación y Eira la esperaba. Cloe casi se ahoga con su propia saliva, Eira estaba vestida, pues, no como Eira. Sin duda, Cloe no sabía que hubiese impactado más, ver a Eira vestida con algún vestido de cuero negro con remaches plateados o verla con el vestido que llevaba puesto. Su parte superior con un escote en forma de corazón ajustado a la cintura y luego salía una amplia falda negra de lunares blancos. Su cabello recogido con una rosa roja de medio lado la hacía parecerse a una de esas modelos *pin-u*p de los años 50. Sus tatuajes parecían obras de arte estampados en la piel de la mujer en vez de parecer algo grotesco o excéntrico.

A Cloe casi se le sale un silbido.

—¿Qué? ¿Nunca habías visto a una mujer?

Las cejas de Cloe se negaban a bajar —Nunca en mis más locos sueños te imaginé con un vestido. Serás el centro de atención de esa fiesta.

Eira hizo su clásica volteada de ojos —Vamos que ya vamos tarde.

Cloe sentía sus manos sudar. Estaba nerviosa. Pero no esos nervios de ir a una fiesta formal con un montón de desconocidos. Era algo, algo que sentía entre pecho y espaldas, como esos segundos antes de que suceda algo catastrófico y el hombre araña reacciona justo a tiempo para salvarse. Eso era lo que sentía Cloe, solo esperaba ser tan

rápida como el hombre araña en caso de una catástrofe que estaba casi segura sería causada por ella.

Llegaron a la dirección, lo que parecía ser una casa grande y elegante pero en la puerta se podía leer «Galerías O´Callaghan». El muy bastardo la había invitado a la inauguración de su galería y le había dicho que era una fiesta privada. ¡Por supuesto que era una maldita fiesta privada!

Agradeció haber llevado uno de sus mejores vestidos a Cardiff.

Eira salió del auto como una diva. Y de inmediato se robó la atención de un grupo de personas que entraba.

Apenas cruzaron el umbral de la puerta Cloe quedó boca a cierta y no era que nunca había entrado a una galería. Con Zoe, a cualquier ciudad que iban, la primera cosa que hacían era visitar galerías y museos, por eso Cloe podía decir con propiedad que eran todas casi iguales pero esta, esta era impresionante.

Como todas las galerías, sus paredes eran blancas pero el techo a doble altura de vidrio templado hacía que la noche los arropara.

El piso de mármol blanco y los pasillos amplios parecía como si estuvieran en una nube, lo único que rompía lo pacífico del blanco era el contraste de los colores de las obras de arte expuestas.

Zoe va a alucinar y luego me matará porque soy la peor relacionista pública del mundo. Cloe se lamentó antes de ni siquiera intentar socializar con alguien.

Eira le alcanzó una copa de champaña.

—¿Dónde la conseguiste? —Le preguntó Cloe sorprendida.

—Si cerraras la boca y enfocaras mejor te dieras cuenta que hay cientos de camareros con bandejas y todo tipo de bebida y comida — Eira miró a su alrededor—. Esta es una mierda realmente seria Cloe.

—Cuida tu lenguaje ¿qué pensarán los distinguidos invitados?— Cloe dijo seria, luego las dos explotaron en carcajadas.

—Esto no tiene otra forma de describirlo —su colega no dejaba de ver a los alrededores—. No soy fanática de las galerías de arte pero podría pasar un día aquí feliz.

—Yo también, Eira, yo también. Mi hermana moriría por estar aquí y mataría por exponer.

—No la culpo.

Las dos como sincronizadas de dirigieron a una obra que abarcaba toda una pared. El cuadro lleno de colores combinaban de forma

armónica y a la vez parecía un gran caos. De alguna manera ese cuadro se parecía a su vida, un caos armónico. «Pero caos al fin» hubiese dicho Sophie.

—¡Cloe!

Escuchó una voz familiar, Liam venía hacía ella. Con un traje negro, camisa blanca, una maldita corbata de pajarita que hacía que se viera como James Bond.

Le dio un beso en cada mejilla —Que bueno que hayas podido venir y —la miró de arriba a abajo—, estás elegante.

—Por supuesto que estoy elegante me invitaste a una condenada fiesta, solo que no me dijiste que sería la inauguración de tu galería.

—¿Él es el dueño? —Interrumpió Eira con las cejas hasta el cielo.

Cloe puso los ojos en blanco. Imaginó que todas las mujeres reaccionaban igual al ver a Liam O´Callaghan. Ella lo hubiese hecho de no haber tenido al cretino de Rhys ocupando todo el espacio de su cerebro.

—Un placer —el muy cretino le tomó la mano a Eira y se la besó.

—¿En serio, Liam, en serio? —Cloe volvió a torcer los ojos.

Liam soltó una carcajada de esas de las que ya Cloe se estaba acostumbrando y le gustaban.

—Soy un caballero ante todo, querida Cloe.

—Eso díselo a la mujer que llamaste fea en el bar.

Otra carcajada de su parte.

—Un caballero tiene que ser sincero.

—¡Bah! No me vengas con tonterías. Ella es mi colega Eira Bowen. Me dijiste que podía traer algún acompañante y bueno…

—Como no pudo preguntarle al tonto que le quita el sueño, me invitó a mí —Eira se encogió de hombros—, soy su llanta de repuesto.

—¡Tonta! —Le respondió Cloe.

—Con llantas de repuesto así, yo me olvidaría de quien me quita el sueño.

Cloe vio como por primera vez Eira se sonrojó y rio como una adolescente con un cumplido tan rebuscado. Pero no la culpaba, podía entender que Liam O’Callaghan produjera esas reacciones. El hombre era guapo, atractivo, culto y se notaba que tenía dinero pero a leguas se veía que era un Don Juan.

—¿Vas a seguir Liam?

—¿Por qué no me puede hacer un hombre un cumplido?

—Porque él se los hace a todo ser vivo con una falda.

El irlandés puso cara de ofendido. Otro acto.

—¿Cómo sabes que lo hago? Contigo no lo hice.

—Porque te detuve a tiempo. Te llamé idiota y aclaré que tú y yo no tendríamos nada nunca.

—Ouch.

—Tonta —dijeron Eira y Liam al mismo tiempo. Cada uno expresando su sentimiento en voz alta.

—Ok, ok. Antes de que me golpees, déjame presentarte a mi hermano y a unos amigos. Para que veas lo adorable que soy, voy a ampliar tanto tu círculo de amistades que tendrás amigos hasta en Irlanda.

Cloe negó con la cabeza —Tonto —masculló. Liam solo rio.

Caminaron a otra zona de la galería. Esta tenía a otro artista exponiendo fotografías de rostros. De todas las etnias, colores, edades. Cloe ya había visto ese tipo de exposiciones pero cuando Liam le dijo que la artista era una chica de 15 años refugiada que huyo de su país solo con un bolso y su único objeto de valor, su cámara. Las fotografías fueron tomadas en cada pueblo que tuvo que pasar la chica y su familia hasta llegar a Irlanda donde por suerte los esperaba un familiar, las fotografías tuvieron otro sentido. Más de 50 fotos.

Cuánto no había tenido que sufrir esa chica y lo único que vio fue arte en cada rostro que se cruzó.

Cloe se estremeció. Para ella el tatuaje también era su escapatoria, al igual que la chica, ella solo veía arte en los tatuajes.

Llegaron hasta un hombre que le daba órdenes a un camarero.

Un hombre que, o era el clon de Liam o la copa de champaña le estaba haciendo un extraño efecto a Cloe y veía doble.

Su hermano era gemelo. Idéntico.

El hombre lanzó una carcajada justo como Liam, solo que en par de tonos más baja. La risa de Liam era más fresca, más real. La de su hermano a pesar de ser idéntica era más distante.

—Sí, no estás viendo doble, somos gemelos —el hermano de Liam le extendió la mano—. Un placer Jacob O´Callaghan.

Después que Cloe pasó la impresión, le extendió la mano —Cloe

Jacob miró a Liam —¿La famosa Cloe que casi te patea el trasero en la calle?

—La misma —contestó Cloe satisfecha—. Y la amenaza todavía sigue en pie así que compórtate.

Los hermanos rieron a la vez y era como escuchar una pieza musical con todos los instrumentos. Era perfecto, tanto que Cloe rio con ellos.

Eira le extendió la mano —Apuesto a que no tienen más hermanos.

Los gemelos la miraron extrañados.

—Ciertamente no, no tenemos más hermanos.

—Es que iba a ser imposible para sus padres superarse.

Cloe miró a Eira como si hubiese visto a un fantasma o a una poseída.

Eira daba un cumplido y flirteaba al mismo tiempo.

Eira la miró —¿Qué? Uno tiene que apreciar las buenas obras de arte para eso estamos en una galería ¿No? —extendió su mano y como nunca sonrió diplomática—. Un placer Eira Bowen.

—El placer es mío, Eira. Ya que aprecias tanto el arte permíteme llevarte al salón de esculturas, te sentirás a gusto ahí —Jacob le extendió el brazo y Eira aceptó.

Cloe quedó boquiabierta pensando si «el salón de las esculturas» era de hecho un salón de esculturas o una clave que usaban los galeses para tener sexo.

Veía anonadada como se alejaban cuando vio a Eira detenerse.

Eira vio a al hombre que se acercaba, le parecía conocido pero no lograba ubicarlo. En su trabajo veía tantos rostros que le era fácil confundirlos. Pero de inmediato supo quien era. Los ojos oscuros como dos pozos profundos eran inconfundibles. De inmediato volteó su cabeza para poner de sobre aviso a Cloe, pero era demasiado tarde, ella ya había hecho contacto visual con el hombre y la copa de champaña se le resbalaba de su mano.

Su sentido arácnido no le falló, lo que le falló fue la capacidad de reacción.

Como si la hubiesen llamado Cloe, desvió la mirada de Eira y

Jacob solo para encontrarse el rostro que no había podido sacarse de la cabeza por días.

Rhys Pritchard se acercaba a ellos y Cloe tenía mil preguntas en la cabeza ¿Qué hacía él ahí? ¿Como conocía a los hermanos O´Callaghan si ellos eran irlandeses y vivían en Dublín? ¿Qué tan pequeña podía ser Cardiff? ¿Le daría tiempo tiempo a que la tierra se la tragara o a desaparecer por arte de magia? ¿Por qué sus músculos no reaccionaban? ¿Por qué la copa de champaña de repente le pesaba diez toneladas?

El sonido de la copa al chocar con el suelo y las cinco personas de mantenimiento que la rodeaban a los dos segundos para limpiar el desastre hicieron caer en la realidad a Cloe cuando ya Rhys se encontraba frente a ellos. Volteó anonadada a ver a Liam. Quizá él había llamado a seguridad para sacar a ese hombre que se había colado en la fiesta privada pero no, Liam sonreía amistoso a tiempo que le extendía la mano a Rhys.

Rhys tuvo que acercase, tuvo que hacerlo. Era como si esa mujer fuera un magneto gigante y él una simple viruta de metal. Era tan poderosa la atracción que sentía por ella que lo odiaba.

Había decidido ir a la inauguración de la galería aunque sin muchas ganas pero se lo debía a Liam, después de años trabajando juntos y que los hermanos le consiguieran otros jugosos contratos, se lo debía.

Lo que nunca hubiese podido imaginar era que encontraría a la mujer que se había adueñado de sus pensamientos por diferentes razones. Que sería a la última persona que quería ver por el solo hecho de no saber como reaccionar frente a ella.

Y bueno, así de cruel es la vida.

No tenía ni media hora en la galería cuando la vio de espaldas con su vestido negro con la espalda descubierta. Admiraba una pieza de muchos colores, justo como ella. Llena de colores de forma desordenada pero a la vez tan armónica que solo le podía quedar bien a Cloe LeRoux.

¿Qué cómo la reconoció de espaldas? Ni él mismo lo sabía, su piel empezó a despertar y con su piel todo su cuerpo empezó a vibrar. Sintió una inminente erección y agradeció por la chaqueta del traje. Sabía que era ella. Solo Cloe le generaba esa reacción incluso sin ver su rostro.

Maldición.

Liam sonrió.

—Mi querido amigo Pritchard.

¿Querido? ¿Amigo? ¿Qué demonios? Cloe se sentía en la dimensión desconocida, pero eso no le hacía olvidar todo lo sucedido con el fulano que tenía al frente con un traje negro al igual que su camisa y corbata y que hacía que sus ojos se vieran más profundos y su boca más besable.

Maldición.

Rhys asintió y le respondió el saludo —O´Callaghan. Felicitaciones por la inauguración.

—No hubiese sido posible sin ti.

Si los dos hubiesen visto a Cloe en ese momento no hubiesen visto su rostro sino un gran signo de interrogación encerrando unos puntos suspensivos y al lado de ellos unos signos de exclamación. Sí casi toda la gama de signos de puntuación se podía ver en su rostro en ese momento.

—Permíteme presentarte a…

—Señorita LeRoux —Rhys interrumpió a Liam.

—¿Ah pero ustedes se conocen?

—Desafortunadamente —masculló Cloe pero dudó que la hubiesen escuchado.

—Ella es la artista que me está haciendo el tatuaje que te comenté —Rhys le hablaba a Liam pero no dejaba de ver de Cloe.

Y «ver» quería decir «comérsela con los ojos», mirada que Liam, como buen perro viejo, no pasó inadvertida.

Ahí había una historia, era demasiado obvio.

De lo que conocía a Cloe jamás hubiese pensado que era de las mujeres que se sonrojaban y ahí estaba la señorita LeRoux como un tomate de temporada.

—No me habías comentado eso, Cloe.

—No tengo por qué contarte de mis clientes.

Yyyyyy ahí volvía la Cloe que él conocía.

Le hablaba a él pero veía a Rhys. Liam rio. Era demasiado obvia su atracción.

Cloe sentía que todos sus sentidos se agudizaban. Cada palabra, cada mirada, cada movimiento, Cloe hasta podía saborearlo.

Su boca se hacía agua ante la presencia de ese hombre al que también quería golpear.

Tenía esos sentimientos contradictorios que no sabía como controlar. Todos los hombres de los que se había sentido atraída antes eran eso, atracción. Le gustaban por alguna razón, ya fuese física o intelectual. Pero era simple. Me gustas, te gusto, quizá salimos, quizá no, tenemos sexo placentero para los dos y si nos interesa podemos seguir viéndonos o simplemente *ciao*. Sin complicaciones ni dramas.

Pero con Rhys era diferente cuando cruzó por la puerta de su estudio fue como un golpe en el estómago, un golpe inesperado que la dejó sin aliento por largo rato. Apenas lo vio a los ojos, se perdió en ellos y su boca la hipnotizó. Solo podía pensar en besarlo. En tocar su piel más que los simples toques con la punta de sus dedos cuando lo tatuaba.

Quería recrearse tocándolo. Quería que sus manos lo conocieran. Que la envolviera con su aroma y la besara hasta dejarla jadeante. Pero a la vez quería golpearlo, quería darle una bofetada por no permitir que lo tocara. Quería gritarle para romper ese muro de hielo y poder llegar a él. Nunca había conocido un hombre que la llenara de tanta furia, lujuria y pasión a la vez.

—Rhys —Liam interrumpió los pensamientos de Cloe, gracias al cielo—, fue el arquitecto que hizo todo el paisajismo de nuestras galerías en Dublín y esta por supuesto, entre otros tantos trabajos. Es un buen amigo.

—Pues, los felicito —Cloe quiso escapar. Quiso dar media vuelta y correr pero ya tenía bastante mala fama con los dos hombre para hacerlo así que se limitó a dar una excusa—. Yo seguiré conociendo la galería.

—¿Por qué no la llevas al jardín central, Rhys? Para que vea tu trabajo.

Cloe cerró los ojos como cuando sabes que dos trenes van a chocar y no puedes hacer nada.

Quería asesinar a Liam que por su sonrisa «inocente», lo había hecho con toda la intención.

Liam no podía contener la risa, la cara de Cloe era simplemente un poema y pudo jurar que los ojos de Rhys brillaron. Él no era un hombre de fijarse en esos detalle y mucho menos en otro hombre pero conocía a Rhys de hacía unos años y esa expresión no la había visto nunca.

—No hace falta —Cloe ofreció una sonrisa, falsa pero sonrisa al fin

—, yo solo quiero… —*escapar*— terminar de ver esta exposición y…

—Será un placer mostrarle los jardines a la señorita LeRoux.

Hasta ahí. Cloe no aguantó más. Siempre fue mala para soportar la presión y tontería de los hombres.

—¿Ves, Liam? —Miró al irlandés con furia en sus ojos—. Conozco a Rhys —lo llamó por su nombre a propósito para incomodarlo sabía que las informalidades lo disgustaban—. Marco su piel con una aguja, me encierro en un estudio con él por horas y él todavía me llama «señorita LeRoux» —rio con amargura—. Dudo que el «placer» —movió los dedos índice y medio remarcando las comillas en el aire—, no sea más que una formalidad. Y yo con hipocresías no ando y lo sabes, Liam.

Liam levantó las cejas hasta el cielo. Sabía que Cloe era una mujer de armas tomar pero nunca la había visto en acción aunque cuando la conoció recibió una buena dosis de Cloe LeRoux.

—Quizá estoy siendo formal, señorita LeRoux —Rhys también lo remarcó, él también podía jugar ese juego—, pero no soy hipócrita y cuando digo que me agradaría mostrarle mi trabajo, lo digo con sinceridad.

—En realidad a mí no me gustaría porque me daría miedo que rozara algo de tu trabajo por accidente y te diera un ataque de pánico… o de repugnancia.

Cloe vio como Rhys tragó grueso y sintió una pequeña satisfacción. No lo golpeaba pero el sarcasmo hacía el trabajo.

—Cloe… —susurró Rhys. El nombre le salió como si lo hubiese querido pronunciar toda su vida, se sentía familiar, deseado.

Y ella lo sintió. Su nombre pronunciado en la boca de ese hombre la desarmó. Sintió un tirón en su abdomen que llegó a su entrepierna, en una milésima de segundo se imaginó a Rhys pronunciando su nombre luego de llegar a un orgasmo, con sus cuerpos brillantes de sudor y su boca explorando cada rincón de su cuerpo.

Respiró profundo para tratar de suprimir un gemido.

Lo sintió tocando sus pechos. Devorando su sexo con esos labios deliciosos. Abriendo sus muslos con sus fuertes manos.

Rhys también lo sintió. Miró como Cloe cambió su posición, casi pudo saborear a Cloe y todo el sexo que emanaba de ella.

Cloe tragó grueso e hizo lo que mejor sabía hacer. Retar.

—¿Sabes qué? Sí acepto que me muestres el maldito jardín —lo

odiaba. Odiaba como Rhys Pritchard la hacía sentir y como no lo podía evitar, pues lo haría sentir incómodo a él también.

Liam no salía de su asombro. Quería buscar una bolsa de palomitas de maíz e instalarse a ver la escena. Oh, no se perdería ni un segundo de ese drama. ¿Quién lo iba a pensar? Rhys Pritchard y Cloe LeRoux, lo más divertido de todo era que ninguno de los dos se daba cuenta de lo obvio que eran. Pero para que el drama subiera a otro nivel él tendría que retirarse, luego vería con placer el resultado.

Miró hacía el fondo del salón. Donde se reunían los gerentes de la empresa de remodelación con los abogados. Perfecto. Esa era la oportunidad.

—Quedarás encantada, querida Cloe —acarició su hombro—. Te dejo en las mejores manos. Rhys es excelente compañía…

—¿Qué? ¿Tú no vienes con nosotros?—Cloe lo miraba con cara espantada, como a la niña que dejan por primera vez en el colegio.

Esta vez Liam sí rio. Era adorable ver como una mujer segura como Cloe parecía una niña abandonada al saber que estaría a solas con Pritchard.

—Oh no, querida Cloe, tengo que atender a los otros invitados, pero como te dije, quedas en las mejores manos —y como el excelente anfitrión que era, saludó de lejos a Chris Mayers, el abogado de la empresa.

Traidor. Miserable. Reptil escurridizo.

Esta me la vas a pagar, irlandés. Pensaba Cloe mientras veía a Liam saludar a cuatro hombres con su sonrisa perfecta.

—Entiendo que no desees mi compañía, Cloe.

—¿No señorita LeRoux? —Preguntó Cloe levantando una ceja.

Rhys sacudió su cabeza —No, no, señorita LeRoux. Tienes razón en molestarte.

—¡Ah, no! Rhys Pritchard, no estoy molesta. Molesta no describe lo que siento pero no voy a hacer un espectáculo aquí.

—¿Por qué tendrías que hacer un espectáculo?

—Porque quiero gritarte y al ya no ser mi cliente, no me importaría hacerlo. Pero no lo voy a hacer por Liam, aunque ese miserable tampoco se lo merezca —dio un paso—. Vamos a ver el maldito jardín.

— Debilidad —

Rhys decidió mostrarle a Cloe el jardín interno ya que estaba muy frío afuera para salir sin un abrigo y él estaba más que consciente del gran descote en la espalda de Cloe, no lo podía olvidar porque sentía un hormigueo intenso en su mano, moría por tocar su piel. Podía apostar que era tibia como una tarde de verano.

Eli pasó por su cabeza como una señal de alarma que no podía olvidar. Elisa era su amor, su gran amor y esa mujer que estaba a su lado tenía el poder de envolverlo en una tiniebla o más bien en una nube que hacía que no pensara en nada más que tocarla.

Sentía que no tenía poder alguno para evitar sentir lo que sentía por Cloe. Las ganas de tocar su piel color caramelo y lamerla para comprobar si el color y el sabor eran iguales. No es que sería un problema si no lo eran, él se la comería igual.

Trató de volver a pensar en Eli, en lo único que lo unía a esa mujer era la marca en su brazo. Se lo debía. Era su tributo y su promesa de amor. Pero Cloe lo sacaba de la realidad, era como estar en una realidad paralela donde en lo único que pensaba era en ella.

Después de un largo e incómodo silencio llegaron al jardín interno, un espacio atemperado, con el mismo techo de cristal y dos pasillos en forma de cruz para poder atravesar de un lado al otro. En el centro, una pequeña fuente en forma de pila y en los cuatro cuadrados que se hacían de la división de los pasillos, toda una exposición de orquídeas, bromelias y lirios, combinadas con una cantidad de plantas que Cloe no pudo identificar –tampoco es que era muy buena con las plantas–, pero lo que sí sabía era que el espacio parecía un jardín de un maldito cuento de hadas; de broche de oro al final, en la última pared del patio se alzaba un jardín vertical totalmente cubierto de orquídeas en flor. ¿Cómo unas orquídeas estaba en flor en pleno otoño? Cloe no lo sabía pero tampoco quiso averiguarlo, solo se quedó admirando todo el jardín.

Los colores de las flores con los distintos verdes del césped y las plantas hacían del jardín la más bella obra de arte de la galería, porque no solo podía admirarla, podía olerla, tocarla.

Cloe miró a Rhys que estaba enfocado en algún detalle en el suelo y se preguntó como un hombre de su temperamento con tanta amargura podía crear algo tan hermoso. Como un alma tan atormentada podía llenar un espacio con tanta paz. ¿Estaba consciente de lo hermoso de su trabajo? ¿Lo apreciaría justo como ella lo apreciaba o simplemente era un trabajo más, unos elementos que

ordenó colocar para que se viera bonito el espacio y ya?

No, Cloe no lo podía creer. Dentro de Rhys había belleza, una gran tristeza también pero ningún alma totalmente rota podía crear tanta belleza.

—Jacob deseó que este fuera el último espacio de la galería, para que la gente pudiera comprar un té, un café o un chocolate en la cafetería —señaló un espacio con una pequeña barra, una máquina de café y cajas de diferentes tipos de té en una especie de armario vertical. Cerca de la barra unas pocas mesas y en los pasillos que atravesaban el jardín unos bancos de color blanco—, y así sentarse a asimilar lo que acababan de disfrutar.

Silencio.

Cloe entendió lo que le había dicho Rhys, lo había entendido a la perfección. Pero no lo procesaba, solo sentía como su voz la abrazaba como una manta caliente en medio del invierno. Escuchaba como el hombre arrastraba las «eses» y sus «erres» eran cremosas, como untarle mermelada a un pan recién salido del horno.

Estaba en problemas, en graves problemas.

—¿Cómo está tu tatuaje? —Decidió irse por lo seguro, por lo que ella conocía.

Él asintió —Está cicatrizando.

—Bien —ahora miró hacia el jardín—. Hablaré con alguno de mis colegas para que continúen el trabajo si aun deseas trabajar con nuestro estudio, entenderé si no lo deseas, pero te garantizo que son los mejores profesio…

—Quiero que tú continúes tatuándome —Rhys no dejó que Cloe terminara, no iba a permitir que nadie más lo tocara. Cloe debía continuar el trabajo mientras él descifraba qué demonios le estaba ocurriendo con esa mujer.

—Al parecer tu manía de interrumpirme se está convirtiendo en costumbre.

—Disculpa.

Cloe puso los ojos en blanco, era una dinámica enfermiza. Y presentía que no iba a mejorar. Él estaba acostumbrado a tener el control de todo y ella, bueno, ella era una rebelde sin causa y le huía a todo lo que significara control.

—Escucha, Rhys, yo sé o quiero creer que no es personal, pero no puedo trabajar con un cliente que no desea que lo toque.

Rhys respiró profundo. Recordó esa tarde pocos días atrás. Sentía como los dedos de Cloe lo quemaban cuando lo tocaban incluso a través de los guantes quirúrgicos.

—Y puedo entender. Quizá te sientes incómodo conmigo, es algo que suele suceder —ella se encogió de hombros—, lo que no puedo permitir es que los clientes pasen malos ratos. Cualquiera de mis compañeros está apto para terminar mi trabajo. Solo faltan dos sesiones, y la última es solo para retoques.

Rhys solo sacudía su cabeza. *No. No. No.* ¿Es qué acaso esa mujer no entendía que tenía que ser ella? Que solo el roce de sus dedos en una ínfima parte de su cuerpo lo hacía olvidarse de todo el dolor. Que inclusive hasta había vuelto a imaginar algo más que sexo con una mujer.

Ella no entendía que con su rebeldía e impulsividad le había cambiado la vida, y ni siquiera había tenido una conversación con ella, lo único que habían hecho era discutir.

—Esto es agotador. En otro momento te insultaría y hasta gritaría pero por alguna razón que desconozco, cuando discuto contigo es como si toda mi energía se consumiera y no me gusta esa sensación. Yo soy mi rabia, mi mal humor y mi sarcasmo, yo… —Cloe suspiró—. No vale la pena, Rhys, no la vale.

Cloe se dio media vuelta para marcharse, en realidad estaba exhausta. Estar frente a ese hombre sin poder ni siquiera tocarlo ponía en tensión todos sus músculos como si levantara cientos de kilos.

No había terminado de darse la vuelta cuando sintió un choque eléctrico que comenzaba en su mano y se esparcía por cada terminación nerviosa. Rhys la tomaba de la mano para detenerla.

Realmente no la atrajo hacia él, pero una fuerza, esa fuerza de atracción que hacía que sus cuerpos desearan estar más y más cerca hizo que Cloe volteara para quedar cara a cara con Rhys.

Su rostro quedó a milímetros de el de él, tuvo que levantar un poco la cabeza para verlo. Sus labios tan cerca. Su aroma la envolvía. Sus ojos oscuros, una mezcla de pasión con tormento. El conflicto se reflejaba en ellos y Cloe solo quería acariciar su mejilla y decirle que ella entendía, que todo estaba bien a pesar de que no entendía un cuerno y no, nada estaba bien. Pero no podía moverse, solo podía mirar a sus ojos y a sus labios, esos labios que quiso besar desde el momento que ese hombre entró por la puerta del estudio.

—Cloe —su brazo, el mismo del tatuaje, el mismo que esta mujer marcó para que no olvidase a Elisa, ese brazo le dio la orden a su

mano para que acariciara la mano de esa mujer. Cloe. Esa mujer que no se suponía que apareciera en ese momento para robarle sus pensamientos y para darle esperanzas. Él no quería tener esperanzas, él quería hundirse en su miseria y ella con su terquedad, su orgullo y sus ojos llenos de vida lo rescataba—. Sí, vale la pena.

Cloe no estaba segura de qué hablaba Rhys, si todavía hablaban de las sesiones que faltaban o si hablaba de algo más. No quería saber tampoco. Quería quedarse así toda la noche así él no la besara, así el único contacto que tuviesen fuese su dedo acariciando la mano que la sostenía. En el fondo lo sabía, sabía que valía la pena. Él había creado ese sitio maravilloso donde se encontraban, había belleza en él, incluso dentro del dolor de la imagen que había llevado para que lo tatuara había belleza.

¿Entonces por qué insistía en elegir la amargura? Cloe no había tenido un pasado traumático ni una infancia triste, al contrario, se sentía feliz por haber tenido una vida plena, llena de placeres y de la que siempre hizo lo que le dio la gana y no podía entender, no podía meterse en los zapatos de la gente que elegía quedarse en ese pasado, esa gente que elegía el tormento en vez de la alegría, que elegía la represión en vez de la libertad. No podía entenderlo y sabía que sin entender su tristeza no llegaría a él.

Sacudió su cabeza. ¿Por qué pensaba a futuro? ¿Por qué pensaba que por ese simple encuentro podía llegar a tener un «tal vez» con él? Ella se iría en poco tiempo a Boston, con una gran experiencia y un mejor portfolio. Podría montar su estudio y cumplir su sueño ¿Entonces por qué tenía que venir este galés a sacudirle la vida cuando ella era la que sacudía las vidas de todos a su alrededor? Ese era su papel. Él no le daba esperanzas pero ella las sentía, las podía percibir con el calor que salía de su cuerpo, con la forma de como él tragaba grueso por tenerla tan cerca, de como sus pupilas estaban dilatadas y sabía, estaba segura que si se acercaba más a él, sentiría su erección.

Se sintió empoderada. No era tonta y menos ingenua y ese momento era el que necesitaba para saber que no era ella sola quien se sentía excitada, confundida, eufórica y a la vez en un foso. Él también lo sentía con la diferencia de que ella aceptaba ese sentimiento y le daba rienda suelta.

Se acercó aun más a él. Sus labios tan cerca que podía sentir su aliento a champaña, podía saborearlos. Podía mirar sus ojos oscuros que a esa distancia podía diferenciar el iris de la retina y ver el rubor en sus mejillas. Podía rozar sus pezones con el duro pecho de él y justo como lo sospechaba, podía sentir su erección. Esta vez ella fue la

que tuvo que tragar grueso porque sino se babeaba, Rhys Pritchard era un manjar, un poco amargo pero el caviar también lo era.

Ella se encargaría de comérselo luego y al diablo con que no salía con clientes, Emma moriría de risa, Zoe se burlaría de ella y Sophie le diría que el pez muere por la boca, pero no le importaba. Solo le importaba Rhys Pritchard y su sabor pero mientras, primero lo primero.

—El martes en el estudio trataré de terminar el tatuaje para que no nos tengamos que ver más.

Se dio media vuelta y se marchó.

Rhys quedó en el medio del jardín pensando en las palabras de Cloe.

¿No nos tengamos que ver más? Estaba loca. Después de haberla olido, después de haber sentido su piel así fuese en una mísera caricia.

Pasó su mano por su cabello.

Maldición.

Por cada segundo que sentía el deseo por Cloe, sentía un siglo de culpas por Eli.

Estaba cansado también, cansado de sentir esa culpa, de extrañar a Eli, de pensar «qué hubiese sido si». Y ahora como si fuera poco para sumar a la ecuación de lo patético que era su vida, llegaba Cloe como un torbellino.

¡Y ni siquiera la había besado!

Siguió a Cloe al salón principal y no la vio. Buscó a Jacob y a Liam y se despidió. Necesitaba llegar a casa, pensar, tomar una ducha de agua helada o ponerle hielo a la tina. Su cuerpo vibraba todavía y su miembro gritaba «Cloe».

Entró a la ducha y ni siquiera el agua a punto de congelamiento funcionó. Ahí estaba el muy traidor erguido como si él se controlara solo o como que fuera su dueño, lo que más odiaba Rhys era que sabía que solo había una forma de descargar, de salir del embrujo de Cloe LeRoux, de desintoxicarse. Empuñó su pene. Comenzó a frotarlo. Hacia arriba, hacía abajo, hacía arriba, hacía abajo. Mientras lo hacía cerraba los ojos pero era peor porque solo podía ver a Cloe. La imaginaba desnuda, a horcajadas sobre él. Llevando su ritmo, arriba, abajo, arriba, abajo. La sentía húmeda, caliente. Brillando con el sudor que caía sobre su pecho.

Su mano como si hubiese tomado vida propia aceleró el ritmo hasta que Rhys consiguió la liberación que necesitaba.

Maldijo un par de veces.

Tomó el jabón, lo pasó por su cuerpo. Se enjuagó, salió de la ducha y se fue a la cama. Consiguió el sueño que tenía días buscando.

Cloe se levantó de la cama con una jaqueca mundial pero tenía que ir a trabajar. Consiguió a Eira haciendo un té, mirando su móvil con una sonrisa en la boca.

—A alguien le gustó algo más que el salón de las esculturas —Cloe abrió el refrigerador y sacó jamón, queso y el jugo de naranja.

—Deja el chisme y mejor cuéntame cómo te fue con el galán de libro distópico —Eira levantó una ceja.

—¿Y me dices que deje el chisme? ¿Por qué le dices así? ¿Sabes que Charlie le dice igual?

Eira puso los ojos en blanco —Todos le decimos así querida Cloe, disculpa pero es muy divertido el apodo. Justo como él, complicado y estirado a la vez. Y te agradezco que no me hables del imbécil de Charlie cuando estoy a punto de disfrutar de un delicioso té.

—Si tú no me cuentas de como te fue en «el salón de las esculturas» —Cloe hizo el gesto de las comillas con sus manos—, yo no te cuento de como me fue con… ¿Cómo demonios sabes que estaba con él?

Eira rio de medio lado con esa risa maléfica que la caracterizaba. Sus ojos azules brillaban —Porque desde «el salón de las esculturas» —imitó a Cloe con las manos—, se ve hacia el jardín.

—¿En realidad estabas en un salón de esculturas?

Eira asintió —Y es bru-tal. Debiste haber ido en vez de seguir el drama del galán de libro disto…

—Sí, sí, distópico. Tienes razón, todo con él es drama y yo que siempre critiqué el drama, en las personas, en las relaciones, en el trabajo. La vida tiene una forma irónica de darte tu merecido.

—¡Ah! Eso siempre querida —Eira hizo una pausa para tomar un sorbo de té—. Sé que eres descomplicada Cloe, así que te sugiero que no te enredes con una persona así, esa gente atormentada solo es feliz llevando a la gente a su territorio de tristeza.

—¿Y si yo lo llevo a mi territorio de colores, hadas y unicornios?

Eira rio —Ni tú te crees que ese es tu mundo, quizá el del sarcasmo

y la ironía, pero al menos no es de sufrimiento.

—No sé lo que siento por él. Es como si me atrajera como un imán pero a la vez quiero salir corriendo espantada. No quiero drama pero a la vez quiero sanar sus heridas. Nadie puede vivir así de triste y aislado.

—Créeme que hay gente que sí puede. Lo único que tú debes sentir es ganas de tatuarlo y luego decirle adiós y lo de sanar sus heridas, pues, puede ir a un terapeuta, tú no eres hermana de la caridad para sacar a la gente de su miseria y menos cuando quieren estar ahí y ni siquiera sabes por qué.

Cloe suspiró —Tienes razón además no tengo tiempo para dramas, pronto me iré a Boston y no pienso pasar mi estadía aquí lamentándome por un tipo que solo quiere estar amargado.

—Esa es mi chica.

—¿No me vas a contar lo que hiciste anoche?

Eira negó con la cabeza, suprimía una sonrisa mientras se servía el té.

—Por lo menos dime a qué hora llegaste.

—No era tan tarde, así que no te hagas ilusiones que aquí la única con dramas eres tú.

—¡Bah! Aburrida —Cloe le lanzó una servilleta hecha bolita.

—No todo en la vida es drama, querida Cloe —Eira rio y salió de la cocina dejando a Cloe desinflada en la silla.

Rhys se vio saliendo de jugar tenis con Dennis Chapman, su amigo de la infancia y viendo el reloj, cada vez faltaba menos para volverla a ver y él se sentía cada minuto más confuso. ¿Qué demonios le sucedía con esa mujer?

Por primera vez en años había dormido largo y profundo pero despertó con una sensación que aunque familiar no se sentía igual. Culpa, pero no la culpa que lo acompañaba cada día, esa culpa de saber que lo ocurrido a Elisa había sido su responsabilidad, esta culpa era diferente y ya Rhys estaba empezando a sentirse harto de ese tipo de emociones. Por primera vez quería sentirse libre, lo único que quería sentir era esa energía de vida cuando Cloe lo tocaba.

No se lo explicaba y a pesar de que se descargó en los dos juegos de tenis, todavía se sentía tenso.

—¿Qué te sucede, viejo? —Preguntó su amigo—, por primera vez

en mucho tiempo logro ganarte los dos juegos. No es que me queje pero te siento desconcentrado.

—No sé de qué hablas. No todos los días se gana.

Su amigo se detuvo en seco —Definitivamente te sucede algo, el Rhys que conozco jamás hubiese dicho eso y si no te conociera diría que solo hay algo que desconcentra a un hombre así, una mujer.

Rhys odiaba que Dennis lo conociera tanto, odiaba ser así de básico y predecible y lo que más odiaba era que su amigo tenía razón. Ese día se sentía que odiaba todo.

—No seas ridículo —le respondió más alterado de lo que deseaba —, si quieres jugamos otro partido y te hago tragar tus palabras, idiota.

—Wow, wow —Dennis antepuso las palmas de sus manos en un gesto exagerado—. Solo falta que me golpees por decir la verdad.

A diferencia de Rhys, Dennis era un donjuán y conocía a la perfección todos los síntomas de su amigo. La amargura de Rhys no era ajena pero esa amargura siempre la enfocaba a lograr sus objetivos, sin distracciones y por primera vez desde que Elisa había muerto, lograba ganarle no una, sino las dos partidas de tenis a Rhys.

Rhys se dio media vuelta y lo miró fijamente. Sus ojos llenos de furia impresionaron a su amigo, nunca lo había mirado así, pero su rostro, su rostro fue lo que más le impacto. Un mueca llena de dolor. Lo sabía. Había alguien y conociendo a Rhys en lugar de estar emocionado como cualquier ser humano por una nueva aventura, lo que sentía era dolor. Sentía que traicionaba a Eli.

Y a diferencia de otras veces, cuando hubo otras mujeres esa culpa seguía latente pero por esta vez era diferente.

—Hermano, si quieres hablar conmigo sabes que podemos ir al bar y conversar.

—¿Para qué? ¿Para que escuches lo patética que es mi vida?

—Ya sé que tu vida es patética, pero es mi deber como amigo. Allá tú si la aceptas o no.

Rhys soltó el aliento derrotado. Negó con la cabeza —Gracias, Den, pero estoy bien, no mejor que ayer pero no peor que mañana. Tengo asuntos, eso es todo, pero nada que no pueda resolver pronto. No tiene importancia —como si sintiera que su piel sabía que mentía, tocó su tatuaje.

—Si esos «asuntos» tienen un nombre, sabes que cuentas conmigo —Dennis observó el movimiento de Rhys—. Por cierto, cómo vas con

eso —señaló el tatuaje.

—Bien, bien. Pronto lo terminaré y acabará todo.

A Dennis le pareció un poco dramática la respuesta pero sabía que su amigo era intenso. Prefirió no darle importancia.

—Ven, igual te invito una cerveza.

—Eso es lo que debiste hacer en lugar de estar de entrometido queriendo ser mi mejor amigo —Rhys respondió divertido para tratar de relajar el ambiente.

—Siempre me descubres, no hay manera que no te des cuenta que estoy contigo por tu dinero —Dennis continuó la broma pero sabía que a su amigo algo le sucedía, solo tenía que darle tiempo, luego insistiría un poco más. Lo conocía y temía que Rhys se negara la oportunidad de ser feliz otra vez solo por un maldito sentimiento de culpa.

Rhys llegó a casa exhausto.

Miró su reloj. A pesar de que no era tan tarde ya había oscurecido.

Encendió la luz, dejó las llaves en la mesa de la entrada, dio unos paso más y se sentó en el sillón de la sala.

El piso se sentía más solo que de costumbre. Miró el estante de madera en la pared frente a él. La analizó de arriba a abajo. No era un estante grande. Medía quizá un metro de alto y dos de ancho. Fue lo único que se trajo de la antigua casa donde vivía con Elisa. Después de lo que le ocurrió no podía vivir bajo ese techo así que lo vendió tan pronto como pudo, se consiguió un pequeño piso de dos habitaciones y compró todo nuevo. Todo lo que poseía no tenía historia, ni recuerdos, todo menos el estante.

Sobre él reposaban varios portarretratos con fotos recuerdo de una vida que parecía demasiado lejana, demasiada ajena.

Se enfocó en un close-up de Elisa tomado por él en un invierno esquiando en Suiza. Su piel tan blanca como la misma nieve, tenía un tono rosado intenso en sus mejillas, acababan de bajar de una montaña y a Rhys le pareció que Eli lucía como una reina de hielo. Su cabello rubio bailaba con el viento y sus ojos azules más claros que el cielo sobre ellos. Eli era realmente hermosa de una manera clásica y elegante.

Pero como un relámpago, igual de violento y ruidoso, el rostro de Cloe atravesó su pensamiento. Cloe con su piel dorada y sus ojos oscuros, tan diferente a Eli y a la vez le provocaba esas mismas

emociones pero multiplicadas por mil.

Su voz ligeramente ronca la escuchaba una y otra vez en su cabeza como si su cerebro se hubiese confabulado con su cuerpo para conspirar contra él.

Su vida monótona y llena de sentimientos de culpa se había convertido en una constante imagen, los ojos brillantes de Cloe y su pequeña sonrisa de felicidad.

Esa imagen.

Verla inmersa en su propio mundo cuando tatuaba, ese mundo de total felicidad era una imagen que se había grabado no solo en su cabeza, sino en su piel.

Tocó de nuevo su tatuaje.

La envidiaba. Envidiaba a esa mujer a la que no le importaba nada y no pensaba lo que decía. Simplemente soltaba lo que le pasaba por su cabeza. Envidiaba su poder de abstraerse a un mundo de tanta paz que se reflejaba en sus ojos, quería estar con ella, quería poder entrar en ese mundo, quería que toda esa paz lo inundara aunque fuese por pocos minutos para poder tomarla y besarla. Para probar sus labios finos pero carnosos y sentir lo tibio de su piel. Deseaba que Cloe lo envolviera en su felicidad y lo liberara de las culpas.

Esa mujer se había tatuado en su piel más que la imagen de la daga en su brazo, pero a diferencia de la daga, Cloe no le recordaba dolor. A pesar de todo su tormento, y era lo que más le desconcertaba, cuando pensaba en esa mujer, una pequeña sonrisa involuntaria se asomaba en su rostro.

—— La tercera sesión ——

Cloe pasó el día en el estudio con una sensación extraña en el estómago. Se sentía como cuando en su último año de colegio llegó un día a clases y una de sus compañeras le preguntó si había estudiado para el examen de matemáticas que tendrían en una hora.

Después de tantos años todavía tenía esa pesadilla. Ella escuchando a su compañera, segura de que el examen sería la siguiente semana y su estómago casi volteándose de los nervios.

Así se sentía, como si tenía que presentar un examen de matemáticas y no había estudiado.

Miró su reloj. 6 p.m.

Suspiró. La cita con Rhys era a las cinco y treinta y él no se había presentado.

Se relajó pero a la vez sintió una pequeña punzada en el pecho. Estaba segura que Rhys quería terminar su tatuaje con ella. Sintió que había una conexión más allá de entregar su confianza en su trabajo. No había nada que a Cloe le doliera más que un cliente no confiara en su trabajo pero en el caso de Rhys, el dolor se conectó a unos amplificadores.

Ella quería terminar el trabajo pero no solo porque era ético, quería hacerlo porque era él. Quería poder tocarlo una vez más así fuese la última. Quería sentir su mirada en ella pero a la vez entendía que lo sucedido la semana anterior era razón suficiente para que Rhys o cualquier otro cliente prefiriera ir con otro tatuador.

Así de patética era su situación.

En toda su vida de adulta nunca se imaginó sentir ese tipo de emociones que rayaban en lo platónicas. Pensó en su hermana se que se revolcaría de la risa al escuchar que Cloe se conformaba con tocar por última vez a un hombre con tal y verlo feliz.

Sin contar con el huracán de emociones que sentía y que chocaban con el otro huracán que era su carácter. Una catástrofe, eso es lo que sucede cuando dos huracanes chocan, si es que eso era físicamente posible, pero de serlo, estaba segura que el resultado era devastación y más de un herido.

No podía describir mejor la situación y presentía que no solo sus emociones y ella en sí eran un huracán, sabía que Rhys llevaba su propio tornado interno.

Recordó la última vez que lo vio en su estudio. Su piel cálida pero

a la vez tan frío, su mirada dura y la expresión de repulsión cuando lo tocó, como si tuvieras una enfermedad contagiosa.

Eso fue lo que le voló los tapones. Una cosa era que no quisiera nada que ver con ella, pero su trabajo era sagrado.

Bufó.

Otra vez lo arruiné todo —empezó a hablar sola—. Yo y mi carácter de mierda. Es que no me puedo quedar callada ¿cuántas veces no me lo dijo Sophie? «Cloe, muérdete la lengua antes de reaccionar como… como tú». Pero no, yo siempre tengo que reaccionar como… como yo.

Empujó la silla de su escritorio.

—Supongo que sino no serías tú —la figura imponente de Rhys y su voz de terciopelo interrumpieron su *autoreprimenda*—. Buen día, señorita LeRoux, lamento llegar tarde a mi cita pero mi día ha sido un desastre ¿Todavía me puede atender? Tenemos un tatuaje que terminar.

Estaba apoyado del marco de la puerta como si nada y quién sabe desde cuándo. Cloe sintió que le fallaron las piernas. No solo por verlo, sino por verlo así.

Vestía una camiseta blanca, un suéter de botones color vino y unos pantalones de mezclilla, estaba tan informal como el tono que usó para saludarla. Primera vez que no lo veía de negro y lo que más le impresionó y casi hace que Cloe se desmayara era que… ¿Rhys, sonreía?

Sacudió su cabeza. No era una sonrisa de labios estirados o mostrando su hermosa dentadura, era más bien un intento de relajarse, la comisura de sus labios apeeeeenas subía medio milímetro.

Era una sonrisa, Cloe estaba segura, podía jurar que era una sonrisa.

Cloe abrió la boca para decir algo pero la volvió a cerrar. Parpadeó repetidas veces. Volvió a abrir la boca. No lograba superar a ese hombre.

Lo había tenido cerca en varias ocaciones. Algunas demasiado cerca para su bien mental, pero no lograba superar su rostro. Sus ojos oscuros, sus cejas arqueadas que los enmarcaba haciendo su mirada tan intensa como sexi, su nariz perfilada y sus labios. Los labios de ese hombre eran como los de ningún otro, gruesos, delineados, casi lo envidiaba, ella hubiese matado por tener unos labios como Rhys y le parecía un desperdicio casi inmoral no besarlos hasta verlos hinchados y rosados.

Otra vez sacudió su cabeza, esta vez para espantar sus pensamientos.

Es un cliente, es un cliente, es Rhys Pritchard y quiero besarlo.

Rhys la miraba confuso.

Cómo no la iba a mirar confundido si parecía una idiota mirándolo tratando de ordenar pensamiento y emociones. Tratando de reprimir las ganas de lanzarse sobre él sin saber si comérselo a besos o darle dos bofetadas por tonto. ¿Cómo no podía ver que ella estaba derretida por él? Solo un tonto podía estar abstraído de la cara de cordero degollado que ponía Cloe cuando lo miraba. ¡Hasta ella lo sabía y se odiaba por eso!

Algo que Cloe odiaba con pasión eran esas personas que suspiraban cuando veían a otras y ahí estaba ella, mordiéndose los labios para suprimir el suspiro que se negaba a desaparecer de su boca.

Suspiró derrotada, pero trató de hacerlo parecer un sonido de desespero. Estaba segura que había fallado, así que decidió levantar su barbilla con una falsa dignidad, evitar contacto visual y hacerse la ocupada.

¡Patética!

—Tu cita era a las 5:30 —fue lo único que pudo decir y quiso abofetearse mentalmente.

Él reaccionó levantando las cejas hasta el cielo. Sus hermosas cejas.

Era obvio que Rhys había venido en son de paz, se le notaba incluso en su forma de vestir. Lo estaba intentando ¡hasta trataba de sonreír por amor de dios! Y ella de estúpida solo le reclamaba su impuntualidad.

Carácter de mierda. Eso era lo que tenía.

Él se aclaró la garganta y dio un paso hacia adelante. —Tienes razón, pero llamé para decir que llegaba tarde y Charlie, como creo que se llama, me dijo que te avisaría. Al parecer no lo hizo porque ni siquiera está en su puesto de trabajo. Solo pasé porque tu puerta estaba abierta. Disculpa.

El rostro de Rhys volvió a ser el mismo de las ocasiones pasadas. Oscuro y formal.

Cloe maldijo por primera vez.

Esta vez sí se abofeteó mentalmente.

Trató de recomponerse. Ya lo había arruinado pero esperaba poder rescatar algo.

—Ese idiota —negó con la cabeza, Charlie era tan inútil como charlatán. Cada vez Cloe entendía menos como Bran siendo tan eficiente lo tenía trabajando con él—. Ya hablaré con él —suspiró—. Tú ya estas aquí y eso es bueno —hizo un movimiento con su cabeza para que Rhys se acercara—. Vamos a trabajar, falta muy poco.

Rhys se acercó, se quitó el suéter y Cloe sintió un mini infarto. Era la primera vez que veía los brazos de Rhys, ya que él siempre iba en camisas manga larga y se arremangaba lo necesario para trabajar en su brazo, pero esta vez sus mangas eran cortas y Cloe podía admirar sus bíceps delineados. No eran grandes como si levantara pesas, eran fuertes, bien formados y perfectos para abrazarla.

Se frotó las manos para dejar salir todos los nervios que sentía. Una tatuadora no se puede dar el lujo de que le tiemblen las manos. Pero no era su culpa. Emma hubiese dicho «*nunca es tu culpa Cloe*», con ese toque sarcástico clásico en ella y Cloe le hubiese contestado «*te lo juro que no lo es, no es mi culpa que ese hombre tenga labios para besar, y un cuerpo para tener pensamientos perversos y resulte que sea mi cliente, aunque sea un cretino. Su cuerpo no tiene la culpa de que sea un cretino, así como yo tampoco*» y Emma hubiese puesto los ojos en blanco diciendo que Cloe no tenía remedio.

En realidad no lo tenía y ese hombre era su perdición.

Y ella había roto todas sus reglas con él, no solo en pensamiento sino que estaba segura que lo haría felizmente en la realidad.

Pero con las estupideces que dices y haces, no irás muy lejos —se dijo —. *¡Di algo! ¡Has algo! Y que sea coherente por favor.*

Rhys se sentó en la silla como era costumbre. Cloe tomó su brazo para mirar su trabajo.

—¿Cómo está el tatuaje? ¿Cómo te has sentido tú?

Él la miró. Su tono había cambiado, era más amable y conciliador. Quizá era su sistema de defensa para no dejarse afectar por idiotas como él. Porque algo que Rhys tenía bien claro es que era un idiota y había sido el peor con Cloe.

Era como esos niños que cuando les gusta una niña, solo la molestan, con la diferencia de que él no era un niño y que esos niños siempre le parecieron unos cretinos. Ahora él era uno de ellos.

Había decidido cambiar. No había sido una decisión del corazón, había sido desde la razón. Cloe no tenía la culpa de que su vida fuese una mierda, no tenía la culpa de tener esa luz que iluminaba todo a su paso hasta dejarlo ciego, no tenía la culpa de hacer que sus sentimientos de culpa se alborotaran como un panal de abejas con

solo mirarla, o de lo que le había pasado a Eli y que él sintiera esa atracción incontrolable hacia ella a pesar de ser tan diferente.

Ella no tenía que pagar por sus tormentos y menos cuando solo hacía su trabajo.

De lo único que tenía la culpa era de ser Cloe, de tener ese rostro de ángel que provocaba todos los malos pensamientos, esa mirada feroz y esa personalidad que arrasaba todo a su paso, incluyendo su sentido común.

Había decidido que quería intentarlo, quizá no llegaría a nada porque lo que había hecho la semana anterior había sido lo suficientemente grave para que Cloe no confiara en él, pero al menos llevaría la fiesta en paz. Se daría la oportunidad de dejarla entrar, de conocerla y de tratar de que esas horas frente a ella no fueran en un silencio tenso. Si había silencio que fuese amigable y pacífico. Aunque la paz era una palabra casi desconocida para Rhys, haría el intento de que Cloe le dejara entrar y le regalara un poco de esa paz que reflejaban sus ojos cuando estaba trabajando en su piel.

—Se siente bien, creo que cicatriza bien —miró como Cloe se puso unos guantes quirúrgicos y estudió cada centímetro de su trabajo, pasaba su dedo por su piel y Rhys sentía como que lo torturaban con un cable conectado a la electricidad. No podía explicar lo que le sucedía cuando Cloe lo tocaba, sin contar con sus reacciones fisiológicas, sentía que su cabeza recibía esos mismos pequeños toques de electricidad y por una loca razón le provocaba reír.

Apretó sus labios.

Cloe levantó la mirada. Ahora la confundida era ella. Rhys casi podía ver los signos de interrogación en sus ojos café.

—¿Te estás riendo? —Sigue así Cloe, lo estás haciendo bien. Se dijo con todo el sarcasmo que su cerebro pudo procesar. ¿Acaso no podía reír? ¿Qué era un robot? Tenía todo el derecho de reír si le daba la gana.

Él negó con la cabeza todavía suprimiendo el asomo de sonrisa y Cloe no sabía si estar molesta o besarlo, pero hacerlo en serio. Ese tonto no se daba cuenta de cuan adorable era y más con sus labios carnosos y besables apretados, ocultando lo que parecía la travesura de un niño malo.

¿Se burlaba de ella?

Cloe podía instalarse a pelear y arruinar el momento o podía relajarse y agradecer al universo que unos alienígenas secuestraron al Rhys imbécil y trajeron a este clon sin saber como era el original. O

quizá este era el Rhys original y el que había conocido era el resultado de unas pruebas nucleares fallidas creando un monstruo amargado. Quizá después de su encuentro en la galería el Rhys amargado había decidido cambiar y darle una oportunidad.

Sonrió. ¡Nah! Prefirió creer en su teoría alienígena. Era lo más lógico.

Ordenó sus herramientas de trabajo. Colocó en la bandeja las tintas en el orden en que las usaría. Sirvió el agua con que limpiaba sus agujas. Las servilletas, las agujas., la ilustración como guía, siempre sintiendo los ojos de Rhys sobre ella.

—Ya que estás de buen humor empecemos el sombreado, es lo más engorroso.

—¿No entiendes por qué estoy de «buen humor», verdad? —Le pregunto Rhys y Cloe pudo jurar que había diversión en la pregunta.

—Realmente no, pero no me voy a quejar. Además estás en todo tu derecho de estar en el humor que te de la gana, mientras no quites el brazo con violencia y arruines el trabajo o te haga daño.

—¿Siempre estás a la defensiva?

—No estoy a la defensiva, estoy siendo prudente con la inteligencia emocional de una adolescente que no sabe cómo actuar en estos casos —se puso el tapaboca—. Voy a empezar.

Él asintió —Al parecer tenemos la misma edad en inteligencia emocional.

—Eso no es algo para estar orgulloso.

—No lo estoy, solo lo digo porque deberíamos ser prudentes al comunicarnos.

—No he sido prudente en ningún aspecto en mi vida quizá por eso me he metido en tantos problemas. Puede ser buena idea serlo ahora, estoy un poco fastidiada de tanto drama.

El ruido de la maquina de tatuar se sumó a la conversación, ahora era una especie de sonido de fondo que extrañamente relajaba el ambiente.

Rhys sintió el primer pinchazo.

—¿Estoy en ese «tanto drama?

—Eres la razón de «tanto drama» —Cloe soltó sin diplomacia, al fin y al cabo no era una cualidad que conociera.

Rhys no respondió. Esas pocas palabras fueron una bofetada para él. Aunque no tuvieron la intención de herirlo, fue como un puño en el

estómago. Drama. ¿Así lo veía Cloe? ¿Así lo verían sus amigos? ¿Su vida era un drama? Siempre pensó que su tormento solo lo llevaba él y que para el exterior su vida era normal. Sus amigos no notaban su tristeza, su familia no vería que se sentía morir por dentro y de repente llega esta mujer a marcar su piel y a decirle las verdades en su cara. Sin delicadeza ni ternura. Simplemente con verdad. Quizá eso era lo que Rhys necesitaba para reaccionar, una dosis de Cloe.

Hubo un largo silencio. Para Cloe no era difícil escapar de la realidad cuando trabajaba, en especial en Rhys, ese trabajo era hermoso. Aunque no conocía la razón de querer una daga entre la piel, debía reconocer que el arte estaba lleno de belleza, con mucho dolor pero era hermoso. Para sumarle a su distracción, pensaba una y otra vez en ese Rhys que había entrado hacía poco tiempo en su estudio. Un hombre diferente al que conocía pero todavía con esa oscuridad en sus ojos. Se repetía una y otra vez en su cabeza la escena. El apoyado en el umbral casi sonriendo, hablando más de lo que lo había escuchado desde que lo conoció y hasta le pidió disculpas.

Notó cuánto tiempo había estado trabajando en silencio cuando Rhys se reacomodó en el asiento. Miró su reloj. Había pasado más de media hora.

—Disculpa, me abstraje —apagó la maquina, se levantó de su silla —. Vamos a descansar cinco minutos ¿Quieres algo de tomar?

Rhys negó con la cabeza —Estoy bien, gracias.

—Vamos, ya hablaste más de lo que lo habías hecho otras veces, hasta puedo jurar que sonreíste, puedes aceptarme una soda o agua.

Era el momento. Ahora o nunca pensó Rhys. Si quería cambiar, si quería aunque sea un asomo de oportunidad con Cloe, ese era el momento.

Pensó en Eli y le pidió perdón pero estaba cansado, exhausto. Por un segundo quiso darse una tregua y simplemente disfrutar sentirse bien con alguien.

—Solo si me aceptas una invitación a cenar —dijo sin pensarlo mucho y lo más rápido que pudo para no arrepentirse.

Ok. Ok. Ok. Aquí alguien tomó hongos alucinógenos o mínimo una botella de las que dicen «bébeme» de Alicia en el país de las maravillas. Cloe tenía el presentimiento que había sido ella y se estaba imaginando todo esto que estaba pasando.

Ya que Rhys llegara y sonriera era lo suficientemente surreal, pero que la invitara a cenar. No. Ahí había una trampa y ella era bastante inteligente para no caer.

Entrecerró sus ojos.

—¿Qué te traes entre manos, Rhys Pritchard? Porque no me creo que de un día para el otro hayas cambiado de manera tan radical. No creo en esos cambios.

—Una Coca-Cola estaría bien —Rhys esquivó la pregunta. Cloe no se movió y conociéndola no se movería hasta sentirse satisfecha con la respuesta así que Rhys tendría que ser muy prudente en responder—. Tenías razón cuando dijiste que un tatuador y su cliente se la tienen que llevar bien para que el trabajo sea de calidad y los dos estén relajados en tantas horas de trabajo juntos —Rhys atacó a Cloe por lo que sabía era su punto débil. Mejorar la relación artista-cliente no era para nada su intención, pero sin duda ayudaría—. Pues, decidí que quiero terminar mi tatuaje contigo y que fui un patán las veces anteriores, no es tu culpa mi amargura.

—¡Ja! —Cloe lanzó una risa sarcástica—. Al menos en algo tienes razón. Fuiste un patán y eres un amargado.

Rhys había conocido a alguien así de terco y peleón, bueno, él mismo.

—Cloe… —el tono de Rhys sonó como una advertencia pero Cloe amaba provocar.

—Está bien, está bien pero deberías estar satisfecho, te estoy dando la razón y…

—Pues no lo estoy.

—Todavía debes trabajar en la mala educación de interrumpir a otros —se dio media vuelta sin esperar que Rhys pudiera responder—, pero algo es algo —salió del estudio.

Rhys quiso reír.

Esa mujer era insufrible. Siempre tenía que tener la última palabra. Cloe era tan diferente a Eli. Eli siempre aceptaba con una sonrisa sus propuestas. Siempre tan tranquila, tan dócil. Nunca le decía que no a sus planes, siempre tranquila y serena, nunca lo retaba. Lo único por lo que peleaban era por su maldita adicción al trabajo y eso fue lo que los separó para siempre. Pero Cloe, Cloe era rebelde, lo retaba y buscaba pelear cada vez que podía, no se quedaba con una respuesta ni siquiera por diplomacia y Rhys solo se sentía más y más atraído a esa mujer.

Cada vez que Cloe le soltaba una de sus respuestas a Rhys le provocaba reír. Algo que no le sucedía desde hacía tanto tiempo, incluso antes de que Eli muriera ya él no reía y no se había dado cuenta hasta que conoció a Cloe.

Había estado tan muerto como Eli solo que él estaba peor porque se había quedado entre los vivos fingiendo tener una vida y Cloe fue como un *electroshock*, de esos que le colocan a los pacientes cuando están muriendo y con un solo choque eléctrico los devuelven a la vida.

Rhys no podía encontrar mejor metáfora que esa porque eso fue justo lo que sintió cuando Cloe puso sus manos sobre él la primera vez. Cloe lo había traído a la vida.

—Espero no haber tardado tanto y dado tiempo a que tu gemelo malvado tomara otra vez tu puesto. Me agrada más este Rhys.

Rhys trató de esconder su sonrisa pero falló miserablemente —Me complace que este hermano te agrade más.

Cloe le extendió la soda con una sonrisa asomada en sus labios.

—Acepté la soda pero tú nunca respondiste a mi invitación.

Cloe todavía no podía creer lo que sucedía. Sabía que había algo detrás de todo ese cambio y odiaba no poder saber qué era. Odiaba no poder leer a Rhys como lo hacía con los otros hombres, bueno, Rhys no era como los otros hombres.

—No salgo con clientes, Rhys.

—No es una cita —respondió él de inmediato—. Es mi manera de pedirte disculpas por lo cretino que fui, es una de las pocas maneras que conozco. Mis habilidades sociales no son las mejores —se encogió de hombros—, ya de por sí es difícil para mí hacerlo.

Cloe suspiró —Está bien, está bien pero con una condición.

—¡Por amor de dios, Cloe! No puedes simplemente decir que sí.

—¡No!

Esa mujer le volaba la tapa de los sesos y él como un estúpido adolescente quería reír. Trató de disimularlo pero, otra vez, falló.

Ella también rio.

—Mi condición —ella continuó como si nada—, es que me cuentes la historia de tu tatuaje.

—Es difícil para mí, es algo muy personal.

—Como el 99% de las historias de los tatuajes que hago —Cloe comenzó a organizar otra vez su espacio de trabajo—. No tiene que ser hoy o mañana, ni siquiera tiene que ser toda la historia, simplemente quiero saber por qué.

—¿El por qué del tatuaje?

—No, por qué tanto dolor.

Ella no lo miraba pero él pudo ver la expresión en su rostro, casi de tanto dolor como el que sentía él.

Esa mujer no dejaba de sorprenderlo. Lo conocía sin conocerlo. Sabía lo que sentía. Esa mujer despreocupada, rebelde e indiscreta podía ver dentro de él.

Él no hablo. No lo hizo mientras ella empezó a trabajar otra vez en su brazo, ni cuando tomaba pequeños descansos entre cambios de tintas o limpiezas.

Cloe sintió que pasaban años. Su silencio era lapidario, quizá había traspasado la línea de la discreción. Sabía que no era ético presionar a un cliente para contar su historia pero ella tenía que saber, tenía que saber por qué Rhys sufría de esa manera hasta el punto de hacerse una marca tan fatídica en su piel.

Cloe había hecho unas cuantas dagas antes, e incluso con ese efecto tridimensional de enterrarse en la piel, pero esta era diferente. En este trabajo se sentía el dolor. Era como si Rhys quisiera enterrarse esa daga de verdad y continuar sintiéndola ahí para toda su vida.

—Mi prometida murió por mi culpa.

Fueron las únicas palabras de Rhys y Cloe sintió como que le cayó un balde de agua congelada que le quemó la piel.

Detuvo su maquina por un segundo para mirar su rostro. Lo que había dicho era tan lapidario como la expresión de su rostro.

Encendió otra vez su maquina. No habló y continuó trabajando. Quizá si no lo interrumpía él continuaría hablando, Rhys, detrás de esa amargura era como un animal herido y lo menos que quería hacer era ahuyentarlo, además, qué podía decirle.

Era obvio que había mucha culpa dentro de esa afirmación, de esa que no se va con un simple «no te culpes, no fue tu culpa». ¿Y si realmente fue su culpa? Quizá algún accidente de tránsito, alguna irresponsabilidad de su parte y su prometida pagó las consecuencias…

¡Maldición!

¿Por qué no te podías quedar callada y aceptar la invitación a cenar feliz? ¿Al final eso no era lo que querías? Que Rhys diera alguna señal. Cuando te saca la bandera gigante ondeándola para darte la tan esperada señal tú arruinas todo por tu indiscreción.

Cloe se daba bofetadas mentales.

—Hay tanto dolor… —fueron las únicas palabras que pudo formar su boca. Y no era mentira y quiso parecer condescendiente. Desde que vio la ilustración por primera vez lo único que pudo sentir Cloe fue

dolor y una tristeza inmensa.

Rhys respiró profundo.

Eli era una herida que no cerraba, que él no quería que cerrara. Por eso el tatuaje, sería el recuerdo de su tormento, de su culpa.

Sí, había sido su culpa. Si él no hubiese sido el adicto al trabajo que era, si se hubiese dedicado más a ella, a su relación, si hubiese aceptado a buscar el tan ansiado hijo que deseaba Elisa, pero no, él quería más dinero, más prestigio. No permitiría que su hijo creciera con carencias, él le daría todo y más pero para eso necesitaba tiempo y él mismo se robó ese tiempo. Todo había sido su culpa.

—Esa es la intención —otro largo silencio—. Elisa era mi amor, era mi todo y por mi estupidez ella murió. Esa noche discutimos… Eli nunca discutía, pero esa noche… —Rhys había comenzado a hablar y no podía callar, nunca había hablado así de Eli pero con Cloe no podía callar, era como si ella hubiese abierto un grifo que él ahora no podía cerrar. ¿Por qué? Ni él mismo lo entendía pero no podía parar y mientras hablaba sentía que caía en el mismo pozo en el que sentía caer cada noche que recordaba todo—. Fue atropellada por un conductor ebrio. Pasó dos meses en agonía hasta que se dejó ir. Yo lo agradecí y me siento un maldito por desearlo pero no podía seguir viendo a mi Eli en ese estado.

Cloe, trataba de seguir trabajando como si lo que le contaba Rhys no le afectara pero sus ojos inundados de lágrimas contenidas demostraban lo contrario.

Tomaba pausas de centésimas de segundos. Trataba de que Rhys no lo notara pero era difícil. Creía que en el tatuaje había dolor, qué equivocada estaba. Lo que había era agonía y tanta culpa que hacía que Cloe quisiera llorar sin detenerse.

—Este tatuaje, en este brazo —Rhys continuó—, es justo lo que sentí cuando Eli soltó mi mano y se dejó morir —Rhys movió con prudencia los dedos—. Sentí que una daga penetró en mis entrañas desde mi brazo y me destrozó.

Las palabras de Rhys eran cada vez más y más dolorosas.

Una parte de Cloe le decía que corriera y se alejara de ese hombre lo más que pudiera pero otra parte, la testaruda le decía que se quedara, que lo escuchara y que ayudara a calmar su dolor.

Sus sueños de tener algo con Rhys, algo intenso e importante se fueron al diablo cuando escucho su historia. Él todavía amaba a su prometida y nunca se podía competir contra un fantasma, pero se quería quedar, quería ayudar a Rhys y mostrarle que él no estaba

muerto, quería enseñarle a vivir otra vez.

Suspiró.

Y pensar que un par de días atrás decía que no quería nada de drama en su vida.

Pero no podía abandonar a Rhys, no podía dejarlo. Su deseo, sus ganas de besar sus labios deliciosos, sus ansias de tocar su cuerpo y sentir sus manos en ella se transformaron en algo que le dio miedo, quería verlo reír, quería que Rhys sintiera que no estaba muerto y que podía amar otra vez. Quizá no a ella, quizá no con la misma intensidad que amó a Eli, pero podía liberarse de su culpa o aceptarla y continuar.

Se dio cuenta que había terminado. Solo hacían falta unos pocos detalles. Su última sesión sería pronto pero ella no podía despedirse, no podía dejar a Rhys con su sufrimiento.

—Entiendo tu culpa, es normal que te sientas así.

Rhys frunció el ceño extrañado, nadie nunca le había dicho esas palabras. Pero ella era Cloe, nadie era como ella.

—¿No me vas a decir que yo no tengo la culpa, que la culpa fue de ese maldito ebrio y que no me sienta así? —Sonrió con amargura.

—No. Cada quien elige cómo sentirse. Yo no soy nadie para decirte cómo hacerlo —se encogió de hombros aparentando desdén cuando en realidad casi temblaba—. Pero tienes que aprender a vivir con eso, a vivir, no a deambular como un zombi. Tienes que permitirte tener una vida con todo lo que eso implica. Si vas a estar vivo, vive.

Cloe aplicó una pomada en el área y colocó un plástico de envolver. Se dio media vuelta, recogió su área de trabajo. Y se levantó.

—Ya casi terminamos —sonrió sin saber más qué hacer. No sabía que hacer con sus manos, ni con su mirada, ni con sus pies así que se apoyó en el escritorio y se cruzó de brazos—. La próxima semana será nuestra última sesión. Solo faltan unos detalles, el color de la cinta y las gotas de sangre.

Un extraño silencio envolvió el pequeño espacio.

Rhys pudo ver los nervios de Cloe y eso era casi un evento tan frecuente como el cometa Halley. Quizá no debió contarle, quizá debió mantener la distancia que los mantenía a cada quien en su sitio. Pero ya había sido un estúpido antes, ya no podía negar lo obvio. La atracción que sentía por Cloe, era más fuerte que su voluntad de permanecer en el dolor y en la culpa. Por primera vez deseaba volver

a vivir, quizá no ser feliz como una vez lo fue, pero quería simplemente vivir. Y por más que se negó a él mismo sentir algo por «esa tatuadora», era más que obvio lo que sentía y deseaba.

Se levantó de la silla y se dirigió a la puerta.

—Espero no te hayas asustado y siga en pie la cena.

—Hace falta mucho más que eso para asustarme. Mañana trabajo pero el día después estoy libre. ¿Te parece a las ocho?

Rhys estiró sus labios lo que Cloe pudo contar como una sonrisa.

—¿No debería ser yo quien ponga el día y la hora?

—¿Según quién?

—La etiqueta

—Yo no sigo la etiqueta. Si puedes bien, si no lo lamento —Cloe quiso parecer despreocupada cuando rompió contacto visual con Rhys, pero en realidad cruzaba los dedos. Quería salir con él, quería por primera vez poder sentarse a cenar con él como si fueran normales.

Rhys miró a la mujer del otro lado de la habitación y como no pasaba en lo que sentía eran años, quiso besarla. Deseó tomar su rostro entre sus manos y sentir sus labios, quiso sentir su sabor. Sentir su aliento acelerado y su piel tibia. Quiso recorrer su cuerpo hasta quedar tan pegado a ella que no cupiera un ápice de dudas.

Dio un paso adelante.

— El primer paso —

Con ese paso vinieron miles de dudas, miles de recuerdos.

Había decidido cambiar, abrirse a Cloe. Ella había quebrado sus defensas con solo ser ella. Con solo sentarse horas en silencio frente a él y dejarle disfrutar de su hermoso rostro iluminado por la felicidad de simplemente estar ahí.

Él deseaba eso, deseaba tener la habilidad de irse a un lugar en su mente donde no hubiese culpa ni dolor. Un lugar que solo con pensarlo le trajera una sonrisa. Días atrás descubrió que lo había encontrado y sentía un miedo muy cercano al pánico porque no era un lugar, era una persona. Eran esos ojos café y esa piel dorada. Era ese carácter endemoniado y esas respuestas mordaces.

Su lugar feliz era Cloe.

Después de días luchando contra él mismo había decidido darse una oportunidad, quizá conversar un poco. La cena no estaba en los planes y mucho menos contar su historia pero como siempre era con ella, todo se salió de planes y Rhys lo agradeció.

Dio otro paso y después de ese otro y otro hasta que tomó el rostro estupefacto de Cloe, lo acunó con sus manos y le dio el beso ansiado por los dos.

Cloe sintió como los labios que había deseado besar desde el primer segundo en que vio a Rhys, tomaron los suyos y no se equivocó, eran suaves y carnosos, eran tibios y tan ávidos de su boca como los suyos.

Pocos a poco se fueron amoldando a su boca hasta que sintió la punta de la lengua de Rhys tocar sus labios tímidamente, como pidiendo permiso. Permiso que ella concedió.

Rhys sintió como Cloe le dio acceso para ir más allá y él no iba a desperdiciar esa oportunidad. Ya había dado el primer paso y no se iba a retirar. Su lengua invadió la boca de Cloe y ella lo premió con un suspiro. Sus manos bajaron hasta el largo cuello de la mujer y se posaron con delicadeza en él. No se sentía preparado para tocar su cuerpo aunque era lo que más ansiaba pero tenía el presentimiento que si empezaba a tocarla no pararía.

Cloe no pensaba igual, apenas sintió las manos de Rhys posarse entre su mandíbula y cuello, no perdió el tiempo y las de ella lo rodearon y ascendieron por su espalda, se regodeó en la sensación. Maldijo a la tela de la camiseta que se interponía entre sus manos y la piel de él pero como lo sospechó la espalda de Rhys era firme, podía

sentir como se movían sus músculos. No era gigante porque era obvio que Rhys no levantaba pesas ni nada por el estilo, de hecho era delgada pero formada y Cloe moría de ganas por pasar sus manos en esa espalda desnuda.

Sus labios ya habían encontrado el ritmo perfecto para hacer de ese beso el mejor primer beso de la historia de los primeros besos cuando Rhys se apartó de ella demasiado rápido para sus gustos.

Nooooooooo. Escuchó una voz en algún sitio dentro de su cuerpo sin saber si venía de entre sus orejas o entre sus piernas.

Abrió los ojos con miedo a que hubiese sido una ilusión y encontrarse con que seguía marcando la piel de Rhys hundida en una fantasía y él silente como siempre, pero ahí estaban esos pozos oscuros con un brillo especial en lo más profundo de ellos.

Tan pronto como Rhys se separó de los labios de Cloe fue como si un hechizo se hubiese roto. Cayó en la realidad.

—Lo lamento. Esto no…

—¡Ni se te ocurra decir que esto no debió pasar, Rhys Pritchard! ¡Tú no me puedes besar de esa manera y después decir que fue un error. Afronta tus acciones y sus consecuencias!

Cloe no iba a permitir que la vieja versión de Rhys tomara posesión otra vez, no, no y no. Y si tenía que gritarle para mantenerlo ahí, pues le gritaría. Tampoco era que se le hacía muy difícil.

Rhys nunca se cansaba de escuchar a Cloe, incluso alterada se escuchaba como la voz más sexi del mundo.

—Y no me mires de esa manera —*que estoy en mi trabajo y no te puedo desnudar y besar cada centímetro de ti.*

—¿Las consecuencias? —Rhys había escuchado cada palabra que Cloe había dicho pero esas fueron las que más llamaron su atención—. ¿Qué consecuencias?

Ninguna y cientos de ellas quiso responder Cloe pero era muy complicado explicar, además no quería asustar a Rhys si no era que ya lo había hecho.

—Ninguna, ninguna —Cloe le dio media vuelta a Rhys y lo sacó a empujones—. Tú, más te vale que estés a las ocho en la puerta de mi casa en dos días porque sino te lo juro —hizo otro esfuerzo por empujarlo hacia la puerta, a esas alturas Cloe estaba segura que Rhys se resistía solo por la diversión de verla sufrir tratando de moverlo—, que te voy a ir a buscar a la tuya y… y…

—¿Y qué? —Respondió Rhys que en realidad sí se divertía dando

pasos milimétricos en el pasillo para darle esperanzas a Cloe de que tenía la fuerza para moverlo.

De repente toda la diversión se terminó cuando Rhys tomó a Cloe por los hombros, esta vez no para besarla. Se fue al suelo con ella a tiempo que un fuerte sonido retumbaba en la pared detrás de ella. Sintió pedazos de algo en sus hombros.

Quería voltear a ver que había sido el objeto que se había estrellado contra la pared, pero los gritos al final del estrecho pasillo la distrajeron. Miró otra vez los ojos de Rhys.

—¿Estás bien? —Ella asintió— ¿Qué demonios fue eso? —El rostro de Rhys volvió a ser el de siempre oscuro y temible pero esta vez no era por ella. Algo sucedía y ella no podía ver qué era porque Rhys la cubría con su cuerpo.

Cloe miró hacia adelante y a pocos metros estaba Charlie casi en la misma posición que ellos cuando sintió otro golpe y más gritos.

Era Eira quien gritaba.

Se levantó lo más rápido que pudo, Rhys trató de detenerla pero poca gente podía detener a Cloe cuando se proponía a hacer algo y más cuando sabía que algo estaba pasando. Su compañera nunca gritaba y menos de esa manera y analizando la situación sabía que había lanzado algo. Volteó a mirar y efectivamente, el florero que adornaba la entrada de la tienda se encontraba hecho añicos detrás de ellos.

Rhys decidió unirse a Cloe, de igual manera tenía que salir por el mismo sitio. Viendo el panorama no era nada de gravedad. Solo una mujer bien cabreada y el pobre diablo de la recepción muy asustado.

—¿Qué demonios hiciste esta vez?

Cloe pasó al lado de Charlie pero no esperó a que le contestara. Continuó caminando. Vio como Andreas trataba de detener a Eira que estaba hecha una fiera.

—Es mejor que te vayas, esto se va poner feo —le dijo Cloe a Rhys.

—¿Peor?

—Presiento que sí.

—¿Vas estar bien? —Rhys posó sus manos en los brazos de Cloe y ella sintió derretirse. ¡Oh sí! Estaría loca si dejaba a este Rhys escaparse.

—Sí. Voy a estar bien. Quizá reciba uno o dos puñetazo por tratar de calmar la situación pero no puedo dejar a Andreas solo calmando a

Eira, tengo que saber qué pasó. Ella no es así.

—Nos vemos en dos días —Rhys casi sonrió.

Cloe quería reír, pegar brinquitos de alegría, abrazarlo y repartirle pequeños besitos en toda su cara pero ahí sí lo espantaría así que solo decidió asentir —Dos días —reflejó la expresión de Rhys.

Lo vio marcharse y podía ver corazoncitos a su alrededor mientras se alejaba pero los gritos de ira de Eira la sacaron de su fantasía.

Se acercó a su compañera que parecía poseída. El idiota de Charlie no se movía.

Se paró frente a Eira y a Andreas que la sostenía tan asustado como el infeliz de Charlie.

—No te voy a pedir que te calmes porque me vas a golpear. Pero piensa en Bran, cuando llegue y en la imagen que le estamos dando a su tienda. Por favor trata de calmarte, no por el imbécil de Charlie, que sé que hizo algo y no tienes porque decírnoslo, pero hazlo por Bran.

Eira dejó de mirar a Charlie para esta vez posar su mirada en Cloe. Sus ojos estaban vidriosos y brillaban más que nunca, sus pupilas retraídas la hacían parecer más que nunca a una víbora a punto de atacar.

Cloe decidió arriesgarse, con un gesto de su mano le pidió a Andreas que la soltara, él dudó en hacerlo pero al final la soltó cuando sintió que Eira se relajó un poco.

Eira volvió a concentrarse en Charlie que se levantaba del suelo asustado todavía —Ese maldito vendió unas fotos privadas mías a una página pornográfica.

Cloe y Andreas de inmediato desviaron su mirada a Charlie que daba pequeños pasos con prudencia.

—En mi defensa esas fotos estaban en mi móvil. Me pertenecían —dijo el muy miserable.

Cloe quiso asesinar a Charlie con la mirada pero se dio cuenta que Andreas se dirigía a él para hacerlo. Se arrepintió de haber despachado a Rhys porque necesitaba la fuerza de un rinoceronte para detener a Andreas que embestía a Charlie mientras ella sostenía a Eira que tenía las mismas ganas y se le asomaba una sonrisa en la boca mientras Andreas le daba la paliza de su vida a Charlie.

Cloe pensó por un segundo que se merecía cada golpe pero también pensó en Bran, había salido un segundo para reunirse con unos asesores de negocios y su local se convierte en una batalla

campal en frente de cualquier cantidad de potenciales clientes.

—Tú me vas a esperar aquí —le dijo a Eira que ahora sonreía con descaro—. Tengo que detener este espectáculo antes de que llegue Bran.

Se dirigió lo más rápido que pudo a los dos hombres, pensó en cuánto había cambiado en los pocos meses que se encontraba ahí, en otro momento hubiese sido Andreas o la misma Eira que la hubiesen detenido y ella estuviese dándole una paliza al cretino de Charlie, ahora era ella que detenía a su pacífico compañero e incluso pensaba en las consecuencias.

Cómo has madurado Cloe. Pensó.

Como sus fuerzas se lo permitieron tomó a Andreas de la parte de atrás de su camisa y lo sacó de encima de Charlie. Ya le había dado dos trompadas que le debieron dejar mareadas las pocas neuronas que tenía y ahora le decía cualquier cantidad de amenazas e improperios.

—Andreas, piensa en Bran. Esto no conviene para el negocio. Tú eres su mano derecha y no puedes caer tan bajo.

—Sabía que eras un miserable y decidí darte una oportunidad, por Bran pero eres una rata, Charlie. Eres una maldita rata.

Cloe creyó que Andreas no le prestó atención pero se levantó del suelo y lo escupió.

—Te recomiendo que te largues ya de aquí antes de que llegue Bran y sí te asesine —le dijo Cloe al cretino que todavía estaba en el suelo casi llorando—, y no creas que esto termina aquí, falta mi venganza y créeme no hay nada más peligroso que una mujer que planee una venganza con tiempo. Así que cuídate.

—¿Me estás amenazando? —Charlie tuvo el tupé de responder.

—Sí. Demándame si quieres —le respondió Cloe con despreocupación, una respuesta típica de una americana a quien poco le importan las demandas. Miró a las personas arremolinadas en la entrada del local dándose un festín con el espectáculo—. Bueno, bueno, el show terminó si quieren un tatuaje de la escena anótense ustedes mismos en el cuaderno de citas porque ya no tenemos asistente.

La gente se fue entre risas y murmullos.

Charlie se dispuso a marcharse.

—Esto no se queda así —amenazó.

Eira lanzó una carcajada amarga —¡Oh! Ten por seguro que esto

no se quedará así. Ya no me puedes humillar más así que no te preocupes, Charlie, esto no se quedará así.

Cloe suspiró profundo.

Ni en sus más locos sueños hubiese pensado que tuviera que ser la que mediara en una discusión, en la mayoría de los casos, por no decir todos, a ella era la que sujetaban y la que lanzaba improperios.

Después de todo quizá Liams era una dimensión desconocida pero de algo si estaba segura y estaba de acuerdo con Eira. Lo que le había hecho Charlie a Eira era una cochinada y no se quedaría así.

Cloe sintió que los días pasaron en una especie de cámara lenta surreal. Cuando se encerraba en su mundo a tatuar el tiempo pasaba en un abrir y cerrar de ojos pero cuando no estaba tatuando el tiempo parecía que quería recuperarse de su rapidez y sentía que iba el doble de lento. Era como una película en la que ella era protagonista y espectadora a la vez.

Pero llegó el día que tanto ansiaba y ese día estuvo segura de dos cosas. Sabía cómo vengarse de Charlie y estaba más que segura que no estaba preparada para salir con Rhys. No sabía cómo afrontar todos esos sentimientos fuera de su territorio, en su pequeño cubículo ella podía tener algo de control pero fuera…

Ya había sucedido en la galería y había sido un desastre. El extraño «poder» que ejercía Rhys sobre ella le asustaba. Era como que a una brújula le acercaran un imán. Perdía el control y con él su norte. Y no era que Cloe calculaba cada paso como lo hacía Emma, que al final no le valió de nada porque Iwan rompió todos sus paradigmas, pero algo que sí tenía seguro Cloe era que deseaba con todas sus ganas abrir ese estudio de tatuajes en Boston y la experiencia que estaba acumulando gracias a la oportunidad que le había dado su amigo Bran, no tenía precio.

Y si algo se podía llamar su «norte» era eso. Su estudio.

Pero de repente Rhys entraba en sus pensamientos y todo se difuminaba, ya nada era concreto y solo le había dado un maldito beso.

Aunque era su día libre, Cloe decidió ir a trabajar, al fin y al cabo Rhys pasaría por ella a las ocho de la noche y mientras más ocupada estaba, mejor.

Regresó a casa a las cinco de la tarde, tres horas eran más que suficientes para tratar de relajarse y arreglarse para la cena.

Ocho de la noche, 4 grados centígrados y Cloe sudaba como que hubiese trotado 10K. Su respiración se aceleraba mientras pasaban los minutos. Miró su reloj, estaba lista a tiempo milagro que solo Rhys Pritchard lograba hacer pero se había prometido comportarse, si Rhys huía de ella no iba a ser por su culpa. Solo tenía que resolver un pequeño asunto y le pediría a Rhys que la ayudara antes de cenar y listo.

8:15pm. Cloe revisó su teléfono. Ni señal del galés. No lo llamaría.

8:45pm. A estas alturas era obvio que no aparecería. Revisó otra vez su teléfono, ni un mensaje.

—Eres un cretino, un cobarde maldito Rhys Pritchard —le gritó al móvil como si el aparato le haría llegar el mensaje con solo gritarlo.

Se quitó los zapatos. Sus zapatos de la suerte, unos *Manolo Blahnik* color azul marino de punta y atados a los tobillos con una cinta de organza que le daban doble vuelta.

Empezó a desabrochar su vestido negro mientras maldecía al universo cuando unos golpes fuertes en la puerta interrumpieron sus maldiciones.

Caminó descalza, se asomó a la mirilla. Su brújula enloqueció.

Abrió la puerta y ahí estaba Rhys apoyado de un brazo en el marco de la puerta, con lo que fue una camisa blanca con algunas manchas y su chaqueta en el hombro. Su rostro siempre bronceado estaba pálido y sus labios casi violeta del frío.

—Mi auto se averió, traté de arreglarlo fue inútil porque no sé nada de autos, tuve que llamar a una grúa, me llevó a un *rent-a-car* y…

Rhys no terminó la explicación porque Cloe lo abrazó como si lo extrañara como a nadie. No supo cómo reaccionar, sentía el cuerpo tibio de Cloe calentarlo pero más que algo sexual era algo familiar, tenía tantos años que no sentía algo parecido. El abrazo de una mujer que lo deseaba ahí, que no importaba que estuviese lleno de grasa o congelado. Cloe simplemente estaba feliz de verlo y él no sabía qué sentir.

Su cuerpo sí sabía qué sentir. Sus brazos rodearon el cuerpo de la mujer y se dejó invadir por su olor y su calor. Sus manos recorrieron la espalda desnuda de Cloe, tan tibia, tan deliciosa, quiso pasar sus labios muy lento por cada parte de su cuerpo… un momento ¿su espalda desnuda?

Se separó de ella.

—¿Te estabas desvistiendo?

Cloe reaccionó después de unos micro segundos. Sentir a Rhys tan cerca, sus dedos tocando su espalda y el resto de su cuerpo reaccionando a su abrazo que se le olvidó a quien abrazaba pero no solo estaba feliz porque había llegado a la cita, no la había plantado, estaba feliz solo de verlo, de tenerlo cerca, de ver esos labios que había prometido besar y besar mil veces y no había olvidado su promesa. Pero primero…

—¡Por supuesto que me estaba desvistiendo! ¡Tienes una maldita hora de retraso!

—¿Por qué no me llamaste a ver si estaba vivo?

Cloe volteó los ojos. *Dramático el muchacho* —Era más probable que te hubieses arrepentido de venir a que un asesino serial te hubiese secuestrado —suspiró—, además… —cerró la boca y sacudió la cabeza. Se obligó a callar, se había prometido ser prudente y con Rhys sentía que caminaba sobre una fina capa de hielo agrietada en muchos sitios.

—¿Además qué? —Rhys quiso saber cuando vio la expresión en el rostro de Cloe. Se reprimía y lo hacía por él. Sintió una punzada en su pecho al ver que una mujer como Cloe se reprimía de hablar por precaución a su reacción. ¿Había sido tan cretino con ella? Levantó su mano y acarició su mejilla. Tenía tantas ganas de acariciarla, besarla, pero tenía que hacerle a entender que ya no tenía porque estar a la defensiva— ¿Además qué, Cloe? —insistió.

—¿Me hubieses contestado si hubieses cambiado de parecer?

Las palabras de Cloe eran un bálsamo para su alma, no solo por su voz ronca que era como una caricia sino por las ansias con que las preguntaba ¿qué había hecho para que una mujer tan especial se fijara en él?

La acarició con cuidado con el dorso de sus manos porque todavía estaba lleno de grasa pero necesitaba tocarla. Se acercó aún más.

—Lo importante es que ningún asesino serial me secuestró y que no escribiste, no te hubiese podido contestar porque la batería de mi móvil murió después que llamé a la grúa —continuó acariciando su rostro con ligeros roces, ella cerró sus ojos agradeciendo el gesto—, si hubieses escrito o llamado y no te hubiese contestado hubieses pensado lo peor y me estuvieses odiando en estos momentos.

—Te odié un poco hace unos minutos.

Casi se asomó una sonrisa en sus labios —Lo imagino. Yo soy fácil de odiar.

—No tan fácil como quisiera —ella soltó el aire derrotada.

Rhys supo que en alguna parte de esa frase había un cumplido pero iría despacio, Cloe era como una bomba de tiempo y él no sabía que cable cortar primero.

Se separó de ella a regañadientes.

—Me permites tu cuarto de baño para tratar de quitarme la grasa, estoy hecho un desastre.

Cloe le indicó donde quedaba mientras corría a su habitación a retocarse.

Rhys regresó cerrando los puños de su camisa, ya con sus manos y rostros lavados.

—Perdimos la reserva del restaurante, lo siento. Esta noche ha sido un desastre.

Ella se encogió de hombros y sonrió —Lo importante es que yo estoy vestida, tú no caíste en manos de un asesino en serie y el restaurante chino del centro trabaja hasta pasada la media noche así que tenemos tiempo de sobra.

—¿Un restaurante chino? ¿Tú crees que te voy a llevar a cenar a un restaurante chino?

Rhys estaba espantado como si Cloe le hubiese dicho que iban a comer *fish and chips*.

—No solo un restaurante chino, el mejor del centro donde venden el arroz frito especial con camarones más delicioso de Cardiff y que obviamente no lo conoces porque está subestimado por sus sillas de plástico y su decoración exótica.

—No quiero ni imaginarme qué quieres decir con «decoración exótica».

Ella lo tomó de la mano —Ya lo verás, pero antes necesito ir a un sitio en el camino. Será un minuto, necesito dejar un mensaje.

—¿Un mensaje? —preguntó Rhys extrañado y más cuando vio a Cloe tomar una mochila negra. Pero asumió que tenía que dejársela a alguien.

Subieron al auto.

—Un auto alquilado. No podía ser mejor —Cloe se dio cuenta que había hablado en voz alta cuando Rhys la miró extrañado.

No hablaron mucho en el camino. Se limitaron a conversar sobre el famoso restaurante chino. Rhys quería mantener todo casual y olvidar las ganas locas que tenía de desnudar a esa mujer a su lado.

Llegaron al sitio indicado y Cloe no podía creer la suerte de encontrar un sitio para aparcar justo donde lo necesitaba. Tomó la mochila y frente a la mirada extrañada de Rhys se quitó sus hermosos zapatos y calzó unos zapatos bajos.

Salió del auto. Se paró frente a un BMW blanco. Y abrió el misterioso bolso.

—El lienzo perfecto.

Sacó un spray verde manzana y otro fucsia los sacudió con fuerza y empezó su trabajo.

De un lado escribió «Charlie tiene la polla pequeña», en el otro lado «es eyaculador precoz» y para rematar su obra de arte en el capó escribió «siempre hay alguien más malo que tú, imbécil».

Escuchó un pequeño ruido a su derecha y salió corriendo al auto de Rhys que miraba anonadado lo que Cloe acababa de hacer.

—¡Arranca! ¡Arranca! —gritó mientras cerraba la puerta con fuerza.

Rhys puso marcha a toda velocidad por puro instinto.

—¡¿Qué demonios?! —gritó— ¡¿Que demonios acabas de hacer?! ¿Qué? ¿Qué fue eso? —Rhys no creía lo que había sucedido. Acababa de ser cómplice de vandalismo y por una extraña razón estaba mas excitado que nunca.

Cloe miró hacia atrás. Lejos habían dejado el auto del cretino Charlie sin ninguna consecuencia que el ataque nervioso que estaba teniendo Rhys. Sentía que había hecho justicia. Recordó lo que le hizo al novio de Emma cuando la abandonó. Un buen *graffiti* en el auto a los malditos bastardos siempre era satisfactorio.

—Ese maldito le vendió unas fotos privadas de mi amiga a una página pornográfica.

—¿Y tú crees que tienes el derecho de hacerle eso a su auto?

Cloe se encogió de hombros —Para eso son las amigas.

Rhys aparcó el auto, de alguna manera ya habían llegado al restaurante chino pero él lo que deseaba era besar a Cloe y quitarle ese estúpido vestido que se interponía entre sus intenciones y ella.

—Yo, yo no puedo creer que me hayas hecho cómplice de tu vandalismo.

—Es justicia —ella asomó una sombra de sonrisa.

—¿Te estás riendo? ¿Te estás riendo de todo esto?

—No de todo esto, de ti —esta vez su sonrisa fue obvia.

—¿De mí?

—Eres lo más adorable cuando estás en ese estado. Asustado, nervioso, excitado, molesto, eufórico.

—Tienes graves problemas de conducta, Cloe, tú no puedes vandalizar el coche de una persona porque hizo algo malo. No eres ninguna vengadora.

—Lo de los problemas de conducta ya lo sabía, se lo dijo la terapeuta a mi madre cuando tenía 10 años. Tenía una colección de piedras. 117. Terminé la colección lanzándoselas a Bob, nuestro vecino dos años mayor que tenía acosada a Zoe. Con mi colección también se vio afectada mi libertad por dos semanas, pero valió la pena cada piedra. Y lo de vengadora —le guiñó un ojo—, en cierta manera lo soy. Vamos, que hacer justicia me dio hambre —se puso sus tacones, abrió la puerta del auto y salió como si nada.

Rhys se quedó boca abierta viendo como Cloe salía del auto como si nada hubiese sucedido. No podía creer que al fin se interesaba en una mujer desde quien sabe cuanto tiempo y esa mujer resultaba ser… Cloe. Y lo más grave de todo, lo que más le daba miedo es que él estaba excitado como nunca en su vida.

Miró hacia la cremallera de su pantalón y ahí estaba la prueba en caso de que dudara.

—Eres un psicópata —le dijo a su miembro que le recordaba casi con dolor lo que significaba estar vivo y loco por una mujer.

Echó su cabeza hacia atrás. Cerró los ojos, recordó cada segundo de la escena. Cloe cambiando sus zapatos, él viendo como se dirigía a un auto blanco, ella sacando los sprays y escribiendo a los lados del auto y haciendo su remate en el capó, luego Cloe corriendo como Florence Griffin-Junior de vuelta al coche. Su corazón latiendo a mil por segundo acelerando el auto. Revivió todo como una película y por primera vez en tres años rio. Rio a carcajadas. Una tras otra, tras otra, tras otra. No podía parar. Sus ojos comenzaron a producir lágrimas que tampoco paraban.

No supo cuanto tiempo pasó pero se calmó. Tomó aire varias veces hasta que pudo calmarse, entonces procedió a acomodar su pantalón y salir del auto para encontrarse en un restaurante chino, con la mujer que le hacía un tatuaje en su brazo y que acababa de vandalizar un coche.

— La primera vez —

Rhys entró al restaurante y entendió la palabra «exótico».

Todas las paredes del restaurante estaban pintadas con una pintura roja barata, lo podía saber porque se caía en algunas zonas. Y en la mayoría de ellas dragones chinos tan mal pintados que parecían lagartijas pululando las paredes del lugar. Eso sí, tenía que dar puntos por entusiasmo, en cada espacio que sobraba entre dragón y dragón –que no era mucho–, había todo tipo de símbolos chinos, desde serpentinas doradas, móviles de metal también pintados en dorado y cualquier cantidad de formas y animales del calendario chino.

Si no era porque deseaba estar con Cloe en ese momento, se hubiese marchado corriendo con una migraña asesina.

—¿No me digas que no es original y exótico? —Cloe exageró la última palabra y le guiñó un ojo—. Cómo tardaste tanto me tomé el atrevimiento de pedir por ti. Lo mejor de lo mejor, de China para Cardiff.

—Disculpa estaba haciendo unas llamadas —*Y llorando de la risa sin razón alguna.* Se sentó en la silla al lado de Cloe—. Si te tomaste el atrevimiento de pintar un auto, que pidas por mí es una tontería. Gracias, supongo.

Cloe evitó reírse pero falló miserablemente. Estaba feliz de poder tener a Rhys al frente, estaba satisfecha por su obra de arte, Zoe estaría orgullosa de ella. El corazón le palpitaba a mil por hora, supuso que era la adrenalina todavía corriendo por su cuerpo.

Claro, también podía ser la presencia de ese hombre que la descolocaba de manera indescriptible.

Rhys estaba callado pero no estaba molesto. Una vez más trató de leerlo pero su rostro no mostraba nada. Solo podía deducir que no estaba molesto por su expresión corporal. Tenía los brazos cruzados sobre la mesa y estaba inclinado hacia ella.

—¿Habías hecho eso antes verdad?

Cloe puso los ojos en blanco. Presentía que venía una reprimenda pero decidió responder con la verdad. Al fin y al cabo no le daba vergüenza lo que había hecho por Emma.

—El prometido de una de las mejores amigas de mi hermana y por ende muy querida mía, la abandonó y se llevó todo lo que tenían en la casa donde vivían juntos. Cuando ella al fin lo encontró, él la humilló de la peor manera posible.

—Y tú tomaste el rol de vengadora.

Cloe se volvió a encoger de hombros —Mas que vengadora, ese miserable necesitaba a alguien que le diera su merecido. Lo que le hicimos a su auto no fue nada comparado con lo que Emma sufrió.

—¿Hicimos? —preguntó Rhys espantado—, ¿Tu amiga también destruyó el auto de su ex?

—No, no, no. Usualmente mis amigas no saben nada y es mejor así. Fuimos mi hermana y yo —una sonrisa se dibujó en el rostro de Cloe como si recordara buenos tiempos.

—¡Oh ya veo! Las hermanas Le Roux las protectoras de inocentes. ¿Cómo está tu amiga ahora?

Esta vez Cloe lanzó una risita tonta por el comentario de Rhys. Luego suspiró emocionada —Mi amiga, después de sufrir mucho, decidió hacer un viaje sola para encontrarse, y encontró al escocés más adorable, amoroso, guapo y dulce de toda Escocia y en contra hasta de ella misma decidió darse una oportunidad y se quedó allá.

Rhys sintió una punzada en su pecho que lo incomodó. Cloe hablaba de ese hombre con devoción. Al parecer ese escocés era todo lo que él no era. ¿Estaba celoso? No. Él sabía lo que era estar celoso ¿o no? Solo supo que no le gustó como Cloe habló de ese hombre y una parte de él que salía de algún lugar de su pecho, quiso gritar que Cloe era suya.

Se estaba volviendo loco.

Sacudió su cabeza para sacarse la cantidad de pensamientos absurdos.

—¿Tú amiga está en Escocía?

Cloe asintió sonriendo —Sí, espero poder verla en el poco tiempo que me queda aquí.

Rhys frunció el ceño.

Iba a hablar cuando llegó la comida.

Tenía que dar punto por presentación y atención. El señor que los atendía de unos 256 años, sonreía con los pocos dientes que le quedaban y saludaba efusivo cada vez que ponía un plato en la mesa.

—Es una degustación, te prometo que es delicioso —Cloe tomó sus palitos chinos y empezó a comer.

Rhys dudó pero se atrevió, después de todo lo que había pasado esa noche, comer comida china en un sitio higiénicamente comprometido era lo que menos le preocupaba.

Para su sorpresa la comida estaba deliciosa solo rezaba porque no viniera acompañada de una gastroenteritis. Aunque por la cantidad de personas en el local podía pensar que no había tanto riesgo de alguna enfermedad estomacal.

—Cuando terminemos de comer te voy a invitar a un pub cerca de aquí en donde después de las once de la noche hay dos por uno en *pints* de cerveza.

Rhys sonrió.

—¿Cuánto tiempo dices que tienes aquí? ¿Por qué sabes ese tipo de detalles de la ciudad y yo no tengo la menor idea?

Cloe le devolvió la sonrisa porque sentía como un triunfo que Rhys cada vez sonreía más y más espontáneamente.

—Es que no te rodeas de las personas adecuadas —Cloe se encogió de hombros.

Quizá era cierto pero era porque Rhys no se rodeaba de nadie.

El pub como era de esperarse, estaba a reventar. En otro momento Rhys no se hubiese sentido cómodo pero estaba con Cloe y ella tenía el don casi mágico de envolverlos en una especie de burbuja donde solo podía verla, escucharla, olerla a ella.

Cloe trataba de mantener el ambiente relajado. Con Rhys nunca se sabía qué podía ser el detonante pero sí sabía que no había tensión que no se redujera con el alcohol y nada mejor que unas cuantas cervezas.

Disfrutaba ver como Rhys poco a poco sonreía un poco más, era más suelto con las palabras y hasta permitía que lo tocara de vez en cuando.

Sus roces eran casuales pero bien premeditados. Era obvio que se deseaban, que la única tensión que aumentaba con el paso de los segundos era la sexual y odiaba tener que reprimirse cuando lo que quería era fundir su cuerpo con el de él, poder acariciar su rostro y besarlo como nunca nadie lo había besado.

Con cada palabra que Rhys pronunciaba Cloe miraba sus labios y solo podía fantasear con poder besar sus labios carnosos y perderse en el cuerpo de ese hombre. Acariciar cada centímetro de su piel y repartir besos húmedos por toda su humanidad.

Rhys no podía ocultar su deseo. Lo más difícil para él era parecer casual cuando solo quería hundirse en esa mujer que le volaba los tapones, agradecía que el sitio estaba lleno de gente porque no sabía

que haría si estuviese a solas con ella.

Ese beso, ese maldito beso destapó toda una vorágine de emociones que Rhys no sabía que podía sentir. Miedo, placer, excitación, alegría y culpa. La culpa siempre estaba presente apenas Rhys se permitía un pequeño respiro y era la culpa la que no le permitía ir más allá con nadie más.

La campana del pub sonó. Faltaban 15 minutos para cerrar. Rhys sintió que parecía haber sido la culpa la que ordenó sonar la campana.

Regresó a la realidad.

—Creo que mejor te llevo a casa.

Cloe suspiró derrotada. Sabía que el hermano gemelo amargado había regresado y sería inútil discutir con él. Prefirió seguirle la corriente.

—¿Crees que estás en capacidad de conducir?

—No soy tan irresponsable. Tomé lo justo para poder conducir sin problemas —*y poder controlar las ganas locas que tengo de desnudarte*.

Él bostezó.

Cloe volvió a suspirar. A veces maldecía su ojo para sentirse atraída por hombres tan diferentes a ella pero sabía que Rhys no solo era diferente a ella, él era diferente a todos los hombres y sabía en lo profundo de su ser que él valía la pena y por él sería prudente, controlada y discreta. Aunque a veces una que otra locura se le escapara.

—No tienes que llevarme a casa, estás cansado. Yo no tengo problema en irme en taxi o en über.

—No voy a dejar que te vayas sola, Cloe —la forma como le habló hizo que Cloe se tensara, Rhys pudo notar como la rebeldía de la americana pedía revelarse. Decidió aligerar el momento—. Los autos de la ciudad no están seguros contigo sola, además tengo todas las pruebas del vandalismo en mi auto.

Cloe había olvidado por completo la mochila donde tenía los sprays.

—Lánzalo al río si la policía te persigue.

—Mejor te llevo a tu casa antes de que la policía te persiga a ti.

—Es verdad, tengo una visa de trabajo que cuidar.

—Ven, vamos.

Rhys la tomó de la mano de una forma tan natural que Cloe se estremeció de la cabeza a los pies. Agradeció al dios Baco por las cervezas que se habían tomado y luego le pidió a Cupido el milagro. Después de todo eso se dio dos bofetadas mentales. La primera por estremecerse de esa manera como una adolescente con solo un toque de ese hombre y la segunda por estar creyendo en dioses mitológicos.

El camino a casa se hizo extrañamente largo. No hubo casi conversación exceptuando dos palabras que cruzaron para hablar del restaurante chino y de una canción que sonaba en la radio.

Rhys insistió en acompañar a Cloe hasta la puerta de su casa y Cloe sintió que era una señal divina. Quizá él quería estar más tiempo con ella, quizá no quería irse a casa o quizá quería terminar la noche en la cama. Con cualquiera de las tres opciones Cloe estaba más que conforme.

Patética.

Rhys esperó que Cloe abriera la puerta. Quería estar seguro que estaba bien en casa ya que estaría sola por unos días.

—Gracias por la cena —metió sus manos en los bolsillos de su pantalón, no sabía que hacer con ellas. Bueno sí lo sabía, quería tomar a Cloe por la cintura es susurrarle cada palabra rozando sus labios—. Gracias por las cervezas y por la noche. Disculpa que haya arruinado nuestro plan inicial.

Ella asomó una sonrisa en sus labios. Tenía que dar el primer paso, tenía que hacer algo, sabía que Rhys no se atrevería y ella prefería morir en el intento antes que morir con las ganas de besarlo otra vez y aunque su sentido de la oportunidad no era el mejor, de hecho era el peor del mundo.

—Las mejores cosas ocurren sin planificarlas ni controlarlas.

Las palabras de Cloe fueron dichas al descuido pero guardaban una gran verdad. Rhys había vivido los últimos años de su vida en total control, de sus emociones, de sus actos, incluso el tatuaje fue cuidadosamente planificado, lo único que no había planificado había sido que Cloe entraría en su vida poniéndola patas arriba y ahora se sentía que flotaba a la deriva con sentimiento en su interior que no sabía manejar.

En ese momento hubo un cambio en la atmósfera. La tormenta por la que pasaba su vida se desvaneció, incluyendo la carga de diez toneladas de culpa que cargaba en su espalda.

Cloe notó el cambio en él. Vio como sus pupilas se dilataron y una ligera sonrisa, casi imperceptible, se dibujó en su rostro. Y ahí lo supo, ese era el momento, esa era la oportunidad que le pedía a la providencia y a los dioses de todas las mitologías. Ese era el momento en el que llevaría a Rhys dentro de su casa o entraría sola del empujón de rechazo que le daría. Además era el momento perfecto sabía que estaría sola en casa. Eira había ido a escapar de la pesadilla a casa de sus padres por par de días.

Se acercó a él, con la mirada fija en sus labios, esos labios que moría por volver a saborear. Levantó una mano, acarició su mejilla. Odiaba tener el temor de que Rhys en un ataque de cordura se alejara.

Sus labios rozaron los de él y se deleitó con su olor, un poco a cerveza y mucho de Rhys. Esta vez osó rozar su lengua con ellos cuando sintió el brazo posesivo de él rodear su cintura.

Si eso no era una señal de que Rhys quería más, no sabía qué lo era.

Ella apoyó sus manos en su pecho y poco a poco las subió hasta sentir el cabello corto de Rhys entre sus dedos, para entonces el tímido beso había pasado a otro nivel.

Rhys invadía con su lengua la boca de Cloe que lo recibía más que ansiosa. Sus labios empezaron a chocar con desesperación a ritmo más que acelerado, era como que Rhys solo necesitaba ese «empujoncito» para desatar todo el deseo.

Cloe escuchaba la respiración acelerada del hombre que ahora sostenía su cuello con la otra mano como para asegurarse que no escapara. ¿Y quién demonios iba a escapar?

Sus cuerpos estaba tan cerca que casi se funden uno con el otro, Cloe podía sentir la erección de Rhys en su abdomen y eso la volvía más loca. La mano que tenía previamente en su cintura ahora estaba a su costado y con el dedo pulgar acariciaba la base de su seno haciéndola ver estrellitas de placer. Si así se sentía con un ínfimo toque no quería ni pensar en como se sentiría con Rhys entrando en ella. Tenía miedo de cortar el beso para pedirle entrar en la casa, no solo porque no quería cortar el hechizo sino porque se sentía en el cielo y no deseaba bajar a la tierra.

¿Por qué no existía la teletransportación… y de paso una máquina que los desnudara sin separarse?

Pero el hechizo se cortó. Alguien se sonó la garganta detrás de ella haciendo que Rhys se separara aunque muy lento de ella.

—Cloe…—su respiración todavía estaba acelerada y sus pupilas

dilatadas.

Cloe maldijo a la mujer que ahora pasaba a su lado mirándolos como si estuviesen filmando una película porno.

Señora, usted no ha visto una película porno.

Ella lo calló con su mano en sus labios —No me digas que es un error Rhys, ni te atrevas. Recuerda que la última vez que lo intentaste decir quedaste atrapado en una cita conmigo.

Él asomó un halo de sonrisa —Esto es una locura. Yo no soy la persona para ti.

—Y yo tampoco lo soy para ti y de ahí la belleza de cometer una locura —Cloe tomó aliento. Sentía que lo que iba a decir dependía su vida o quizá lo que más le asustaba era la respuesta—. Quédate conmigo esta noche. Solo una noche Rhys.

—Cloe —Rhys la miraba confundido. Su cuerpo estaba muy claro en cual era la respuesta pero su cabeza le jugaba sucio y le presentaba flashes de Eli. Cerró los ojos y sacudió su cabeza. Se sentía traicionado por él mismo. Otra vez el autosaboteo se presentaba para hacerle la vida miserable.

Abrió los ojos y miró a la hermosa mujer frente a él, con sus ojos oscuros, el rostro sonrojado por el beso y la respiración acelerada. Cloe estaba ahí, era real. Lo que sentía por ella era real. No sabía si duraría o sería una aventura pasajera, al fin y al cabo ella regresaría a Boston, lo que sí sabía Rhys era que deseaba estar con ella ahí y ahora.

—No pienses, Rhys. Deja de pensar, deja de analizar todo —otra vez acarició su mejilla. ¡Dios! ¿Qué tenía que hacer para convencerlo?—. Solo di que sí.

¡Que demonios! Ya había hecho de mecánico frustrado, había subido a una grúa, había sido complice de un acto vandálico, había comido en un restaurante de higiene dudosa, tomado cerveza en un antro y había besado a una mujer como nunca antes en su vida. Había vivido.

Y quería seguir sintiéndose así. Aunque fuera por una noche.

Acunó el rostro de Cloe con sus manos y la volvió a besar, esta vez no con las ansias del beso anterior, solo le dejó saber que la respuesta era sí.

Y ella lo entendió. Mordió su labio inferior y sonrió. Lo tomó de la mano y lo hizo entrar.

—¿Te ofrezco algo de tomar, un té, una cerveza, una gaseosa,

agua?

—No más cerveza por hoy, un vaso de agua estaría bien.

Cloe se fue corriendo a la cocina. Llenó el vaso de agua mientras pensaba como retomaba ese beso sin que esta vez nadie los interrumpiera.

Llegó al salón, Rhys miraba una pequeña colección de dragones de diferentes materiales que tenía Eira en una pequeña repisa.

—Eira tiene especial atracción por los animales mitológicos —Cloe le extendió el vaso de agua a Rhys quien lo aceptó y tomó un sorbo—. Mi animal mitológico favorito de su colección es el hombre que no la estafa, le es infiel o no publica sus fotografías en una pagina pornográfica.

Rhys casi escupe el último sorbo de agua, pero logró no hacerlo. Puso el vaso de agua sobre la mesa del centro del salón.

—¿Y cuál es tu animal mitológico favorito? —Se acercó a ella… más de lo que Cloe podía soportar sin brincarle encima pero se comportó.

Ella levantó la mirada y ahí estaban esos pozos profundos llenos de misterio pero a la vez ya familiares, del color del café que ansiaba tomar cada mañana.

—Mi animal mitológico favorito es el hombre que no se intimida con una mujer como yo.

Los labios de Rhys rozaron los de Cloe y ella sintió derretirse.

—Tú no me intimidas, Cloe Le Roux —tomó un mechón de su cabello y jugó con él—. A veces me das un poco de miedo, pero no me intimidas. Así que debo ser un animal mitológico.

Cloe sonrió. Este Rhys definitivamente le gustaba más, mucho más.

—Entonces ten mucho cuidado porque cuando uno encuentra a su animal mitológico favorito no debería dejarlo ir.

A Rhys le gustaron esas palabras. Quedarse atrapado en las redes de Cloe no le molestaba para nada. La miró a los ojos y vio todo el fuego que se escondía en esa mujer que lo quemaba sin ni siquiera tocarlo y él anhelaba morir abrasado en sus llamas.

—Tendré todo el cuidado del mundo.

Con esas palabras Rhys volvió a tomar los labios de Cloe de la manera que lo hizo en el umbral de la casa, solo que esta vez no había extraños al rededor.

De nuevo Cloe lo recibió demostrándole las ansias que tenía de ser más que besada.

Esta vez ella se dejó de diplomacias. Tomó cada botón de su camisa y los zafó desesperada por tocar esa piel dorada. Cuando las palmas de sus manos hicieron contacto con el pecho de Rhys sintió que todo encajaba, que ahí era donde debían estar, no antes, no después, era justo en ese momento cuando cada momento de su vida tomó sentido.

Rhys esperaba que su cerebro lo volviera a traicionar, de hecho estaba tenso esperando el momento en que Eli se le apareciera en su cabeza pero eso no ocurrió. Por primera vez lo único que podía ver, oler, sentir era a Cloe. Sus dedos temblorosos encontraron la cremallera del vestido. Lo bajó no sin antes regodearse en la espalda de la mujer. Era suave y delicada, se sentía como seda en sus manos. Subió una de ellas, no tenía sujetador así que el viaje de la mano de Rhys por la espalda de Cloe lo hizo sin la más mínima interrupción.

Los gemidos de Cloe hacían que Rhys se excitara más, si eso era posible. Sentía su abdomen tenso y su erección a punto de estallar. Pero no lo haría. No recordaba cuando fue la última vez que había tenido sexo, no le importaba. Sentía que con Cloe todo era nuevo, era como si la vida le daba otra oportunidad de sentir placer, pero no un placer banal. Le daba verdadero gusto de tocar y de entrar en una mujer, tanto física como emocionalmente.

Cloe se dio el gusto de zafar botón por botón de la camisa de Rhys, tenía las manos heladas pero no sentía el más mínimo asomo de frío. Apenas se ocupó de todos los botones repitió la misma acción que había hecho segundos atrás. Pasó la palma de sus manos por el pecho de Rhys y fue bajando lentamente, esta vez no había tela que le interrumpiera, bajó por su abdomen firme y llegó hasta su pantalón.

Era obvio que Rhys deseaba más, Cloe lo pudo ver por su reacción apenas lo tocó. ¿Y quién era ella para no darle más? Se deshizo del cinturón, el botón y la cremallera del pantalón de Rhys en cuestión de segundos. Ya no había vuelta atrás, sentía los dedos de Rhys pasearse por su espalda, su costado y acariciar sus senos.

Todo este juego de manos y piel lo hacían bajo el más profundo y sensual de los besos. Sus lenguas se entrelazaban como una danza sincronizada y sus labios hinchados buscaban otras zonas para explorar.

De alguna manera que no pudieron explicar entre besos y caricias, llegaron a la habitación de Cloe. Su colchón hizo un sonido apenas audible cuando llegaron a él. A estas alturas Cloe no tenía vestido,

Rhys solo tenía su ropa interior y las caricias habían sobrepasado el límite de lo decente.

Rhys besó a Cloe desde sus delicados labios hasta su cuello pero quiso más, siguió bajando hasta llegar a sus senos. Pequeños, firmes y deliciosos. Su pezón erecto le indicaba que la mujer estaba más que lista para él. Pasó su lengua con delicadeza por el pezón derecho. Cloe se arqueó de placer. Enredó sus dedos como pudo en el corto cabello de Rhys y él sintió la presión que lo invitaba a más. Llevó su atención al segundo pezón, lo lamió y después lo apretó con suavidad con sus dientes.

Cloe gritó su nombre.

En ese momento no había dudas, no había culpa ni recuerdos, en ese momento Cloe invadía toda la habitación, todo su cuerpo, toda su mente.

Bajó con una de sus manos al abdomen de Cloe y más abajo hasta encontrar su centro que entre gemidos le pedía que no se detuviera, que le entregara todo. Introdujo dos dedos en ella y solo tuvo que hacer un pequeño movimiento para sentir como sus músculos se contrajeron y su nombre resonó en la pequeña habitación.

Cloe sintió que el orgasmo la invadía desde que Rhys posó sus labios en sus senos. Fue tan fácil para él encontrar su punto débil. Cuando introdujo sus dedos en ella sabía que la terminaría de deshacer.

Enterró sus uñas en la espalda de Rhys para poder soportar las olas de placer que la invadían.

Sintió a Rhys detenerse.

¡No, no, por favor, no! Que no regrese el otro Rhys, no ahora. Por favor, por favor, por favor. Una voz en el interior de Cloe clamaba por que el otro *Rhys* no volviera, no ahora.

Cerró los ojos, mas que por placer, por miedo a abrirlos y encontrar esa mirada fría.

Pero eventualmente los tuvo que abrir y su alma le regresó al cuerpo cuando por primera vez miró los dientes más que perfectos del hombre a milímetros de ella que exhibía la más sincera de las sonrisas.

—Que suerte que no soy el hombre —fue lo primero que se le ocurrió decir a Cloe.

—Bastante sexista tu comentario.

—Pero acertado.

Ella acarició su rostro. Delineó sus cejas pobladas, su nariz y sus labios perfectos. No pudo evitar besarlos, al principio con delicadeza. Rhys cerró los ojos absorbiendo la dulzura del beso. Esta vez fue Cloe la que se dedicó a darle besos cortos y suaves en su rostro y cuello.

Poco a poco la intensidad de los besos fue aumentando, ella pasaba su lengua en puntos estratégicos. Tenía que saborearlo, tenía que saber a qué sabía esa piel dorada. Rhys sintió cada poro de su cuerpo en alerta y su erección punzante le recordó que no había terminado lo que empezó. Como si Cloe le hubiese leído la mente bajó su mano y envolvió su pene con su mano.

Casi se ahoga cuando se dio cuenta que el puño no le cerraba. Agradeció otra vez a los dioses del sexo de todas las mitologías.

Comenzó a subir y a bajar su mano, lento, suave. Rhys siguió el ritmo con su cadera.

—Recuerda que soy el hombre y mi reputación está en juego —jadeó Rhys en el oído a Cloe.

—No puedo evitarlo, quiero tocarte todo.

Cloe sintió como Rhys tomó aire por la nariz y cerró los ojos como si hubiese olido el más exquisito de los aromas.

Dejó de torturarlo, pero llevó sus manos a las nalgas de Rhys. A sus redondas, suaves y firmes nalgas que al sentirlas les hicieron abrir más la piernas. Cuando sintió a Rhys en toda su magnitud en su centro casi se corre otra vez.

—Si estiras un poco la mano llegarás a mi pantalón, ahí está mi billetera y dentro un preservativo.

—Rhys Pritchard, en estos momentos lo único en lo que puedo pensar es en aguantar mi necesidad de correrme con solo sentirte —Cloe tomó aire como si fuese a hacer un esfuerzo titánico—, lo más que puedo hacer es pasarte el pantalón.

Rhys asomó una sonrisa y busco el preservativo. Apenas se lo puso, perdió el sentido de la prudencia y la decencia.

Entró en Cloe casi con desesperación. Ella se arqueó para recibirlo y lo rodeó con sus piernas. Sus uñas en la espalda de Rhys la anclaban a él. Si pensaba en escaparse, pues, la tendría difícil.

Pero al parecer esa no era la intención del hombre. Se retiró con suavidad para volver a entrar en ella. Cloe gritó con esa voz ronca que lo volvía loco.

Ella movía sus caderas al ritmo de su penetración. Sus besos eran más allá de lo erótico. Sus lenguas salían y entraban de sus bocas sin

control. Sus jadeos eran incesantes.

Entre sus besos y caricias parecían dos barcos luchando por permanecer a flote en una tormenta. Habiendo ellos mismo entrado en el huracán.

Cloe fue la primera en sentir la corriente eléctrica recorrer su cuerpo —Rhys —susurró.

Sus músculos se contrajeron y el hormigueo característico del orgasmo comenzó a invadirla.

No se resistió.

Se dejó llevar por cada ola de placer y cuando sintió a Rhys tensarse, cerrar sus ojos y morder su labio inferior supo que no podía haber mejor sensación que esa. Rhys en ella besándola hasta la rendición y los dos alcanzando un orgasmo que los elevaba hasta las nubes y los devolvía a la tierra en la eternidad de unos pocos segundos.

— Juntos ¿? —

La noche pasó tan rápido que Cloe sentía cómo se le escapaba de las manos y tenía el grave presentimiento que ese Rhys, se iba con la noche.

Abrió los ojos y él no estaba. Peor que encontrarse con el hermano malvado de Rhys era no encontrarse con ninguno de los dos.

Maldijo dormir como una momia.

Escuchó ruidos afuera. Suspiró aliviada. Sino era un ladrón pues Rhys todavía seguía en casa. Sintió la puerta abrirse.

Rhys estaba ya vestido aunque con la camisa por fuera y arremangada hasta los codos. Venía con dos tazas en la mano.

—Disculpa, tomé el atrevimiento de prepararme un café. Sin café en las mañanas no funciono.

Este hombre es mi maldita alma gemela.

—Creo que ya pasamos cierto nivel de confianza. Puedes hacer café cuando quieras y si me lo vas a traer a la cama, puedes hasta cocinar.

Rhys sonrió de medio lado. Le extendió la taza de la bebida humeante. Aunque seguía siento amable, Cloe sintió un cambio. Cloe supo que la noche anterior se había creado una conexión, esa que le hacía ver más claro los cambios en Rhys por pequeños que fueran.

Aceptó la taza y el gran tatuaje de su brazo llamó su atención. Estaba cicatrizando a la perfección. Ya pronto sería la última sesión, se estremeció al sentir que todo acabaría al terminar con el tatuaje.

—Está cicatrizando bien —acarició su brazo.

Él se tensó y lo retiró nervioso a pesar de sentir esa corriente que sentía cuando Cloe lo tocaba, mencionar el tatuaje era traer de vuelta a su cabeza la razón por la que se lo había hecho.

Sacudió su cabeza. No. No permitiría que la culpa entrara a esa habitación.

Cloe volvió a maldecir cuando se dio cuenta de su metida de pata. Era obvio que el tatuaje representaba un momento triste en la vida de Rhys y él trataba de obviarlo frente a ella, pero nooooo tenía que salir Cloe Le Roux con su bocota a hablar. No tenía ni 10 minutos despierta y ya había lanzado más de cinco maldiciones.

—Lo lamento —bajó la cabeza como una niña regañada—. Soy muy imprudente.

Escuchó a Rhys exhalar con fuerza. Se sentó a su lado —No fue imprudencia, sin duda estás pendiente de tu trabajo, eso habla bien de ti.

—Sí, acostarme con el cliente también —respondió irónica.

—No sabía que eres del tipo ético-moralista, en especial después que destrozaste un auto con pintura de spray —Rhys lo dijo con un asomo de sonrisa en su rostro—. Además, no fue que me pusiste un revolver en la cabeza para hacerlo, esto fue más que consensuado por parte del cliente.

—Odio ser el cliché que dice «yo no soy así», «yo no me acuesto con los clientes» y te digo la verdad así suene puritana, no lo hago desde que salí con un cretino que quería que lo tatuara gratis después que salimos.

Como si hubiese hecho un truco de magia Cloe vio como el rostro de Rhys se iluminó y soltó la carcajada más deliciosa que Cloe había escuchado jamás, y cabía acotar que ese titulo lo tenía Iwan. El escocés reía con tanto gusto que Cloe hubiese podido escucharlo reír por semanas.

—Entonces acabas de destruir mi coartada. ¿Ahora quién me hará la mariposa de colores que quiero en mi espalda sin pagar por ella? —Su sonrisa era mínima pero en su tono de voz se podía sentir la broma. Le dio dos palmadas en su pierna—. No te preocupes, Cloe, te creo. No creo que seas del tipo de decir mentiras.

Cloe suspiró —De hecho me hubiese ahorrado muchos problemas haberlas dicho.

—Eso también lo creo.

Hubo un corto silencio que a Cloe le pareció una eternidad. Veía como Rhys tenía una lucha interna y le dolía pensar que era por estar ahí, parecer educado y no salir corriendo. Ella le quitaría el suplicio. Aunque sentía una punzada en el pecho prefería terminar la mañana con dignidad que estar con una persona que se sentía obligada a quedarse solo por diplomacia. Su sentimiento por Rhys tenía un límite.

—Oye, no tienes por que quedar…

—¿Quieres venir conmigo esta noche a un sitio especial para mí? Es afuera de la ciudad, pero solo será una noche —Rhys la interrumpió, hablaba atropellado como si con las palabras reafirmaba sus ganas de quedarse con ella—. No tienes porqué responderme ahora, te puedo llamar luego…

Cloe no escuchó más. Solo asentía como tonta. No le salían

palabras pero si de algo estaba segura era que de que iba a ese sitio con Rhys, iba. Ya arreglaría el horario con Bran, pero esa oportunidad de estar más tiempo con él en el poco tiempo que les quedaba, no la perdería.

—Bien. Bien —Rhys se frotaba con su mano la pierna.

Cloe tomó un trago de café. Cerró los ojos y lo saboreó. Era ambrosía.

Se terminaron el café en silencio. A veces el silencio al lado de la persona perfecta era la mejor conversación.

—Había tomado libre el día de hoy pero mejor voy a trabajar y salgo temprano y mañana podré llegar un poco más tarde —Cloe se dio cuenta que habló en voz alta cuando Rhys se levantó como un resorte.

¿Cuántas maldiciones era que llevaba?

—Mejor me voy para que te puedas arreglar…

Ella se levantó con igual rapidez y antes de que él dijera otra palabra lo besó. Y si con ese beso no conseguía que se quedara un poco más, no lo lograría con nada.

Lo tomó de la solapa y chocó sus labios con los de él.

Los labios gruesos de Rhys amortiguaron cualquier golpe que pudiera haberse dado. Eran tan suaves que podía quedarse besándolos por horas, por días. Era como besar una nube o mejor un malvavisco porque era igual de dulce.

De inmediato sintió como Rhys se relajó y devolvió el beso. Posó sus manos en su cadera y la atrajo hacia él.

¡Sí!

—Tengo que trabajar en un par de horas quizá podamos comer algo antes —le dijo Cloe recibiendo cualquier cantidad de besos entre su rostro y su cuello.

Pero Rhys tenía otras intenciones. Si tenía un par de horas, las aprovecharía al máximo en recorrer el cuerpo de Cloe.

Se sentía eufórico, lleno de vida. Era como si esa mujer hubiese despertado a un ser que ni él mismo sabía que tenía en su interior, un hombre que ni siquiera con Eli había emergido.

Este hombre estaba sediento de la piel de Cloe, de sus besos y sus uñas enterradas en su espalda. Este hombre quería reír, quería llevar a Cloe a la casa del lago y desnudarla desde que cruzaran la puerta hasta que se marcharan. Quería conocerla y que ella lo conociera, que

viera que no era ese tipo amargado que creía que era. Que él podía disfrutar y hacerla reír.

Eli pasó por su cabeza y solo le dio tiempo a pensar en pedirle perdón cuando sintió las manos de Cloe sobre él. Ahí, toda imagen se volvió a borrar y Cloe apareció otra vez.

Estaba sentado en la cama y ella a horcajadas sobre él. Sus manos en su trasero y ella desabrochando cualquier botón o cremallera que se le atravesara.

En un segundo estaba con un preservativo puesto y Cloe sobre él moviendo sus caderas y gimiendo de placer. Se regodeó en sus senos. Cada uno de ellos hinchados de excitación.

Cloe lo recibía húmeda y lista. Sus manos recorrían su cuerpo desesperada como si no le hubiese bastado la noche anterior. Podía sentir como sus movimientos eran reprimidos para tratar de estirar al máximo el momento. Él lo agradecía. Quería disfrutar a esa mujer que como una diosa desnuda, jadeaba de placer por él con su piel bronceada natural y su cabello castaño bailando al ritmo de sus caderas.

Cloe cada segundo descubría una nueva parte de Rhys que la asombraba y la dejaban más tonta de lo que ya estaba por él. Rhys podía ser apasionado e intenso pero a la vez dulce y cariñoso.

Podía excitarla solo con su mirada como lo hacía en ese momento o podía susurrarle al oído las palabras precisas para hacerla volar.

Era un hombre profundo y complicado con tantas capas como temperamentos, pero Cloe por primera vez quería descubrir a un hombre y aceptarlo con sus demonios y su pasado.

Los dos llegaron al umbral del éxtasis en total sincronía con un beso que selló el momento. No hubo palabras pero ese beso lo decía todo. Ninguno de los dos imaginaba lo profundas de las aguas en las que se estaban metiendo, ni la corriente interna que escondían esas aguas.

—Quizá tenga un poco más que un par de horas —dijo Cloe entre jadeos todavía con sus labios adheridos a los de Rhys.

Él sonrió —Entonces todavía tenemos tiempo de desayunar… comida.

Ella asintió sonriendo como una niña, se levantó con pesar porque era obvio que los dos querían mantenerse en esa posición por más tiempo pero ella también quería aprovechar a ese Rhys dentro y fuera de la habitación.

Después de una ducha no tan corta de los dos, lograron vestirse y salir.

—Te voy a llevar a uno de mis sitios favoritos para comer.

—¿Un restaurante chino? —respondió ella divertida.

—No, Cloe LeRoux, no es un restaurante chino de dudosa reputación. Doy gracias al cielo que no estoy devolviendo la comida o con una bacteria estomacal.

—No digas tonterías que la comida estaba deliciosa y el señor Fung es la cosa más tierna de toda Cardiff.

Rhys sonrió. Cloe era única. Todavía le estaba buscando la explicación a las ganas que le entraban de llenarla de besos cada vez que decía una tontería de ese tipo.

Aparcaron en una pequeña calle y caminaron unos pocos metros, a Cloe le parecía familiar el sitio pero no lograba reconocerlo. Llegaron a un punto donde pudo ver toda la bahía de Cardiff, ahí supo por qué le parecía tan conocido el sitio.

Estaban en el *Cardiff Bay*, el paseo que se extiende por toda la bahía de la ciudad. La vista era hermosa a pesar de ser un día frío. El agua oscura se mantenía quieta mientras unos cuantos botes estaban atracados en su borde.

—Esto lo conozco —dijo mirando a su alrededor—, he venido con Bran y los chicos a tomar cervezas. Nunca había venido en el día.

Deseó tener más tiempo para poder conocer la hermosa ciudad de día.

—Esta zona es muy concurrida en especial de noche, pero si caminamos unos 10 minutos más, te llevaré a un sitio que no creo que conozcas. Yo también tengo mis lugares especiales.

Le tomó la mano y la guió. Ella lo permitió.

Cloe miró a Rhys y él caminaba relajado con un asomo de sonrisa en su rostro. Hubiese hecho lo que fuera para verlo siempre así, era como si hubiese rejuvenecido 10 años. La sombra de sus ojos se había esfumado y tenía «esa» expresión de pura y simple paz.

Como Rhys le prometió llegaron a un sitio y Cloe agradeció haberlo conocido con Rhys. Era el muelle de la bahía. Lleno de veleros gigantes, uno más hermoso que otro, con sus altos mástiles y sus velas recogidas parecían rascacielos marinos.

El blanco de sus cascos contrastaban con el azul del agua y al

fondo el sol reflejado en ella.

Parecía un cuadro de Turner.

—Ven —Rhys la sacó de su embeleso y la llevó a unas mesas pequeñas en pleno muelle.

—¿Qué es esto?

—Aquí sirven el mejor desayuno inglés a cualquier hora del día.

De lo que parecía un garaje salió un hombre de unos 60 años con la piel que alguna vez fue blanca ahora teñida por el sol.

—Querido Rhys.

—Hey Ter… ¿Cómo está Lidia?

—Hoy es su día libre y aquí estoy como un loco sacando todos los pedidos, no sé como esa mujer hace para llevar todo esto sola —dijo el hombre divertido, su mira esmeralda se posó en Cloe.

Rhys se dio cuenta.

—Terry, ella es Cloe, la he traído porque le he dicho que aquí preparan el mejor desayuno inglés del mundo.

Terry miró la cara de miedo de Cloe —En realidad no tiene porqué ser inglés, servimos los mejores desayunos del mundo. Tú pide el que quieras.

Cloe respiró aliviada. Después de la noche que tuvo, se comía un desayuno inglés y tendrían que llevarla a rastras a su casa.

—Entonces pediré un desayuno continental.

Rhys sonrió —A mí lo de siempre.

Terry asintió y se marchó sin más.

—Terry me conoce de toda la vida cuando venía con mis padres a navegar.

—Debe ser hermoso navegar por esta bahía —imaginó pasear en velero con Rhys, toda la escena idílica, con trajes náuticos y todo. Sí, se había convertido en *esa* mujer que imaginaba escenas románticas.

—Algún día te llevaré a navegar.

—Te acepto la invitación.

Rhys tomó su mano como el acto más natural del mundo, y lo era. Todo con Cloe era natural, se sentía correcto y él no iba a desperdiciar ni un segundo con ella. Si era por él no la dejaba en todo el día, era como si Cloe mantenía alejada todas las sombras con su luz.

Desayunaron hablando de cualquier cosa, nada profundo. Hablaron de la infancia de los dos y de lo parecidas que eran sus ciudades. Cloe sintió una punzada en su corazón, hablaba de Boston como si fuese pasado aunque estaba en sus planes regresar pero por una extraña razón sintió que esa nostalgia por su ciudad se extendería por largo tiempo por una simple razón, estaba empezando a sentir a Cardiff como suya y a ese hombre que comía a su lado tan familiar que si no hubiese nacido, crecido y estado segura que volvería a Boston podía decir que se sentía que pertenecía a Cardiff, que ese era su sitio.

Luego de desayunar caminaron de vuelta al coche, en silencio, tomados de la mano, simplemente disfrutando de la presencia del otro. Cloe no sabía si había salido de la tormenta o si ese solo era el ojo del huracán pero deseó que su vida fuese así. Estar tomada de la mano con un hombre que a pesar de su dolor, solo le traía paz. Solo deseó que Rhys sintiera la misma paz que ella en ese momento.

Después de dejar a Cloe en casa despidiéndose como adolescentes, entre besos. Rhys se vio con el escándalo del silencio en una calle llena de gente. Había pasado la noche y parte del día con una mujer que le nublaba la visión de su realidad, una mujer que tenía el poder de encender una luz que creía extinta dentro de él.

Pero la oscuridad de la culpa siempre reclamaba su lugar y sin Cloe para mantener la luz encendida, su visión volvió y con ella Eli, la culpa y la oscuridad.

Cerró los ojos y respiró profundo. Todavía tenía el olor de Cloe en él y de ahí quizo aferrarse pero su mano fue automática hacia su otro brazo. Ahí estaba la marca que había decidido que lo acompañara el resto de su vida.

Lo miró. Sentía la daga punzante en su brazo.

—Perdóname, Eli.

Regresó a casa. Tomó una ducha, se vistió y se largó a su estudio. Sin pensar, sin sentir como ya su cerebro estaba acostumbrado. Decidió hundirse en el trabajo. Ignorar sus pensamientos pero era imposible.

No debiste invitarla a la cabaña, ni siquiera Eli conoció la cabaña. ¿Por qué quieres llevar a Cloe si es algo pasajero?

Su cabeza lo traicionó. Recordó cada momento en los que Eli le pedía conocer la cabaña de su familia pero él estaba muy ocupado trabajando, haciendo dinero para darle una mejor vida.

No, no había sido buena idea invitar a Cloe solo por haber pasado

una noche con ella cuando su novia, su prometida nunca pudo conocerla.

Tomó su móvil para llamar a Cloe, cancelaría el viaje. No podía hacerle eso a Eli. Simplemente no podía. En el preciso instante que tomó su móvil para llamarla, entró un mensaje.

Una imagen.

La foto era del auto vandalizado a la luz del día con una leyenda que decía:

Cloe

«Como todo criminal vuelve a la escena del crimen, tenía que pasar a ver mi obra de arte y no podía dejar de compartirlo con mi cómplice» y un emoticono de un guiño.

Rhys sonrió. ¿Qué demonios le pasaba? Estaba sonriendo. Cinco segundos atrás quería cancelar la ida a la cabaña y ahora sonreía como un idiota.

Cerró los ojos con fuerza y espiró.

Estaba hecho un desastre.

Cloe estaba loca y él quería toda esa locura. Ella hacía cosas que él jamás soñaría con hacer, pero con ella las haría feliz.

Rhys

«Sabes que esto es la prueba de un delito»

Cloe

«Esto es una fotografía de un auto convertido en una obra de arte. Es una obra de arte para hacer justicia». Fue la respuesta que recibió.

Imaginó a Cloe riendo mientras hacía alguna mueca.

—¡No! —Soltó el teléfono como si fuera un animal venenoso.

Cloe reía de solo imaginar el rostro escandalizado de Rhys. Era tan correcto, tan…

Su móvil interrumpió su análisis de la perfección de Rhys Pritchard.

—Americana —la voz grave y el acento solo podía ser de una

persona y por una extraña razón esa persona le hacía el día más perfecto de lo que ya era.

—Irlandés —respondió divertida— ¿Por qué no tengo este número guardado?

—Porque es mi número supersecreto.

—Con «supersecreto» te refieres al que tienes escondido para que tu novia no se entere de lo que haces.

—¡Exacto! —Lanzó una de sus carcajadas deliciosas—. En realidad este es mi número corporativo pero me has dado una gran idea.

—Eres de lo peor.

—Me han dicho cosas peores —volvió a reír—. ¿Que vas a hacer esta noche?

Pienso perderme a una cabaña con el hombre que me lleva caminando por las nubes y tener sexo hasta que tengan que inyectarme suero para hidratarme.

—Tengo una cita —prefirió decir.

—¿Con Pritchard?

—¿Cómo lo sabes? —Dijo antes de pensar—. Maldición.

La carcajada de Liam no se hizo esperar. —Como no me interesa tu vida sexual y menos si no estoy involucrado, no voy a hacer comentarios al respecto —no tenía que hacer ningún comentario, su tono de burla lo decía todo—. Solo quería saber si estabas disponible porque te tengo una buena noticia, pero como estarás ocupada…

—¿Qué buena noticia?

—En unas semanas abriremos una de las salas de la galería con artistas nóveles invitados y luego de prometerle a mi hermano ser su esclavo por unos veinte años, pude convencerlo para invitar a tu hermana para que exponga en esa sala.

Cloe sintió caer en un vacío. Las piernas le fallaron, tuvo que apoyarse en una pared, casi se le desliza el móvil de la mano.

Un espacio para Zoe. Para exponer sus obras.

Quiso llorar de alegría de solo imaginar a Zoe recibiendo la noticia.

—Holaaaaaa. ¿Americana, sigues ahí? No puedo creer que te dejé sin palabras. Eso no ocurre contigo.

—Un… un espacio para que mi hermana exponga… —Cloe no sabía si lo pensaba o lo decía en voz alta.

Se enteró que lo había dicho en voz alta cuando escuchó la respuesta del irlandés.

—Y si tiene éxito la llevamos a la galería principal en Dublín. Usualmente hacemos eso. Exponemos en pequeñas espacios. Damos la promoción debida y si tienen éxito nos llevamos al artista a Dublín y le damos el salón principal.

—Mi hermana va a exponer… —Cloe todavía no salía de su asombro.

—Pero tenemos un pequeño problema, americana. La idea era que nos reuniéramos contigo esta noche y le vendieras el trabajo de tu hermana a mi hermano que todavía no está del todo convencido y me hizo un tiempo esta noche de su «apretada agenda». Luego haríamos una teleconferencia con tu hermana y afinaríamos detalles, peeeeero como tienes una cita con Pritchard…

Las palabras de Liam le cayeron como un balde de agua fría. ¿Por qué? ¿Por qué siempre le pasaban esas cosas? ¿Por qué la vida no podía ser tan simple como trabajar, conocer a un hombre genial, tener buen sexo y que una cosa no interrumpa a la otra?

Si tenía que elegir, no tenía dudas de que elegiría la reunión con los O´Callaghans pero quizá no tenía que elegir. Podía reunirse con ellos par de horas en la noche y luego largarse con su galés.

Suspiró.

—Sabes lo que elegiré —respondió derrotada.

—Lo sé, solo me gusta hacerte sufrir.

—Eres muy cruel.

—No lo soy, americana, mira lo que hago por ti y tu hermana. Seré veinte años esclavo de mi hermano pero investigué el trabajo de tu hermana y creo que tiene potencial y yo nunca fallo, por eso le doy la oportunidad.

—Y no te vas a arrepentir. Zoe es la mejor artista del mundo mundial.

Liam rió, apreciaba el amor que Cloe, a pesar de su irreverencia, profesaba por su hermana. Sabía lo que era porque él con sus altos y bajos compartía un nexo especial con Jacob y su éxito en el mundo del arte se lo debía en gran parte a esa conexión especial con su hermano.

—¿Entonces? Le cancelas a Pritchard y nos reunimos esta noche.

—No cantes victoria, puedo hacer todo esta noche. Así que olvídate de arruinar mi cita.

El irlandés se despidió con otra carcajada y acordando con Cloe la hora de la reunión.

Cuando Cloe llegó a la feria, había un caos en la «recepción» ahora sola ya que Charlie dentro de lo idiota que podía ser, al menos mantenía cierto orden en las citas.

Andreas atendía a una fila de unas diez personas que no se veían muy complacidas. El rostro del pobre hombre era de desesperación y por lo que Cloe podía ver estaba solo.

—¿Qué sucede?

Andreas le mostró un papel con unos garabatos —Estas son las citas del día de hoy. Eira no ha llegado y tiene a dos clientes esperando por ella. No logro contactar a Bran que tiene a cuatro personas, y tú tienes a estas personas —le señaló con un bolígrafo la hoja de papel— yo estoy tratando de atender a mis clientes pero como podrás ver…

Cloe sintió lástima por Andreas que no se caracterizaba por ser del tipo de «atención al cliente». Miró la hoja de papel, sus clientes llegarían en par de horas así que podía ayudarlo a poner orden.

—Permíteme —tomó la hoja de papel. La revisó lo más rápido que pudo—. Ok, encárgate de tus clientes. Yo me hago cargo aquí.

Andreas asintió y casi salió corriendo a su cubículo.

—Les pido disculpas por los inconvenientes, déjenme contactar con los artistas y de inmediato los atendemos. Esto no es normal.

La gente quizá vio sinceridad en las palabras de Cloe, todos asintieron no muy felices pero se tranquilizaron.

Cloe llamó a Bran, sabía que Eira necesitaría un día más para recuperarse. Contestó al tercer repique.

—¿Dónde diablos estás, Bran? Tienes un ejercito de personas aquí esperando por ti.

—Cloe, estaba solucionando un problema, ya estoy en camino, llego en 10 minutos.

—Ok —Cloe terminó la llamada. Se dirigió a los clientes—. Bran estará aquí en 10 minutos, les pido disculpa otra vez, los clientes de Eira por favor vengan conmigo por orden de llegada, yo los atenderé, si tienen alguna duda pueden ver mi carpeta de trabajo y deciden si desean que yo los atienda, Eira está indispuesta y no creo que pueda venir hoy.

Con ese caos empezó el día de trabajo de Cloe.

Cloe miraba el reloj continuamente, tenía que llamar a su hermana y darle la noticia, y tenía que avisarle a Rhys que había que posponer los planes par de horas. Había prioridades y Zoe siempre sería una prioridad para ella sobre todo si se trataba de su desarrollo profesional, pero ese día era un pandemonio, era como si toda Cardiff hubiese decidido tatuarse con ellos, claro mucho tenía que ver que la feria terminaría en par de semanas y que Eira no estaba.

El tiempo vuela cuando uno está ocupado y más haciendo lo que te apasiona.

Diez segundos después de haber terminado con el último cliente, el móvil de Cloe sonó.

Era Liam.

Que sea para aplazar la cita para otro día. Por favor, por favor.

Pulsó el botón verde.

—Americana. Estoy aquí afuera. Trae paraguas porque llueve a cántaros.

Cloe todavía tenía el subidón de adrenalina de todo un día tatuando, no entendía bien lo que decía el irlandés a pesar de ser tan claro. ¿Cómo que estaba afuera?

Miró su reloj, había quedado a una hora específica con Liam y aunque estaba medio loco no significaba que iba a llegar tantas horas adelantado.

Casi pegó un grito.

¡Maldición! Era casi medianoche y no había llamado a Zoe ni a Rhys. Maldición, maldición.

—¿Cloe, estás ahí? Mira que no podemos dejar al «divo» esperando mucho, ya bastante está haciendo con perder horas de su sueño embellecedor.

—¡Liam! Este día ha sido una locura, ni siquiera le he avisado a mi hermana para la videoconferencia —ni a Rhys. Se dio una bofetada mental.

—Cloe, por favor no me digas que cancelamos todo, Jacob tiene que salir mañana temprano a Dublín.

Cloe respiró hondo, nunca fue que buena en momentos de crisis porque su impulsividad le daba más problemas que soluciones, para eso estaba Sophie, calmada, paciente o Emma segura y organizada, ¿pero ella? Ella saldría huyendo al primer club y resolvería todo, bailando y tomando. Ok, ok, las cosas no se resolvían pero a ella se le

olvidaba.

Pero ni siquiera tenía tiempo para llamar a sus amigas, tenía que resolver y de inmediato.

—¡No! No cancelaremos. No me ha dado tiempo de llamar a mi hermana pero la llamo desde tu coche —y también a Rhys, no tenía otra opción. Además sentía que con Liam tenía la confianza para hablar con él desde el coche—. Voy saliendo y lo del paraguas, bueno, tengo algunas revistas para cubrirme.

—Perfecto —dijo el irlandés animado—. Trataré de aparcarme lo más cerca de la puerta para que no te empapes.

—Que considerado.

—No es por ti, es para que no mojes mi hermoso vehículo.

—Tonto.

El irlandés cortó la comunicación con una carcajada.

Cloe se despidió de Bran a través de la puerta de su estudio. Si se ponía a sacar cuentas, no recordaba la última vez que lo había visto. ¿4-5 días? Tendría que hacer un hueco en su agenda para aunque sea tomar un café rápido con su amigo.

De camino al auto, Cloe trató de contactar a Zoe, pero no lo logró. Era inútil dejarle un mensaje porque ni ella ni su hermana escuchaban los mensajes. Vio la hora otra vez y calculó que hora sería en Boston. Quizá Zoe estaba en la academia.

Zoe, como buena artista, para no morir de hambre, daba clases de artes plásticas en la academia de artes de Boston, no pagaba mal pero tampoco eran tan generosos además dar clases no es que era la pasión de Zoe, pero algo tenía que hacer mientras se abría paso en su carrera de artista plástica.

—¡Maldicióóóóóóóóón! —Gritó Cloe en la puerta de la feria. ¿Cómo ese día que había empezado tan perfecto acababa siendo un caos?

Respiró derrotada. Bueno, era su vida ¿acaso esperaba que todo saliera según lo planeado? Si ella era la reina del caos.

Vio un BMW negro acercarse con un ligero toque de bocina.

Antes de salir presionó las teclas de su móvil.

«Hermana, apenas puedas comunícate conmigo, es importante»

La palabra «hermana» era la clave. Era su código para cosas verdaderamente importantes, del resto ella la llamaría Zo.

Subió al auto. Por suerte solo usó unos segundos su paraguas improvisado así que el daño a la tapicería fue mínimo. Saludó con dos besos a Liam y volvió a tomar el teléfono.

—¿Qué te pasa, americana? —Liam de inmediato notó que Cloe no era la misma Cloe de siempre, tenía el ceño fruncido y la mandíbula apretada.

—Hoy ha sido un día intenso, y no estoy hecha para aguantar las intensidades de la vida. Ser adulto apesta —la carcajada de Liam la relajó un poco, pero no estaría totalmente tranquila hasta que no hablara con Rhys—. Traté de comunicarme con mi hermana y no me responde, si no me he comunicado para cuando lleguemos a la galería, yo tomaré las decisiones —y que Dios nos ampare—, mi hermana confía en mí, sin duda está loca la pobre.

—Si crees que es lo correcto yo te apoyaré, Cloe, lo que no quiero es perder la oportunidad de hablar con Jacob personalmente.

—No perderemos esta oportunidad —Cloe se llevó el teléfono a la oreja— Ahora voy a hacer una llamada muy, muy importante y te agradecería que cerraras la boca, luego no hables del tema que no quiero discutirlo contigo.

Liam explotó en risas —¿Vas a llamar a Pritchard? Nunca te había visto tan nerviosa —volvió a reír, tomó aire y luego hizo el movimiento como si cerrara su boca con una llave y botó la llave.

—Idiota.

Liam apretó la boca para ahogar las risas.

Rhys estaba de buen humor, la sonrisa estúpida no se le quitaba del rostro. En la oficina todos lo miraban como si hubiese entrado un extraterrestre. Sabía que ver un extraterrestre quizá podía ser más normal que verlo reír.

Se hundió en trabajo para distraerse de la tentación de llamar o escribirle a Cloe, en cambio llamó a Oscar, el hombre se encargaba de mantener limpia y cuidada la cabaña del lago.

El viejo Oscar se alegró cuando escuchó al «pequeño» Rhys avisarle que iría acompañado a la cabaña. Significaba que no solo había superado la pérdida de su prometida sino que encontró a alguien lo suficientemente importante para llevarla ya que nunca lo hizo con su difunta prometida.

Oscar le aseguró que todo estaba en orden y que si lo deseaba podía hacer una pequeña compra porque no había nada de comida.

Rhys le quitó la responsabilidad, demasiado hacía con mantener la cabaña además él deseaba comprar algo especial para el poco tiempo que estaría con Cloe, tampoco era que quería comer mucho, al menos no comida.

Deseaba volver a sentir su piel, esta vez había jurado que lamería cada centímetro de su cuerpo color caramelo. Todo el día había tratado de distraerse pero su cerebro no paraba de repetir una y otra vez minuto a minuto esa noche. Cada uno de los gemidos de Cloe, como arqueaba su espalda para que él entrara más profundo en ella, como deslizaba sus manos en su espalda sudada.

De solo pensarlo sentía su inminente erección.

No podía esperar un segundo más.

Miró su reloj, Cloe saldría dentro de poco y él le daría la sorpresa de esperarla en la puerta de la feria, pero no porque era un caballero, de hecho era una acción bastante egoísta. Quería asegurarse que Cloe se fuera con él. Lo tendría bajo control. La buscaría, la llevaría a su casa, ella recogería sus cosas y de ahí se irían a la cabaña.

Aparcó cerca de la carpa gigante. Sabía que Cloe saldría por ahí, ya empezaba a salir la gente.

Se sentía como un acosador. Casi se sentía avergonzado, pero no era acoso si de igual manera tenía que pasar por ella en su casa, solo estaba saltando un paso. Era más práctico así.

Qué patético.

Tomó su móvil para llamarla cuando la vio, llovía y no quería que se mojara. Se inclinó para encender su auto cuando observó que Cloe siguió caminando, con unos papeles sobre su cabeza para protegerse, se subió a un sedán oscuro y se acercó al conductor para besar al conductor.

A Rhys le quitaron el suelo de sus pies o en este caso su coche, de repente pudo sentir como si cada gota de lluvia helada le caían sobre su piel y un frío polar invadió su pecho.

Su teléfono sonó. Era Cloe.

Rhys arrancó a toda velocidad y por supuesto no contestó el teléfono.

— Perdón —

Cloe llamó varias veces a Rhys sin lograr respuesta. Ya había perdido la cuenta de cuánto había maldecido. Optó por enviarle un mensaje de texto. Odiaba tener que dar explicaciones y más por mensajes de texto, pero necesitaba hacerlo.

«Rhys, surgió algo urgente, tengo la oportunidad de conseguir algo importante para mi hermana. Por favor comunícate conmigo apenas leas esto. El plan no se ha cancelado, solo dame un par de horas.»

Esas «par de horas» se convirtieron en cuatro horas. Eran casi las 4a.m cuando Cloe salió de la galería, tampoco logró comunicarse con Zoe, pero después de lo que había hablado con los hermanos O ´Callaghan, su hermana se desmayaría de la emoción.

Cloe conocía como la palma de la mano las obras de Zoe, su significado y su inspiración. Su hermana era todo para ella y estaba segura que era recíproco, sabía que a Zoe le encantaría todo lo que había acordado, el espacio, el color de las paredes, la ubicación de sus obras… y si no, bueno, se lo tendría que aguantar, nadie le ordenó que no contestara el teléfono.

Cloe sonrió. *Va a alucinar.* Pensó.

Tenía un sentimiento agridulce, estaba tan feliz por su hermana pero lo había arruinado con Rhys, la primera vez que quiere algo en serio con un hombre y lo arruina por algo importante. La vida era una maldita ironía. Pero eso no significaba que se daría por vencida, no dejó de llamar a Rhys y no dejó de escuchar a la contestadora tampoco.

Liam la dejó en casa.

—Descansa, Cloe. Lamento haberte arruinado tu cita, de verdad lo lamento.

—Quizá lo que no sucede es porque no debía ser —ella se encogió de hombros restándole importancia.

Liam por una extraña razón podía leer a Cloe mejor de lo que podía leer a cualquier otra persona, interpretar las palabras y los gestos de Cloe estaba a nivel de la conexión que tenía con Jacob.

—A la mierda con que no debía ser, Cloe. Si es lo que quieres búscalo. No te des por vencida.

—¿Qué quieres, que lo vaya a buscar y le explique? ¿Y qué si no quiere saber nada Liam? Tú lo conoces, sabes que con él hay que ir

como si caminara sobre hielo delgado.

—Al menos puedes decir que lo intentaste y si él no quiere saber nada, pues él se lo pierde —ahora fue Liam quien se encogió de hombros y le guiñó un ojo.

Que lástima que Cloe se sentía tan atraída por el galés y no sentía absolutamente nada por Liam, era tan adorable. Quizá no hubiesen durado un fin de semana porque se matarían, pero no se podía negar que Cloe le daría una oportunidad. También era una lástima que Liam sentía por ella exactamente lo mismo.

—Voy a parecer una acosadora.

—Pffff como si eso te importara. Además si es permitido que un hombre llame insistentemente a una mujer o la vaya a buscar a su casa, pues también debería ser permitido en las mujeres.

—Liam, eso se llama acoso y es igual de espeluznante en los dos géneros.

—No si le gustas al otro.

—Tienes problemas, irlandés, y tienes graves problemas cuando soy yo quien te lo dice.

Liam soltó una carcajada —Tómalo como quieras, americana, solo te digo que no se escape por no intentarlo, si crees que vale la pena has lo posible por no perderlo.

—¿Hablas desde la experiencia? —Dejando atrás las bromas, Cloe sintió que el irlandés le daba el consejo desde el corazón y no era una plática sin importancia.

—Más o menos —Liam suspiró, miró hacia adelante y puso las manos en el volante del auto—, pero eso no importa ahora. No sé porque te digo todo esto si al final vas a hacer lo que te de la gana —sonrió—, no olvides hablar con tu hermana para empezar con los preparativos.

Cloe asintió. No había parado de llover. Eran casi las cinco cuando abrió la puerta de la casa. Cuando Eira no estaba Cloe sentía la casa vacía, como si no hubiesen muebles, ella era el alma de su casa.

Entró a la cocina, se hizo una taza de té y se sentó a esperar que enfriara un poco aunque con el frío que hacía podía tomarse el té hirviendo y le sentaría de maravillas.

Su móvil sonó. Cloe sintió sus piernas temblar y su corazón latir a mil por horas. Al fin Rhys le devolvía la llamada.

Fue bastante decepcionante cuando miró la pantalla y vio que era

Zoe, ahí se acordó que todo no se había ido al bote, su hermana le haría un altar o mejor, Cloe le haría prometer que le pondría su nombre a su primer hijo fuese niña o niño.

—¡Zo! ¿Dónde demonios estabas metida?

Zoe no quiso ahondar en detalles —Tuve clases y me quedé sin batería ¿Qué demonios sucede? Me tienes con el corazón en la boca ¿Te sucedió algo?

—No —Cloe mordió su labio para evitar reírse—, pero a ti te va a pasar.

Silencio.

—¿Qué demonios dices? —Otro silencio esta vez más corto— ¿Cloe, tú estás borracha? ¿Ahora qué celebras?

—Honestamente en estos momentos me encantaría decirte que sí pero por desgracia no lo estoy. Pero estoy a punto de darte una noticia que va a hacer que abras una botella de champaña ahora mismo.

Silencio. Otra vez.

—Cloe, no puedes estar embarazada. Tienes solo dos meses allá, es decir, si puedes… pero… ¡Voy a ser tíaaaaaaa!

—¡¿Qué demonios, Zoe?! ¡No!

—Oh. ¿Entonces qué? Porque con ese misterio tiene que ser una bomba.

—Algo así.

Otro silencio.

—¿Vas a hablar o qué?

Cloe lanzó una sonrisita nerviosa —Está bien, está bien. Recuerdas del irlandés que conocí hace unos días, el que tiene unas galerías de arte.

—Por supuesto. Si te odié por eso. ¿Estás saliendo con él? ¿Qué tal es… tú sabes?

De solo imaginárselo, Cloe sintió que se le revolvió el estómago y vale que Liam era más allá de guapo pero cuando Cloe decía que no sentía el más mínimo mal pensamiento por él era en serio.

—¡No! ¡Cállate y escucha! —Su hermana le hizo caso—. Liam tiene un espacio de exposición para artistas nóveles en su galería y por una razón que desconozco tomó mi palabra cuando le hablé de mi hermana artista, entonces habló con su hermano-socio sobre ti, investigaron sobre tu trabajo y bueno, anoche tuvimos una reunión

para organizar tu espacio en su galería de aquí de Cardiff ¿Qué te parece?

Cloe esperaba el grito histérico de su hermana pero solo hubo otro silencio sepulcral.

—¿Zo, estás ahí?

—Sí.

—Dime algo, Zo.

—Yo… un momento… tú… —Zoe había perdido la capacidad de coordinar palabras, de hecho estaba pensando que había imaginado todo lo que su hermana le había dicho—. ¿Tú me estás diciendo que tú conseguiste que el dueño de la galería me… me expusiera?

Cloe asentía eufórica como sí su hermana pudiese verla —¡Sí, Zo! En unos días él o su hermano te llamarán para terminar de organizar todo, por eso te llamé y al ver que no contestabas bueno, tuve que tomar decisiones ejecutivas.

Cloe se rio de ella misma, jamás en su vida hubiese soñado en usar esa frase.

—Voy a exponer…—la voz de Zoe era un susurro, Cloe podía sentir su emoción.

—Zoe, hermana ¿Estás bi…

Cloe no terminó la frase cuando escuchó a su hermana romper en llanto. Jamás la había escuchado llorar de esa manera y maldijo no poder estar a su lado para abrazarla aunque agradeció que estuviese llorando por una buena noticia creada por ella. Supuso que así de debía sentir la mujer maravilla después de un día de trabajo.

—Clo, creo que me voy a desmayar, necesito oxígeno. Me voy a morir. ¡Me voy a morir y no voy estar para ver mis obras expuestas!

Cloe sabía que su hermana exageraba en un 85% —Zoe, cálmate, respira profundo y piensa que si te mueres tus obras valdrán más así que busca papel y lápiz y escribe que yo soy tu heredera universal.

Zoe soltó una carcajada entre su llanto —¡Tonta! —Respiró profundo y se recompuso lo mejor que pudo—. ¿Clo, es verdad todo lo que me estás diciendo?

—Cada una de mis palabras, hermana. No he dormido en toda la noche, fui con Liam y su hermano a la galería, vi el espacio donde expondrás, me preguntaron sobre los colores que deseas en las paredes o si deseas algún ornamento extra, les di las indicaciones justo como tú me describías como sería tu primera exposición en Nueva York,

perdona que no la conseguí allá pero por algo se empieza.

—¡¿Estás loca?! No hubiese deseado empezar a exponer en otro sitio que junto a ti. Te amo hasta el infinito y más allá.

Cloe rio. Ella también amaba a su hermana —Espera un par de horas y le das la noticia a Emma y a Sophie, capaz y puedan venir a la noche de la inauguración y luego irnos de farra como en los viejos tiempos.

Cloe y Zoe estuvieron hablando largo rato más, Cloe le explicó todos los detalles a su hermana unas cuatro o cinco veces, Zoe no se cansaba de escuchar que su sueño se iba a hacer realidad gracias a la persona que mas amaba en la vida.

Se despidieron cuando Cloe vio claridad en su ventana. Por supuesto las nubes grises no tenían la más mínima intención de marcharse pero el sol daba la batalla.

Cloe terminó de hablar con su hermana con una sonrisa en la cara para recordarse de Rhys. Suspiró. Lo había arruinado todo, pero no se quedaría así, no que va.

Por primera vez en su rebelde vida le haría caso al consejo de alguien –porque obviamente le convenía–, así que tomó una ducha, se vistió y se dirigió a aclararlo todo.

La lluvia no cesaba era como si hubiesen abierto una ducha gigante, la misma cantidad de agua constante, perenne. La lluvia se rio del impermeable de Cloe, casi podía escuchar la risa en las pequeñas gotitas que caían sobre ella empapándola, pero estaba bien, necesitaba el agua helada para mantenerse alerta porque presentía que venía una batalla.

Tomó el primer taxi que encontró. Llegó a la puerta del pequeño edificio donde vivía Rhys, rezó porque estuviera ahí y también rezó porque ocurriese un milagro y alguien le abriera la puerta, ese día necesitaba varios milagros.

Un hombre mayor de aspecto ejecutivo se disponía a salir, la miró desconfiado, no lo culpaba ella parecería una indigente.

—¿Vas a entrar?

Cloe asintió —Me devolví a buscar algo urgente y me di cuenta que dejé mis llaves en la oficina —sonrió inocente.

Odiaba dar explicaciones pero no era nada normal ver a una mujer mojada hasta los huesos, temblando de frío a primeras horas de la mañana, intentando entrar a un edificio.

El hombre asintió —Este maldito clima nos va a matar —le abrió

la puerta con un ademán para que pasara— ¿Cómo vas a entrar a tu casa?

¡Maldición! Por suerte para Cloe las mentiras eran algo que se le daba fácil.

—Tengo un repuesto escondido en estos casos. No es la primera vez que me pasa —volvió a reír, con una sonrisa que hasta a ella le pareció falsa.

El hombre sacudió lentamente su cabeza y salió mascullando algo como *«estos jóvenes»*.

Cloe soltó el aire. No había enfrentado a Rhys y ya estaba exhausta.

Llegó a su puerta, tomó aire. Miró su reloj de nuevo, sabía que Rhys estaba despierto porque el olor a café invadía sus fosas nasales. Tocó el timbre.

Rhys abrió la puerta. Su rostro serio, su mandíbula apretada. El hermano malvado había vuelto, ese Rhys del primer día, pero ese rostro duró pocos segundos. Cloe pudo ver como el rostro de hielo se fue convirtiendo en uno de preocupación. Extraño.

—¿Qué demonios, Cloe?

—Ne…necesitaba ha… hablar contigo. Ex… explicarte —¡Qué demonios! ¿Esa era ella la que hablaba? ¿Por qué le temblaba la voz de esa manera? Tampoco era que estaba así de nerviosa.

Vio como Rhys la vio de arriba a abajo y ella hizo lo mismo. Por inercia levantó sus manos y vio las puntas de sus dedos moradas de frío. Quizá estaba hipotérmica y moriría de una bronquitis, porque para ella era más importante salir a explicarle a Rhys su vida que cuidar su salud. Idiota. Pero el lado positivo fue que Rhys la hizo pasar de inmediato con sus defensas bajas, así que no todo fue tan malo. Doble idiota.

Rhys corrió a buscar algunas toallas y encendió la ducha con el agua caliente.

—Métete en la ducha.

—No… no, gracias ya me bañé.

—¿En serio, Cloe? —Rhys levantó una ceja y Cloe prefirió hacer lo que sugería, no era momento de bromas, aunque el *timing* de Cloe nunca fue el mejor para saber cuál era el momento oportuno de nada.

Hizo lo que Rhys le pidió. Él la dejó sola en la ducha y luego le dio un suéter y un pantalón de trotar para que se cambiara.

Para cuando salió de la ducha él la esperaba con una taza de café.

—Gracias —tomó un sorbo—. Rhys, necesito explicarte.

—Creo que fuiste bastante clara en el mensaje. Lo entiendo —él también tomó un sorbo, quiso parecer casual pero no lo logró. No la miraba. Estaba cabreado, estaba colérico, pero no con Cloe, quizá sí con ella un poco pero más que nada con él mismo ¿en qué momento permitió que esa mujer entrara en su vida de esa manera? Ahora él no tenía control de sus emociones, sentía todo tan intensamente que le era imposible dominar lo que sentía y eso lo cabreaba de aquí a la luna.

—No. No lo fui. Mereces que te explique. No sabes cuánto deseaba estar contigo anoche…

—¿Por eso te fuiste con O´Callaghan? —Preguntó cortante.

¡Ouch!

Cloe nunca había dado una explicación a un hombre en su vida pero Rhys lo merecía, para ella Rhys merecía una explicación y más. Ella quería hacer desaparecer esa sombra de su mirada, que volviera ese hombre con el rostro iluminado con el que se había despertado lo que parecía un siglo atrás. Que diferente sabía el café la mañana anterior.

Respiró profundo. Tenía que elegir muy bien sus palabras, como cometería una de sus *Cloe-impertinencias*.

—Me fui con él porque le ofreció a mi hermana un espacio para exponer sus pinturas —le explicó todo lo que sucedió durante el día y porqué no pudo avisarle antes.

Rhys suspiró y por un segundo Cloe sintió que el hombre encantador estaba de vuelta —Cloe, tú no tienes porqué explicarme nada, no somos nada, no me debes nada —pasó su mano por su tatuaje—. Pasamos una muy buena noche y yo cometí la estupidez de invitarte una segunda noche pero ya, no importa.

Cloe sintió un calor invadir su cuerpo. Se sintió como Hades en la película de Disney. Creía que estaba en llamas su resolución de dos minutos atrás de no cometer una *Cloe-impertinencia*, se fue al garete como todas sus resoluciones.

Se acercó en dos zancadas a Rhys y quedó cara a cara con él, bueno más bien, cara a pecho. Rhys bajó la cabeza para enfrentarla. Él, todo hielo como un iceberg; ella, toda fuego como un volcán.

—Escúchame bien, cretino sin sentimientos, estoy tratando de explicarte; de que me conozcas y me vas a venir con el discurso

estúpido de «no me debes nada», sálvate tu falsa indiferencia para las mujeres sin cerebro, aunque sea respétame y sé claro conmigo como yo lo estoy siendo contigo.

Rhys se quedó de una pieza. Cuando Cloe fue hacia él pensó que lo golpearía pero en cambio le habló entre dientes, no era un susurro pero tampoco gritaba, de hecho Rhys todavía esperaba ese puñetazo. Miraba los ojos en llamas de Cloe, ese fuego, esa pasión y quiso desnudarla, ahí en ese momento. Estaba enfermo, tenía problemas. Se suponía que estaba tratando se deshacerse de ella y todo lo que Cloe LeRoux implicaba y en cambio ahí estaba deseándola más que nunca. Su piel emanaba calor, más allá de la ducha caliente que acababa de tomar, la piel de Cloe era caliente y su olor, podía olerla todo el día así a esa distancia, olía a canela con algo un toque dulce. Rhys no se lo podía explicar pero cuando estaba cerca de Cloe todos sus sentidos se tornaban hipersensibles era como que ella le contagiara esa vida que le sobraba.

Cloe notó el cambio en Rhys, fue un microsegundo pero lo vio. Vio como su rostro se relajó y entreabrió sus labios. Sus fosas nasales se expandieron ligeramente y a pesar de sus ojos tan oscuros, a esa distancia pudo ver como sus pupilas se dilataron. Ahí lo supo. Rhys Pritchard la deseaba tanto como ella a él, así que decidió jugárselas.

Se acercó más, su pecho rozaba el de él. Levantó su mirada y se encontró con la de él, se le notaba a leguas que tenía un conflicto interno pero eso a Cloe no le importó. Rozó sus labios por la clavícula de Rhys recubierta solo por una capa de algodón de su camisa.

Olía a limpio pero también olía a él.

Acercó sus labios lentamente al nacimiento de su cuello. Solo un ligero roce, pero que revelaba toda la intención de Cloe.

—Dime que me marche. Mírame a los ojos y dime que no me quieres aquí.

La garganta de Rhys se movió. Tragó grueso. Era una estupidez decirle a esa mujer que se marchara si a esas alturas su erección rozaba el abdomen de Cloe y sabía que ella lo sentía.

—Cloe —le dijo amenazante.

—Dímelo, Rhys, solo dímelo y me marcharé.

Rhys aspiró el olor del cabello de esa mujer que todavía estaba tratando de explicarse por qué lo volvía tan loco. Sentía que no tenía poder frente a ella. Había pasado la noche devanándose los sesos, queriendo llamarla pero era una estupidez, todo lo que estaba pasando era absurdo. Cloe había entrado en su vida se había apoderado de ella

pero él no quería, no podía olvidar a Eli, para eso era el tatuaje.

Ella posó su mano en su pecho, lo miró y fue su perdición. Sus ojos estaban tan llenos de fuego que quiso entrar en ellos para que lo quemaran, para saber que sentía, solo con Cloe estaba seguro que no estaba muerto. Ella lo llevaba a los extremos y eso lo hacía sentir vivo, lo grave era que cada día quería más.

Incluso cuando pasó la noche pegado a una botella de escocés, cuando cayó rendido en la cama y lo último que pensó fue en ella maldiciendo cada segundo en que Cloe LeRoux había llegado a su vida, cabreado. Cabreado con la vida, con el destino, con esa mujer que lo descontrolaba y más que todo, cabreado con él por idiota ¿Lo peor de todo? No podía decirle que no. Aunque en su cabeza y en su pecho hubiese una batalla campal. En ese momento, en ese minuto, no quería que Cloe se fuera.

Rhys coló su mano dentro del suéter de Cloe y con ella recorrió su espalda hasta llegar a su cuello con la otra levantó toda la pieza hasta que no hubo más suéter que se interpusiera. Cloe hizo lo mismo con la camisa de Rhys.

Ahora los dos podían sentir sus pieles tocándose. Cloe se sentía arder y aunque todavía no había besado sus labios, ese solo acto era más íntimo que cualquier momento de sexo que hubiesen tenido.

Cuánto había cambiado, la Cloe de unas semanas atrás hubiese desnudado al hombre, hubiese ido directo al grano, se hubiese vestido y hubiese desaparecido del mapa.

Hola, mucho gusto, buen sexo, adiós.

Pero con Rhys era diferente, con él todo lo era. Con él, el solo hecho de rozar su pecho con su piel desnuda era casi suficiente porque con él nada lo era, ella siempre quería más.

Llevó su mano hacia el abdomen de Rhys y fue bajando hasta que encontró su erección palpitante. Escuchó como tomó aire con fuerzas y eso la animó a seguir. Envolvió con su puño el miembro del hombre y muy lentamente empezó a bajar y a subir su puño.

Rhys sentía que no podía moverse, el solo toque de Cloe lo descolocaba al punto de paralizarlo. Ella lo tenía entre sus manos, literalmente. Nunca en su miserable vida había sentido tanto deseo, tanto que sentía su sangre hervir.

Acunó el rostro de Cloe. Ella lo miraba descarada mientras su mano lo destruía segundo a segundo.

—¿Qué quieres de mí? —Le susurró. De igual manera no creía que podía formar oraciones más largas.

—Te quiero a ti —ella le respondió en el mismo tono—. Sin apegos ni culpas. Un día a la vez. Solo un día a la vez.

Un día a la vez. No estaba seguro de podérselo dar, sus demonios lo perseguían todos los días pero podía intentarlo, trataría de intentarlo un día a la vez.

Tomó los labios de Cloe con desesperación porque al fin y al cabo estaba desesperado por ella. Su lengua invadió la boca de Cloe que lo recibió con un gemido. Sus lenguas danzaban sincronizadas al igual que sus respiraciones aceleradas.

Rhys llevó su mano a uno de los senos de Cloe y pellizcó suavemente su pezón, sabía que eso la volvía loca. Cloe volvió a gemir, no cesaba el movimiento rítmico de su mano. Rhys se sentía explotar.

Con su otra mano, hábilmente le quitó el pantalón a Cloe, acarició su centro con sus dedos. La forma como ella reaccionaba a sus toques lo excitaba más, cada gemido, cada suspiro, parecía como si la piel de Cloe estuviese diseñada solo para él, para su toque, para sus besos.

Pero sabía que esa fantasía no duraría mucho, al fin y al cabo era una fantasía. Quizá todo lo que sentía se debía a la novedad de algo diferente porque sin duda Cloe no era nada parecido a todas las mujeres con las que alguna vez había tenido alguna relación, mucho menos Eli.

—Quédate conmigo, Rhys —Cloe le susurró al oído como si intuyera que su pensamiento no estaba donde estaba su cuerpo.

Él se lo agradeció.

La tomó de la mano y la llevó a la habitación. Él quería quedarse a pesar de la culpa, de la rabia y la frustración quería estar ahí en cuerpo y mente con Cloe… aunque fuese una fantasía.

Terminaron de deshacerse de la poca ropa que ya les quedaba. Cloe se tumbó en la cama y lo atrajo. Lo sentía distante, podía casi sentir el conflicto dentro de Rhys, ella quería salvarlo, quería estar ahí para amortiguar su caída incluso a pesar de él. Sentía que perdía la batalla pero ella nunca perdía y esa no iba a ser la primera vez.

Las caricias llenas de pasión se transformaron en ternura, sus manos acariciaban la espalda de Rhys mientras él entraba en ella.

Cloe arqueó su espalda para darle mejor acceso y sus piernas rodearon las caderas del hombre quien se movía lento pero firme. Tratando de controlar su respiración. Cloe lo atrajo hacia ella y lo besó como nunca había besado a nadie. Más que con pasión y un deseo incontrolable, había algo más, quería que Rhys fuera de ella así

como el sentimiento inevitable de pertenecer ya a él.

—Cloe —la voz grave de Rhys era como una caricia que entraba por sus oídos hasta su centro—. Esto es una locura, esto…

Cloe tenía el presentimiento de que la cordura en Rhys era más fuerte que la locura en ella. Pero trabajaría en eso, un poco de locura, no lo hacía daño a nadie y más cuando el sexo era tan alucinante.

Siguió tocándolo. No se cansaba de hacerlo. Normalmente Cloe hablaba durante el sexo, le gustaba que su pareja supiera lo que le gustaba o no, pero con Rhys era diferente. No podía hablar, solo podía tocarlo y regodearse en su piel, en su olor. Sentirlo entrar y salir de ella hasta que con un grito con su nombre descargaba todo el deseo por él.

Rhys no era diferente, no podía parar de besar, lamer, morder a Cloe. No sabía cómo desahogar todo lo que esa mujer le hacía sentir. Trataba de controlarse pero era inútil, cuando sentía sus músculos contraerse, sus uñas enterrarse en su espalda y gritar su nombre, toda sombra de control escapaba de Rhys hasta que él en un jadeo que ahogaba su nombre, se rendía a los pies de Cloe.

Solo que esta vez lo sabía, la fantasía había acabado aunque deseaba que Cloe fuese su realidad, pero la culpa es un demonio imposible de vencer y él no estaba preparado para ser feliz, no estaba preparado para hacer feliz a otra persona aunque era todo lo que deseaba, no sabía como y ella no se lo merecía.

Rhys tomó a Cloe entre sus brazos, sus cuerpos todavía sudorosos jadeaban sincronizados. Olió su piel, una mezcla de sudor, sexo y ella. El mejor olor del mundo. Tomó su melena en un puño y susurró en su oído «perdón, Cloe, perdón».

Cloe escuchó esa palabra que odiaba. Pedir perdón para ella era una palabra sagrada y maldita a la vez. Para ella decir esa palabra era casi imposible y admiraba a la gente que era valiente para pronunciarla, pero en este caso era irónico porque Rhys la decía por cobarde.

Ella lo sentía, lo sabía, sabía que entre ellos había algo más que un revolcón ocasional, con Rhys todo era multiplicado por mil, incluyendo la seguridad que era él la persona con la que quería estar. Esa convicción de que tuvo que cruzar un océano para encontrar a esa persona que mucha gente no puede encontrar en toda su vida, no la había tenido desde que supo que quería dedicar su vida a tatuar.

Nunca creyó en el destino, ella estaba convencida que el destino se lo escribe cada quien con sus decisiones pero también sabía que había una energía especial que había hecho que ella encontrara a Rhys… o quizá quería tener una razón por muy estúpida que fuera, quería ponerle nombre al hecho de que estaba enamorada de ese hombre sin saber por qué.

Y lo odiaba. Odiaba todo lo que le sucedía. Odiaba no tener el control sobre sus sentimientos y lo que más odiaba de todo era que Rhys no sentía lo mismo.

Por primera vez en su vida sintió romperse su corazón y entendió a todas esas personas de las que alguna vez se burló.

Entendió a Emma que quiso huir a Boston cuando pensó que Iwan no la amaba. En ese momento comprendió lo que su amiga le explicó. Algo se rompe dentro de ti, lo sientes, literalmente sientes algo rompiéndose.

Cloe no había terminado de escuchar la maldita palabra cuando saltó de la cama casi sacándoselo de encima. Salió a buscar su ropa que Rhys había metido en la secadora de ropa. Le importaba un bledo si estaba seca o no, de igual manera se la iba a volver a mojar.

—Te espero en dos días para terminar tu tatuaje, si todavía lo deseas —le dijo sin ni siquiera voltear a mirarlo al salir de la habitación.

Rhys reaccionó a los pocos segundos. Salió también de la cama y la siguió. Tenía un torbellino en su cabeza sumado a la dopamina que invadía su cuerpo después de una de las mejores sesiones de sexo de su vida.

Imbécil. Eres un imbécil y mereces estar solo.

—Cloe, por favor, no te vayas, vamos a hablar —su voz era casi como un ruego. Ni siquiera sabía porqué decía esas palabras si sabía que era un desastre y aunque quería estar con ella más que nada en el mundo, sabía que le haría daño.

Ella volteó y lo miró como si estuviese loco. Realmente lo estaba.

—Yo puedo ser muchas cosas, Rhys, puedo estar loca, puedo ser irresponsable y muy pocas cosas o personas me importan de verdad pero algo que no soy es masoquista. Con esas palabras lo dijiste todo y no necesito que me expliques lo que es obvio.

Las palabras de Cloe le golpeaban como bofetadas, quizá eso era lo que necesitaba pero más que sus palabras, le dolía ver el daño que ya le causaba a Cloe, siempre sonriente y llena de vida, su rostro estaba lleno de dolor y sus ojos de lágrimas contenidas.

—No entiendes, Cloe —pasó su mano por su cabello tratando de buscar las palabras adecuadas—. No tengo nada qué ofrecerte, estoy roto y lleno de culpa. No te puedo hacer feliz porque soy un miserable lleno de dolor.

Ya. Lo había dicho, las palabras que pensaba todos los días y que nunca había podido decir en voz alta, se las decía a la última persona que quería que las escuchara.

—¡Yo no quiero que me ofrezcas nada, idiota! —Cloe no aguantó más, tenía que gritar, quizá así el tonto que tenía al frente la escuchaba y entendía de una vez—. ¡Yo soy feliz con lo que tengo, no necesito que nadie me ofrezca una mierda! ¡Yo estoy contigo porque quiero, yo te busqué porque quiero! ¿Crees que soy estúpida y no sé que eres miserable? ¿Crees que soy ciega para no ver todo el dolor detrás del tatuaje que *yo* te estoy haciendo? —*No llores, Cloe, no te atrevas a llorar*, se repetía en su cabeza, pero falló miserablemente. Una maldita lágrima rebelde se coló.

Bajó la cabeza y susurró —En mi mundo fantástico pensé que sería yo la que podría ofrecerte algo, quizá aceptabas un poco de lo que yo te podía dar, después de todo quizá sí soy una estúpida —tomó su cartera y salió.

La lluvia había arreciado pero esta vez Cloe lo agradeció. Las gotas heladas enjugaban sus lágrimas y le hacían olvidar el dolor en su pecho.

No supo cuánto caminó hasta que se encontró una pequeña cafetería. Tendría unas cuatro o cinco mesas. No había pegado un ojo en toda la noche y sentía como si la hubiesen golpeado con un bate desde adentro.

Pidió un espresso y se sentó en la mesa más alejada a la entrada, agradeció que el pequeño local tenía calefacción porque sentía que se congelaba y nada tenía que ver con el clima. Tenía ese frío en el pecho, ese dolor.

—Toma, querida —la dueña del local le puso una gran taza al frente —. Tú no necesitas un café, no hay nada mejor para un corazón roto que una buena taza de té —la señora la miró con compasión con unos ojos azules llenos de bondad.

Ella suspiró y sonrió sin gracia —¿El corazón roto? ¿Cómo sabe que tengo el corazón roto?

La señora se encogió de hombros —No hay que ser adivino para saberlo, solo alguien con el corazón roto camina sin protección bajo este clima del demonio sin darse cuenta que está llorando —la señora asintió empática y se alejó.

Cloe miró su reflejo en el espejo, estaba hecha un desastre. Sus ojos soltaban lágrimas sin parar.

Detente. Te ordeno que te detengas, Cloe LeRoux, ningún tipo ha logrado hacerte daño y Rhys Pritchard no será el primero. No tiene derecho a hacerlo.

Secó sus lágrimas y tomó un sorbo del té.

Le supo a gloria. Era una mezcla afrutada con algo que olía a rosas.

Suspiró. Miró la hora en su móvil. Ni siquiera era mediodía y sentía como si hubiese vivido 50 horas solo ese día. Necesitaba hablar con alguien. Zoe estaba durmiendo por el cambio de horario y no la iba a despertar llorando despúes de haberle dado la mejor noticia de su vida.

Sabía que Sophie se encontraba de viaje de trabajo así que decidió llamar a Emma.

Su móvil repicó dos veces. Una voz masculina atendió. Iwan. Cloe quiso llorar más fuerte y que el escocés la abrazara con esos brazos gigantes y llenos de dulzura.

—Iwan.

—Cloe, ¿qué te sucede? —Iwan supo de inmediato que algo le sucedía a la amiga de su prometida. La voz de Cloe transmitía alegría con solo decir dos letras, algo le sucedía.

—Nada que no se quite con alcohol —trató de parecer divertida—, ¿llamé a tu móvil o a Emma?

Hubo un corto silencio —Al de Emma —la voz de Iwan se había

tornado también oscura, no era la voz alegre de siempre. Aunque su acento fuerte no se le quitaba por nada—. Lo había dejado en casa, estoy llegando a su oficina para devolvérselo. Dame dos minutos —otro silencio—. Cloe, yo sé que tú no necesitas que te cuiden, tú lo hace muy bien y cuidas a todos pero si esta vez eres tú la que necesita algo, no dudes en decírmelo, tú eres más que una amiga para Emma y para mí. Estoy a una hora en avión.

—Gracias, Iwan, quizá puedo usar ese comodín pronto. Me encantaría verlos y que me des un abrazo de oso —a Cloe se le quebró la voz pero logró recomponerse—. No hay problema si no pued…

—Ni lo pienses, Clo, aquí está Emma. No lo olvides y sabes que eres bienvenida cuando lo desees, solo tienes que llamar desde el aeropuerto para pasar por ti.

—Gracias, Iwan.

—¿Qué sucede? —Le contestó su amiga urgida.

—¿Qué te hace pensar que sucede algo?

—Tú solo llamas cuando sucede algo y la cara de Iwan no es muy alentadora —Emma escuchó como Cloe suspiró—. Lo sabía, cuenta.

Cloe le hizo un resumen de todo lo que le había pasado. Trató de parecer informal y no darle gran importancia pero su amiga la conocía y bueno, Emma era difícil de engañar.

—Clo, sé que lo que te diga harás justamente lo contrario o lo que te convenga pero lo único que te puedo decir es que una relación tiene altos y bajos…

—Ese es el problema, Em, yo no estoy en ninguna relación, estoy enamorada sola como una estúpida —llevó su mano a su frente. Quiso llorar otra vez.

—Todos nos enamoramos como estúpidos, no te sientas especial —las dos rieron—. Te puedo dar el consejo cursi de «lucha por lo que quieres si es a él a quien quieres» o el realista de «corre, huye de ese hombre que solo te traerá lágrimas», pero, Cloe, solo puedo escucharte y darte mi hombro si tienes que derramar alguna lágrima porque al final no hay consejo que valga en estos casos, cualquier cosa que decidas, será lo mejor para ti. Tienes todo mi apoyo.

Quizá Cloe esperaba que Emma tuviera una solución mágica, al fin y al cabo ella tenía la inteligencia emocional de una adolescente de quince años y Emma era tan feliz con Iwan que todos creerían que tenía el secreto de la felicidad en pareja, pero tenía razón, nadie podía ponerse en sus zapatos y arreglar sus líos, siempre lo había hecho sola y esta vez también lo haría.

—Gracias, Em… —tragó grueso—. Las extraño tanto.

—Lo sé, Cloe, yo a ustedes. Te prometo que pronto, antes que te regreses a Boston te veré y arrastraré a Sophie conmigo.

Eso era seguro, mas cuando se enteraran de que Zoe expondría sus cuadros en Cardiff. Ese pensamiento iluminó un poco su espíritu.

—De eso estoy segura, Em, de eso estoy segura.

Se despidieron, Cloe decidió quedarse con el sentimiento de alegría que le daba saber que su hermana estaría con ella pronto y que expondría sus obras.

De repente toda esa tristeza en su corazón, mutó. La alegría de saber que tenía una vida plena, un trabajo que la llenaba de felicidad, una familia que adoraba y unas amigas felices que quería aún más, le hicieron darse cuenta que la vida no empezaba ni se acababa con Rhys Pritchard aunque el dolor en el pecho le hiciera pensar que sí.

Rabia. Sintió rabia de sentirse así, de haberse enamorado de ese idiota, de tener que volverlo a ver y tener que aparentar que nada sucedía, de haber dejado que ese, justo ese hombre, le robara su corazón.

Quiso golpear algo o a alguien. Bueno, sabía perfectamente a quien quería golpear pero no se iba a regresar a hacerlo. Estaba loca pero no tanto.

Sintió que se le encendió una bombilla en la cabeza, quizá no golpearía a Rhys Pritchard pero conocía a alguien que estaba segura conocía algún sitio para ir a golpear.

Tomó su móvil, la voz que ya era familiar le respondió al primer repique.

—Americana.

—Quiero golpear algo o a alguien.

—¿Problemas en el paraíso?

—El paraíso no existe y el infierno está aquí en la tierra. Llévame a un sitio donde pueda descargar las ganas que tengo de golpear a alguien.

—Ah, Americana —Liam sonrió—, tú y tus problemas de manejo de la ira.

—Yo manejo muy bien mi ira, tanto que te estoy pidiendo que me lleves a un sitio donde pueda descargarla legalmente.

Liam soltó una de sus carcajadas características. Cloe se lo agradeció en silencio, la risa de irlandés era como un bálsamo para su

tristeza.

—Por suerte conozco el sitio perfecto ¿Dónde estás? Paso por ti.

—Necesito ir a casa a cambiarme, dame la dirección y nos encontramos ahí.

—No, paso por ti en una hora.

Cloe accedió, necesitaba descargar toda esa furia interna.

Llegó a casa, le envió un mensaje a Bran para avisarle que tomaría el día, se puso su ropa de hacer ejercicios a tiempo que Liam pasaba por ella.

El irlandés condujo en silencio hasta el gimnasio, como si supiera que lo único que necesitaba Cloe era alguien a su lado sin tener que explicar nada.

Entraron a lo que era un gran galpón.

Cloe miró con un gran signo de interrogación en su rostro a Liam.

El sitio tenía unos seis cuadriláteros donde se veían hombres y mujeres entrenando diferentes artes marciales y boxeo.

—¿Creías que te llevaría a un gimnasio donde solo le dieras golpes a un saco de arena? Te equivocas, americana. Aquí entreno cuando estoy en la ciudad y quiero golpear gente —miró a Cloe con una mirada que no pudo descifrar, llena de complicidad, cariño y algo de travesura—. Para descargar tienes que golpear y que te golpeen.

Cloe abrió la boca sorprendida. Sabía que le iban a dar una paliza porque nunca había peleado en un cuadrilátero pero a la vez agradeció a Liam por entender a la perfección lo que necesitaba.

Cloe salió del gimnasio y no sentía. Literalmente estaba entumecida, Liam pasó por una farmacia, le puso en la mano un frasco de calmantes y la dejó en su casa todavía riendo, pero no le importaba, estaba tan exhausta que casi no sentía y eso era lo que quería. Se metió en la ducha hirviendo, pero cuando salió el dolor que su cuerpo había suprimido, se multiplicó por mil. Cuando se vio en el espejo, casi grita. Tenía un ojo como una berenjena de violeta, su hombro, todo el costado derecho, el glúteo izquierdo y en zonas de su espalda, estaban del mismo color. Tenía un labio como si se hubiese inyectado silicona en una estética pirata y podía jurar que tenía una muñeca fracturada, sabía que no, pero le dolía como el demonio, por suerte no era la de tatuar.

La habían pateado el trasero figurativa y literalmente.

Ese cretino de O´Callaghan, por eso venía con esa sonrisa en su estúpida cara. Se burlaba de mí.

Como pudo se vistió y le envió un mensaje.

Cloe

«Eres un idiota»

Liam

«Tómate dos pastillas cada seis horas, aunque con la paliza que te dieron yo me las tomaría cada cuatro»

Cloe

«Gracias, pero eso no te quita lo idiota»

Cloe imaginó a Liam riéndose de ella y sonrió.

Se tomó las pastillas, quizá si tenía suerte también le quitarían la tristeza que se volvía a apoderar de ella, y se fue directo a la cama.

Despertó como si le hubiesen dado una paliza… recordó que se la habían dado. Lo siguiente que sintió fue la tristeza que se había regado por todo su cuerpo como una metástasis. Cerró los ojos de nuevo, deseó que todo fuese un sueño, quizá lo era. Todo era una maldita pesadilla y ahora se vestiría para ir a su trabajo, contaría los días para la llegada de Zoe y con suerte se iría con ella de vuelta a Boston. Ya no quería estar en esa ciudad sola, adolorida y triste.

Arrastró sus pies hasta la cocina. La luz estaba encendida tal vez la había dejado encendida el día anterior. Miró la hora en el reloj de la pequeña sala. Siete de la mañana.

¿Qué demonios? Había dormido más de 18 horas. ¿Qué le había dado el irlandés, calmante para caballos? Ya había perdido la cuenta de cuanto le había agradecido a Liam, lo necesitaba todo, la paliza, los calmantes, dormir. Sin incluir estar agradecida por la oportunidad que le daba a Zoe. Liam le hacía sentir a Cloe que todavía había gente buena en el planeta, aunque parecía un hermoso demonio en realidad el irlandés era un ángel para ella.

Escuchó ruido en la cocina y aceleró –en lo que pudo–, el paso. El grito de Eira terminó de despertarla.

—¡¿Qué demonios, Cloe?! —Los grandes ojos azules de su compañera parecían que se le iban a salir de sus órbitas. Se acercó a

ella casi que corriendo —¿Quién te hizo esto? ¡Hay que llamar a la policía!

Cloe se sentó como pudo —También me alegro de verte, Eira —hizo una mueca de dolor.

—¿Cómo puedes ser sarcástica en estos momentos, Cloe? ¿Te has visto en un espejo? ¿Quién te hizo esto?

—No te preocupes, yo me lo busqué —otra mueca de dolor —¿Estás haciendo café?

—¿Tú te lo buscaste? Cloe, ninguna mujer se busca quedar así —respondió Eira alarmada. Su rostro era de pánico.

—Sí, si te metes en un cuadrilátero con la subcampeona nacional de *kickboxing*.

—¡¿Qué?! —Eira casi se atraganta con su propia saliva.

Cloe decidió que Eira merecía saber que había pasado, eso le restaría importancia a lo que ella estaba viviendo y la distraería un poco.

—Estás loca, Cloe, estás loca —repetía.

—Solo te pido que no le digas a Bran, conociéndolo va a golpear a Rhys solo por hacerme sentir mal, diremos que quise probar algo diferente y patearon mi trasero.

Eira asintió —Sabes que Bran fue a buscar a Charlie y le dio una paliza.

—¡¿Qué?! —Ahora fue el turno de Cloe de asombrarse, hubiese levantado las cejas hasta el cielo si no le hubiese dolido toda la cara con solo mover un músculo.

—Realmente no le dio una paliza —continuó Eira—. Le dio un derechazo a Charlie que lo dejó desmayado en el suelo de su piso. El cretino ni siquiera pudo llamar a la policía porque lo que me hizo fue ilegal y sabía que si hacía algo yo lo demandaría. Es tan cobarde el maldito… Por cierto…

Cloe sabía lo que venía…

—¿Sabes que también vandalizaron su auto? —Eira miró la reacción de Cloe y entrecerró los ojos llena de sospechas— ¿Tienes algo que ver con eso, Cloe LeRoux?

—No tengo la menor idea de lo que dices y no lamento que le hayan reventado la cara de cretino y le hayan pintado el auto.

—Yo nunca dije que le habían pintado el coche.

Cloe se levantó de la silla, se sirvió café y salió de la cocina con un «up» casual.

Al mediodía cuando llegó a la feria a Bran casi le da un infarto cuando la vio. Ella le explicó que no había problemas y le dio la «versión oficial», él no quedó satisfecho pero la dejó en paz. Ese día tuvo poco trabajo y Bran la botó antes de cerrar, le dijo que se fuera a descansar. Ella ni lo discutió, estaba exhausta, tanto física como emocionalmente.

Le respondió a Emma y a Liam que le escribieron por razones diferentes y se hundió en su cama, el día siguiente sería nefasto.

La siguiente mañana Cloe se miró al espejo. Ese día vería a Rhys. Sería el último día que lo vería, terminaría el tatuaje y el tormento.

Sonrió con amargura.

Idiota. El tormento no se va a acabar porque dejes de verlo. Lo tienes metido en la piel y ni arrancándotela te lo arrancarás a él.

La hinchazón había bajado y ahora sus moretones tenían un color más uva, una mezcla de violeta y verde. Cubrió los de su cuerpo pero el de la cara iba a ser imposible.

Cuando llegó a la feria Bran la invitó a cenar al cerrar, quería hablar con ella. Cloe presintió que no era nada bueno, quizá la despediría por irresponsable.

El día estaba comenzando y ya era una mierda.

Miró la hora en su móvil a tiempo que la puerta se abrió.

Cloe sintió que le sacaron el suelo y de repente empezó a caer. Se sostuvo del escritorio.

Eira asomó sus grandes ojos azules enmarcados en delineador negro.

—El héroe distópico está afuera, Cloe, pero entiendo si no lo quieres atender. Deja que yo termine, le tomo una foto y te la doy para que la coloques en tu portafolio.

Cloe sacudió su cabeza. Era un reto. Tenía que sacarse ese adhesivo de un solo jalón, dolería pero nada es eterno.

—No, Eira, gracias pero esto lo tengo que terminar yo —y hablaba en todos los sentidos.

Eira aceptó renuente.

Cloe pensó que se iba a desmayar, el aire le empezó a faltar y no

podía controlar las ganas de llorar.

Cerró los ojos y respiró varias veces. Pensó en Zoe, pensó en que pronto estaría con ella, pronto iría a su exposición. Pronto regresaría a Boston, pronto se acabaría la pesadilla. Se acabaría la pesadilla y el dolor.

Tenía que terminarlo, el trabajo que había hecho con Rhys era el mejor que había hecho en su vida. Era hermoso, lleno de dolor pero lleno de arte. Le había dedicado tiempo, sudor y amor. Era su obra de arte y nadie le quitaría eso, ni siquiera el mismo Rhys.

Abrió los ojos cuando escuchó la puerta.

Ahí estaba él. Alto, imponente, con esos ojos oscuros como la noche y llenos de dolor pero a la vez hermosos y esos malditos labios que Cloe todavía podía sentir sobre ella.

—Cloe… —dijo Rhys hasta que vio su rostro. Un hematoma gigante cubría casi la mitad de su rostro, tenía la ceja y el pómulo derecho hinchado y de un color que no podía descifrar. El labio hinchado con la sombra de lo que había sido una grieta en él— ¡¿Qué demonios?! —En dos zancadas llegó hasta donde estaba ella. Una ira indescriptible se apoderó de él y por primera vez en su vida quiso asesinar a alguien, al bastardo que le había hecho eso a su Cloe. Sí, suya. Así no estuviera a su lado, así él fuera un maldito cobarde, Cloe era *su* Cloe —¿Quién te hizo esto?

Cloe escuchó la voz de Rhys como nunca la había escuchado, era oscura y grave, hablaba entre dientes, sentía una energía que emergía de él que nunca había sentido. Ni siquiera cuando lo conoció.

Inconscientemente dio un paso atrás. Ese Rhys la intimidaba, era como un animal a punto de atacar. No a ella, de eso estaba segura pero sabía que si se atravesaba un oso, lo atacaría con furia ciega.

—Tuve un accidente.

Rhys dio un paso adelante hasta estar a milímetros de Cloe.

Era una tortura. Era una maldita tortura.

—Quien. Te. Hizo. Esto —las palabras de Rhys eran tajantes. Su acento más marcado hacía que sonaran más amenazantes.

Cloe no tenía más a donde ir, no había más espacio en el pequeño cubículo. Sintió la pared en su espalda.

—Tomé clases de *kickboxing* y me dieron una paliza, ok —respondió desafiante—. Y te agradezco que no intentes aparentar interés por mí mas que el de tatuadora-cliente, al fin y al cabo es lo que somos.

Cada palabra ardía en la garganta de Cloe y más cuando vio el gesto de dolor en el rostro de Rhys. Pero era mejor así. Si prolongaba la situación solo dolería más y ya no quería más dolor. Con el que tenía en su pecho le bastaba.

—Siéntate, vamos a terminar con esto —Cloe sentía el corazón salir de su pecho. Necesitaba empezar la sesión. Necesitaba la calma que le daba su máquina. Necesitaba abstraerse en su mundo.

Rhys asintió renuente. Se sentó. Subió la manga de su camisa.

Cloe se puso sus guantes quirúrgicos, tocó el tatuaje. Estaba perfecto, había cicatrizado a la perfección y los colores habían asentado. Era hermoso. La daga sobresalía de su piel como si saliera de ella, lazo rojo se entrelazaba en su piel y en su empuñadura había tomado el color adecuado. El tatuaje era simplemente perfecto. Su obra de arte.

Volvió a tomar aire. Organizó los colores en la bandeja. Encendió la máquina, el sonido la relajó. No necesitaba nada más. Estaba con el hombre que amaba como una estúpida haciendo lo que más amaba en la vida.

—Hoy terminaremos los pocos detalles que faltan y el detalle de la sangre en la punta de la daga y tu muñeca.

—No quiero la sangre, Cloe —Rhys dijo en un susurro.

A Cloe se le bajó el sonido del mundo. Estaba cambiando su tatuaje, pero ese gesto era más que un simple cambio de opinión. Sabía que Rhys no cambiaba de opinión así de fácil, él recordaba cada palabra que le había dicho con respecto a la sangre. Era mucho dolor, ver sangre en su piel todos los días de su vida solo le traería más y más dolor.

—No quiero más dolor en mi vida, no quiero más sangre —continuó—, este tatuaje es el recuerdo de todo el dolor que tengo en mi pecho. Es lo que sentía todos los días cuando cerraba los ojos y veía a Elisa.

Como si fuese un grifo que no podía cerrar, Rhys comenzó a hablarle a Cloe de Eli, su relación, su muerte, su culpa, sus demonios. Ya no podía más. Haber tenido tanta vida entre sus brazos como cuando tuvo a Cloe, le había cambiado la vida pero tenía que librarse de esos demonios solo, no arrastraría a Cloe con él, ella era brillante, era la vida y donde él estaba solo había restos de muerte y dolor, pero ya no quería más.

No tendría a Cloe pero tampoco deseaba más de su antigua vida. Ella lo había cambiado.

Cloe no podía hablar. Sus ojos empapados de lágrimas estaban a punto de delatarla.

Tanto dolor, tanta pena. Nunca había conocido a alguien tan triste.

El destino había sido cruel al atravesarle en el camino a una persona con tanto dolor en su interior cuando ella nunca supo lo que era sentir de esa manera, su vida había sido feliz. Sus relaciones superficiales, nunca se interesó por conocer en profundidad a ninguno de los hombres con los que salió. En realidad le eran indiferentes. Siempre de fiestas, sin el más mínimo problema y llega Rhys con tanta tristeza, tanto dolor para instalarse en ella y romperle el corazón.

Ella asintió y comenzó a trabajar.

No podía hablar y aunque el sonido de la máquina la relajaba, su pecho dolía más que nunca al escuchar la historia de Rhys. Quiso abrazarlo, decirle que todo pasaba, que hacía bien. Pero sería inútil. Recordó el primer consejo de Eira, esas personas siempre te llevan a su territorio de tristeza. Y de algo Cloe estaba segura, ella no iría hasta allá porque no salvaría a nadie que no quería ser salvado. Estaba loca por él pero no era estúpida… o no *tan* estúpida.

El resto de la sesión terminó en total silencio. Cada uno tratando de lidiar con su dolor y con la tristeza de estar tan juntos y no poder tocarse.

Él deseaba tenerla en sus brazos y no dejarla ir. Ella que él la besara hasta el cansancio. Pero él tenía que sanar y Cloe madurar.

Ella le tomó una foto al tatuaje cuando terminó. Todavía estaba algo hinchado pero era hermoso, no dejaba de admirarlos y ahora más cuando conocía su significado.

Y pensar que ese sería lo único que se llevaría de Rhys. Una foto de un tatuaje que significada todo para él y en el que ella no tenía espacio.

—Fue un placer hacer este trabajo para ti, Rhys. Gracias por permitirme hacerlo —protegió el tatuaje con crema y papel transparente.

—Hiciste aún más. Dejaste un tatuaje que nadie puede ver, solo lo puedo sentir yo —Rhys bajó la manga de su camisa y abotonó los puños. Asintió.

Ella le devolvió el gesto.

Rhys se dirigió a la puerta —¿Sabes qué veo ahora cuando cierro los ojos? —Dijo antes de salir—. A ti, Cloe. No puedo ver a más nadie sino a ti, no siento más dolor. Solo siento amor. Te siento a ti.

Rhys cerró la puerta y Cloe se desplomó al suelo.

Al fin las lágrimas tenían libertad para salir.

— Cambio de planes —

Cloe tuvo que hacer de tripas corazón, tenía la cena con Bran y presentía que el día iba a terminar apoteósicamente mal.

Terminó el último tatuaje de la noche. Un chico quiso al rededor su brazo en efecto 3D, unas cadenas rompiéndose. A pesar del dolor en su pecho y las ganas de llorar, trabajar en el tatuaje del joven fue terapéutico. El joven de unos 25 años le contaba que era un drogadicto en rehabilitación de que cada día luchaba contra el vicio pero que cada día ganaba, tenía tres años limpios. Le decía que cada día rompía las cadenas de la esclavitud que era ser un adicto.

Cloe agradeció que el chico le contara su vida. Después de todo, lo que a ella le sucedía era una estupidez una forma de adicción tonta. El acento marcado del chico y su voz suave combinado con el ruido calmante de su maquina de tatuar, calmaron a Cloe.

No iba a decir que se sentía bien, todo lo contrario. Sentía como si le hubiesen arrancado un órgano desde adentro y sin anestesia pero se sentía mejor para afrontar a Bran.

Qué día de mierda.

Terminó faltando poco para la media noche. Bran había salido un poco antes y le envió un mensaje con la ubicación de donde se encontraba.

Cloe llegó al restaurante que quedaba a pocas cuadras de la feria.

Había poca gente aunque no cerraban todavía. En una mesa en la esquina divisó a su amigo. Estaba ocupado con su teléfono, como siempre. Bran nunca estaba desocupado.

Respiró profundo y fue hasta él.

—Te ves horrible —la recibió su amigo.

—Wow, gracias. A toda mujer le encanta escuchar esas hermosas palabras —respondió irónica.

—¿Para qué están los amigo sino es para decir la verdad? —Dijo Bran divertido.

—Quizá para callarse la maldita boca cuando tienen que hacerlo.

Bran rio —¿Cómo te sientes?

—Mejor —mintió—. Ya casi no me duelen los golpes del cuerpo, ya están aclarando y la cara, bueno, con un poco de maquillaje no se nota.

—No hablo de eso, Cloe, no creas que porque casi no te veo no sé lo que te sucede. Sé que lo que te duele no se te ve.

Cloe suspiró —Realmente sí se ve, lo acabas de decir, me veo horrible y me siento igual, pero no quiero hablar de eso, Bran, ha sido uno de los peores días de mi vida así que vamos al grano para que pase a ser el peor día de mi vida y pueda irme a casa a llorar y a empacar.

—¿Empacar? ¿Qué demonios crees que te voy a decir, Cloe?

Se encogió de hombros —No lo sé pero no debe ser bueno. Siento una especie de nube negra sobre mí y un dolor aquí —se llevó la mano a su pecho—, que no tengo idea como se quita, sin contar las ganas que tengo de llorar así que terminemos con la agonía.

—Se llama corazón roto querida, Clo, y lamento informarte que no se quita tan fácil. Al parecer el héroe de película distópica hizo lo que ningún hombre antes, encontró tus sentimientos. Lástima que también los pateó.

—Fue mi culpa, yo lo permití. Siempre critiqué a esas mujeres que deseaban ser las salvadoras de los hombres sin esperanzas y… caí como una idiota —Cloe sintió que no podía detener las ganas de llorar otra vez y lo odiaba.

Jamás se había sentido tan vulnerable, tan rota.

—Lo lamento tanto, Clo —Bran tomó una mano de Cloe y la sostuvo—. Lamento que te sientas así, que te veas así, me siento culpable por invitarte a venir a Cardiff.

—¡Ni lo pienses, Bran! Venir aquí es una de las mejores cosas que me han pasado en la vida, no sabes la experiencia que he ganado, los trabajos que he hecho. Así que de culpable nada, mejor cállate e invítame una cerveza.

Bran sacudió su cabeza sonriendo —¿Sabes qué? Vamos a pedir una botella de vino porque tengo que hablar contigo algo importante.

Cloe cerró los ojos por un segundo había olvidado porque estaban ahí.

Bran recibió una llamada después de ordenar el vino. Se disculpó con Cloe y se alejó. Regresó justo cuando el camarero traía la botella y le daba a Cloe para que catara.

Ella asintió y el camarero sirvió las dos copas.

Bran se sentó, guardó su móvil y levantó la copa.

—Por nuevos comienzos querida amiga —chocó la copa con Cloe.

Ella frunció el ceño, lo miró desconfiada pero igual se tomó toda la copa, necesitaba entumecer su cabeza. Quizá así el dolor del pecho se le quitaba.

—Cloe —Bran se acomodó en su silla—. Primero que todo quiero agradecerte por venir a Cardiff, sé lo difícil que fue alejarte de Zoe y de tu vida.

Zoe, cuanto necesitaba a su hermana ahí con ella para que acariciara su cabello, comprara una botella de vodka y la hiciera olvidar a Rhys con alcohol.

Cloe aclaró su garganta, las ganas de llorar no se habían ido y las palabras de Bran por alguna razón la hacían sentir emocional —Bran, agradezco todo lo que has hecho por mí, desde conseguirme dónde vivir hasta darme la oportunidad de trabajar para ti y ganar experiencia. Con el portfolio que he logrado será más fácil abrir mi estudio en Boston.

—Eh, con respecto a esos planes, dos cosas. Quizá lo que te tengo que decir no te hará feliz pero creo que te alegrará un poco y creo que Boston puede esperar, bueno, eso espero.

—¿Qué demonios estás diciendo, Bran? —Cloe se alivió porque quizá no la había invitado a comer para despedirla pero en realidad no tenía la menor idea de lo que decía su amigo.

—Cloe —esta vez su amigo le tomó las dos manos—. Te invité a Cardiff por una razón y es porque siempre supe lo talentosa que eras, sabía que ese talento se estaba desperdiciando en Boston, cuando me metí en esta locura de feria nunca pensé que el estudio tuviese tanto éxito, tenemos nuestras agendas llenas por meses y eso aceleró mis planes.

—Sigo sin entender —dijo Cloe con la poca prudencia que le había sido repartida cuando nació.

—Voy a abrir otro estudio en el centro de la ciudad, Clo. Quiero que te encargues del segundo estudio de *Tattooart.* Quiero que seas mi socia.

En pocos momentos de su vida el tiempo se había puesto en cámara lenta para Cloe y extrañamente todos esos casos habían ocurrido en Cardiff. Sucedió cuando vio a Rhys entrar por la puerta del cubículo la primera vez, también cuando él la besó la primera vez, pasó cuando Liam le dijo que Zoe podría exponer en su galería y pasaba ahora. Era como que Gales pertenecía a otra dimensión donde el tiempo y el espacio tenían vida propia y aceleraban y frenaban a su gusto.

No podía hablar, no podía reír, no podía llorar. Su sistema nervioso central solo podía dar la orden de pestañear, repetidas veces mientras miraba a su amigo.

Bran soltó una carcajada. Pocas veces podía ver a Cloe LeRoux estupefacta —Vaya, he dejado a Cloe LeRoux paralizada. Esto debe ser un récord.

—No… entiendo lo que… lo que me quieres decir… —En un esfuerzo titánico su cerebro logró que su boca se moviera.

Otra carcajada por parte de Bran —Eso me lo dijiste minutos atrás pero te lo voy a repetir porque quizá no me entendiste. Quiero que seas mi socia en un nuevo estudio, Cloe, claro, si aceptas.

Cloe creía que horas antes se sentía sensible. Estaba equivocada. Cuando soltó el llanto frente a su amigo supo que estaba sensible.

Bran saltó de su silla y se sentó a su lado. Acarició su brazo y le alcanzó una servilleta.

—Cálmate que van a creer que te estoy pidiendo matrimonio y estás pensando en decirme que no —se puso serio— ¿No estás pensando en decirme que no, verdad?

Cloe negó con la cabeza pero no podía parar de llorar.

Bran le alcanzó su copa de vino —Toma un poco, cálmate.

Después de largos minutos de lágrimas de emoción y esperanza mezcladas con tristeza y desespero, Cloe pudo calmarse.

—¿Por qué yo? ¿Y Andreas y Eira? ¿Por qué no ellos? —Pudo decir con su voz más ronca de lo normal.

—Andreas es el encargado del estudio, Clo, él es mi mano derecha. Es más lo que yo estoy por fuera que lo que estoy allá sino es por alguna cita puntual. A él no lo puedo ni quiero mover y Eira, quiero que se vaya contigo al otro estudio, ella me ha dejado un millón de veces claro que no quiere más que tatuar y sé que tú sí deseas todo, todo lo que tiene que ver con llevar un estudio de tatuaje. No solo la parte artística, sino la administrativa y logística.

—Bran… yo no tengo nada qué ofrecer. No puedo aportar nada de dinero…

—Yo no te estoy pidiendo dinero, quiero que seas mi socia porque tú serás la responsable del local, será nuestro local —Bran la miró con esos ojos azul marino, profundos como el océano pero iluminados desde la misma profundidad—. Tienes que ver el local, Clo. Está en la *Frederick Street*, perpendicular a la *Queen Stree*t, es el centro del centro. Es espacioso pero acogedor. Es perfecto.

—¡¿Ya tienes local?! —Cloe casi grita.

—¿Por qué crees que he estado ausente de la feria? Quería que todo estuviese listo para que no me pudieras decir que no.

Cloe asomó una sonrisa, estaba empezando a asumir todo lo que le decía su amigo.

—Pero… pero, Bran… mi status legal aquí…

—Ya eso lo hablé con mi abogado y tiene todo casi listo, solo esperaba que yo hablara contigo para empezar el proceso —Bran tomó sus manos otra vez—. Dime que aceptas, Cloe, sé que ahora no la estás pasando bien pero Cardiff es hermosa y te has adaptado bien a ella. Has hecho amigos y aunque no es Boston, yo no confiaría en nadie mejor que tú para ser mi socia. Nadie ama tanto como yo este oficio. Dime que sí que ya nos están mirando raro.

—¿Cómo te voy a decir que no si estás haciendo mi sueño realidad, Bran? No hay nadie mejor que tú para asociarme y que me enseñe todo sobre el negocio. Eres como mi «hado padrino». Cloe quiso llorar otra vez pero extrañamente le salió una sonrisa que iluminó el local.

Al parecer la gente sí creyó que Bran le pedía matrimonio a Cloe porque todos aplaudieron cuando se abrazaron.

Aunque no se alejaban de la realidad, Bran le pedía por un compromiso como el que nunca había enfrentado Cloe. Su nueva sociedad era más que un matrimonio.

El grito de Zoe no fue normal cuando se lo dijo por video conferencia. Emma y Sophie también celebraron y prometieron ir a Cardiff a celebrar en grande cuando Zoe expusiera. Matarían muchos pájaros de un solo tiro.

Cloe deseó llamar a Rhys, sabía que él también se alegraría pero no lo hizo. Quizá él era más importante para ella que ella para él. Quizá él le diría unas palabras amables y le rompería más el corazón.

Cada día cuando llegaba a casa miraba la pantalla del móvil por largo tiempo. Imaginaba la sonrisa tímida de Rhys que significaba un mundo para ella o mejor esa carcajada deliciosa que recordaba como el tesoro más preciado. Cada día recordaba sus ojos, sus labios, sus manos recorriendo su cuerpo. Cada día, no importaba cuan cansada regresaba de la feria y cuando esta terminó, de los preparativos de la inauguración del local, lo último en lo que pensaba cuando cerraba los ojos y lo primero que veía al abrirlos, era Rhys.

Rhys se despertó exaltado, tocó su brazo. La misma pesadilla lo atormentaba. Esta vez Elisa se alejaba de él. Ya no la soñaba como siempre lo hacía en los años anteriores, en la clínica, reducida y frágil. Esta vez la veía perfecta, sus ojos azules brillantes y su pelo rubio enmarcando su hermoso rostro. Sonreía, estaba feliz pero se alejaba de él. ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué se alejaba y sonreía cuando él se sentía miserable? Pero esa no era la pesadilla, la pesadilla empezaba cuando todo quedaba en total oscuridad y lo único que podía ver era el rostro de Cloe cuando la vio por última vez. Sus ojos oscuros bañados en lágrimas retenidas. La luz que siempre emitía, la vida, la alegría disminuida. Su cara llena de dolor. Sentía su corazón romperse una y mil veces, no solo en el sueño, cuando se despertaba sentía ese hueco en el pecho que se había empezado a cerrar cuando la conoció pero ahora sin ella ese hueco se había convertido en un pozo sin fondo.

En algún momento de su vida pensó que no podía sentirse peor que cuando perdió a Eli pero perder a Cloe era como si le hubiesen quitado la vida misma y solo quedaba un cascarón vacío que trabajaba, comía y de vez cuando dormía.

Puso su mano sobre su tatuaje, lo único que le quedaba de ella.

Cloe lo había marcado y la marca más profunda nadie la podía ver pero él la sentía todos los días.

Deseaba regresar a ella aunque no sabía si ya se había regresado a Boston. La feria había terminado y aunque sabía donde Cloe vivía no se atrevía a buscarla. No sin resolver primero su desastre de vida.

Tenía sentimientos encontrados y sus pensamientos hechos un plato de espaguetis. Elisa había sido su chica y en el fondo sentía que la traicionaba pero Cloe, ella era su presente. Ella ilumina su vida con su presencia. Con solo verla quería reír y cuando la besaba podía pasar todo el día con una sonrisa tonta en la cara.

Su teléfono sonó. Dennis lo llamaba, su amigo había sido una de esas pocas personas que no se habían alejado de él o mejor dicho que a pesar de su estupidez no se había alejado. Su amargura alejó a tanta gente, pero su amigo lo había acompañado en todas las etapas del duelo y sabía que algo le ocurría, siempre le decía a Rhys que podía hablar con él pero Rhys se negaba… hasta ese día.

Rhys sentía que si no soltaba todo lo que sentía iba a explotar.

—Hey, D.

—Hey, Rhys ¿cómo estás, amigo? —Siempre su pregunta tenía un trasfondo que esperaba algún día su amigo lo entendiera.

—¿Crees que hoy nos podamos ver? Te invito un copa.

Silencio. Rhys sabía que su amigo presentía algo.

—Por supuesto, nos vemos en el bar de siempre a la salida de la oficina.

—Gracias, D.

Dennis sabía cuan duro era para Rhys decir esas palabras y agradeció que su amigo al fin estaba dispuesto a hablar.

El bar estaba lleno cuando llegaron pero por suerte tuvieron que esperar poco para sentarse en la barra. Rhys pidió un escocés en las rocas, Dennis una copa de vino.

—Cada quien se paga lo suyo, no pienso pagar todos los escoceses que te tomes.

—Cretino, recuerda que fui yo quien invitó. Puedes estar hundido en dinero pero siempre serás un avaro.

Dennis rio.

Hubo un largo silencio, Rhys miraba su vaso como si el líquido de adentro le diera fuerzas para decir lo que tenía que decir. Se lo tomó de un solo trago, quizá si se lo tomaba le diera esas fuerzas.

Su amigo esperaba paciente. Sabía desde la mañana que lo que tenía que decir Rhys era importante y le daría todo el tiempo del mundo para hacerlo.

Se llevó su copa a la boca y tomó un sorbo.

—Estoy enamorado —Rhys soltó.

Dennis escupió el trago. No fue que cayeron unas gotas, no, el hombre se convirtió en un aspersor y agradeció que el barman no estuviera frente a él porque lo hubiese bañado.

—¡¿Qué?! —Gritó. Por suerte nadie lo escuchó porque todo el mundo gritaba.

—Lo que escuchaste y no me hagas repetirlo, es la primera vez que lo digo en voz alta y siento que me caigo en un vacío infinito.

Dennis conocía a su amigo, sabía que algo le sucedía. Al principio pensó que era otra vuelta al círculo vicioso que era el recuerdo de Elisa, pero jamás pensó que Rhys le soltaría esa bomba. Tenía tantas preguntas que no sabía por donde empezar.

—¿De quién? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Es muy complicado.

—Todo es complicado contigo, Pritchard pero me vas a explicar todo con lujo de detalles así te tenga que comprar toda la botella.

—No es mala idea, quizá así no me sienta tan miserable.

—Habla.

—Ella es… la mujer que me tatuó.

—¡¿Qué?! —Volvió a gritar. Algo no estaba bien. ¿Rhys enamorándose de una tatuadora?

—Sí, sí. Ya se lo que estás pensando pero la tienes que conocer, D, ella es… vida, luz. Es sonrisas, alegría. Está loca y me enloquece pero me hace sentir tan vivo.

Dennis veía que a pesar de la oscuridad del local, los ojos de Rhys se iluminaban cuando hablaba. Estaba enamorado. De una mujer. De una mujer viva.

Decidió callar, dejó que su amigo hablara. Eso no ocurría muy a menudo y si Rhys le había pedido escuchar, pues él lo escucharía.

—Jamás me había sentido así, D, ni siquiera con Elisa y me siento un miserable porque después de lo que le hice ahora le hago esto.

—¿Después de lo que le hiciste? ¿Qué le hiciste, Rhys? —Dennis sabía que Rhys no le contestaría—. En el fondo sabes que tú no le hiciste nada, fue un accidente. Tú le diste todo lo que le podías darle y en el fondo lo sabes tanto que te permitiste sentir algo por alguien. En lo profundo de ti sabes que no tienes culpa y mereces darte una oportunidad —se echó para atrás. Pasó su mano por su cabello. Todavía estaba asimilando lo que le decía su amigo que no habló de sus sentimientos por años y de repente le lanzó el equivalente a una bomba nuclear.

—De todas formas da igual, también la perdí por idiota. Porque no puedo dejar de sentir lealtad hacia Eli, porque creo que sintiendo esto por Cloe estoy traicionándola.

Dennis soltó el aire con violencia —¿Qué demonios estás diciendo, Rhys? No me importa que te molestes y si quieres te levantas y te vas, pero estoy harto de escucharte decir la misma estupidez una y otra vez —se inclinó hacia Rhys—. La que murió fue Elisa, Rhys, fue ella y no tú. Murió por un maldito borracho que la atropelló y tú sigues vivo, para bien o para mal tú sigues vivo. ¿Qué habían discutido? ¿Qué no la trataste como crees debiste haberlo hecho? ¿Qué se fue muy pronto? Sí, qué te puedo decir, la vida es una mierda pero esa misma vida te está dando otra oportunidad y no conozco a Cloe pero debe ser una mujer más que especial si se atrevió a meterse con un idiota como tú y todavía no logras entenderlo.

Rhys tomó un largo trago del escocés que le acababa de servir el camarero. Era verdad, su amigo tenía razón pero había algo en él que

no lo dejaba avanzar. Era como si quisiera salir corriendo pero se diera cuenta que tenía una cadena amarrada del tobillo que solo lo dejaba alejarse unos cuantos pasos. Como una ilusión de libertad.

—¿No crees que eso lo sé? —Dijo casi en un susurro—. No crees que he tenido que vivir con esa realidad todos estos años y no logro zafarme, Dennis, no logro hacerlo. Y no tiene nada que ver con asumirlo o no, que te lo diga mi terapeuta, es solo que hay algo aquí —se llevó la mano al pecho—, que no me lo permite. No puedo ser feliz, siento que la olvido y no quiero olvidar a Eli, D, no quiero hacerlo.

Rhys creía que moría en ese momento, el dolor en su pecho era tan intenso. Tenía tanto dolor por Elisa y a la vez tanto amor por Cloe que creía que esos dos sentimientos lo partirían en dos.

—Nadie está diciendo que la olvides, amigo, quizá parte de la vida es aprender a vivir con nuestros demonios, con nuestros tormentos. Saber que esas culpas no se van a ir pero que también mereces felicidad. Yo estoy seguro que Eli está, donde quiera que esté, feliz de saber que encontraste el amor y también estoy seguro que si hubiese sido al revés tú hubieses deseado lo mismo para ella.

—Yo solo quería hacerla feliz, darle hasta lo que no tenía.

—Quizá puedas hacer eso con, Cloe. Quizá Eli hizo que te tatuaras solo para que conocieras a Cloe —Dennis sonrió—. Que debo decir que tiene un talento asombroso, te hizo un trabajo brutal.

—Es muy talentosa y ama lo que hace —Rhys también sonrió—, tienes que ver cómo se iluminan sus ojos cuando está trabajando, es como si se teletransportara a otro mundo, uno perfecto porque siempre tiene esa sonrisa en sus labios y pareciera que brillara.

—Estoy feliz por ti, amigo; Cloe ha hecho lo que pensé que era imposible, te ha hecho reír con solo hablar de ella. —Dennis le dio un espaldarazo—. Búscala. Maldición, tienes años que no hablas, háblale, explícale todo.

Rhys sacudió su cabeza.

—Creo que la perdí —terminó el trago—. Y no la culpo. Nadie quiere enamorarse de un muerto en vida como yo, ni siquiera cuando ella misma fue la que me revivió.

—Pues búscala y díselo. No tienes nada que perder. Estoy seguro que si ella siente aunque sea la mitad de lo que tu sientes, al menos te va a escuchar. Búscala, Rhys, no te quedes con el maldito «que hubiese pasado si». Con Eli no tuviste la oportunidad, no pudiste decirle todo lo que sentías, con Cloe puedes hacerlo. Deja que ella sea

tu redención.

Su redención.

Eso es lo que ella era. Cloe no tenía la menor idea de lo que había causado en Rhys. Era como si alguien hubiese venido y lo hubiese despertado de un largo sueño, con un balde de agua helada y luego le hubiesen dado de bofetadas… con el balde.

Cloe haría eso, literalmente.

Rhys rio.

Ella era su esperanza. Su oportunidad de ser feliz o de al menos intentarlo.

Y entendía que ella no quisiera nada con él después de haber sido un idiota pero ella merecía saber todo lo que había hecho. Él tenía que verla y agradecerle.

Ella lo había traído a la vida.

A la mañana siguiente se despertó con una sola cosa en mente. Había pensado en un plan, era idiota y un total suicidio. Conociendo a Cloe lo golpearía pero era su única oportunidad.

Esperó a que fuese una hora decente. Tomó su teléfono. Buscó en su guía de contactos y marcó el botón verde.

—Rhys Pritchard, buen día. En qué puedo ayudarte —el acento del hombre delataba de inmediato su origen.

Cuando lo conoció, Rhys sintió que su tono de voz y la forma como hablaba eran en extremo amigable, le parecía falso. Nadie era tan amigable, pero para su sorpresa a medida que lo fue conociendo se dio cuenta que ese tono, ese acento y esa forma de hablar eran sinceros.

—O´Callaghan, necesito tu ayuda.

El irlandés soltó una gran carcajada —Pritchard, hermano ¿Por qué tardaste tanto?

—¿Por que soy un idiota?

—Eres un idiota sin duda, por suerte, siempre supe que no eras taaaaan idiota y tengo un plan.

—¿Tienes un plan? —Rhys preguntó confundido—. Solo para estar claros ¿Estamos hablando de lo mismo?

Otra carcajada de parte del irlandés —Por supuesto. Me estás pidiendo ayuda para recuperar a la americana y yo tengo el plan perfecto, solo esperaba que salieras de tu estupidez y reaccionaras.

Al parecer todo el mundo pensaba igual y no estaban equivocados, era un estúpido.

—Gracias, Liam.

—Solo una cosa, Pritchard —Liam cambió la voz. Se tornó más grave.

—Sí.

—Cloe parece una mujer despreocupada y hasta indolente, pero es la mujer más sensible y considerada que conozco. Siempre está preocupada por que todos a su al rededor estén felices, ella tiene ese don especial de hacernos a todos felices. Solo te voy a pedir que la hagas feliz, no le quites esa luz que nos ilumina a todos. Te voy a ayudar y salga lo que salga, no le hagas más daño.

«Mas daño». Ya le había hecho daño pero haría lo posible por resarcir todas las estupideces que había hecho y dicho. Liam no se equivocaba, Cloe brillaba con luz propia y esa luz había iluminado su camino de vuelta a la vida. No dejaría que se apagara por nada del mundo, incluso si eso significaba no estar a su lado.

— El reencuentro —

Cloe no podía creer que ya había llegado el día.

Los días habían pasado volando desde que Zoe llegó a Cardiff.

Cloe había conseguido un piso cerca de Eira, había hecho una conexión especial con ella, era su amiga y de alguna u otra forma las dos estaban solas. Cuando Cloe le dijo a Eira que se mudaba, ya que iba a quedarse. Quería más privacidad y dársela a Eira que le había alquilado el espacio por pocos meses, le pareció justo buscar su espacio, su amiga no lo tomó bien. Le preguntó si había hecho algo malo o si estaba tan incómoda que quería largarse.

Ella sabía que era la forma de Eira de decirle que no quería que se fuera porque de alguna manera las dos se hacían compañía pero ya que iban a trabajar juntas, Cloe pensó que lo normal era que cada quien viviera en su piso, además venía Zoe por un tiempo las tres en el pequeño apartamento estarían incómodas, aunque Eira dijera lo contrario.

La mudanza no fue nada traumática, Cloe alquiló un pequeño piso de dos habitaciones ya amueblado, mudó la ropa que había llevado con unas pocas cosas que había comprado en Cardiff desde que llegó y *voilá*, ya empezaba una vida en la ciudad que la recibió para enseñarles muchas cosas o como a ella le gustaba decirle «la dimensión desconocida».

Cloe casi no tuvo vida esos días, ayudaba a su hermana con los preparativos a distancia, mientras Zoe llegaba y daba los últimos toques al local. Por fortuna Bran tenía todo listo. Ella solo tuvo que jugar con la parte estética y ya el segundo local de *Tattooart* estaba listo para inaugurarse.

Zoe llegó una mañana lluviosa. Como cualquier mañana lluviosa en la isla. Se abrazaron y saltaron en círculo hasta que quedaron sin aliento. Cloe soltó lágrimas de alegría y de alivio, su hermana estaba ahí, ya no se sentía sola. Zoe la consolaría y en el peor de los casos le daría de bofetadas para que reaccionara.

Cloe lamentó tener que ir directo a casa y no poder salir hasta la noche. Deseó ir a caminar con su hermana al Bote Park, el pulmón verde de la ciudad. Era un parque hermoso lleno de cosas qué hacer desde museos hasta cafeterías y Zoe amaría el color que habían tomado los arboles. Cada uno en diferentes tonos desde el carmesí hasta el amarillo pálido. Pasando por todo el degradé de colores que solo el otoño puede mostrar. Las alfombras de hojas que se hacían al caer de los árboles no eran menos hermosas. En los pocos momentos

de descanso que Cloe se permitía se tumbaba en las hojas para pensar en todos los «que hubiesen pasado si», sin duda ahora que su sueño estaba por realizarse sus pensamientos iban directo a Rhys. Cerraba los ojos y solo deseaba que estuviese bien, que estuviese sanando y que fuese feliz. Pero ese día llovía a cántaros así que tomaron un taxi que las dejó en la puerta de su casa donde las esperaban unas pizzas y muchas botellas de vino.

A las once de la noche Zoe cantaba «*Total eclipse of the heart*» seguido de todas las canciones de Adele y Amy Winehouse mientras Cloe le hacía los coros con lágrimas en los ojos y una botella como micrófono. Así era que se tenía que vivir un corazón roto, solo su hermana podía entenderla. Adele, Amy y Zoe eran las mejores terapeutas.

La noche terminó con Zoe acariciando el cabello de Cloe mientras ella lloraba desconsolada con la cabeza en el regazo de su hermana.

—Clo, hermana, has cambiado tanto y solo hace tres meses que no te veo —Zoe le hablaba dulcemente a su hermana que sollozaba—. Ya eres una mujer con un negocio propio, un piso alquilado y estás enamorada, como una tonta, debo acotar. Mi hermanita es toda una mujer realizada.

—Búrlate, solo te lo permito porque me hacías falta ¿Sabes lo que me hace sentir peor? —Se levantó de las piernas de Zoe. Se quitó las lágrimas de la cara con brusquedad—. No es que me haya enamorado de ese hombre porque al fin y al cabo soy un desastre para escoger pareja, lo peor es que a pesar de todo lo bueno que me pasa, no soy feliz, Zo, me siento vacía y triste. Todo lo que hago, cada paso que doy solo pienso en él «Rhys hubiese odiado esto», «Rhys hubiese dicho un no rotundo a esto». ¡Ah! Porque me enamoré de un amargado porque ¡El maldito destino no me pudo enviar algo mejor que un idiota amargado que todavía enamorado de su novia muerta! —Gritó.

—El destino te envió cualquier cantidad de tipos, Cloe, incluyendo a Liam O’Callaghan pero tú decidiste enamorarte de ese tal Rhys.

—Ay sí, apenas has hablado un par de veces con Liam por teléfono y ya crees que lo conoces. Liam es peligroso, Zo, no te metas con él. El condenado es guapo, tiene un «no sé qué» que deja a las mujeres boquiabiertas, con los ojos azules más grandes del mundo y tiene la mejor carcajada de la galaxia, mejor que Iwan y con eso te digo todo… y ese maldito acento irlandés que hace que se te mojen las bragas con oírlo hablar.

—¿A ti se te mojan las bragas por Liam? Por como te escucho hablar te gusta —Zoe preguntó sospechosa.

—¡¿Qué me va a estar gustando?! ¡¿No ves que estoy llorando como una idiota por un galés?! —Cloe volvió a gritar.

—Estás histérica —eso no lo has cambiado.

—Eres una cretina. Tu hermana está sufriendo —se volvió a echar en las piernas de Zoe—. Es en serio, Zo, siento un hueco aquí —se puso la mano en el pecho—. Siento que algo se rompió dentro de mí y no sé como volverlo a pegar, no sé como hacer. Por suerte tengo tantas cosas que hacer y mi amiga Eira me ayuda a enfrentar cada día pero lo que quiero es quedarme en cama llorando.

—Cloe, tienes el corazón roto. Estás enamorada y no estás con la persona que amas, ni es el fin del mundo ni de tu vida y si quieres que cambie o te olvidas de Rhys o haces algo, búscalo y arreglen las cosas o búscalo para cerrar el ciclo pero has algo. No te puedes quedar como la indefensa damisela llorando en cama.

—Sabes que no soy así y nunca me quedaré sin hacer nada pero voy a tomar tu primera opción, voy a olvidar. Voy a dejar que pase porque Rhys es como un el concentrado de todo a lo que le huí en mi vida. Es intenso, tiene en su alma tanta tristeza, tanto dolor.

—¿Entonces por qué estás así?

—Porque es talentoso, es sensible, es una buena persona. Tiene unos ojos oscuros tan expresivos y unos labios —Cloe suspiró—. Los labios más besables del mundo… y cuando ríe… cuando logra reír ilumina toda la ciudad —Cloe gruñó frustrada—. Parezco una idiota adolescente enamorada y yo nunca me enamoré de adolescente.

—Ay, Clo, estás en un gran aprieto y yo no te entiendo así que lo único que puedo hacer por ti es sostenerte, acariciarte el cabello mientras lloras y cantarte más canciones de Adele y Amy Winehouse.

Cloe no lloró más pero se quedó en el regazo de Zoe hasta que se quedó dormida. Zoe agradeció no estar enamorada y al paso que iba estaba a punto de decidir que nunca se enamoraría, después de ser testigo de lo que vivió Emma, Sophie y ahora su hermana, le daba pánico eso del amor. Por fortuna Emma y Sophie eran más que felices pero desgraciadamente no podía decir lo mismo de Cloe. Su hermana la «loca«, la «importamepoco» había cambiado. Ahora era una mujer con más responsabilidades que nunca y también más enamorada que nunca. Era una lástima que no era correspondida como lo merecía porque Cloe podía ser lo que fuera pero no había mejor persona que ella. Cloe era la persona en quien Zoe más confiaba porque no importaba que ella no estuviera de acuerdo con sus planes, siempre, siempre podía contar con Cloe.

Al día siguiente Cloe se levantó con la madre de todas las resacas, sentía su cabeza estallar, pero era una día importante, era el día anterior a la exposición. Ese día colocarían las obras de Zoe en el salón y todo estaría listo para el día siguiente.

Eso iluminó su día y sin importar que ni salía el sol su día mejoró aún más cuando recordó que Emma y Sophie llegarían esa noche.

Se estarían solo tres noches, por razones de trabajo no se quedarían más, no estarían para la inauguración del estudio así que Cloe tenía que aprovechar al máximo que al fin estarían las cuatro juntas. Esos días trataría de ser la vieja Cloe y llevaría a sus amigas de fiesta. Quizá era lo que necesitaba, ser la vieja Cloe. Sabía que si le decía a Zoe sus planes ella los aprobaría porque Zoe siempre aprobaba los planes de Cloe por muy loco que fueran.

Un mensaje en su móvil la hizo volver a la realidad.

Liam

«Hola, americana»

No tenía que ver quién lo enviaba. Solo había una persona que la llamaba así.

«Estoy en una reunión. Tengo entendido que tu hermana irá esta tarde a supervisar la colocación de sus cuadros, yo no podré estar, dudo que salga pronto de aquí pero necesito un favor de tu parte»

Cloe

«Hola, Irlandés. Por supuesto, solo dime lo que necesitas»

Liam

«Cuando tu hermana salga de la galería, necesito que tú vayas porque tenemos una sorpresa para ella –usualmente lo hacemos con nuestros artistas–, pero me gustaría que tú lo aprobaras»

Cloe

«Por supuesto que sí, Liam, solo dime a que hora estoy allá»

Liam

«El equipo de la galería tendrá todo listo a las 6p.m. Si tú estás allá a las 7 sería perfecto»

Cloe

«Excelente porque mis amigas llegan a las 9 y me gustaría recibirlas»

Liam

«Gracias»

Cloe

«Gracias a ti. Por toda esta oportunidad»

Liam

«Tu hermana es buena, se lo merece. Espero conocerla mañana al fin, no hemos podido coincidir pero mañana brindaremos por su éxito. Espero no sea tan molesta como tú :P»

Cloe le envió de vuelta el mismo icono.

Liam se sintió el peor de todos al engañar a su amiga de esa manera pero era necesario, ella tenía que cerrar ese ciclo para bien o para mal. Cloe no era la misma persona desde que la conoció. Esa mujer llena de picardía y sonrisas se había convertido en una sombra y aunque debía partirle la cara a Pritchard por hacerle eso a Cloe, había decidido darle una oportunidad porque él no estaba mejor.

Zoe regresó de la galería a las 6:30 y Cloe le inventó una mala excusa. Sospechó más cuando vio a su hermana vestida con unos vaqueros, unas botas de tacón alto y un suéter blanco cuello alto.

—¿A donde vas tú?

—Tengo que hacer unas compras para la llegada de las chicas.

—¿Vestida y maquillada así?

—Zoe, yo me visto y me maquillo cuando me de la gana.

—¿Ni siquiera vas a escuchar como quedó el salón de la galería? —Le preguntó Zoe con una sonrisa gigante.

—Me lo cuentas al rato, Zoe, sé que estás emocionada pero yo tengo que salir ya.

Zoe le volteó los ojos.

Cloe salió disparada por la puerta, su estrategia siempre daba resultados. Zoe no era de discutir así que cuando ella se ponía a la defensiva sabía que Zoe se retiraba. Perfecto, porque no tenía idea de que mentira decirle y ya se sentía mal por no compartir la alegría del momento con su hermana.

Se había vestido relativamente decente porque imaginó que se tendría que reunir con Jacob o con algún encargado de arte de la galería y por muy deprimida que estaba, tampoco era que ibas permitir que la vieran como un espantapájaros.

Llegó a la galería y la recibió un hombre muy amable que la hizo pasar al salón de exposiciones.

El salón estaba iluminado justo como como lo había acordado con Liam. Había visto mil veces los planos de como quedaría el salón pero ver todo ahí, frente a ella era algo mágico.

Los colores en cada una de las paredes, la iluminación de los cuadros. Los detalles de las plantas ornamentales en los sitios acordados.

Volteó hacia una pared y observó un cuadro que no había visto antes, lo debió pintar Zoe en su ausencia. Se extrañó que no le hubiese enviado una foto. Cloe tenía en su móvil una colección de fotos que Zoe le enviaba de sus cuadros.

Este era alargado. Lleno de colores brillantes que se entrelazaban como un tornado para explotar en la parte superior como en un arco iris abstracto. Se acercó a tocarlo, por alguna razón ese cuadro le atraía, leyó la ficha con la descripción. El cuadro se llamaba Cloe.

Cloe se llevó las manos a la boca para ahogar el sollozo. Le parecía el cuadro más hermoso que había visto de su hermana y ella le había puesto su nombre. Se quedó ahí parada en total silencio, viendo la belleza concentrada en un pequeño espacio mientras una lágrima de emoción recorrió su rostro.

Rhys entró a la galería. Estaba a oscuras, menos el salón de la exposición de Zoe. Una luz tenue salía de ahí. Se acercó y se detuvo en el umbral de la puerta. A unos cuantos metros Cloe miraba un cuadro, con las manos en su boca y llorando.

Era como apreciar una obra de arte. Todo estaba estático y en silencio. La luz caía como una seda sobre ella. Parecía una visión. Rhys se quedó ahí parado viéndola. Podía estar horas viéndola y preguntándose por qué era tan idiota.

Cloe lo sabía, sabía que Rhys estaba ahí. Su presencia invadía todo el salón.

Por un segundo quiso preguntarle qué hacía ahí, pero no había que ser un genio para saberlo. Asesinaría a Liam y escondería su cuerpo.

¿A quién engañaba? Estaba feliz porque Rhys estuviera ahí. Era como que siempre supo que él aparecería de la nada. Claro su imaginación elaboraba otras escenas en su cabeza. En su cabeza se presentaban escenarios donde iba por ella que iban desde el clásico caballo blanco, hasta la nunca mal ponderada *Harley Davison* pasando por la simple pero nunca menos importante llamada al timbre con un

ramo de rosas gigante.

Pero ese no era Rhys, él no tenía mucha práctica en eso del romance y en realidad a Cloe le hubiese parecido bastante empalagoso. Ella lo quería así, simplemente parado junto a ella en silencio.

—Zoe pintó esto y le puso mi nombre —se limpió las lágrimas. Sonreía. No le quitó los ojos a la pintura—. Es un maldito tornado de colores.

Rhys dio unos pasos más y se paró a su lado mirando hacia la pintura.

—Creo que captó tu esencia a la perfección. No podría describirte mejor.

—¿Crees que soy un tornado? Un tornado destruye a su paso todo lo que hay —Cloe miró a Rhys que estaba parado admirando la pintura. Su perfil era perfecto. Su nariz perfilada, sus labios carnosos, su largo cuello, erguido, alto, perfecto.

—Eres un tornado especial —él le devolvió la mirada y le regaló una media sonrisa. Cloe se derritió—. Destruyes lo inservible, lo innecesario solo para que se puedan construir cosas nuevas.

Rhys había cambiado. Cuando la vio ya sus ojos no tenían esa sombra que siempre los opacaba. Esta vez sus ojos oscuros estaban despejados como si algo dentro de él hubiese cambiado y se reflejaba en sus ojos.

—Ese es un buen tornado —ella miró otra vez la pintura. Sonrió con ganas como tenía tiempo que no hacía—. Es bueno ser un buen tornado.

—Y los colores —dijo él—. Son tú.

—Nah, yo no soy de colores —dijo bromeando.

—Lo dice la mujer que tiene un bolso lleno de sprays de todos los colores posibles.

—Bueno quizá si me gusten un poco y lo de los sprays no es que *lleve* un bolso, es que lo tengo en caso de emergencias.

Esta vez Rhys sonrió con una amplia sonrisa y Cloe quiso saltarle encima y besarlo en toda su humanidad.

—No vayas a matar a Liam por esto —Rhys cambió la conversación.

Ese hombre la conocía tanto.

—No lo voy a hacer. De hecho creo que le voy a agradecer. ¿Cómo

está tu tatuaje?

—Perfecto —arremangó su camisa y se lo mostró.

Ya había perdido la costra y estaba limpio, los colores eran hermosos y el efecto de la daga sobresalía mejor que antes, no pudo evitar pasar su mano sobre la piel de Rhys. Recordó lo que significaba y el dolor en su pecho volvió. Retiró su mano.

—Cloe… —la voz de Rhys era un susurro como que si quisiera que solo Cloe lo escuchara. Quizá era así.

—No, Rhys —Cloe sacudió su cabeza. No quería escuchar otra vez, que estaba roto y que no podía enamorarse de ella. Por primera vez en su vida sintió que no soportaría escuchar esas palabras—. Ya sé lo que vas a decir, que tú…

—No tienes la menor idea de lo que voy a decir —la interrumpió —. Por eso le pedí ayuda a Liam porque estaba seguro que tú creerías saber lo que tenía que decir y no, no tienes la menor idea.

Cloe levantó las cejas hasta el cielo.

Rhys volteó hacia ella, la tomó por los hombros con delicadeza y la volteó para que quedaran frente a frente. Deslizó sus manos con suavidad por los brazos de Cloe, tomó las de ella.

—No tienes idea que te voy a decir que estoy enamorado de ti —continuó—. Que deseaba que las sesiones terminaran lo más pronto posible porque desde el segundo que te entregué el dibujo para que lo vieras sabía que iba a ser inevitable que me enamorara de ti. Que cada minuto sentía que traicionaba a Elisa pero cada minuto tú te ibas adueñando de mi vida. No lo soportaba.

Cloe lo miraba anonadada. Escuchaba la voz de Rhys con ese hermoso acento y una calma como si estuviera tan seguro de lo que decía que ella no podría refutarle.

Y tenía razón.

Cloe no podía responder. Solo lo miraba hipnotizada.

—¿Por qué me dices esto ahora?

—Porque ahora me siento listo para ofrecerte lo que antes no podía. Porque tenía que limpiar toda esa cochinada que tenía dentro. Tú no merecías que te quisieran de la manera como yo te quería, con todo ese reconcomio, con todo ese dolor.

—¿Y quién te dijo que ahora yo quiero tu amor? —¡*Por supuesto que lo quieres idiota! ¿Por qué juegas a la dura si te estás muriendo por besarlo?* Se dijo Cloe en su cabeza, pero también había algo dentro de

ella que quería saber. Sabes por qué, qué había hecho que Rhys se sintiera listo. Tenía tantas preguntas y a la vez no quería saber nada.

—Nadie me lo dijo y estoy dando un salto al vacío pero no me importa, ya nada me importa. ¿Qué tengo que perder si no tengo nada?

Me tienes a mí. Me tienes a mí.

—Solo necesitaba que me escucharas —Rhys acarició la mejilla de Cloe con el dorso de su mano—. Necesitaba verte a la cara y decírtelo. Tú siempre fuiste clara conmigo y quiero ser igual.

—¿Rhys, sabes lo que estás haciendo? Llevo semanas llorando por todos los rincones y vienes tú y…

Rhys no esperó que Cloe completara la frase, sabía que iban a terminar discutiendo y aunque amaba hasta pelear con ella, no era el momento.

Acunó el rostro de Cloe con sus manos y se acercó a ella hasta que sus labios rozaron. Cloe hizo silencio para tragar grueso y luego entreabrió sus labios. Rhys no sabía si era para decir algo más, se detuvo para sentir su aliento, tibio y delicioso, esperó que Cloe hablara pero ella humedeció sus labios. Rhys sintió que era la señal para continuar, de no ser así sentiría la reacción de Cloe en forma de una gran bofetada. Se arriesgó.

Sus labios tocaron los de Cloe y se sintió en el cielo. Era lo correcto, era lo que debía ser. Sus manos recorrieron el cuerpo de la mujer y rodearon su cintura. Ella colocó sus manos en su pecho. Poco a poco el beso se fue haciendo más profundo, más intenso, con Cloe no había medias tintas. Su lengua rozó los tibios labios de Cloe para luego entrar en su boca.

El beso no fue como otro, fue lento, sin prisa. Sus lenguas se entrelazaban como saboreándose. No era un beso desesperado o lleno de pasión como los anteriores que les alteraba la respiración y sus manos tan desesperadas como sus bocas quitaban las capas de tela que les molestaba. No, este beso era de esos en los que te deleitas, en los que sientes que tienes todo el tiempo del mundo para reconocerte.

Cloe subió sus manos hasta el cuello de Rhys y de ahí continuó hasta sentir su cabellos corto entre sus dedos.

No había tiempo ni espacio, solo ellos dos dándose un beso que los unía de una manera más allá de lo físico.

Cloe no supo cuanto tiempo pasó desde que Rhys posó sus labios en los de ella. Era como si hubiesen pasado años y a la vez se hubiese congelado el tiempo. Rhys Pritchard tenía esa habilidad. También

tenía el don de hacerla olvidar, lo último que recordaba era…

—¿Siempre tienes que interrumpirme? —Preguntó todavía bajos los efectos «Rhys Pritchard».

Él sonrió pero no con esa sonrisa de medio lado, esta vez mostró todos sus dientes perfectos y alineados. Cloe sintió que se hacía mantequilla en sus brazos o mejor nutella.

Volvía la risa. Esa risa deliciosa que le había quitado el primer lugar a la de Iwan.

—¡Ohhhh! Rhys Pritchard está riendo. Ahora Rhys Pritchard ríe —Cloe quiso parecer seria pero falló.

Él acarició su mejilla. Ella cerró los ojos para deleitarse en el toque del hombre que amaba.

La sonrisa de Rhys se redujo a su expresión de costumbre pero sus ojos demostraban el más exquisito deleite. El Rhys que ella conocía y del que se había enamorado había vuelto pero ya no había más sombras en su mirada.

Ella imitó su expresión solo que no era tan buena como él para ocultar su felicidad.

Dio un paso hacia atrás, quería salir de su embrujo para poder pensar y hablar claro.

A duras penas lo logró.

—Rhys —Cloe tomó la mano del hombre—. Desde que te conocí todo ha sido como una montaña rusa de emociones, yo… yo dentro de toda esta euforia que tú me haces sentir, tengo miedo. Tengo miedo de que me hagas daño, que me hieras de tal forma que no pueda soportarlo. Yo nunca había sentido esto por nadie y es más grande que yo, más de lo que puedo controlar y más de lo que puedo soportar si un día tú decides que no me quieres en tu vida.

—Cloe…

—Yo sé que tengo la inteligencia emocional de una adolescente y no te asustes porque no pasará nada malo conmigo solo que me has marcado de tal manera que nunca podré sentir lo mismo por nadie más y de eso estoy segura.

—Cloe. Tú no necesitas sentir lo que sientes por nadie más porque yo me encargaré de hacerte feliz cada día, pero entiendo lo que dices, entiendo que tengas miedo, yo no he sido el tipo más confiable del mundo, pero quiero que sepas que estoy en paz, estoy en paz conmigo y con Elisa y no quiero engañarte diciéndote que la olvidé porque nunca podré hacerlo, ella fue mi primer amor, pero también es mi

pasado. Me gustaría pensar que ella quiso que me hiciera este tatuaje solo para conocerte, para enamorarme de ti y de cierta manera tengo que agradecerle porque gracias a ella te conocía a ti, así haya sido a través de una desgracia —Rhys acortó la distancia entre ellos. Volvió a tomar el rostro de Cloe entre sus manos—. Tú, Cloe, eres mi presente y mi futuro. Eres la luz en la oscuridad, eres mi redención. No voy a retenerte pero tampoco voy a renunciar a ti. Vamos a decir que te voy a dar una tregua, un receso para que te recuperes y así como yo, estés lista para todo lo que tengo que ofrecerte.

Volvió a besarla dulce y tiernamente.

—Nunca voy a estar lista para todo esto. Es demasiado —dijo Cloe con su voz temblorosa.

Él se separó de ella con un asomo de sonrisa —Eres una mujer que tatúa, cruzaste el océano para empezar una nueva aventura, defiendes a tus amigos y a tu familia con uñas y dientes, ¡por dios, has vandalizado dos autos en dos países diferentes! ¿Y me dices que esto es demasiado para ti? Es obvio que no ves lo que yo veo. Tú puedes con uno y con cinco Rhys Pritchard. Maldición, eres Cloe LeRoux.

Las palabras de Rhys hicieron que Cloe soltara una carcajada ahogada. Era una mezcla de felicidad y pánico, ambos histéricos.

La histeria era su fuerte.

—Te voy a dar un espacio para que lo digieras y lo asumas porque no voy a dejarte ir, Cloe LeRoux, ahora que te encontré no te voy a perder.

Le dio un último beso y se marchó. A lo Superman II cuando deja a Luisa Lane en el balcón de su casa después de haberla paseado por los cielos de Metrópolis. Así se sintió Cloe, como que hubiese volado por los cielos con el hombre que amaba y este la acabara de hacer pisar tierra.

Suspiró. Rhys no necesitaba ser un superhéroe para que ella cayera derretida.

—— La exposición ——

Cloe llegó todavía flotando en una extraña nube cuando llegó a casa y la recibieron Zoe, Sophie y Emma con sendos gritos que la hicieron caer de la nube del susto.

Había olvidado que sus amigas llegarían. Demonios ¿Cuánto tiempo había estado con Rhys?

El grito de sus amigas se quedó congelado cuando vieron su cara.

—¿Qué demonios te pasa? —Preguntó Sophie preocupada.

—¿Por qué tienes esa cara? Se supone que acabas de tener sexo —le dijo Zoe.

Cloe la miró con el ceño fruncido —¡No acabo de tener sexo!

—Eso lo explica todo.

—Cretina.

Emma fue hasta ella, la abrazó y le ofreció su copa de vino.

Cloe se la tomó toda de un solo golpe —Acabo de tener la experiencia más surrealista de mi vida, y ustedes conocen mi vida así que es bastante decir. Estoy en shock entre la felicidad y el terror.

Zoe fue hasta ella ya preocupada. Las tres se sentaron en el suelo de la pequeña sala mientras Sophie buscó otra botella de vino. Presentía no, estaba segura que necesitarían mucho alcohol porque si había sido una experiencia surrealista para Cloe, para ellas sería una película de Tim Burton con David Lynch.

—No sé si traer alcohol o calmantes —dijo Sophie.

—Alcohol —respondió Cloe todavía anonadada—, litros y litros de alcohol.

Sophie asintió y llevó a la sala tantas botellas de vino como le cupieron en los brazos.

Cloe miró a sus amigas —¿Por qué Iwan y Adrien no están aquí?

—Trabajo —respondieron al unísono sus amigas.

Cloe las abrazó —Estoy tan feliz que hayan venido.

—Esto es grave —moduló Emma sobre el hombro de Cloe a Zoe.

Zoe asintió. Si lo que había sucedido superaba todo lo que le había contado su hermana en días anteriores. Necesitarían toda una bodega para asimilar la historia.

Cloe contó toda la historia, desde que Rhys entró a su cubículo y le cambió la vida hasta lo que había ocurrido pocas horas antes. Sus amigas la interrumpían con un ocasional «¿De verdad hiciste eso?» o «¿De verdad dijiste eso?», pero ella ya estaba acostumbrada a esas preguntas, prácticamente eran las preguntas de rutina en cualquiera de sus historias.

Al final todas quedaron en silencio. Un cementerio de botellas de vino a su al rededor y la luz del día iluminaba la sala. Habían amanecido hablando y ninguna le veía una solución que se adaptara a Cloe.

—Yo creo que deberías dejar que el tiempo pase, enfriar las cosas —le dijo Sophie con su dulce voz—, al fin y al cabo ya harás tu vida aquí, tienen todo el tiempo del mundo para reencontrase.

—Creo que no sabes con quién hablas, Soph —respondió Zoe—, le hablas a la reina de la impaciencia, Cloe no va a dejar las cosas así.

—Lo que realmente debemos preguntarnos y te debes preguntar tú, Clo —dijo Emma colocándole una mano solidaria a su amiga en la rodilla—, es qué es lo que quieres. Si vale la pena luchar por lo que sientes o puedes esperar hasta que uno de los dos de el primer paso, o simplemente olvidarlo y estar segura que tarde o temprano eso que sientes pasará.

Cloe tomó aire y se tumbó en el suelo derrotada.

—Quiero estar con él, Em, quiero todo con él. Lo quiero amargado, lo quiero feliz. Lo quiero con sus demonios y lo quiero con su paz. Lo quiero todo, pero quien me garantiza que no habrá otro caso de «perdóname pero no puedo estar contigo porque no puedo olvidar a mi novia muerta».

Emma bufó divertida —¡Ay, Cloe! Eres tan tierna cuando eres ingenua —Cloe la miró con ojos envenenados y ella rió más—. Eso es lo divertido del amor, no hay garantías. Es lanzarse de un avión sin paracaídas.

—O de un barco en el medio de una tormenta sin salvavidas —completó Sophie.

—Yo no tengo ninguna metáfora porque no he vivido eso, ni pienso hacerlo —dijo Zoe despreocupada.

—Pero es lo más sublime y delicioso que existe querida amiga.

—Nuuuuuu, gracias. Veo a mi hermana sufrir, y nuuuuu gracias.

—Sophie tiene razón, Clo —continuó Emma—, es lo más sublime que existe pero es una constante lucha con lo desconocido, con los

demonios del pasado del uno y del otro…

—Sin contar los demonios del futuro —suspiró Sophie.

—Sin contar los demonios del futuro —repitió Emma—. ¿Mi consejo? Aunque sé que tú harás lo que te dé la gana… —Emma hizo un corto silencio—, ¿Sabes qué? Haz lo que te dé la gana, Clo, siempre lo has hecho y sigues aquí no solo viva, sino teniendo éxito. Lo único que te digo es que el miedo es bueno, te mantiene alerta pero también te paraliza y tú no eres de las que vive paralizadas.

Todas miraron a Sophie como esperando una epifanía, Sophie siempre fue la más mesurada de ellas aunque unos meses atrás había tomado una de las decisiones más anti-Sophie de su vida. Había dejado Boston y todo lo que tenía allá para terminar en Londres con el trabajo de sus sueños y el inglés de su realidad.

Sophie le devolvió la mirada y su rostro no decía nada. Estaba en blanco. ¿Qué le iba a decir a una Cloe LeRoux enamorada y con miedo?

—Lo lamento, Clo, no tengo nada para aconsejarte. No tengo palabras sabias, ni consejos de gurú solo quiero decirte que el amor no tiene reglas…

—Mientras no le cagues la vida a otros —le interrumpió Zoe.

—Sí bueno, déjame decirlo de otra manera —Sophie exhaló—. Cuando dos personas se aman de verdad, o por lo menos eso creen, nadie puede ni dar consejos ni opiniones. Si tú crees que el miedo supera las ganas que tienes de estar con él, yo te apoyo. En cambio si crees que a pesar del miedo quieres estar con el galés, pues adelante. Solo te digo que sin medias tintas, Cloe. Si lo aceptas lo aceptas con sus fantasmas, además ya me cae bien sin conocerlo porque te aceptó a ti con tu..

—Locura —dijo Emma.

—Sociopatía —Zoe agregó

Cloe les lanzó una mirada asesina.

Sophie lanzó una risita graciosa —Iba a decir «con tu personalidad».

Cloe se levantó del suelo con un gran suspiro.

—Bueno, no le voy a quitar a Zo su protagonismo. Por ella es que debimos amanecer celebrando no viéndome a mí llorar como una idiota.

Emma suspiró —No eres una tonta, Clo, solo estás enamorada…

—Que es casi lo mismo —Zoe completó la frase con una pequeña sonrisa, hizo un corto silencio, luego habló—. No me estás quitando mi protagonismo, Clo, para esto es este aquelarre, tenemos que matar todos los pájaros de un solo tiro pero tengo solo una cosa que decirte. Es duro compartir el corazón de alguien con un fantasma, Clo, pero si estás mil por ciento segura que puedes con eso y que ese fantasma no se interpondrá en tu felicidad, pues no tienes porque tener miedo, quizá tu miedo sea ese. Piénsalo.

Quizá no, Cloe estaba segura que ese era su miedo ¿Cómo competir con «el amor de la vida» de alguien? Pero no lo diría, era momento de celebrar y de ser feliz por su hermana así que solo asintió.

—Bueno, creo que deberíamos desayunar y dormir un poco —dijo Sophie—. Esta noche es la gran noche.

Abrazó a Zoe y las dos empezaron a dar brinquitos de alegría.

Emma abrazó a Cloe y le dijo al oído —Clo, yo nunca olvidaré lo que hiciste por mí. Lo que creíste fue justicia. Pintarle el auto a Joshua fue malditamente grandioso, sé que esto es más profundo de lo que quieres mostrar pero si en algún momento quieres hablar de esto, solo llámame.

Cloe le devolvió el abrazo y sintió que todo estaría mejor.

Quizá necesitaba descansar, estaban sus amigas ahí con ella y nada podía estar mal.

Cloe, Emma y Sophie llegaron a la galería para el momento de la inauguración de la exposición, Zoe se encontraba desde hacía un par de horas antes para darle los últimos toques junto con Jacob que había sido el organizador más que Liam que estaba organizando la otra galería de Gales y la de Dublín.

Cloe lamentaba que su hermana no había podido conocer a Liam, el irlandés viajaba a Dublín para supervisar una nueva exposición, pero esa noche lo conocería. Cloe estaba emocionada porque Liam se había convertido en su amigo así la llevara a sitios donde le patearan el trasero.

Por primera vez mucho tiempo se sintió feliz, estaba rodeada de la gente que quería, solo faltaban sus padres y Rhys, deseaba con todas sus fuerzas que Rhys estuviese a su lado, entrelazando sus dedos con los del y en ese toque transmitiéndole miles de voltios de energía. Miró a su alrededor y observó cada una de las orquídeas blancas que adornaban el sitio y sintió su presencia, era su trabajo, sus manos habían hecho tan hermoso trabajo. Él estaba ahí, en cada flor, en cada

planta. Su Rhys era capaz de crear tanta belleza como dolor guardaba su alma.

Tomó aire como queriendo absorber la esencia de cada planta tocada por Rhys.

Tenía los sentimientos a flor de piel, su hermana era felicitada por todo el que admiraba sus obras y ella sentía que no cabía en su cuerpo del orgullo. Sus amigas brindaban riendo a pocos metros de ella, la felicidad y la nostalgia también se apoderaron de ella. Su vida había cambiado, ella había cambiado.

También sintió agradecimiento. Jamás dejaría de agradecerle a Liam la oportunidad que le había dado a Zoe y las horas de alegría que ella había recibido de rebote.

Como si lo hubiese invocado Liam apareció a su lado mientras Cloe admiraba una de las obras de su hermana en colores cálidos que por una extraña razón, le recordaban a la ciudad que decían en broma que odiaban. Miami.

—Americana.

Cloe lo miró por educación porque ya sabía que estaba ahí. Liam era uno de «esos» hombres que anunciaba su llegada primero con su energía y segundo con su perfume.

—¡Irlandés! —dijo con una emoción sincera—, que bueno que hayas podido venir.

—Estoy hasta el cuello de trabajo pero no me hubiese perdido la inauguración de esta exposición por nada del mundo. Tengo que conocer a la americana II.

Cloe rio —Si nos ponemos técnicos, sería la americana I porque ella es mayor.

—Por supuesto que lo es.

—¿Por qué dices eso? — Cloe preguntó sospechosa, sabía que Liam diría algo muy «Liam».

—Porque tú tienes todas las características de una hermana menor.

—¿Cuáles son esas características? —Cloe miró a los ojos de Liam y él trataba de contener la risa—. ¡Bah! Cállate. Ven, vamos para que conozcas a mi hermana y mis amigas.

Cloe pidió disculpas a dos mujeres y un hombre gordo con quien Zoe hablaba y tomó a su hermana por el brazo.

—Zoe, te presento a Liam el artífice de todo esto y tu padrino

mágico.

El irlandés sonrió de medio lado con esa sonrisa derrite tormentas polares —No soy artífice de nada —extendió su mano—, solo reconozco el talento y tú eres muy talentosa, Zoe.

Cloe levantó las cejas hasta el cielo y miró a Liam. No solo la formalidad la impresionó, sino que Liam bajó dos tonos su voz y hasta ella sintió que se le bajaron las bragas.

Miró a su hermana que se le habían subido los colores al rostro y eso no sucede mucho con Zoe LeRoux, pero no la culpaba.

—Gracias, Liam —Zoe aclaró su garganta—, tú y tu hermano me han dado una oportunidad que nunca dejaré de agradecerles, sin contar con el hecho que pude ver a mi hermana más pronto de lo que esperaba.

—Agradécele a ella —Liam volvió a reír—. Ella es tu mejor relacionista pública.

Zoe lanzó una risita como una adolescente, y tampoco la culpaba porque Liam podía poner estúpida a cualquier mujer, pero por dios, era Zoe. Zoe no se sonrojaba.

Pero sí, ese era el efecto que causaban los hermanos O'Callaghan, ahora entendía a Eira que reía como tonta cada vez que hablaba o intercambiaba textos con Jacob.

Ella también estaba ahí al lado del otro hermano O'Callaghan, pero ellos solo eran «amigos». Sí. Claro.

Eira y sus amigas se habían conocido esa tarde cuando almorzaron juntas y a pesar de decir cada cinco minutos cuan antisocial y huraña era, no dejó de reírse ni un segundo con las historias de Emma, Sophie y Zoe acerca de Cloe. Cloe ya estaba acostumbrada a escuchar esas historias donde había hecho gala de toda su mala conducta, así que solo se dispuso a disfrutarla por enésima vez.

No podía creer que en pocas semanas Eira sería también su socia en el estudio de tatuajes, estarían las dos juntas. Cloe no cabía de la emoción y el miedo, pasaban tantas cosas en su vida que apenas y recordaba lo que había sido su vida antes de Cardiff.

La noche fue simplemente perfecta.

A las cuatro de la mañana Cloe estaba con sus amigos incluyendo Eira y los hermanos O'Callaghan en una pocilga de unos ucranianos, que se hacía llamar bar-restaurante donde se tomó las mejores cervezas de esta galaxia y estaba segura de galaxias cercanas.

Agradeció al universo por esas personas a su alrededor que por un momento le hicieron olvidar la tristeza de no poder estar con la única persona con la que realmente quería estar.

Cloe salió del bar con unos cuantos tragos de más y convencida de lo que tenía que hacer. El alcohol siempre la convencía.

Salieron todos y se despidieron como los mejores amigos. Se quedó asombrada de lo amable y divertido que era Jacob O'Callaghan, justo como su hermano solo que Liam tenía ese «no sé qué» que lo hacía más encantador.

No se extrañó cuando Eira se fue con él, eran tan diferentes. Eso de los polos opuestos al parecer funcionaba con ellos.

Liam partiría a Dublín al día siguiente. Cuando le tocó despedirse de él, el irlandés la arropó con sus fuertes brazos.

—Lo que tengas que hacer, lo que tengas que resolver, hazlo ya. Eres insoportable enamorada —le dio un beso sonoro en la mejilla y se fue.

Cloe no supo si era una señal, si era la conexión especial que tenía con el irlandés o solo era ella que quería que fuera así pero sintió que definitivamente lo que iba a hacer, era lo que tenía que hacer

—Cloe, vamos, tenemos un taxi que tomar y tú eres nuestra guía —le dijo Sophie que estaba más alegre de lo normal.

Cloe miró a sus amigas que reían divertidas con nostalgia. Era tanto lo que habían compartido, tantas risas, tantas lágrimas.

Encontró la mirada de su hermana como sabiendo lo que pensaba, lo que sentía. Zoe siempre tuvo ese poder, el mismo de Rhys. Mirar a través de su alma, saber lo que sentía y lo que pensaba, entender quién era Cloe detrás de toda esa locura y amarla por y a pesar de ello.

Zoe asintió en aprobación, después de todo su pequeña y loca hermana se había enamorado y todos estaban a la deriva. Cloe sin saber cómo canalizar toda ese sentimiento, Rhys tan perdido como su hermana y ella sin saberlos ayudar, porque para ser honestos a pesar de que Zoe era la hermana mayor no tenía ni la menor idea lo que significaba amar a un hombre como Emma, Sophie o hasta la mismísima Cloe. Solo le quedaba asentir y apoyar a su pequeña hermana en su locura. Como siempre.

En un segundo Sophie y Emma también lo entendieron. Eso era lo que las unía, por eso eran sus amigas. No hacía falta palabras entre ellas.

—Si estás esperando que te detengamos porque estás muerta de miedo, pues estás equivocada —le dijo Emma sonriendo—, no seremos nosotras quien te detengamos. Ve y enfréntalo, cobarde —su amiga rio sabiendo perfectamente en lo que se estaba metiendo. Emma sabía que enamorarse era la sensación más gratificante pero más aterradora del mundo.

Cloe caminó, tenía que pensar, tenía que dejar de sentir y pensar. ¿Cómo demonios haría eso? No tenía la menor idea porque nunca lo había hecho pero había llegado el momento.

No supo cuánto tiempo le tomó llegar hasta ese portal, lo miraba de arriba a abajo tratando de descifrar algún mensaje escrito en élfico pero esta vez no decía «amigo».

Hizo un resumen de lo que quería decir, al fin y al cabo no tenía duda de lo que Rhys sentía por ella, nunca la tuvo. Siempre, siempre estuvo segura desde que él cruzó la puerta de su pequeño cubículo que Rhys sería para ella y ella para él sin condiciones.

Irónicamente lo que los separaba era lo que Rhys sentía por alguien que no estaba y no volvería. Y eso le partía más el corazón a Cloe porque ella haría lo imposible por ver a su galés feliz incluso si eso significaba verlo con otra.

Pero lo que no podía soportar era ser la segunda para siempre porque el corazón del hombre que amaba pertenecía a un fantasma. Eso no, ella no sería la segunda ni por Rhys, ni por nadie.

Estaba paralizada por el miedo, estuvo a punto de retroceder. Puso la mano en mango de la puerta y como una señal del destino la puerta abrió, normalmente Cloe pensaría que algún descuidado la dejó así pero esta vez estaba segura que tenía que entrar a ese pequeño edificio. No sabía si para bien o para mal pero lo tenía que hacer, quería, necesitaba hablar con Rhys y ese era el momento. Quizá no el más oportuno pero no había momento oportuno para decir todo lo que tenía que decir.

Aspiró profundamente y entró.

Rhys no pudo dormir esa noche. Lo único que se preguntaba una y otra vez era por qué demonios Cloe no estaba con él. No lograba, por más que se devanaba la cabeza, entender el por qué.

En su cabeza se había hecho una historia diferente cuando le declaró a Cloe lo que sentía por ella. La conocía, sabía que ella lo abrazaría y lo besaría hasta el cansancio, hasta harían el amor ahí mismo en la galería en el suelo o apoyándola de la pared. Sus piernas

alrededor de su cintura harían todo más fácil, él entraría en ella y ella lo recibiría húmeda y tibia solo como Cloe lo recibía.

Bufó.

Otra vez su erección le recordó que estaba solo.

Su amigo Dennis le preguntó cuando recurrió a él desesperado sin entender por qué Cloe no se había quedado con él.

—¿Lo hubieses hecho Rhys? ¿Te hubieses entregado a ella aun sabiendo que ama a un hombre que ya no está?

Eran las cinco de la mañana y Rhys todavía pensaba en la respuesta.

Él no lo hubiese hecho, él no iba a aceptar un amor a medias y Cloe era una tonta que si pensaba que él se entregaría a medias.

Como si le hubiesen enterrado un alfiler en su brazo, miró su tatuaje. Y todo llegó con claridad.

Te hiciste un tatuaje para recordar al gran amor de tu vida y se lo dijiste. No permitiste que se acercara a ti y cada vez que te permitías sentir algo la culpa te corroía, y todavía preguntas por qué Cloe no confía en lo que sientes por ella.

Su Cloe era impulsiva, un pequeño tornado que arrasaba todo a su paso pero no era tonta. Rhys no sabía mucho de su vida pero conocía lo suficiente y sabía que Cloe no era de las que entregan su corazón a cualquiera.

Él amo a Elisa, todavía lo hacía pero ese amor había quedado opacado ante lo que sentía por Cloe. Todos lo clichés que había escuchado y de los que se había burlado con la misma Eli porque con ella nunca lo sintió, todos y cada uno, las mariposas en el estómago, el corazón acelerado, la respiración fuera de control, todo, todo lo sentía con Cloe.

Todavía no entendía como Cloe no lo sabía, no lo veía. Si él moría por ella, si toda la culpa se veía opacada por el amor que sentía. ¿Cómo Cloe no podía verlo?

Se levantó de la cama, se puso un suéter, buscó un vaso de agua. Se sentó en el sofá donde siempre se sentaba y miró la foto de Eli como si ella le diera la solución de un problema que solo él podía resolver.

—Soy tan idiota Eli —le dijo a la foto—, no he cambiado desde que te fuiste, sigo siendo el mismo idiota, lo peor es que te pregunto a ti como hacer para estar con otra mujer. Te amé tanto Eli, pero Cloe, ella, ella me amó con mis fantasmas, con mi culpa y con mi dolor. Ella

se enamoró de mí a pesar de amarte a ti, de alguna manera que aún no me explico fui tan afortunado que Cloe con su alegría y su luz vio en mí algo para rescatar y lo logró Eli, logró que sonriera, logró salvarme.

Cerró los ojos y vio a Eli, su sonrisa, sus ojos azules claros como el cielo. Sintió como su mano acarició su rostro, la sintió tibia y suave y por primera vez no sintió culpa solo sintió un profundo amor que iba más allá de Eli, un amor que no conocía el dolor o la culpa, solo conocía el perdón. No sabía si era ella que lo perdonaba desde donde estuviera o si era él el que finalmente se perdonaba pero en ese segundo sintió paz, una paz que nunca antes había sentido. La paz de haber deambulado por años y al fin haber llegado a puerto seguro, al hogar. Cloe era su hogar, el hogar que lo recibía cansado, golpeado y adolorido pero el hogar que lo reconfortaba y le hacía querer volver a vivir y eso era lo que haría. Viviría, viviría al máximo. La vida había sido tan generosa que le había traído a Cloe para hacerlo, nadie podía enseñarle mejor como vivir que su Cloe.

Abrió los ojos y supo qué hacer. Lo primero sería ir a verla, buscarla. Hablaría con ella, le insistiría hasta el cansancio hasta que, conociéndola, lo golpearía o lo besaría, con ella nunca sabía y eso era lo que más amaba de Cloe.

Escuchó ruidos en el pasillo. Miró su reloj. 5:13a.m. Escuchó dos suaves toques y sonrió.

No tenía que abrir la puerta para saber que era ella, era su Cloe. Para ella no existía el tiempo o por lo menos no igual que los otros mortales, para ella existía el ahora y jamás se sintió tan feliz.

En dos zancadas estaba frente a la puerta, la abrió y allí estaba ella titiritando de frío, con los ojos vidriosos y una expresión de terror que lo dejó pasmado.

Estiró su mano por instinto y acunó su rostro, ella cerró los ojos y suspiró.

No necesitó más. La atrajo hacia él y se fundieron en un abrazo que hizo que despejara las pocas dudas que le quedaban. Cloe era su hogar, su amor, su felicidad.

— Revelación —

Cloe sintió los fuertes brazos de Rhys arropándola y suspiró aliviada. Su miedo no había retrocedido un milímetro y todavía tenía muchas cosas que decirle a Rhys pero el solo sentir su abrazó, aspirar su aroma, escuchar su corazón latir hacía que olvidara todo ese miedo.

Por un momento también olvidó que eran las cinco de la mañana pero como su cerebro estaba sobregirado también se le ocurrió que Rhys la abrazaba como si nada a las cinco de la mañana.

—¿Qué demonios haces despierto a esta hora? —Le pregunto sin despegarse ni un milímetro de él.

—Estaba esperándote —los labios carnosos de Rhys tomaron los de Cloe sin que ella pudiera o quisiera evitarlo. Su lengua rozaba sus labios, los humedecía y jugaba con ellos, Cloe le siguió el juego, abrió su boca para que Rhys pudiera invadirla.

Su lengua se sentía tibia y familiar, su mano en su cintura y la otra en la parte trasera de su cuello la sujetaban como si no quisiera dejarla escapar. ¡Ja! Como si ella quisiera huir.

Rhys se tomó su tiempo besando a Cloe, haciéndole saber cuánto la deseaba, cuánto quería que se quedara con él ahí, dejándose besar, dejándose tocar.

Cloe se derritió.

Se convirtió en un mouse de esos que cuando los sacas del refrigerador tiemblan al más mínimo movimiento. Con solo dos palabras y un beso de Rhys, pero debía reconocer que fueron las palabras y el beso perfectos.

Tenía tanto que decir, tanto que no quiso hablar, quiso sentirlo, olerlo, quiso tocarlo .

—Tenemos tanto de que hablar, Rhys. Y si no me sueltas no voy a poder armar una frase coherente.

—Cloe, tocas a mi puerta a las cinco de la mañana, yo estoy despierto esperándote, me abrazas de esta manera, puedo sentir tu piel, puedo acariciarte, puedo al fin tenerte ¿y quieres que te suelte para ser coherente?

—Rhys…

Cloe levantó su cabeza para hablar pero se encontró con la mirada del galés, con esos ojos oscuros e intensos y bueno, tampoco ella era taaaaaaan fuerte.

Rhys acarició su rostro con una mano y con la otra su cabello. Con su pulgar delineaba su mandíbula. Ella sentía que cada toque de ese hombre la quemaba como si con sus dedos la marcara a fuego.

Se le olvidó todo. Era como *Dori*, sabía que tenía algo importante que decir pero con Rhys así de cerca, acariciándola, de repente cualquier cosa importante que tuviese que decir le pareció poco importante.

—Tengo tantas cosas que decirte —susurró Cloe mientras Rhys pasaba sus labios carnosos por la línea de su mandíbula.

—Lo sé. Lo sé, y yo a ti pero por alguna extraña razón creo que me sobrarán palabras.

Cloe soltó el aliento con violencia. Suspiró.

¿Por qué demonios había tenido que madurar? ¿Por qué no podía ser la Cloe inconsciente a la que tener sexo con un hombre casi perfecto le parecía más importante que cualquier cosa que tuviera que decir? Porque se había enamorado, y ese hombre casi perfecto era más importante que todo lo demás.

Rhys podía sentir la desesperación en Cloe, estaba conectado a ella de una manera más allá de la piel.

Dio un paso atrás para darle espacio. La miró, esta vez se detuvo en sus hermosas facciones. Notó sus ojos cansados con círculos oscuros a su alrededor.

Él tomó aire. No deseaba otra cosa más que desnudar a esa mujer, hacerla suya y que no se fuera jamás, pero esa mujer estaba agotada no solo física sino mental y emocionalmente.

—Por más que te quiera para mí en este momento, sé que necesitas descansar. Quién sabe desde cuando no duermes y ni pensar de cuanta energía te tomó venir aquí para decirme lo que me tengas que decir, creo que por muy importante que sea tienes que descansar.

—Yo no me voy de aquí sin hablar contigo —Cloe suprimió un bostezo. Por alguna razón que no conocía, ese beso la había relajado a tal punto que no podía mantener los ojos abiertos, si hubiese tenido sexo, colapsa.

Rhys apretó los labios para ocultar su sonrisa. Su Cloe era tan obstinada.

—Yo no te estoy botando de la casa, de hecho, ni sueñes con que te voy a dejar ir pero tienes que dormir —Rhys dio un paso atrás—, ven, vamos a la habitación.

Cloe lo miró con suspicacia —¿Tú crees que si yo me meto en una

habitación contigo Rhys Pritchard, yo voy a pegar un ojo? Tengo cosas muy importantes que decirte pero no soy de hierro.

Esta vez Rhys lanzó una de esas carcajadas deliciosas que las hacían más preciadas por lo raras que eran.

—No vamos a dormir en la misma habitación. Tú vas a dormir en mi habitación y yo me quedaré aquí en el salón.

Cloe lo volvió a mirar con recelo pero no se quejó. Estaba agotada y necesitaba fuerzas para conversar con Rhys.

Eso de la madurez era agotador.

Rhys la llevó a la habitación y en el umbral le dio un beso que lanzó una corriente eléctrica dirigida a su entrepierna. Si no hubiese estado tan exhausta se lo arrastra con ella pero Rhys merecía más, merecía toda su atención y dedicación y en ese momento Cloe se sentía como las bolsas plásticas abandonadas en la calle que se movían gracias a la brisa que eventualmente las empujaba.

—Más tarde hablaremos y aclararemos todo de una buena vez.

Ella asintió.

Él le dio un último beso y se dio media vuelta.

Cloe también lo hizo.

Se metió al cuarto de baño y dio una ducha rápida. Tomó una camiseta guindada en la puerta, no pensó en si estaba limpia o sucia y cuando sintió el perfume de Rhys sobre su piel, le importó aún menos.

Su olor era como un bálsamo que calmaba todos sus dolores, todos sus miedos, era sus flores de Bach particulares.

Se la puso y la olió por última vez. Fue lo último que hizo antes de caer colapsada en la cama.

Cloe sintió la mano de Rhys acariciar su rostro. Estaba más que dormida pero lo podía sentir, ella sentiría a Rhys aún inconsciente. Quiso hacer algo para dejarle saber que podía sentirlo pero estaba agotada.

Sintió un beso en su mejilla.

—Descansa mi Cloe —le escuchó susurrar en su oído con esa voz ronca y ese acento que parecía música celestial en sus oídos—, tengo que salir a hacer algo muy importante y cuando vuelva escucharé todo lo que tengas que decirme. Tu desayuno está servido en la cocina.

Rhys le dio otro beso esta vez en sus labios y Cloe suspiró. Sabía que lo escuchaba pero para que Cloe LeRoux no pudiera ni siquiera responderle debía estar realmente agotada.

No quería dejarla pero la vida le había dado otra oportunidad y esta vez haría lo que tenía que hacer. Tenía que cerrar un círculo que le daba pánico, pero si quería empezar de cero su vida, lo tenía que hacer.

Condujo largo rato, tardó el doble de tiempo en llegar a su destino, más que todo porque no quería llegar. No quería llegar la primera vez que fue y no deseaba volver. Ese sitio le recordaba el peor momento de su vida, cuando quedó sin norte y se vio por primera vez perdido en la vida.

Caminó por la vereda rodeada de árboles frondosos que ahora lucían todo un catálogo de colores desde el rojo intenso hasta amarillos, pasando por ocres y naranjas. En realidad el lugar evocaba paz pero para él solo significaba tormento… hasta ese día. Ese día significaba redención. Se tocó el brazo donde Cloe lo había tatuado, pasó su mano por todo el tatuaje como si de alguna manera mágica hubiese absorbido la energía de Cloe y ella estuviese con él en ese momento. De cierto modo lo estaba, ahora Cloe estaba con él siempre.

Llegó al lugar que tanto había temido.

Una lápida de mármol blanco inmaculado con un jarrón de rosas amarillas frescas de cada lado, acompañaban a Eli. Rhys había ordenado al cuidador siempre mantener las flores de los jarrones frescas y siempre tenían que ser rosas amarillas, las favoritas de Eli, y le pagaba una buena cantidad de dinero por eso. Lamentó no haber ido a verla más a menudo pero la última vez que fue se dio cuenta que todos los demonios que normalmente lo acompañaban, se quedaban con él por días luego de visitar ese sitio. El último día que fue hasta pensó en quitarse la vida, entonces decidió no volver a ese maldito sitio que solo lo atormentaba… hasta ese día.

Ese día era diferente. Ese día no había demonios, no había culpa solo perdón, solo un profundo amor, solo una fuerza que iba más allá de su entendimiento.

Ese día Rhys iba a despedirse de Eli.

Se sentó en el césped. Pasó la mano por la letras grabadas en la fría piedra:

«Elisa Magdalene. La mejor mujer, novia, hija y amiga. El cielo gana un ángel».

Eli era su ángel y así sería siempre.

Rhys miró largo rato la lápida. Siempre que hacía eso se sentía como en un mundo paralelo, como si su cuerpo no fuera de él y todo fuese una pesadilla, solo que ese día, por primera vez se sintió él, sin miedo a enfrentarse al hecho que Eli no volvería. Por primera vez lo aceptaba sin dolor.

—Mira lo que me hice en tu nombre —subió la manga de su suéter y le «mostró» el tatuaje a Eli—. Lo sé, soy un idiota, sé que tú nunca me lo hubieses permitido, hacerme un tatuaje para no olvidarte, pero necesitaba sentir ese dolor Eli, necesitaba sentir esas agujas marcando mi piel —sonrió—, irónicamente salí más marcado de lo que calculé. Ese día conocí a una mujer maravillosa que puso mi mundo al revés. Es insoportablemente rebelde, testaruda, es mal portada y subversiva pero es la mujer más talentosa, alegre, graciosa y libre. Tienes que ver como defiende a su familia y amigos, como se le iluminan sus ojos cuando está trabajando, como si no existiera nada más en el mundo y de esa misma manera me mira a mí Eli. Cloe es el rayo de luz que iluminó mi oscuridad, es la mujer más valiente que conozco después de ti, ella me rescató del pozo donde me encontraba sin ni siquiera darse cuenta, solo necesitó llevarme la contraria y no sabes cuanto se lo agradezco.

Rhys miró al cielo. El sol brillaba, las pocas nubes que habían parecían colocadas ahí solo para hacer más hermoso el día. Miró la lápida otra vez.

—Debí haber sido un santo en otra vida porque soy un bastardo con suerte. Primero te conocí a ti la mujer que me enseñó a amar y me amó a pesar de lo idiota que fui y ahora llega ella a iluminar mi vida, a lavar mis pecados, a hacer que no cometa los mismo errores que cometí contigo. Ella es mi redención, ella es el amor y te prometo, te juro, que no le haré lo que te hice a ti —Rhys sintió algo tibio en su rostro, se llevó la mano a su mejilla, las lágrimas corrían desenfrenadas y él no se había dado cuenta. Lloraba de tristeza y alegría, de culpa y de perdón, lloraba porque dejaba ir a la mujer que creía el amor de su vida pero realmente había sido la mujer que le enseñó a amar para que amara a Cloe como lo merecía. Eli fue su maestra y él honraría lo que había aprendido con sangre y lágrimas.

—No vengo a pedirte permiso porque sé que me hubieses dado una bofetada por idiota, solo vengo a decirte que soy feliz, que lo soy como desde hace mucho tiempo no lo era. Vine a pedirte perdón porque nunca me permití ser así de feliz contigo aunque te merecías cada segundo de felicidad —enjugó sus lágrimas—, vengo a despedirme Eli, vine a decirte que te dejo ir, te dejo descansar para yo

también hacerlo, vine a decirte que te amo y siempre te amaré pero ya no eres lo más importante en mi vida, no puedes serlo porque ya no estás aquí conmigo. Vine porque necesito que sepas que deseo volver a vivir y que deseo hacerlo con Cloe, y estoy aquí pidiéndote perdón y despidiéndome de ti sin saber si ella me aceptará con todas mis cicatrices, con todo mi dolor y con toda mi carga —tomó aire lento y lo soltó con la misma velocidad—, así que te pido, y sé que es mucho pedir después de como me porté contigo, que donde quieras que estés intercedas por mí —Rhys se levantó del suelo, se limpió el rostro por última vez. Puso su mano en la lápida—. No creas que no vendré más, tengo que venir a contarte mis aventuras, tienes que escuchar como Cloe me vuelve loco. Podré escucharte reírte de mí de decirme que las estoy pagando todas y yo bajaré la cabeza y lo aceptaré derrotado. Eventualmente Cloe –si me acepta–, vendrá conmigo y te preguntará como hiciste para no golpearme o asesinarme y tú volverás a reír. Así te quiero recordar y así te voy a imaginar, riéndote de mí mientras Cloe pone los ojos en blanco exasperada por mi idiotez —suspiró—, ahora me voy. Tengo que escuchar lo que ella tiene que decirme y tengo que hablarle, no cometeré el mismo error que contigo, le diré como me siento y la escucharé, le prestaré atención, estarás orgullosa de mí mi Eli, te lo prometo.

Besó su mano y con ella tocó el mármol. Dio media vuelta, una brisa tibia tocó su rostro y pudo jurar que olió el perfume de Eli. Sabía que todo estaba en su cabeza pero se le antojó pensar que ella estaba con él y que reiría con sus nuevas aventuras. Dio el primer paso y luego otro, caminó ligero. Por primera sintió que se había liberado de toneladas de peso de culpa y tristeza.

Volvió a levantar la mirada al cielo despejado.

Solo quería volver a casa, quería abrazar a Cloe, quería escuchar lo que tenía que decir y estaba convencido que si ella no lo aceptaba él haría hasta lo imposible por hacerla cambiar de parecer. Como que se llamaba Rhys Pritchard.

Cloe miraba anonadada a la pared del salón, sentía su mandíbula rozar el suelo. La madrugada anterior llegó hecha un manojo de nervios y bueno, después del beso de Rhys era poco en lo que podía concentrarse. Luego durmió como una piedra, se despertó cuando escuchó a lo lejos su móvil repicar, cuando lo tomó tenía tres llamadas perdidas de Zoe y era casi mediodía. Miró su «atuendo», la camisa de Rhys que olía a él y se sentía como él, pero no era nada adecuada para hablar con él, y el vestido negro de la noche anterior menos, parecería la novia loca amanecida que persigue al hombre por días… se llevó las

manos al rostro, era la novia loca que perseguía al hombre, solo que no era novia, solo estaba loca. Pero ya no podía retroceder, estaba ahí en un *all in*, era todo o nada pero no podía recibir a Rhys con su camisa para decirle todo lo que tenía que decir.

Llamó a Zoe, su hermana le propuso llevarle un cambio de ropa, ella aceptó. No se iría de ahí sin hablar con Rhys y sabía que si salía por esa puerta no volvería entrar, fue al salón a esperar a Zoe después de darle dos mordisco a la tostada que Rhys le había dejado, no podía comer, no le pasaba ningún bocado, era como si tenía tantas palabras atascadas en la garganta que no le dejaban pasar comida.

Había pensado cada palabra con cuidado, se conocía y sabía que eso de la «conversación seria» no era con ella, pero Rhys lo merecía, merecía que ella estudiara cada palabra en lugar de ser el pequeño tornado que dejaba todo más desastroso, pero cada palabra se le borró de la cabeza cuando vio la pared del salón. Ahí, en el centro, en medio de una pared gris y de unos muebles grises estaba un gran tornado de colores dibujado en un lienzo y con la firma de su hermana en la esquina inferior derecha.

El tiempo se congeló y a la vez los minutos se hicieron microsegundos. El timbre sonó sacándola de su asombro. Fue hasta la puerta, observó por la mirilla y vio a un hombre de unos 65 años con uniforme. El portero del edificio. Abrió la puerta, el hombre le dio una sonrisa diplomática que no llegó a sus ojos.

—¿Señorita Cloe LeRoux?

Cloe asintió.

—La señorita Zoe LeRoux le envía este bolso. Dice que no puede entregárselo personalmente porque tiene pendientes. ¿Debo informarle al señor Pritchard?

Cloe moría de vergüenza por la situación, su hermana enviándole ropa con el portero del edificio, el hombre llevándosela hasta la puerta y en su «diplomacia» haciéndole saber que se lo dirá a Rhys.

Cloe suspiró. En ese momento había cosas más importantes que preocuparse que lo que pensaría el portero del edificio, como estar presentable para Rhys y seguir con la boca abierta observando el cuadro de su hermana.

—No es necesario —Cloe sonrió con la misma educación—, el señor Pritchard está al tanto. Gracias —tomó el bolso y casi le cerró la puerta en la cara. No fue por mala educación, simplemente tenía tanto que procesar que quedarse socializando con el señor no estaba en sus prioridades.

Fue a la habitación con la cabeza en blanco y la mirada perdida, se cambió y se devolvió al salón, ahí se sentó a tratar de recordar lo que le diría a Rhys mientras observaba anonadada la pintura.

Escuchó pasos en el pasillo, la llave entrando en la cerradura, la puerta abrirse y aún así no se movió.

Tenía la cabeza en blanco.

Sentía como si hubiese vivido en una larga infancia, sin preocupaciones ni estrés y de repente la adultez hubiese llegado traspasando un muro y dándole una bofetada. Le dolía, la emocionaba, la atemorizaba, le hinchaba el pecho de amor, pasión, pánico. Todo junto y ella no sabía cómo enfrentarlo.

Ahora vivía sola, estaba a punto de abrir un negocio en sociedad, en otro país, ahora estaba enamorada de un hombre intenso y complicado. Ahora sabía lo que quería, lo quería todo y no sabía cómo tomarlo a pesar de que siempre tomó lo que quería.

Ahora tenía miedo, por primera vez en su vida amaba y eso la llenaba de miedo. Miedo a fallar, miedo a no ser suficiente para Rhys y lo que más le atemorizaba, miedo a no ser lo más importante en su vida así como él era lo más importante en la de ella.

Se atrevió a mirar a Rhys. Él estaba parado con las manos en los bolsillos de su pantalón, viéndola. No viéndola, admirándola. Algo en su mirada era diferente, tenía un brillo especial, uno que solo había visto el segundo después de besarla.

Sus labios carnosos asomaban una sonrisa, de esas que solo ella conocía. Un extraño no podría saber si él sonreía o solo era una expresión más en su rostro pero ella lo conocía, conocía hasta el más pequeño detalle de su cara, de su cuerpo, cada expresión.

Sí, estaba enamorada de ese hombre atormentado y con los labios más besables de la galaxia.

—Tienes el cuadro que pintó mi hermana —fue lo único que le ocurrió decir después de haber practicado 1473 veces su discurso. Lo único que se le ocurrió fue resaltar lo obvio.

—Y tú tienes otra ropa

—Larga historia —suspiró Cloe—. El cuadro ¿Cómo, por qué lo tienes?

Rhys asintió. Detalló a esa mujer delgada y delicada pero solo en apariencia porque Cloe era una de las mujeres más fuertes y decididas que conocía y se sentía tan afortunado de tenerla ahí sentada en su salón. Miró sus ojos todavía rojos, había llorado. Quiso correr hacia

ella, abrazarla, consolarla, decirle que todo estaría bien y luego llevarla a la habitación y hacerle el amor por días. Por todos esos días perdidos. Pero prefirió actuar con cautela, con Cloe nunca se sabía qué podía pasar y él quería tener la seguridad de todo. Quería estar seguro en cada paso que daba con ella porque en adelante cada paso sería crucial.

—¿Cómo? Hablé con Liam y él me refirió a tu hermana, negocié con ella. Su única condición fue que lo pusiera en un sitio donde lo admirara, en un sitio especial, y aquí está en el centro de mi casa.

—No me dijo nada. Mi hermana no me dijo nada —Cloe miró otra vez el cuadro.

Se encogió de hombros —Esa fue la única condición mía.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué? —Preguntó con humor el galés.

Cloe respiró profundo casi perdiendo la paciencia. ¿Estaba jugando con ella? ¿Rhys bromeaba?

—¿Por qué tienes un cuadro que pintó mi hermana?

—No es cualquier pintura, es la pintura que tu hermana hizo de ti, esa pintura eres tú.

—¿Por qué la tienes? —Cloe insistió.

—Porque si no te podía tener a ti, tendría lo que más se parecía a ti mientras pensaba como demonios te conquistaba. Como lograba que te quedaras conmigo.

Cloe lo miró confundida. Era como si el Rhys que había conocido semanas atrás, el misterioso, amargado se hubiese transformado en ese hombre adorable que le decía las palabras exactas que necesitaba escuchar.

Quizá esta vez los extraterrestres *sí* se habían secuestrado al verdadero Rhys y este era un impostor. Si lo pensaba bien, prefería a ese impostor aunque sabía que en algún momento era posible que el verdadero Rhys regresaría.

—¿Qué quieres decir Rhys?

Rhys dio dos pasos y llegó hasta ella. Se arrodilló a sus pies, no por humildad, más bien era para estar a la altura de sus ojos.

—Yo estaba sumido en un foso Cloe. Este tatuaje —se subió la manga de su suéter y le mostró el hermoso tatuaje que ya había asentado en su piel y se veía impactante—, era mi marca para no olvidar mi miseria, para verla toda la vida y no querer salir de ese

hoyo negro. No quería salir , mi tormento no me dejaba ver que merecía algo más que esa tristeza que me carcomía el alma… pero no sé si fue el destino o qué diablos, la vida quiso que fueses tú quien me lo hiciera, que con cada marca que me hicieras dejaras un pedazo de ti en mí —sonrió nervioso—, como que esa tinta tuviera tu esencia. Tú me salvaste Cloe.

Cloe escuchaba cada letra de las palabras que le decía el hombre de rodillas frente a ella y trataba de procesarlas. Desde que lo conoció, desde que supo su historia quiso escuchar esas palabras pero ahora que las escuchaba, algo no sonaba bien.

—Yo no te quiero salvar Rhys —habló sin pensar, como usualmente hacía, solo que esta vez habló con el corazón. Quizá era lo que le quería decir desde siempre, quizá Rhys no entendería lo que ella quería decir porque era un desastre comunicándose pero lo tenía que decir. Ella no quería ser una tabla de salvación, quería ser la mujer que Rhys amara, no que necesitara—, no puedo hacer desaparecer tus demonios ni tu dolor, no sé cómo hacerlo. Solo quiero estar ahí para ti cuando tú decidas salvarte por ti mismo. Es lo único que puedo ofrecerte.

—Y es lo único que deseo de ti —si el momento no hubiese sido tan importante para él, se hubiese desternillado de risa. Hubiese abrazado y besado a Cloe hasta morir al ver su expresión. Era obvio que esperaba cualquier respuesta menos esa. Sus grandes ojos color café, más brillantes por las lágrimas derramadas, parecía que se saldrían de sus órbitas, Rhys aprovecharía ese momento de estupefacción para hablar, ya que estaban siendo claros, pues, él sería lo más claro posible—. Tú no eres un instrumento para salir de una depresión o algún tipo de distracción pasajera para olvidar mi pasado Cloe, tú eres la mujer que me salvó pero no me malinterpretes, no me salvaste o quizá sí, no lo sé, lo que sé es que me mostraste el camino para salir del hoyo negro donde estaba. Yo no puedo ni quiero borrar mi pasado. Mi pasado es quien soy hoy es por lo que te conocí, quizá fue mi pasado que me llevó a ti. Mis demonios no desaparecerán de la noche a la mañana pero cuando estoy cerca de ti, ellos disminuyen, huyen atemorizados.

Cloe levantó su mano sin poder controlarla ni querer detenerla, lo acarició. Su piel suave, tibia a pesar de haber venido de afuera. Acunó su rostro con su mano, Rhys le respondió cerrando sus ojos y suspirando aliviado.

—Yo… yo, tengo miedo Rhys, tengo tanto miedo. No quiero quedarme con lo que sobra de ti, no quiero migajas. Yo te amo con todo lo que soy, con todo lo que sé y no quiero…

—¿Me amas? —Rhys respondió con una creciente sonrisa que no le cabía en el rostro.

Cloe puso los ojos en blanco y se levantó de la silla.

—¿De todo lo que estoy diciendo eso fue lo que escuchaste? ¡Claro que te amo! ¿Tú crees que vendría a buscarte a las cinco de la mañana con este maldito frío si no te amara? Empezamos mal Rhys Pritchard, empezamos muy mal.

Rhys se puso de pie, se plantó frente a ella. No podía parar de sonreír. Si le faltaba algo en la vida, lo acababa de escuchar. Ya no había nada más importante que escuchar que esa mujer lo amaba.

—Quiero que entiendas —continuó entre nerviosa y ansiosa—, que no me conformo con menos Rhys, no quiero sobras, lo quiero todo o nada. Te quiero a ti pero te quiero todo, no un pedazo. No quiero ser la segunda, no quiero competir con un fantasma —Cloe hizo una pausa y suspiró—, porque sé que no ganaré —dijo en un susurro—. Y entenderé si no puedes darme lo que pido, lo entenderé. Quizá soy exigente o egoísta pero no voy a conformarme con menos.

—Cloe…

—Yo te entiendo Rhys, si hay algo que he aprendido en este tiempo, algo que me ha enseñado conocerte es que es cierto lo que acabas de decir, el pasado nos hace quien somos ahora, pero no nos define como personas. Lo que queremos, lo que anhelamos y por lo que estamos dispuestos a pelear es lo que nos define. Pero eso lo decidimos solo nosotros. Yo no puedo pedirte que abandones quien eres, porque así me enamoré de ti pero no puedo aceptar menos de lo que estoy dispuesta a darte.

Cloe se dirigió a la puerta. De alguna manera aliviada, lo que le había dicho a Rhys lo tenía entre pecho y espalda desde hacía tiempo y esa mañana al fin pudo desahogarse, pero a la vez con la tristeza como si la hubiese puesto frente a un prisma, ahora tenía un abanico de tristezas de diferentes colores que iban desde el clásico dolor del pecho hasta las más profundas ganas de llorar hasta caer rendida.

Abrió la puerta.

La adultez apestaba y el amor más.

—— Una nueva sesión ——

Rhys puso la mano en la puerta evitando que Cloe saliera. Ella se quedó atrapada entre Rhys y la puerta, paralizada de espaldas a él viendo la madera oscura.

No lo quería mirar, no quería enfrentar más a la realidad.

Estaba agotada.

—Estás equivocada si crees que te vas a ir sin dejarme hablar Cloe LeRoux —Rhys quitó la mano y para darle la oportunidad de que volteara y lo mirara o se fuera—. No te vas porque ya dijiste todo lo que ibas a decir, te vas porque te aterra escuchar lo que yo tengo que decir. Tienes pánico de escuchar que no puedo darte lo que tú necesitas o no estoy preparado para recibir lo que tienes para darme. Te da miedo escuchar que Elisa fue el amor de mi vida y no podré amar a nadie como la amé a ella. Pues te tengo una noticia Cloe, no vas a escuchar nada de eso. Estoy listo para darte todo lo que tú quieras tomar, estoy preparado para recibir lo que tengas que darme y sí, quizá a Elisa la amé más, eso no lo sé, pero a ti te amo mejor.

—¿Me amas? —volteó sin pensarlo.

Cloe había escuchado todo, por supuesto lo había hecho y sin dudas Rhys había dicho cosas importantes, pero si tenía que resaltar con pintura fosforescente, en negritas, cursivas y con lucecitas de colores al rededor, sin duda había sido eso.

—¿De todo lo que te dije eso fue lo que escuchaste? —Rhys sonrío de medio lado y repitió las mismas palabras que Cloe había dicho minutos antes. Se acercó hasta que sólo los separaban milímetros.

Podía olerlo. Podía sentir el calor de su piel, podía ver las pequeñas pinceladas chocolate dentro de los irises de los ojos de Rhys.

Tragó grueso.

—Sabes lo que te estoy preguntando Rhys Pritchard. No te hagas el listo conmigo y menos ahora —se puso los puños en las caderas y trató de parecer seria cuando lo que quería era besarlo hasta no sentir los labios..

Rhys apretó sus labios para evitar reírse, solo quería reírse y besarla. Cloe era simplemente adorable.

—Claro que te amo ¿Tú crees que te abriría la puerta a las cinco de la mañana y te dejaría dormir en mi cama si no te amara? —volvió a usar las palabras de Cloe en su contra.

—Rhys esto es serio. No te burles de mí —suspiró exhausta—, tú no sabes lo que esto significa para mí.

—Sé perfectamente lo que significa para ti lo que no sé es cómo hacértelo entender. No sé cómo pedirte que te quedes conmigo —Rhys tomó la mano de Cloe—, solo te pido una oportunidad Cloe, déjame enmendar mis errores, demostrarte que no soy el cretino que crees que soy.

La mano la volvió a traicionar y volvió a acariciar el rostro del hombre.

—Yo sé que no eres un cretino Rhys, no lo eres, una persona que cree tanta belleza con flores no puede ser mala, eso lo supe el día de la inauguración de la galería, pero yo no puedo curar tus heridas.

—Mis heridas empezaron a sanar cuando te conocí Cloe —él imitó los movimientos de ella. Levantó su mano y acarició su rostro solo que esta vez no se quedó en su rostro. Necesitaba tocarla toda, Cloe lo contagiaba con su energía con solo tocarla y él se había hecho adicto a ese subidón. Posó su mano en su cuello y se acercó aún más. Sus labios rozaban los de ella. Veía las pupilas dilatadas de Cloe, sentía su respiración acelerada. ¡Dios! Cuánto la quería, cuánto la deseaba—. Tú no tuviste que hacer nada, solo ser tú. Por favor, quédate conmigo.

Era obvio que Rhys sentía lo mismo que ella y con la misma intensidad. Quizá eran sus inseguridades las que le pedían más pruebas o su inmadurez que no sabía cómo manejar todo pero en ese segundo cuando Rhys posaba su manos en su cuello y rozaba sus labios en los de ella, no le importó nada. Al diablo la inmadurez y las inseguridades.

Cloe fue la que dio el paso, entreabrió sus labios y con ellos tomó el labio inferior de Rhys y lo succionó. ¡Dios! Su sabor. Rhys sabía a placer y paz.

Sintió como Rhys succionó aire y bajó su mano. Delineó su clavícula, con la punta de sus dedos acarició su pecho que ya estaba erguido esperando por él, pero no se detuvo ahí, su mano siguió hasta que llegó a su cintura, ahí levantó su blusa y su mano se adhirió a su piel. Ahí soltó todo el aire.

Cloe lo atrajo más hacia ella, no lo dejaría ir, sus manos pasaban frenéticas por el cuerpo de Rhys, buscando el maldito borde del suéter para quitárselo hasta que al fin lo logró. Sintió su piel suave y tibia y sus músculos contraídos. Sintió como Rhys hizo lo mismo, de alguna manera le quitó su blusa y su sujetador y no dejaron de tocarse hasta que sus pieles se tocaban por completo ahí se fundieron en un abrazo.

—Quédate Cloe, quédate conmigo —los labios de Rhys volvieron a tomar los de Cloe, esta vez su lengua no pidió permiso. Sus labios fueron más allá cuando escuchó el gemido de Cloe. Su lengua se movía sensual en la boca de Cloe y sus labios reclamaban los de ella

Cloe sintió la mano de Rhys bajar y apretar sus nalgas, la levantó y ella aprovechó el momento para pasar sus piernas alrededor de la cintura de él.

Rhys dio media vuelta y se dirigió a la habitación sin quitarle la mínima atención al cuerpo de Cloe, tomó sus senos entre sus labios. Muchos dirían que Cloe tenía senos pequeños pero para él eran perfectos, a la medida de su boca.

Ella volvió a gemir.

Con cada lamida sentía su centro humedecerse más, el roce con el pantalón de Rhys no ayudaba.

Sentía su erección palpitante.

—No quiero juegos previos Rhys, ya tendremos tiempo para eso —dijo Cloe entre jadeo y jadeo al sentir su espalda contra el colchón y el peso de Rhys sobre ella.

Él no respondió. Su mirada lo decía todo. Rhys se levantó de la cama y Cloe de inmediato lo extrañó, pero no dijo nada cuando se dio cuenta que era para quitarle el pantalón y las bragas y él hacer lo propio. Estiró su mano y alcanzó la mesa de noche. Abrió el cajón y sacó un preservativo.

Mientras Cloe agradeció ese momento para apreciar la belleza de ese hombre. Su piel, sus labios, su abdomen, su miembro, su mirada.

Su mirada. La miraba como si fuese un manjar que se devoraría y ella no podía esperar al primer bocado.

Rhys se posó sobre ella, esta vez amortiguando su peso en un brazo, con su otra mano descendió hasta más abajo de su vientre hasta que sus dedos de introdujeron en ella.

Estaba tan húmeda. Húmeda por él.

Cloe sintió un dedo en ella y el otro jugar con su clítoris.

—Rhys sin juegos —quiso que sonara como una orden pero sonó a una súplica y en realidad le suplicaba porque lo necesitaba dentro de ella.

—Déjame tocarte Cloe, déjame sentir que eres real. Que estás aquí conmigo.

Ella se lo permitió a regañadientes. Estaba a punto de tener uno de

los orgasmos más grandes de su vida y deseaba que fuese con él dentro de ella pero se dio por vencida, al fin y al cabo estaba segura que tendría miles de orgasmos como el que se aproximaba.

Como si hubiese adivinado sus pensamientos Rhys retiró sus dedos y entró en ella. No hizo falta más.

Cloe empezó a sentir los espasmos desde los dedos de sus pies, subían a velocidad vertiginosa hasta alcanzar su centro y seguir su recorrido hasta explotar en miles de colores detrás de sus párpados.

Rhys sintió las contracciones húmedas y calientes de Cloe que lo envolvía como el más suave de los terciopelos. Tuvo que hacer uso de todo su poder mental para no correrse.

Lo logró.

Logró permanecer inmóvil y sentir a Cloe como llegaba al clímax. Era el cielo. Se deleitó mirándola. Sus ojos cerrados, sus mejillas sonrojadas, sus jadeos.

Cuando sintió que se recuperó comenzó a moverse dentro de ella con movimientos lentos, queriendo llegar más y más adentro como si con cada movimiento Cloe se haría más suya.

Cloe sintió a Rhys detenerse, su miembro punzante le advertía que era su momento, ella movió sus caderas para sentir todo de él y fue como si apretaran un botón. El «botón del orgasmo» porque de inmediato esa sensación tan deliciosa comenzó a reptar por sus piernas haciéndole contraer sus dedos de los pies.

Llegaron juntos.

Él la besó, la besó hasta que cayeron rendidos. Hasta que sus risas relajadas abarcaron la habitación y aún así la besó todavía más.

Rhys permanecía sobre Cloe y su mirada era más que reverencia. Esa luz en sus ojos se había instalado ahí para quedarse. Su sonrisa ¡ah! Su sonrisa era un tesoro, tan rara pero tan hermosa hacía que su rostros rejuveneciera 20 años. De hecho en ese momento parecía un adolescente.

Cloe estaba irremediablemente enamorada de ese hombre de labios deliciosos y ojos brillantes.

Rhys acarició su cabello varias veces hasta que sintió sus ojos pesados. No quería dormir pero estaba tan relajada. Quizá si solo cerrara sus ojos un minuto.

Como un sueño sintió a Rhys que se colocó a su lado, la acunó en sus brazos y lo último que escuchó fue su voz en un susurro.

—Te quedaste mi Cloe, te quedaste conmigo.

Ella no supo si contestó en voz alta o solo lo pensó pero respondió.

—Me quedé Rhys. Me quedé contigo.

—Todo va a salir bien Cloe —Rhys abrazaba a Cloe y acariciaba su cabello quizá para tranquilizarla, literalmente, para que se quedara quieta por lo menos por cinco minutos.

—Lo mismo vengo diciéndole todos estos días pero bueno, es Cloe siendo Cloe —le respondió Zoe sentada en la pequeña mesa dentro de la cocina con su laptop en las piernas.

Había pasado una semana desde que Cloe decidió darse una oportunidad con Rhys a pesar del miedo. Rhys cada día le demostrada que su temor era infundado y ella cada día se convencía más que él también había decidido darse una oportunidad.

Cada día que pasaban juntos era mejor que el anterior, disfrutaban del sexo, de las risas, de las conversaciones. Rhys le decía que ella había sacado lo mejor de él pero ella estaba segura que había sido al revés. Rhys la hacía sentir tan plena que cada día quería ser mejor.

Faltaban solo tres días para la inauguración del estudio de tatuajes y en teoría estaba todo listo. Rhys la había ayudado con los últimos toques. Cloe se quedaba anonadada con su capacidad de detalles, la visión de Rhys para que todo se viera perfecto en el espacio era impresionante.

En una de esas tantas noches de desvelo que hablaban de sus vidas Rhys le había comentado que sus primeros pasos había sido en un estudio de arquitectura y que ahí decidió especializarse en el paisajismo.

—Lo sé, lo sé pero tengo la sensación que falta algo.

Zoe puso los ojos en blanco —¡Dios! Que paranoica —miró a Rhys — Galés puedes decirle que no le falta nada y que te recite por enésima vez todo el programa.

Rhys sonreía cada vez que Zoe lo llamaba por su gentilicio, al parecer la broma entre Liam y ellas le había alcanzado.

Cloe volteó a ver a su hermana sin dejar que Rhys la soltase. Pegó la espalda del pecho de su galés.

—Él no tiene que decirme nada ya bastante tiene con soportarme —suspiró—. Y te lo puedo decir por enésima una vez, después de la inauguración, con lazo rojo porque es el color que según Bran le ha

dado suerte. Luego el brindis, unas palabras de Bran que tardará unos 20 segundos porque él detesta hablar en público. Las fotos para las revistas y la nota de prensa y luego los primeros clientes de los que todavía Bran no me ha pasado la lista.

—¿Desde cuando te volviste tan planificadora? —Preguntó Zoe sin quitarle los ojos al ordenador.

—Es que no quiero nada imprevisto, nada fuera de lo planificado.

—¿Dónde quedó tu sentido de la aventura? —Le dijo Rhys divertido. Su voz resonó en el oído de Cloe.

Esa voz, ese acento, Cloe podía escuchar esa voz en su oído y sentir su bragas caer a sus rodillas aunque pasaran mil años, de eso estaba segura. Pero tenía que concentrarse. ¿Qué le había preguntado? ¡Ah sí! Su sentido de la aventura.

—¿Te parece poco sentido de la aventura? Estoy en otro país y estoy a punto de abrir un negocio.

—Wow. Eres toda una mujer responsable. Papá y mamá no lo creen. Todavía me escriben para preguntarme si es verdad lo que estás a punto de hacer y si no le estamos jugando una de nuestras bromas.

Rhys soltó una carcajada que también resonó en el oído de Cloe y bajó unos cinco centímetros más sus bragas.

Cloe ladeó su cabeza y levantó la mirada. Rhys le devolvía la mirada. Era tan diferente al hombre que había conocido, su rostro estaba relajado, su mirada despejada. Sus ojos tenían una tranquilidad que nunca había visto y si con esa mirada reflejaba la mitad de lo que ella sentía por él, se daba por servida.

—Es en serio, aunque no crean que puedo hablar en serio, quiero que el primer día sea perfecto.

Zoe soltó el aire fastidiada —Pero a ver qué es lo que te falta entonces.

—No lo sé, ya me reuní con Eira, que por cierto está tan relajada, no sé cómo puede estar así de relajada.

—¿Por qué va a estar estresada?

Esta vez Cloe se soltó de los brazos de Rhys, tenía que moverse.

—Porque vamos a abrir una maldita tienda de tatuajes con todo lo que tenemos, porque Bran está poniendo toda su confianza en nosotras para sacar este proyecto.

—Cloe —Rhys la tomó por los hombros y la miró a los ojos—, si es lo que has hecho siempre, es lo mejor que sabes hacer… entre otras

cosas

—Ew —Zoe se levantó de la silla—, si van a hablar con doble sentido me largo a casa de Eira —tomó su laptop y se marchó.

Rhys aprovechó para acercar a Cloe y darle un beso delicioso de esos que la hacían gemir.

—Creo que estás teniendo un ataque de ansiedad y yo conozco la manera perfecta de relajarte —le dijo el galés en un susurro al oído y luego le mordió con suavidad el lóbulo de la oreja.

¡Aaaaahhhhh! ¡La voz! ¡El acento! Cloe estaba segura que podía correrse con solo escuchar la voz de Rhys diciéndole ese tipo de cosas al oído.

—¿Rhys Pritchard tú me estás sobornando con sexo?

—¿Aceptarías si digo que sí?

—Igual aceptaría si dices que no —Lo tomó de la mano con camino a la habitación—, vamos a desestresarme.

Rojo, naranja, ocre, amarillo, uno que otro verde escondido. Cloe miraba los árboles de las calles desde la ventanilla del auto mientras llegaban al local de la calle ——-. La calle estaba particularmente llena de gente porque a pesar de ser otoño, ese día era más cálido de lo normal.

El auto estaba en silencio, Rhys entendía que Cloe lo necesitaba. Quizá porque él muchas veces también. De vez en cuando le tomaba la mano y le daba un suave apretón dejándole saber que él estaba ahí para ella.

Llegaron frente al local. El tono de gris plomo de fondo con unos arabescos en un gris varios tonos más claros resaltaba entre los locales pintados de blanco.

Cloe divisó a Bran e imagino que estaría ahí desde las seis de la mañana para asegurarse que todo estuviera en su sitio. Había llamado a Eira y está estaba en camino. Habían acordado llegar una hora antes para dar los toques finales. En otro momento Cloe se hubiese hastiado de tanto control y perfeccionismo pero esta vez fue la primera en estar de acuerdo.

—¿Quieres que te deje aquí mientras busco dónde aparcar o vienes conmigo? —la deliciosa voz de Rhys la hizo reaccionar.

Lo miró. Rhys la observaba prudente como si supiera todo lo que sucedía en su interior, quizá lo sabía. Al fin y al cabo esa fue una de

las tantas razones que la hicieron enamorarse de él, en su silencio, él la entendía, la conocía.

—Está bien, déjame aquí. Bran todavía tiene tiempo a arrepentirse, así me lo dice a solas porque es el único momento que vamos a tener solos.

Rhys negó con su cabeza y un asomo de sonrisa en sus labios

—Creo que Bran está en la misma situación que yo, estamos atascados contigo.

—Tú también tienes tiempo de arrepentirte Rhys Pritchard, tú más que Bran, tú no has firmado ningún papel conmigo.

—Es verdad —respondió dijo pensativo con una sonrisa misteriosa —, todavía tengo tiempo.

Cloe lo miró con ojos envenenados. Sabía que Rhys bromeaba para que la verdadera Cloe saliera a la superficie y la Cloe en pánico se escondiera. Pero la Cloe en pánico tenía el control ese día. Ahora entendía a Zoé cuando le daba pánico subirse a la montaña rusa de Hulk en Orlando, pero de igual manera lo hacía, decía que subidón de adrenalina no se comparaba con nada en el mundo.

A Cloe la consumía el miedo pero por nada del mundo se arrepentiría de lanzarse en la montaña rusa en la que estaba a punto de subirse.

—Mejor déjame aquí y ve a buscar donde aparcar antes que sea yo la que me arrepienta.

Hizo el ademán de abrir la puerta pero Rhys tomó su rostro entre sus manos y la besó.

Un beso suave pero lleno de pasión, sus deliciosos labios devoraron los suyos, su lengua se paseó sensual dentro de su boca jugando con la de ella. Cloe sentía que se le salía el corazón pero extrañamente se tranquilizó.

—Tú también estás atascada conmigo Cloe LeRoux.

Cloe pudo haberle respondido cualquier cosa, una de las de ella, algo ocurrente y sarcástico pero solo pudo reír como una tonta.

Rhys se dio por servido, le dio un último beso corto y abrió la puerta por ella.

Vio cómo Cloe salió de coche, arrancó, por instinto miró por el retrovisor para ver a Cloe mirando al coche alejarse, con una de sus manos en sus labios. Quizá todavía saboreando el beso, quizá para ocultar la sonrisa que salía de su boca.

Cloe había saludado a la gente de la prensa, a proveedores y a otros tatuadores amigos de Bran. Mientras Rhys hablaba con Zoé, Jacob O'Callaghan Cloe estaba a un lado con Eira observando lo que habían logrado y tratando de asimilar en lo que estaban a punto de meterse. Las paredes blancas con fotografías de sus trabajos impresos y enmarcados a gran tamaño.

Para Cloe su trabajo más hermoso lo había hecho en el hombre que amaba pero no le pidió su tatuaje para una fotografía porque sabía que su tatuaje era personal y significaba algo demasiado doloroso para exhibirlo.

Eira asomaba una sonrisa mientras admiraba todo como si estuviese en el paraíso.

—En tremendo problema nos hemos metido —le dijo Cloe mitad divertida, mitad aterrada. Al final eso era lo que sentía. Una alegría inmensa y a la vez un terror que la paralizaba.

Eira asintió. La miró con sus hermosos ojos azules delineados en negro que hacia que se verán aún más impactantes —Esto es un sueño Clo. Un sueño hecho realidad y no vamos a dejar que se convierta en pesadilla.

—Por supuesto que no. Además tenemos que honrar la confianza de Bran.

—Bran siempre supo que tú serías su socia en esto.

Cloe la miró extrañada —¿Bran siempre supo qué?

—Eso. Que tú serías su socia. Decía que tú eres la única persona con huevos para acompañarlo en su visión. Que eres la persona más atrevida y valiente que conoce y ahora lo entiendo y le doy la razón Clo, será un placer y un honor trabajar contigo todos los días —el acento de la mujer se hizo más espeso y marcado al pronunciar esas palabras, Eira hablaba con tanta sinceridad que no podía ni siquiera disimular su acento.

Cloe sintió su corazón derretirse ante la confianza de Bran. Era su amigo, lo sabía, le había dado la oportunidad más grande de su vida, había confiado en su talento y ahora en su responsabilidad. Pero de Eira no se esperó tan hermosas palabras, en esos pocos meses había pasado de ser su compañera de trabajo a su compañera de piso a ser su amiga y ahora su socia. Eira hizo que la lejanía de su hermana y sus

amigas no se le hiciera tan dura y ahora estaba a su lado comenzando el proyecto más grande de su vida.

Cloe se sintió la mujer más afortunada del planeta, era como si la vida hubiese decidido colocar a su lado a las mejores personas del universo.

Todavía se pregunta qué había hecho en la vida para merecerlo. Quizá con sus días de vengadora anónima había ganado puntos y la vida la premiaba con toda esa alegría que casi no podía sobrellevar.

Iba a decirle algo a Eira pero la encontró intercambiando una mirada nada inocente con Jacob.

—Tú y Jacob O'Callaghan, quién lo iba a pensar.

Eira le respondió con una media sonrisa que fue imposible ocultar —Solo somos amigos.

—Sí claro, solo amigos. Como amigos hacen una pareja bastante particular.

Eira volteó a mirarla —¿Qué quieres decir con particular?

Cloe se encogió de hombros —Definitivamente no eres el tipo de mujer que pensé que Jacob se sentiría atraído… como amigo digo.

Eira imitó su gesto —Quizá él, como tú es valiente y atrevido.

—Ooohhh valiente seguro es, no cualquier alma de Dios tiene la valentía de meterse contigo.

—Y menos teniéndote a ti de amiga.

Las dos rieron cómplices.

Como si hubiesen invocado la energía O'Callaghan, Cloe sintió su teléfono vibrar en el bolsillo de su pantalón. Un mensaje de Liam.

Liam

«Americana, te deseo mucho éxito en tu nueva empresa, apenas regrese a Cardiff te visito para que me tatúes un hada en el hombro o quizá un corazoncito en el culo.

P.D: Pronto buenas noticias».

Cloe soltó una carcajada. Hubiese deseado que su amigo estuviese con ella en ese momento pero Jacob le había dicho que su hermano estaba en Dublín preparando una gran exposición para invierno.

Cloe

«Espero con ansias tu visita y si me das a escoger prefiero tatuarte

el hada, aunque suene tentador no quiero ver tu trasero.»

Liam

«Tú te lo pierdes.»

Cloe

«Lo sé, quizá lo lamenté a futuro. Gracias por tus buenos deseos y espero verte pronto aquí.»

Liam

«Lo estaré. Ahora te dejo para que no me uses como excusa, ve a ser social».

En tan poco tiempo conociéndose, Liam la conocía y por alguna extraña razón, eso le gustaba.

Bran se acercó a ella y Eira con una sonrisa gigante. Estaba feliz. Eira y Cloe respiraron aliviadas al ver su rostro, ellas habían organizado todo desde las remodelación hasta las invitaciones y conociendo lo detallista que era Bran, temían que no estuviese satisfecho.

Pero su sonrisa era plena.

—Todo está saliendo de maravilla —pasó un brazo por el hombro de Cloe y otro por el de Eira, las atrajo hacia él—, todo está perfecto

Admiró el salón, como ellas minutos atrás. Los tres quedaron en silencio en una especie de energía que los envolvía solo a los tres, era un sueño alcanzado, una meta realizada.

Para Cloe quizá no en la ciudad planificada ni bajo las condiciones que alguna vez pensó pero al final de todo era su sueño y si en la vida real nunca planificó nada con exactitud ¿por qué iba a hacerlo en sus sueños?

—— El primer tatuaje ——

—¿Dónde demonios está la lista de clientes que tienen cita para hoy? —Cloe revisaba las carpetas de la recepción— Eira me dijiste que estábamos copados hasta dentro de una semana y yo no he visto la bendita lista.

Ya los invitados se habían ido y en minutos abrirían la atención al público. Eira y Bran se habían encargado de las citas mientras encontraban a una persona encargada de la recepción.

Eira la miraba apoyada del mueble de la recepción con brazos y pies cruzados.

—Te dije que ya me hice cargo de eso —le respondió displicente.

—¿Y como se supone que yo voy a saber lo que quiere el cliente?

—Cloe nosotros no le averiguamos la vida al cliente cuando hace la cita, solo preguntando su nombre y un teléfono de contacto.

—¿Y por qué demonios no puedo ver la lista? —Cloe se puso los puños en las caderas.

—¡Rhys! —Eira volteó a llamar a Rhys que hablaba con Zoé todavía—, ven a calmar a tu americana.

Cloe gruñó —Nadie me tiene que calmar. Solo quiero ver la maldita lista.

Bran dio dos palmadas para llamar la atención de Eira y Cloe.

—¿Listas para comenzar?

El salón de trabajo estaba en la parte posterior del local, el «área de recepción» era un pequeño espacio en la entrada que lo separaba del salón de trabajo por un vidrio grueso con unos vinilos microperforados de más imágenes de trabajos realizados por Bran, Eira, Andreas y Cloe, de manera que de adentro se podía ver hacia afuera pero de afuera hacia adentro no.

El área interna amplia pero no grande con cuatro camillas de cuero negro para los tatuajes grandes, y al lado de cada camilla un sillón al lado de gamuza color vino para los tatuajes pequeños.

Todos los muebles estaban en la misma área pero separados por tres biombos oscuros con estampados de árboles de cerezo en flor en blanco y Plata para que así estuviesen en un sitio común hubiese la sensación de privacidad.

La idea de Cloe y Bran era que en algún momento entraran dos tatuadoras más. Bran se encargaría de revisar portafolios y juntos harían entrevistas y decidirían, pero mientras tanto ella y Eira eran las

reinas y esclavas del lugar y eso la dividía entre la euforia y el pánico.

Por suerte tenía a a su lado a Eira que la calmaba como en ese momento donde no encontraba la maldita lista.

—Creo que estás histérica —le dijo Eira mirándose las uñas con total tranquilidad

Cloe la miró con ojos de víbora —¿En serio me vas a llamar histérica? ¿En serio? Disculpa que no tenga la sangre de hielo como tú.

—Estás disculpada.

Cloe le lanzó otra mirada de rayo láser pero luego siguió revisando los cajones buscando la lista. Faltaban 5 minutos para la apertura de puerta y ella quería por una vez en su vida ser organizada pero al parecer la vida se lo negaba.

—No te voy a decir que te calmes porque le vas a golpear, pero porque no vas a canalizar tu energía organizando tu espacio de trabajo. ¿Recuerdas que acordamos hace par de días que tú serías la primera en recibir clientes? —Eira puso la mano en el hombro de Cloe —, Anda que no importa quien te toque tú serás la primera y estarás más feliz allá, créeme.

Eira tenía razón en todo, su mano en el hombro de Cloe le transmitió una extraña seguridad, como si Eira supiera que todo iba a salir bien, con o sin lista.

Cloe miró adentro y aunque no veía nada sabía que adentro estaba todo lo que le importaba, todo lo que quería. Su hermana, su amigo y socio y Rhys.

Se levantó de la silla, suspiró y le sonrió a Eira.

—En realidad si estoy un poco histérica.

Eira le regaló una de sus extrañas sonrisas que la hacían parecer el ser más dulce del planeta —Y no hemos empezado, administra tu histeria porque ahora es que vienen emociones.

Cloe ladeó la cabeza un poco confusa, pero al final sí, Eira tenía razón en el sentido literal, ahora era que empezaban las emociones.

Abrió la puerta y se dirigió a su estación al mismo tiempo que Bran, Zoé y Rhys salían. Cada uno le dio un abrazo y la felicitó.

—Este es solo el comiendo Clo, solo el comienzo —Bran le dio un abrazo de oso.

—Estoy tan orgullosa de ti Clo —Zoe contenía las lágrimas en sus ojos. También la abrazó, se apartó para darle paso a Rhys.

Cloe no entendía nada, bueno, entendía que sus queridos estaban orgullosos de ella y que ese era un gran paso pero sentía que estaban como exagerando.

—Eira, cuando llegue el primer cliente por favor envíamelo, yo iré arreglando el puesto de trabajo. Y por favor trata de encontrar la maldita lista.

Cloe sabía que lo de la lista era una manera de frenar su neurosis pero con algo lo tenía que hacer, era mejor estar obsesionada con una lista que salir a vandalizar la ciudad.

Suspiró y continuó su camino.

Llegó a su estación de trabajo.

Empezó con su ritual. Sacó sus muñecas y las colocó en la mesa de trabajo pegada a la pared. Abrió su maletín, sacó sus tintas y las alineó en orden cromático. Bran había dispuesto una vitrina con una cantidad absurda de tintas a escoger pero ella se sentía más cómoda trabajando con las suyas, sentía que le daban suerte, parte de su neurosis, quizá cuando se le acabara este lote empezaría a usar las de la vitrina.

Escuchó unos pasos acercarse pero esos pasos ya los conocía. Seguros pero pausados, además ella podía sentir a Rhys a kilómetro, su Rhys-antena se había activado desde el momento que lo conoció.

Lo vio detenerse justo al lado del biombo. Él tenía ese asomo de sonrisa en sus labios que hacían que Cloe tuviera solo malos pensamientos, o muy buenos.

—Hey —ella lo saludó.

—Hey— él le devolvió el saludo. Se acercó y le dio un beso de esos que hacían que a Cloe se le pusieran las piernas de gelatina. Sus labios cubrían los de ella, su lengua los acarició con sensualidad pero solo el tiempo necesario para que Cloe no lo desnudara.

Se alejó de ella.

—No me estoy quejando pero ¿que haces aquí? Pensé que te habías ido —ella continuó arreglando su espacio de trabajo para distraerse de la presencia del galés—, estoy esperando mi primer cliente.

Rhys sacó un papel de bolsillo sin ocultar su sonrisa y se lo extendió —Yo soy tu primer cliente.

Cloe puso los ojos en blanco y bufó.

—No bromees conmigo así Rhys, ya estoy bastante nerviosa —se

acercó a él y trató de sacarlo pero como siempre, falló—. Rhys Pritchard como me sigas saboteando mi primer día de trabajo vamos a tener un gran problema, pero bien grande.

—No te estoy ni mintiendo, ni saboteando —Rhys volteó a confrontarla pero era demasiado divertido ver el hermoso rostro de Cloe debatirse entre los nervios, la ansiedad, la rabia de pensar que le estaba tomando el pelo y el amor. Porque si algo tenía Cloe en su mirada era amor hacia Rhys y eso lo hinchaba de orgullo—, te lo juro que no bromeo, estuve en una puja por ser el primero con tu hermana y Bran. Así que me tienes que tatuar porque no sabes cuánto dinero hubo en juego.

—¿Y ustedes se creen que esto es un circo o que yo estoy para bromas?

—Ni es un circo ni es broma. Yo quiero mi tatuaje y aquí te traje lo que quiero —le extendió el papel—, tú hiciste un gran trabajo con mi primer tatuaje y quiero que me hagas el segundo como mi tatuadora de confianza que eres.

Cloe quiso parecer molesta pero no podía estarlo, Rhys le confiaba su piel otra vez y lo hacía en serio. Confiaba en ella otra vez y ese era la más grande demostración. Conociendo a Rhys por mucho que fueran pareja, si no le gustaba el trabajo que le había hecho Cloe en su piel, no repetiría.

Rhys movió otra vez el papel en su mano y ella lo tomó.

Lo desdobló y lo miró.

Casi cae al suelo cuando vio la imagen que su galés quería tatuarse.

No. Tenía que estar bromeando.

Lo miró y estaba segura que su mandíbula rozaba el suelo.

—¿Qué? —preguntó Rhys con una inocencia fingida.

—Tú… tú… tú.

—Cloe, pareces un teléfono ocupado —dijo riendo.

—¡Rhys! ¡No puedes hacerte esto!

—¿Por qué no? Si pague una pasta para obtener la exclusividad y otra para el rediseño. Quiero tener ese tatuaje solo yo.

—Solo tú tienes el otro —dijo llevándose el papel al pecho—, cada tatuaje es único, especial.

—Pero este lo es mucho más.

Cloe miró otra vez el papel, era la síntesis gráfica del cuadro que había hecho su hermana. Ese huracán de colores al que le había puesto su nombre.

—Lo quiero en mi otro brazo, justo en el mismo sitio que el primero. Y quiero que el primero de este lado —Rhys señaló la parte interna de su brazo tatuado—, tenga salpicaduras de esos colores.

Cloe lo miró con lágrimas en sus ojos. Escuchaba cada palabra, en ese acento delicioso de su galés y entendía su significado. Entendía a la perfección la intención de su galés y eso le derretía el corazón de amor por él.

—¿Por qué? —aún así preguntó. Quería estar segura, quería escuchar a Rhys explicarse porque aunque entendía lo quería hacer, había algo que no entendía. ¿Por qué?

—¿Todavía no lo sabes Clo? —Rhys se acercó y acarició sus brazos. Su voz era ahora un susurro tan dulce como el almíbar—, pues te lo voy a explicar. Este tatuaje —extendió su brazo, Cloe lo miró, no se cansaba de admirar ese tatuaje, no solo había sido uno de sus mejores trabajos sino que también la absorbía de tal manera que podía sentir su dolor. La daga atravesando su piel, el recordatorio de todo el dolor, de todo el tormento—, sabes muy bien lo que significa, lo hemos hablado mil veces y aunque ya no siento esa culpa tampoco me arrepiento porque es un recordatorio de quien fui, de mi pasado, de donde no quiero volver y esto —tomó el papel de la mano de Cloe, ella desvió la mirada del tatuaje para mirar el papel. Rhys sonrió. Amaba a esa mujer, amaba como Cloe no tenía una pizca de concentración en su vida diaria pero cuando él le hablaba era como si ella bloqueara todo lo que sucedía a su alrededor y solo se concentrara en él, en sus palabras. Eso solo lo había visto cuando ella tatuaba pero sabía que aunque se concentraba en su trabajo, Cloe estaba en un mundo imaginario, un lugar feliz fuera de este mundo, pero con él no. Cuando él hablaba Cloe lo escuchaba, estaba con él—, esto Cloe eres tú, tu hermana no pudo plasmar una mejor imagen para describirte. Eres un huracán, un tornado que arrasa con todo a su paso pero solo para mejorarlo, para llenar de color y alegría cada sitio, a cada persona que tocas y tú mi Cloe —esta vez se acercó más a ella—, tú eres mi presente y mi futuro, tú hasta llenaste de colores un pasado que no puedo cambiar, pero si pude cambiar como me siento con respecto a ese pasado. Tú eres mi tornado personal, mi tornado de colores y te quiero en mi piel y en mi vida.

—Rhys… —Cloe trató de hablar.

—No, no, no me interrumpas que ya que estamos hablando de esto —Rhys, flexionó una rodilla y la apoyó en el suelo. Sacó una pequeña

caja azul de terciopelo y la abrió. Un hermoso anillo de oro blanco con un brillante en el centro rodeado de pequeñas piedras preciosas de muchos colores, una esmeralda, un rubí, un zafiro azul y otro amarillo rodeaban la gema blanca—. Hace unas horas me dijiste que yo todavía estaba a tiempo de arrepentirme porque, a diferencia de Bran, no había firmado ningún papel contigo. Pues, quiero firmar todos los papeles contigo Cloe LeRoux, quiero firmar el contrato más importante de mi vida y ten por seguro que no me voy a arrepentir

Cloe se llevó las manos a la boca para ahogar el grito. Sentía que iba a morir, sus corazón empezó a latir a a mil por hora, toda la sangre se subió a su rostro y a sus piernas se le olvidaron para que servía. Cayó de rodillas frente a Rhys. Pero no habló, no pudo hablar, por primera vez o quizá segunda, no había palabras que pudieran salir por su boca.

—Yo, yo no quise decir eso —las lágrimas amenazaban con salir como una fuente pero al parecer hasta sus lágrimas estaban en shock —, yo, yo solo quise decir…

Rhys se puso de pie y ayudó a Cloe a levantarse, la tomó de la cintura y la sentó en la camilla. Separó sus piernas y se acercó a ella. Ella lo rodeó con sus piernas.

—Sé muy bien lo que quisiste decir y esto no es producto de ninguna presión, es solo el producto de lo que siento por ti, de lo que me haces sentir. Contigo aprendí que no puedo desperdiciar ningún momento de mi vida Clo, porque la felicidad es tan efímera que se nos va de las manos en un segundo y yo quiero mantenerla lo más posible ahora que la tengo.

—Rhys, todo esto es tan repentino. Todo me está cayendo como una avalancha de…

—¿Adultez?

Cloe soltó una carcajada nerviosa.

—Iba a decir de acontecimientos pero adultez lo describe a la perfección.

Hubo un corto silencio. Rhys acarició el rostro de Cloe y ella cerró los ojos para sentirlo.

Cuando abrió los ojos se encontró con la mirada profunda de su galés, esa mirada que pocos meses atrás era turbia y llena de tristeza y ahora estaba solo llena de amor hacia ella.

—¿Entonces Cloe LeRoux? Aceptas tú anillo.

—No es todavía mi anillo.

—Fue tú anillo desde que lo mandé a hacer.

Cloe puso los ojos como platos —¡Mandaste a hacer el anillo!

—¡Por supuesto! Tenía que buscar algo que se pareciera a ti, y bueno es bastante difícil, pero no vamos a desviar el tema o estás buscando distraerme para rechazarme.

—No te quiero distraer y no te quiero rechazar Rhys pero…

Rhys aspiró profundamente. No dudaba ni un segundo en lo que Cloe sentía por él pero sabía que eso de la estabilidad y la permanencia no era con ella aunque en el fondo todo el mundo menos ella sabía que ya su vida era más estable que la de cualquiera de sus amigas.

—¿Qué te parece si aceptas tú anillo y no hablamos más de esto hasta que te sientas preparada?

—Rhys, tú entiendes que yo estoy preparada para ti ¿verdad? —cuando él asintió ella continuó—. Y entiendes que yo no puedo pedir más de lo que ya estoy viviendo y que no es un no, ni siquiera es un «déjame pensarlo», es simplemente que siento que no puedo con tantas emociones y quiero saborearla una a una y tú propuesta no merece ser opacada por ningún otro evento. Quiero que tú y tu pregunta sean lo más importante llegado el momento.

—Lo entiendo mi Cloe —esta vez Rhys acarició el pelo de Cloe.

—¿Entonces no es un no?

—No, no es un no —dijo sonriendo.

—¿Es un sí?

—¡Por supuesto que es un si! Pero sin fecha programada.

—Si aceptas el anillo yo acepto las condiciones.

Cloe soltó una carcajada y extendió su mano.

Rhys le colocó el anillo.

—Ahora que te encontré no te voy dejar ir Cloe LeRoux.

Rhys acarició la mejilla de Cloe y luego le dio el beso más dulce del mundo. Sus labios tibios y suaves tomaron con suavidad los de Cloe y su lengua los acarició despacio con paciencia, saboreó cada segundo que disfrutaba de su boca. Cloe no se cansaba de ser besada de esa manera y al parecer tendría muchos de esos besos por laaaaargo tiempo.

Separaron sus bocas en lo que pareció muy corto tiempo pero los dos con grandes sonrisas, esa sonrisa que solo puede darla la paz de

estar con la persona adecuada.

—Sabes que lo que acabas de decir sonó bastante psicópata.

Rhys amplió su sonrisa —Sí. Sonaba más romántico en mi cabeza.

Los soltaron sendas carcajadas.

Escucharon pasos detrás del biombo.

Zoe, Eira y Bran se acercaban.

—Fue un sí o un no —preguntó Zoe.

Cloe la miró espantada —¿Ya sabían de esto?

—Por supuesto. Tenía que saber para qué quería una síntesis de mi pintura, Rhys me explicó lo que quería pero yo sabía que había algo más así que terminé torturándolo para que me lo dijera. Debo decirte que tu galés es bastante duro de soltar prenda.

—Ni me lo digas —murmuró Cloe.

—Ok, ok. Entonces —dijo Eira—, fue un sí o un no.

—Fue un sí «abierto», sin fecha de nada.

—Los dos denme mis 20 libras cada uno —Zoe extendió sus manos y Bran y Eira les dieron reticentes los billetes—, estos tontos creían que te conocían más que yo. Pudieron haber vivido con ella los últimos tres meses pero los últimos 30 años los vivió conmigo.

—¿Ustedes apostaron por mi respuesta? ¿También lo sabían ustedes dos?

Bran gruñó —Por supuesto Clo, por cual otra razón hubiese querido ser el primero en tatuarse, algo traía entre manos y bueno, tu hermana no es tan buena guardando secretos.

—Al menos déjenme saber cual fue la apuesta.

—Eira había dicho que tú dirías que no y yo que diría que sí, pero tu hermana dijo exactamente las mismas palabras.

—¿En serio pensabas que diría que no? —Cloe se dirigió a Eira.

—Por supuesto, si desde que conociste a Rhys vienes arrastrando un pánico sin sentido y miles de dudas.

Cloe suspiró Eira tenía razón, había sido un dolor de cabeza para su nueva amiga.

—Perdón. Sé que fui insoportable y tú me tuviste que soportar.

—Y al parecer no aprendí porque hasta abrí un negocio contigo.

Las carcajadas no se hicieron esperar.

—Bueno, bueno, ahora se pueden marchar porque mi tatuadora tiene que trabajar.

—¿Es en serio lo del tatuaje? ¿No fue una excusa?

—Por supuesto que no Clo. Es en serio. Todo lo que te dije antes es verdad y ademas, tengo que justificar todo el dinero que le pagué a la artista.

—Tampoco exageres que no fue tanto.

—En realidad no quiero saber de sus negocios. Así que váyanse.

—Ok, pero esto lo tenemos que celebrar. Estoy viviendo algo que jamás pensé vivir así que necesito pruebas, es más déjame tomarle una foto a tu mano con el anillo, Emma y Sophie morirán.

Cloe rio al pensar en que sus amigas realmente morirían cuando supieran la noticia. Ni en sus más locos sueños se imaginó que terminaría en Gales, con un estudio de tatuajes y comprometida. Sí, sus amigas morirían.

Tan pronto como su hermana y sus amigos se marcharon Cloe empezó a trabajar. En ese momento los nervios se marcharon. Cuando el sonido de la máquina se activaba ella solo podía enfocarse en su trabajo y este sería el doble de especial. No solo se lo hacía al hombre que amaba sino que era un diseño de su hermana dedicado a ella. Si creía que algún tatuaje podía ser especial, pues este se ganaba todos los premios.

Rhys no habló en toda la sesión, fueron tres horas de un silencio lleno de confidencia donde solo se intercambiaban miradas y sonrisas y donde las palabras sobraban. Cuatro horas después, el tatuaje estaba terminado. A diferencia del primero este, a pesar de tener colores, era mucho más simple y limpio que el anterior.

Después lo limpió, lo admiró. Lo amaba. Amaba todo lo que tenía que ver con el tatuaje y al hombre que lo llevaba.

Rhys unió los brazos y era perfecto, como unos pocos colores invadiendo el otro tatuaje hacían una composición perfecta. Era el yin y el yang. La oscuridad y la luz, la tristeza y la alegría y ella estaba feliz no solo de haber hecho el trabajo sino de saber que Rhys la llevaba en su piel de alguna manera.

Protegió el tatuaje y le dio un beso a su dueño.

—Esto es solo el comienzo de todo mi Cloe —Rhys susurró rozando los labios de Cloe.

—Lo sé y por primera vez no tengo miedo a pesar de que todo esto es aterrador.

Él tomó su mano y le dio un beso a su anillo.

—Te juro que cada día de mi vida procuraré que nunca más sientas miedo ni dudes un ápice de lo que siento por ti. Tú marcaste mi piel y mi alma.

Ella acarició el suave rostro de Rhys.

—Tengo el presentimiento que esa promesa se te hará muy fácil de cumplir —pegó su frente a la de él—. Ya no hay dudas ni miedos Rhys, solo hay amor.

—Un día a la vez Cloe LeRoux —Rhys sonrió.

—Un día a a vez Rhys Pritchard —Cloe lo imitó.

Se fundieron en un abrazo que duró una eternidad y a la vez muy poco tiempo. Un abrazo lleno de promesas de una nueva vida. Ahí en un pequeño estudio de tatuajes, donde empezaba una etapa, donde cumpliría su sueño y con quien había encontrado el amor.

De alguna manera su sueño y su realidad se encontraron para hacerla feliz.

Todo empezó y terminó con el tatuaje. Todo empezó y terminó tatuando a un galés en otoño.

Fin

— AGRADECIMIENTOS —

El galés en otoño me tomó en una etapa de cambios. Cambios absolutos y radicales, cambios que me hicieron crecer como persona y entender un poco más la vida. Me mudé de país –a tres diferentes en menos de un año– y el cambio más importante es que fui mamá.

Este humilde agradecimiento no solo con mi familia. A mi eterno apoyo, mi esposo pero este agradecimiento también va para todas esas lectoras que no me han abandonado a pesar de que tardé más de lo calculado en escribir este libro, a ellas que siempre estuvieron apoyándome y aupándome para que continuara.

A esas fieles lectoras mi eterno y más profundo agradecimiento, gracias a ellas continúo escribiendo aunque sea dos palabras por día –si el tiempo me lo permite–.

Gracias infinitas

Helena Moran-Hayes.

—— Playlist ——

Todas mis lectoras saben que cuando escribo, me gusta inspirarme con música y me gusta mucho más compartirla.

Aquí el playlist de Un galés en Otoño

No. 1 party anthem - Arctic Monkeys

Do I wanna know – Artic Monkeys

It’s easy - Boy George

Ship to wreck - Florence + The Machine

Be honest (feat. Inara George) - Jason Mraz

Love for a child - Jason Mraz

Don’t miss you at all - Norah Jones

Take me as i am - Wyclef Jean feat. Sharissa

The planet bend between us – Snow Patrol

Somewhere only we know – Keane

Can´t stop now – Keane

Rewind – Paolo Nutini

Don´t look back in anger – Oasis

Daydreams – Adele

Not enough time – INXS

Never tear us apart – INXS

Foolish games – Jewel

Wicker Chair – Kings of Leon

Nightswimming – R.E.M

See the sun – The Kooks

—— LA AUTORA ——



Helena nació en Venezuela en una hermosa ciudad a la orilla del mar. A los 18 años decide irse a estudiar a la capital de su país a estudiar diseño. Por cosas de la vida tiene una oportunidad de ir Inglaterra a estudiar por un año, por supuesto se va, y se enamora perdidamente de ese país, que es su "musa" en todos sus libros.

Autora de romance contemporáneo, chick-lit y urban fantasy, sus libros han estado en los primeros lugares de la lista de amazon.

Sus historias ya sean románticas o fantásticas estan llenas de humor y de esa cotidianidad que hace que el lector se conecte con ellas de manera casi inmediata.

Sus aventuras las comparte con su paciente esposo, el hombre que la mantiene con los pies sobre la tierra mientras ella tiene la cabeza en las estrellas. Compradora compulsiva de libros. Antisocial que ama a sus amigos. Malhumorada que disfruta reír. Y no puede vivir un día sin música ni letras en su vida.

Ahora vive en España en otra hermosa ciudad a la orilla del mar y nueva y maravillosa aventura llamada Daniel

Si te quieres comunicar con ella:

Su página web: www.helenamoranhayes.com

Twitter: @HMoranHayes

email: helenamoranhayes@gmail.com

https://www.facebook.com/HelenaMoranHayes

Conoce sus otras obras en su pagina de autor de

amazon

Helena Moran-Hayes

O en su página de

Goodreads

ÍNDICE